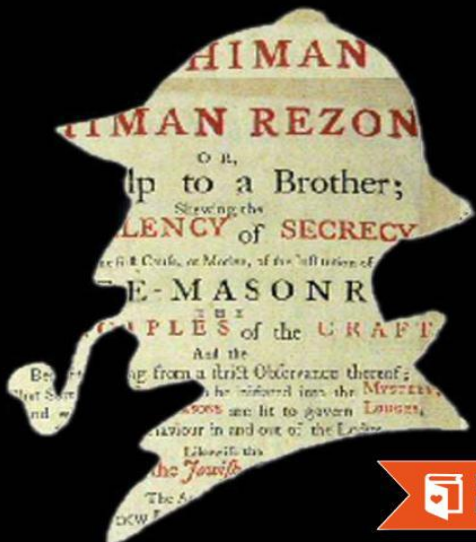


EL JUEGO DE SHERLOCK HOLMES

GABRIEL MARTÍNEZ



ESPA
PDF

Un grupo de internautas, que no se conocen entre sí, se reúnen en un blog de Internet para formar «El club de Holmes». Su objetivo es divertirse emulando al sagaz detective; para ello, cada uno expone un caso que deben resolver los demás. Pero de pronto, uno de ellos desaparece misteriosamente después de lanzar un mensaje de socorro a sus compañeros, que se ponen en marcha para ayudarlo.

Esta novela, relatada también por el internauta cuyo nick es «Watson», no es más que un

homenaje a la leyenda de Sherlock Holmes.

Publicada anteriormente con el título de El club de Holmes.



Gabriel Martínez

**El juego de
Sherlock
Holmes**

(El club de Holmes)

ePub r1.0

Titivillus 04.03.16

Gabriel Martínez, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



When you have exclude the impossible,
Whatevere mains,
However improbable,
Must be truth

Arthur Conan Doyle

Capítulo 1

El club de Holmes

Hace un año la casualidad me llevó a encontrar en Internet un blog llamado «El Club de Holmes», que firmaba un tal James Moriarty. Aquello llamó poderosamente mi atención, porque, como bien sabrá todo aquel que haya leído las aventuras del genial Sherlock Holmes, el profesor Moriarty era su más acérrimo enemigo. Movido por la curiosidad entré en el blog, y cuando para poder acceder tuve que

identificarme, se me ocurrió hacerlo con el nombre del doctor John H. Watson. ¿Por qué no usar ese nombre si después de todo el creador del blog firmaba como Moriarty?

En principio pensé que se trataba de una de esas miles de páginas web, hechas por admiradores de Holmes, que solo pretende glosar la figura del investigador, pero pronto me percaté de que allí había algo más que los comentarios de un admirador.

En el blog se hacía un panegírico de la figura de Holmes y, sobre todo, de su método deductivo para solucionar los distintos casos en los que se veía envuelto. Una de las frases, con la que

estaba completamente de acuerdo, decía: «Si la persecución del crimen fuera un arte, que lo es, Sherlock Holmes sería uno de los más grandes artistas de la historia».

Al final del texto, la siguiente frase: «Si tu opinión coincide con estas líneas, y estás dispuesto a mantener viva la filosofía de Sherlock Holmes, pincha aquí», y señalaba a una flecha que apuntaba a la esquina inferior derecha, donde había un icono que invitaba a traspasar una puerta. Dentro me esperaba un pequeño misterio, y la propuesta de resolverlo.

La historia era la siguiente: «En el domicilio de un rico anticuario se ha

cometido un robo. Durante la noche ha desaparecido una valiosa tabla medieval que colgaba de una de las paredes del salón. La pintura es una representación de la Virgen con el Niño en un hermoso paisaje de la Toscana, y sus medidas son 127x143 cm. Esa noche libraba el servicio, por lo que los únicos en la casa eran el anticuario y su esposa, que dormían tranquilamente en su dormitorio. La alarma no sonó y la puerta no mostraba signos de haber sido forzada desde el exterior.

Además de la pareja, solo el mayordomo tiene llave de la casa, pero queda libre de sospechas porque, en el momento de cometerse el robo, estaba

en otra ciudad, donde apareció asesinado al día siguiente.

Al realizar la primera inspección de la vivienda la policía halló, escondidos tras un viejo arcón Luis XVI, los siguientes objetos: un destornillador — la tabla estaba atornillada por la parte posterior a un soporte—, unas tenazas, un bote vacío de disolvente y restos de cinta de embalar. ¿A quién interrogaría, y qué preguntas le haría?». Concluía la proposición.

Desde que en la adolescencia leí la primera, siempre me han gustado las novelas de Sir Arthur Conan Doyle. He leído todas las novelas y relatos incansablemente, una y otra vez.

Siempre encuentro aspectos nuevos, destellos de la inteligencia de Holmes, que no había sabido apreciar en mis anteriores lecturas. Por esa razón no pude evitar sentirme émulo de Holmes y lanzarme a resolver el enigma del robo en la casa del anticuario.

Sentí un hormigueo de excitación en el estómago cuando hice un croquis de la casa y traté de imaginar cuándo y cómo había salido la tabla de la vivienda del anticuario sin que nadie se percatara de ello. Meterse en la piel de Holmes durante unas horas era un ejercicio difícil y apasionante, pues exigía un grado de concentración que revitalizaba mi espíritu pero, al mismo

tiempo, me dejaba extenuado.

No me llevó mucho dar con el responsable del robo y asesinato, o eso creo, y para ello solo tuve que hacer un par de preguntas a la esposa del anticuario. Me sabía un mero aficionado, pero no sé por qué, en aquella ocasión, quería estar a la altura del personaje, por lo que durante más de veinticuatro horas medité la resolución hallada para el caso hasta que me decidí a dejarla por escrito en el blog.

Una semana después recibí un correo electrónico del tal Moriarty, que decía:

Estimado Dr. Watson, sin

duda le sorprenderá esta misiva, pero he de decirle que, aunque no acertó plenamente en la resolución del caso del anticuario, demostró en la solución propuesta cierta dosis de imaginación que considero absolutamente imprescindible para enfrentarse a una mente criminal. Por este motivo, le invito a integrarse en «El Club de Holmes». Los invitados, además de usted, han sido Irene Adler y Mycroft Holmes, que también han demostrado su perspicacia al resolver el caso que les propuse.

El objeto del Club no es otro que rendir tributo a nuestro admirado Sherlock Holmes, intentando resolver, siguiendo el método de nuestro detective, el caso que proponga uno de nosotros. El siguiente caso sería planteado por quien primero haya sabido resolver el anterior y así sucesivamente. Naturalmente, habría un tiempo máximo para ello, por ejemplo un mes, si a ustedes les parece bien.

Si accede a ingresar en el Club, cosa que deseo fervientemente, le ruego me lo

comunique por esta misma vía y, a vuelta de correo, le facilitaré la clave de acceso al blog, que lógicamente ya no es de libre acceso. Suyo atentísimo, James Moriarty.

No sé por qué, pero no pude evitar sentir cierta dosis de orgullo por haber sido invitado a pertenecer al Club junto con Irene Adler, la única y extraordinaria mujer por la que Holmes llegó a albergar sentimientos y una profunda admiración; y Mycroft Holmes, hermano mayor de Sherlock y, según sus propias palabras, mucho más inteligente que él mismo, así que, naturalmente,

acepté la invitación en ese mismo instante.

Tal como me había prometido, enseguida recibí la clave de acceso y la noticia de que también Irene Adler y Mycroft H. habían aceptado sin demora la invitación. La clave era sencilla de recordar para todos nosotros pues era 06011854, ocho dígitos que se correspondían con la fecha de nacimiento de nuestro héroe.

Pocos días después comenzamos nuestro juego, y pronto pude comprobar que si yo creía ser un avisado detective, tenía mucho que aprender de mis contrincantes, pues eran mucho más inteligentes que yo, sobre todo Irene

Adler, que no desdecía —aunque espero que no en cuanto a instintos criminales — del personaje del que había tomado el nombre. Eso me llevó a profesarle una suerte de admiración secreta, y a fantasear sobre una eventual historia de amor con ella que, por otro lado, yo sabía del todo imposible.

En mis sueños imaginaba a esta Irene Adler como una mujer delgada, con dedos tan largos y finos como los de una consumada pianista, morena de ojos verdes y mirada profunda. En resumidas cuentas, había convertido a una mujer virtual —hasta el punto de que ni siquiera podía saber si, efectivamente, era una mujer—, en el paradigma de la

mujer soñada.

Yo, sin embargo, no era más que un tímido filólogo que trabajaba desde hacía once años en la Biblioteca Nacional de España, en Madrid, al que, en la escuela, el resto de los niños llamaban para su tortura empollón y cuatro ojos. Habían pasado los años, pero en el fondo seguía siendo aquel mismo niño asustado —incluso en lo de cuatro ojos, y temo que también en lo de empollón—, que se sentía incómodo en la compañía de los demás, sobre todo si eran mujeres. Ni alto ni bajo, sorprendentemente delgado a pesar de mi absoluta inapetencia por el ejercicio físico, de mirada franca y nariz romana,

con una blanca palidez que evidenciaba mis largas horas de trabajo bajo la luz eléctrica, y amplias entradas en el cabello que anunciaban una pronta calvicie. Con una corta barba trataba de ocultar las facciones de mi rostro que me desagradaban —casi todas, por cierto—, y me servía, además, como parapeto entre el mundo y mis pensamientos.

Es sorprendente como, por la manera de afrontar un asunto, de plantear una pregunta o dar la solución a un problema, se puede llegar a conocer a una persona. Ese fue nuestro caso, en unos meses, llegamos a sentir verdadero aprecio los unos por los otros, y yo diría

que a conocernos profundamente. Pero no iba a durar mucho ese estado de plácida camaradería, y poco podíamos imaginar que pronto tendríamos que emplear toda nuestra capacidad deductiva para resolver el caso más importante de nuestra vida, porque en esta ocasión no se trataba de un simple juego, sino de salvar la vida a nuestro amigo.

Todo empezó cuando recibí un extraño correo electrónico del profesor Moriarty. El contenido era breve e incomprensible. Decía simplemente: «Phi-6174-SOS». En un primer momento pensé que era otro juego que el «malvado» Moriarty nos estaba

proponiendo, pero nunca había ocurrido que alguien propusiera un caso antes de haber resuelto el anterior. Contesté a Moriarty con otro correo electrónico preguntando qué significaba exactamente aquel mensaje y si acaso nos estaba proponiendo un nuevo caso, pero no contestó. Mis dudas se disiparon definitivamente cuando Irene Adler —«muy preocupada» según su propia expresión—, se puso en contacto conmigo para preguntarme si yo también había recibido el correo del profesor Moriarty pidiendo ayuda. Igualmente, Mycroft H. había recibido idéntico mensaje, y lo extraordinario de la situación nos hizo cavilar sobre el

sentido del mismo.

Al día siguiente, tanto Irene Adler como yo, recibimos un correo de Mycroft H.: «Es indudable que Moriarty está en serios apuros, y que su petición de ayuda es seria. ¿Qué proponen que hagamos?». Nuestra respuesta fue idéntica e inmediata: ayudarle. Para ello —a pesar de que intuía que tanto Mycroft como Irene no vivían en Madrid, por lo que deduje que fuera aquí la entrevista por hallarse la ciudad en el centro geográfico de España—, nos citamos en el bar del hotel Reina Victoria, de Madrid, a las cinco de la tarde del día siguiente. Era viernes, y pensamos que así tendríamos todo el fin

de semana por delante para hacer nuestras pesquisas. Solo hubo una condición por parte de Irene Adler: no revelar nuestros verdaderos nombres. Ante mi extrañeza por lo que consideré una especie de extraño pudor, me envió un nuevo correo electrónico: «Cuando todo esto acabe nos separaremos y no volveremos a vernos nunca más. Nuestro contacto será a través del blog o el correo electrónico. Lo único que me interesa saber de usted es que es John H. Watson. Nuestros verdaderos nombres solo conseguirían contaminar la relación». Tuve que reconocer que tenía razón, y me propuse no volver a pensar nunca más en esa cuestión.

La idea de que, al día siguiente, iba a conocer a mi admirada Irene Adler, me impidió conciliar el sueño esa noche. Estaba inquieto, con un hormigueo en el estómago similar al que se siente cuando vas a iniciar un largo viaje. Visualicé todos los escenarios posibles del encuentro que iba a tener con Irene y Mycroft, imaginé diálogos y preparé respuestas. De ninguna manera quería dar a Irene la impresión de ser una persona débil o pusilánime. Por fin, al día siguiente, minutos antes de las cinco, traspasé el umbral de las puertas del hotel. Fui derecho al bar que, a aquellas horas, se encontraba bastante concurrido. Me acodé en la barra y, tras

pedir un café solo, me giré para echar una ojeada a las personas que charlaban dando pequeños sorbos a sus copas. Todos parecían estar con otras personas, por lo que deduje que mis desconocidos amigos todavía no habían llegado.

De pronto mis ojos se posaron en una mujer que, en la zona más oscura del bar, al final de la barra, sentada en un taburete, parecía fijar su vista en la copa que tenía delante. Durante unos minutos me regodeé observándola. Desde el mismo instante en que la vi, estuve seguro de que se trataba de Irene Adler. De alrededor de treinta años, era una mujer más alta de lo que había imaginado, de pelo castaño claro,

ondulado hasta los hombros y perfil clásico. Parecía tener una magnífica estructura ósea, lo que daba a su cuerpo una armonía casi felina. Desde mi posición me resultaba difícil ver su rostro, pero mi instinto de *voyeur* me decía que era una mujer hermosa.

Me pareció inadecuado presentarme a ella con una taza de café en la mano — ella tomaba una copa de no sabía qué licor—, así que pedí al camarero un *whisky* con hielo, y tras tomar un primer trago para infundirme valor, me encaminé hacia la mujer.

—¿Irene? —pregunté cuando estuve a su lado.

Ella se giró y me miró directamente

a los ojos. No había errado en mi intuición de hacía unos minutos: era una mujer realmente hermosa. Sentí que me taladraba con su mirada color miel, y a punto estaba de desviar la mía cuando dijo con asombrosa seguridad en sí misma:

—Usted debe ser Watson.

Su cara ovalada, en la que predominaban unos prominentes pómulos, me sonreía de una manera franca. Dibujó una deliciosa sonrisa con sus generosos labios y alargó su mano, que estreché con firmeza. Nervioso e inseguro por su presencia, acerqué un taburete para sentarme a su lado.

—¿Hace mucho que espera? —

pregunté sin saber qué decir.

—No —respondió tan directamente que me hizo sentir un poco estúpido—. ¿Qué piensa de todo esto?

—¿Se refiere al mensaje de Moriarty?

—Claro.

—No sé qué pensar —dije—. Espero que Mycroft nos diga la razón de estar tan seguro de que Moriarty necesita nuestra ayuda y que no se trate de un simple juego de este.

—¿Qué puede significar el número 6174? —preguntó, y tuve la sensación de que se hallaba tan excitada con la posibilidad de participar en la resolución de lo que parecía ser un

extraño misterio, que ni siquiera había escuchado mis palabras—. He hecho todas las combinaciones posibles con ese número, y no se me ocurre cual puede ser su significado.

—La constante de Kaprekar —dijo un hombre que imperceptiblemente se había colocado a nuestro lado. Era Mycroft H.

Mycroft Holmes era un hombre que rondaba los cincuenta. Alto, al menos más alto que Irene y yo, de complexión fuerte y mirada incisiva. Una descuidada barba poblaba su cara y el cabello le llegaba casi hasta los hombros, lo que le daba un cierto aspecto bohemio que consideré poco adecuado para el trabajo

que nos esperaba.

—Encantada de conocerle, Mycroft. Soy Irene Adler —le tendió la mano, que Mycroft, ceremoniosamente, besó haciendo una ligera inclinación. Aquel gesto me pareció teatral y fuera de lugar, pero Irene sonrió satisfecha.

—Watson —me presenté.

Mycroft, deslumbrado por la presencia de Irene, apenas estrechó mi mano, y me ignoró completamente a continuación. Aquello me irritó, pero mi enfado fue en aumento cuando observé que Irene respondía a las atenciones que le prodigaba el recién llegado.

—¿Qué es la constante de Kaprekar?
—preguntó ella muy interesada.

Mycroft, halagado por el interés que había despertado en la mujer, tomó aire antes de empezar a hablar, y comenzó una académica disertación.

—Si escoge cualquier número de cuatro dígitos, siempre que no sean los cuatro iguales, los ordena de mayor a menor para obtener el minuendo de una resta, después los vuelve a ordenar, pero esta vez de menor a mayor para obtener el sustraendo de la misma resta, y hace la operación de restar el sustraendo al minuendo. Si el resto no es igual a 6174, debes repetir los cuatro pasos anteriores hasta un máximo de siete veces, y obtendrá el número 6174. Es invariable, y nadie sabe por qué ocurre. Ese número

es al que se llama la constante de Kaprekar.

Había sacado del bolsillo la agenda, de tipo moleskine, que solía llevar siempre conmigo con el fin de tomar nota de cuantas ideas se me ocurrían o de las cosas que me llamaban la atención, y anoté cuidadosamente la explicación que acababa de darnos Mycroft H. sobre el número 6174.

—¿Y la palabra phi que precede al número, qué cree que significa? —me atreví a preguntar bolígrafo en ristre.

—Quizá sean las tres primeras letras de alguna palabra —repuso Irene.

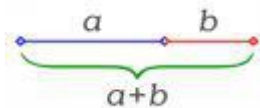
—¿Qué palabras comienzan por phi? —pregunté escéptico—. Imposible —

dije, pues no se me ocurría ninguna—. Más bien pienso que se trata de la letra Φ del alfabeto griego.

La respuesta sobre lo que podía significar phi volvió a darla Mycroft H., que, con gran complacencia por ser el centro de atención, dijo:

—Efectivamente, phi es una letra del alfabeto griego con la que se denomina a la proporción áurea. —Ante nuestra mirada de absoluta ignorancia, nos dio una pequeña charla sobre lo que era la proporción áurea—. Es conocida desde la más remota antigüedad, y en base a la misma se han realizado algunas de las más hermosas obras de todos los tiempos, como la Gran Pirámide de

Keops o el Partenón de Atenas. —Hizo una pausa durante la que se regodeó ante nuestra mirada de perplejidad. Continuó —: Todo comienza con una línea recta. Supongamos un segmento y que queremos dividirlo en dos partes desiguales, pero de la forma más bella posible, de la forma más armónica. Llamaremos a al segmento más grande y b al más pequeño. El mayor grado de armonía se alcanza cuando la relación entre la longitud total y el segmento mayor es igual a la relación entre el segmento mayor y el menor. Su expresión sería:



Esto, matemáticamente, se expresa como: $(a + b) / a = a / b$. Vitruvio, el gran arquitecto romano, que con toda seguridad conocía las propiedades de la proporción áurea, indicó que para que un todo dividido en partes desiguales pareciera hermoso, entre la parte mayor y la menor debía existir la misma relación que existe entre la mayor y el todo.

La larga explicación me dejó exhausto, como si de pronto estuviera de

nuevo en la escuela y el profesor me hubiera propuesto resolver un complejo problema matemático del que no entendía absolutamente nada. Decidí que de vuelta a casa me ocuparía de averiguar todo lo que pudiera sobre los números que aparecían en el mensaje de Moriarty, y la explicación dada por Mycroft H. Me sacó de mis pensamientos la pregunta que, impávida, hizo Irene.

—¿Y qué nos quiere decir Moriarty con esos números?

—Eso es precisamente lo que tenemos que averiguar.

—¿Cómo podemos ayudar a Moriarty si ni siquiera sabemos quién es

o qué le ha pasado? —pregunté a ambos.

—Y lo que es tan importante como eso: dónde le ha pasado. No sabemos si Moriarty vive en Madrid o en cualquier otro lugar de España —añadió Mycroft H.

—¡Ufff! Es cierto —exclamó Irene con desánimo—. Realmente, podría estar en cualquier lugar del mundo.

—¿No creen que si no hubiera estado en un lugar que él considerara absolutamente predecible, nos lo habría hecho saber en su correo? —apunté.

—Creo que tiene razón. Al menos tiene sentido eso que dice.

—Bien —añadió Mycroft—. Trabajaremos sobre la hipótesis de que

Moriarty vive en Madrid.

Nuestras copas habían quedado vacías y fue Mycroft quien reclamó al camarero que las volviera a llenar. De pronto, Irene exclamó:

—¡Es matemático! ¿Qué persona pediría ayuda utilizando para ello dos problemas matemáticos?

—Un matemático, evidentemente — dije yo.

Mycroft se mostró de acuerdo con nosotros, y acordamos empezar por averiguar si algún profesor universitario había desaparecido en los últimos días. Irene se levantó del taburete dispuesta a iniciar las pesquisas, cuando Mycroft, erigiéndose en el jefe del equipo que

habíamos formado, dijo:

—¡Un momento! Es una pérdida de tiempo que andemos los tres juntos a todas partes. Usted, Irene, averigüe lo del profesor universitario; usted, Watson, ojee los periódicos de la última semana y anote todo aquello que le llame la atención; por mi parte, conseguiré más información sobre el número phi y la constante de Kaprekar.

Convenimos en vernos al día siguiente, en el mismo lugar y a la misma hora. Nos dimos los números de nuestros respectivos teléfonos móviles por si, en algún momento, era conveniente ponernos en contacto, y, tras pagar cada uno sus propias

consumiciones, nos separamos.

Quedé parado en la entrada del hotel sin saber a dónde dirigirme. Noté entonces una ligera vibración en el bolsillo del pantalón. Sabía que era la señal de que había entrado un mensaje en mi móvil, y lo extraje para ver de qué se trataba. Era un mensaje procedente de un número oculto, y estuve tentado de borrarlo sin antes abrirlo: pienso que la gente que se esconde tras un número oculto no guarda buenas intenciones, pero pudo más la curiosidad, y acepté el mensaje. Decía este: «La clave está en Conan». Sonreí porque estuve seguro que se trataba de una broma de alguno de mis nuevos amigos, seguramente de

Irene. Entre nosotros, admiradores al fin de Conan Doyle, existía siempre la tentación de encontrar respuestas en los casos resueltos por Holmes. Guardé el móvil y me olvidé del asunto.

Al salir, Irene había girado a la izquierda, y Mycroft H. a la derecha, como si supieran, exactamente, a dónde debían dirigirse para averiguar su parte, pero yo no sabía dónde podía encontrar, esa misma tarde, con la premura que el caso requería, los periódicos de la última semana. Pensé también que quizá debía haber ofrecido mi casa a mis compañeros. Aunque era un asunto del que no se había hablado, estaba casi seguro que eran de fuera de Madrid y

estarían pagando un hotel, y aunque mi apartamento no era grande, podría haber habilitado algún espacio para que durmieran confortablemente. Me tranquilizó pensar que seguramente no hubieran aceptado, al menos no Irene Adler, tan preocupada por mantener aparte cualquier aspecto de nuestras vidas privadas, y no me hubiera gustado nada tener que compartir techo, aunque hubiera sido por unos días, con un hombre tan adusto por Mycroft H.

Se me ocurrió de pronto que en cualquier biblioteca municipal podría consultar la prensa diaria de los días que me interesara, y yo trabajaba precisamente en la Biblioteca Nacional.

Miré mi reloj: faltaban algunos minutos para las seis de la tarde, y si no recordaba mal, la sala de lectura estaba abierta hasta las nueve de la noche. Todavía tenía tiempo de hacer el trabajo que me había encargado Mycroft. Crucé a grandes pasos la plaza de Santa Ana y tomé un taxi para que me llevara al número 22 del Paseo de Recoletos, sede de la Biblioteca Nacional. Al subir en el vehículo me fijé en la cara del conductor —un rostro ciertamente tosco, de escasa frente y mirada distraída—, y empecé a elucubrar sobre la personalidad de aquel hombre y los problemas, sociales, económicos, o de cualquier otro tipo, que pudiera tener en ese momento —ese

juego constituía uno de mis mejores pasatiempos—. A veces es fácil deducir no solo las características de la personalidad de un individuo, sino también la naturaleza de los problemas que la persona tiene en esos momentos. De ello se valen muchos quirománticos y echadores de cartas para leer el futuro —partiendo del presente, que vagamente deducen por sus expresiones y lenguaje corporal— de sus crédulos clientes.

Eso me llevó a pensar en los compañeros del blog que había conocido esa tarde. La precipitación con que se habían producido los acontecimientos me había impedido pensar siquiera en los mensajes que me

transmitían sus pequeñas arrugas, su forma de mirar o su manera de mover las manos.

Los finos pliegues de su piel entre los ojos cuando prestaba atención o miraba fijamente, indicaban que Irene Adler era una mujer con carácter, pensé. Sin duda era abogada, y las finas arrugas que circundaban las comisuras de sus labios mostraban que su vida amorosa había sido realmente tormentosa.

En cuanto a Mycroft H., era un hombre hecho a sí mismo, valiente, que no teme equivocarse. Un triunfador en una profesión creativa. Es un seductor que se cree invulnerable, pero un día terminará irremisiblemente seducido.

Me sacó de mis cavilaciones el paso de una furgoneta, de la que partía una estridente música, con un enorme cartel colocado sobre ella, en el que se anunciaba en sesión doble el «Gran Circo Rex». En el cartel se veían elefantes, cebras y otros animales de la fauna africana, pero lo que llamó mi atención fue el anuncio de la actuación estelar de Conan, «El Hombre Hipnótico», el hombre que no solo podía adivinar el pensamiento, sino también hacer cualquier cálculo mental que se le propusiera por parte del público.

Siempre he disfrutado con ese tipo de espectáculos en los que el «artista»

es capaz de adivinar cualquier cosa que se le pregunte o hacer cálculos inverosímiles. Estoy seguro de que hay un truco que puede explicar sus increíbles actuaciones, pero, por más que lo he intentado, he sido incapaz de desvelar el misterio.

Pero a pesar de lo mucho que me gustaban esos trucos, fue concretamente el nombre lo que me interesó: Conan. Aquella tarde todo parecía confabularse para recordarme a *Sir* Arthur Conan Doyle, cosa que me pareció cuando menos curiosa. ¿Era acaso una señal o solo una mera casualidad?

A esas horas, la sala de lectura de la Biblioteca Nacional estaba casi vacía.

Algunos jóvenes, estudiantes en su mayoría, que preferían aquel ambiente propicio y silencioso para estudiar, ocupaban algunos asientos aquí y allá. Fui derecho a la sección de prensa diaria, busqué los periódicos de toda la semana anterior y los apilé junto a mí en una de las mesas.

No sabía qué era lo que tenía que buscar, así que empecé a pasar páginas mirando los titulares, en espera de que uno de ellos, una frase o una simple palabra, captara mi atención.

Después de hora y media ojeando periódicos, solamente había logrado una noticia que parecía prometedora, un extraño anuncio clasificado y un enorme

dolor de cabeza. La noticia hacía referencia a un congreso matemático que había comenzado esa misma tarde en el Palacio de Congresos; el anuncio clasificado, que solamente aparecía en dos ocasiones, el sábado y domingo anteriores, decía exactamente: « Φ -Hotel Palace-1647-*Mr.* Vólkov». Del anuncio, lo que despertó mi atención fue que contenía la letra phi, y ese misterioso número contenía exactamente los mismos dígitos que la constante de Kaprekar. Ambas cosas fueron detalladamente anotadas en mi agenda, y de la última, incluso, arranqué con cuidado la parte de la hoja que la contenía y la guardé en mi cartera.

Cansado, iba ya a abandonar mi trabajo cuando de pronto, en no recuerdo qué periódico, volvió a saltar a mi vista el anuncio, a media página, del «Gran Circo Rex» y la actuación estelar del gran Conan. Durante unos instantes miré el anuncio por si, aparte de la casualidad del nombre del mago, había alguna otra palabra o indicio que lo relacionara con el escritor inglés o su personaje, pero, con cierta decepción, comprobé que nada de ello había. Cerré el periódico, recogí mis notas, y devolví los periódicos a su lugar.

Caminé hasta mi apartamento, que no estaba lejos de allí, y me dispuse a cenar una ensalada y los fríos restos de

un pollo asado que tenía en el frigorífico.

Mientras colocaba todo sobre la mesa, se me ocurrió pensar con regocijo que por fin andaba metido en lo que prometía ser toda una aventura, pero el detenido repaso de lo sucedido en la reunión con Irene Adler y Mycroft H., y la aburrida —y temía que infructuosa— búsqueda en la Biblioteca, me hicieron concluir que no era exactamente así como yo me imaginaba una trepidante aventura.

Recordé la curiosa coincidencia de que esa tarde, el nombre del creador de Holmes me hubiera aparecido una y otra vez. Pero yo era un hombre que no solía

dejarse llevar por ese tipo de cosas, así que me senté en la mesa dispuesto a zamparme el pollo.

Aún no había probado bocado cuando, de forma repentina, sin ningún hecho que lo justificara, tomé la decisión. Bajé a la calle, paré el primer taxi que vi y pregunté al conductor si sabía donde paraba el «Gran Circo Rex».

—Al otro lado de la M30 —contestó con desgana, y preguntó—: ¿Quiere que le lleve?

—Vamos allá —contesté, y subí al taxi, que partió veloz en dirección a la autopista que circunvala Madrid.

Tardamos casi media hora en llegar,

y tuve suerte, porque la segunda sesión estaba a punto de empezar. Compré la entrada y me coloqué cerca de la pista, pero en segunda fila —en el circo siempre he sentido un miedo irracional a que un animal me atacara—. Entre el público había algunos niños acompañados por sus padres, pero la mayoría eran parejas jóvenes, y algunos adultos, como yo, enamorados del circo.

Cuando dio comienzo el espectáculo de equilibristas, payasos, domadores, bailarinas que cabalgan de pie a lomos de un caballo, elefantes amaestrados y trapeceistas, fue como si un mundo maravilloso surgiera de la nada, y me dejé llevar por la magia del momento.

Entonces, después de más de una hora, el presentador, anunció a Conan, «El Hombre Hipnótico», y me removí en el asiento dispuesto a no perderme ni el más mínimo detalle del número.

Conan apareció vestido con una larga túnica que le llegaba hasta los pies, y un turbante arrollado a la cabeza al modo oriental. Era un hombre moreno, de alrededor de cincuenta años, mentón cuadrado y facciones definidas. Sus ojos eran oscuros —aunque no pude precisar el color—, y su mirada penetrante.

Básicamente el número consistía en que el público le planteara cuestiones sobre sí mismos, como la edad, el

nombre o el lugar de procedencia que, tras unas pocas preguntas, él resolvía con éxito, o problemas de cálculo cuya solución hallaba con aparente poco esfuerzo. Entonces recordé la reunión que esa misma tarde había tenido con mis compañeros del «Club de Holmes», el extraño mensaje de Moriarty, y la explicación dada por Mycroft H. sobre el contenido formal del mismo, y se me ocurrió levantar la mano. Cuando «El Hombre Hipnótico» me señaló para que hiciera mi pregunta, dije:

—¿Cuál es el número phi?

Hizo una larga pausa, y sonrió, después trató de hacer una broma a mi costa.

—¡Atención! —dijo dirigiéndose al público—. ¡Nuestro amigo está interesado en el número de oro, en la proporción perfecta! ¿¡Trata usted de hacer una obra maestra!? Si es así, esta es la clave del secreto:

1,6180339887498948482045868343 —había enumerado, uno a uno, hasta cincuenta y cuatro decimales—. ¡Podría seguir recitando decimales —dijo con sarcasmo—, pero me temo que se ha terminado el tiempo!

No podía saber si el número que había dicho era correcto o no, pero si lo era, resultaba extraordinario que hubiera podido memorizar un número tan largo.

Levantó los brazos como señal de

que había terminado su actuación, y el público empezó a aplaudirle. Me puse de pie, pero no para aplaudir. Levante la voz tanto que se me oyó por encima de los aplausos cuando volví a preguntar:

—¿¡Qué tiene de especial el número 6174!?

Mi pregunta pareció desorientarle, porque durante unos instantes permaneció inmóvil. Los aplausos enmudecieron y él se acercó hacia donde yo estaba. Los focos de la pista le deslumbraban de tal forma que no podía verme con claridad. Frunció el entrecejo y achicó los ojos tratando de mejorar la visión de la grada que yo ocupaba.

—¿Puede levantarse? —me pidió

educadamente.

Lo hice.

—¿Quiere repetir su pregunta, por favor?

—¿Qué tiene de especial el número 6174? —repetí.

Conan estaba serio, extremadamente serio. Era como si el espectáculo hubiera terminado y estuviéramos, él y yo, solos bajo la gigantesca carpa.

—Sin duda usted ya sabe por qué es especial ese número —dijo sin apartar sus ojos de mí.

No recordaba exactamente la explicación que sobre el mismo nos había dado Mycroft H., pero en cualquier caso no había dicho nada

sobre la razón por la cual ese número era único entre los primeros diez mil.

—No, no lo sé. ¿Puede decírmelo usted? —insistí.

Me miró fijamente, y dijo:

—Claro que sí. El 6174 es el número en el que se resumen el resto de números de cuatro cifras.

Dicho esto, se giró y, tal como saben hacer los artistas, hizo que el público le dedicara un breve aplauso, porque rápidamente desapareció tras la cortina. El espectáculo había terminado. Por su manera de reaccionar, tuve la sensación de que Conan se había sentido molesto con mis preguntas, como si hubiera visto en ellas el pretexto para dejarle en

evidencia, y nada más lejos de mi intención. Se encendieron por completo las luces de las gradas, y ordenadamente comenzamos a salir de la carpa.

Fuera era noche cerrada. Respiré profundamente y de pronto me di cuenta de que, a la intemperie, alejado del resguardo de los edificios de la ciudad, hacía bastante fresco. Por un momento pensé en buscar a Conan para explicarle, aunque fuera someramente, la razón de mi interés por el número phi y la constante de Kaprekar, y de paso preguntarle si podía decirme algo más sobre dichos números. Me interné en el pequeño y oscuro laberinto de caravanas que había tras la taquilla, cuando me

salió al encuentro un hombre malencarado, de aspecto descuidado y barba de varios días que deduje debía ser el cuidador de las fieras, que me preguntó desabridamente:

—¿Qué busca por aquí?

—Quería hablar con Conan. ¿Puede indicarme cual es su caravana, por favor?

Pareció dudar durante unos instantes, hasta que preguntó:

—¿Para qué quiere hablar con Conan?

—Necesito preguntarle algo —se me ocurrió decir.

—Conan nunca habla con nadie después de la función —me respondió

tajante—. Vuelva mañana si quiere.

—Es solo un minuto —insistí—. Si usted me indica...

—He dicho que vuelva mañana si quiere —me cortó en tono amenazador.

Decidí que lo que deseaba hablar con Conan no era tan importante que justificara un enfrentamiento con aquel energúmeno, así que, muy afablemente, concedí:

—Muy bien, volveré mañana —aunque, naturalmente, no tenía ni la más mínima intención de volver.

Retrocedí sobre mis pasos para volver a la explanada de entrada al circo y me sorprendí al encontrarla completamente vacía. ¿Dónde estaba la

gente que había salido conmigo? En pocos minutos había desaparecido todo el mundo como por arte de encantamiento. Sin duda, habían sido más previsores que yo y dejaron sus coches aparcados en las cercanías. Un escalofrío hizo que me estremeciera y, de pronto, los focos que iluminaban el circo empezaron a apagarse. De repente, me encontré solo en un descampado, únicamente iluminado por la luna, en el que las tenues sombras parecían adquirir vida propia. A unos cientos de metros vi las luces de una gasolinera, y comencé a andar hacia allí cuando, de improviso, sin que previamente hubiera escuchado el más leve ruido en torno a mí, recibí

un duro golpe en la cabeza tras el que tuve la sensación de caer en un pozo absolutamente negro, y perdí el conocimiento.

Desperté en una habitación pequeña. Estaba sentado en una silla con los brazos asidos a ella con cinta aislante. Un potente foco me deslumbraba de tal manera que, aunque intuía que había alguna persona tras él, me resultaba imposible saber quien o quienes eran. La cabeza me dolía terriblemente y, de pronto, escuché una voz que preguntó:

—¿Quién es usted?

Me costó algunos segundos darme cuenta de que era a mí a quien estaban haciendo la pregunta. Estuve a punto de

decir que mi nombre era John H. Watson, lo que provocó que, a pesar del terrible dolor que sentía en la cabeza, dibujara una leve sonrisa. Dije mi nombre real, y me sorprendí a mí mismo por no sentir miedo en una situación como aquella, que solo había visto en las películas.

—¿A qué se dedica? —preguntó la misma voz.

—Soy bibliotecario —respondí, y añadí—. Trabajo en la Biblioteca Nacional.

Mi profesión le debió parecer de lo más inocua al que preguntaba, porque, en un tono completamente distinto, menos contundente, preguntó de nuevo:

—¿Por qué ha ido hoy al circo?

—Me gusta el circo —mentí a medias.

Se produjo de pronto un silencio que se prolongó durante muchos segundos. Imaginé que mi secuestrador estaba evaluando la sinceridad de mis respuestas, y esperé tranquilo a que volviera a preguntarme. Escuché entonces claramente el canto de un grillo en el exterior, por lo que deduje que el lugar donde estaba siendo interrogado estaba en el campo.

—¿Había oído hablar de Conan antes de hoy?

—No. Jamás.

—¿Por qué tenía tanto interés en los

números phi y 6174? —insistió la voz.

Tenía la respuesta preparada.

—Porque ayer leí algo sobre ellos en la biblioteca y sentía curiosidad.

Pasados unos segundos, sentí inesperadamente un agudo pinchazo en la base del cuello, como si una avispa que se hubiera vuelto loca por el calor se vengara en mí, y, en una milésima de segundo pasé de estar completamente cegado por el foco de luz, a no ver ni sentir absolutamente nada. La muerte debe ser algo así.

Capítulo 2

Retorno al «Gran Circo Rex»

Desperté en mi cama de un profundo sueño, con la sensación de haber estado bebiendo toda la noche. Tenía un regusto amargo en la boca, y el dolor que sentía en la cabeza era tan grande, que creí que podría estallar en cualquier momento.

Tenía la sensación de haber estado soñando sobre un circo y la actuación de un mago prestidigitador, que había

terminado convirtiéndose en una pesadilla, pero había sido tan real que por un instante dudé si había ocurrido o no esa historia.

Fue al levantarme cuando me di cuenta de que, bajo las sábanas, estaba completamente desnudo. Eso era muy extraño. Imposible. Odiaba dormir desnudo y jamás lo hacía. Entonces tuve la certeza de que la pesadilla que creí haber tenido la noche anterior, había sido una historia real. Busqué los pantalones que había llevado el día anterior en el armario, donde los dejaba habitualmente al irme a la cama, y no los encontré. Miré alrededor y los vi, perfectamente doblados sobre sí

mismos, encima de la butaca que había en la esquina del dormitorio. Hurgué en el bolsillo trasero para buscar la cartera y miré en el interior. Allí estaba el resguardo de la entrada al «Gran Circo Rex», exactamente en el mismo compartimiento donde la había dejado la noche anterior.

En ese momento, el estridente sonido del teléfono móvil, que guardaba en otro bolsillo del pantalón, me sobresaltó. Lo extraje como pudo y pulsé la tecla de admisión de llamadas.

—¿Diga? —pregunté todavía alterado.

—¿Watson? —reconocí la voz de Irene Adler al otro lado de la línea—.

¿Es usted?

—Sí, sí —respondí aturdido.

—¿Dónde está?

—En mi casa —indiqué sorprendido

—. ¿Qué pasa? —pregunté a mi vez—.

¿Hay algún problema?

—Son las cinco y media, estamos en el bar del Reina Victoria, y nos ha extrañado que no viniera.

—¡¿Las cinco y media?! —exclamé incrédulo. Miré el reloj. Efectivamente, pasaban algunos minutos de las cinco y media—. ¡Voy enseguida! Espérenme, por favor, hay algo importante que debo referirles.

Durante unos segundos el teléfono permaneció mudo, hasta que de pronto,

volví a escuchar la voz de Irene.

—De acuerdo —dijo—. Le esperamos.

Me vestí rápidamente, y salí disparado para tomar un taxi que me llevara a la plaza de Santa Ana. Con las prisas no me di cuenta de que, aparcado justo enfrente de mi casa, había un Ford Focus de color negro con dos hombres en el interior. Fue después cuando lo recordé y comprendí que eran policías que me estaban siguiendo.

Esperé durante unos minutos hasta que apareció el primer taxi con el piloto verde; le paré y di al taxista las indicaciones precisas sin percatarme de que el coche con los dos hombres

iniciaba la marcha al tiempo que lo hacía el taxi, y nos seguía a una prudente distancia.

Unos veinticinco minutos después irrumpía en el bar del Hotel Reina Victoria, donde me esperaban mis amigos.

Los hallé charlando animadamente sentados en una mesa. Hice señas al camarero para que me sirviera un *whisky* con hielo, y tomé asiento junto a ellos.

—¿Qué es lo que debía contarnos?
—me espetó Irene nada más sentarme.

Les relaté mi visita a la biblioteca para leer los periódicos de la semana anterior, y el escaso fruto que obtuve de

esa lectura. Aún así, a Mycroft H. le pareció muy interesante que el día anterior hubiera dado comienzo un congreso de matemáticos en Madrid. «Puede ser un buen comienzo», dijo. También se mostró muy interesado en el anuncio clasificado cuyo texto, que había copiado en la agenda/libro de notas. Eché mano de él al bolsillo donde solía guardarla, pero no estaba allí. Pensé que, con las prisas, la habría dejado en casa, pero sí hallé en la cartera el recorte que del periódico que contenía el anuncio y puse sobre la mesa. Les hablé a continuación de Conan, y del palpito que sentí que me empujó a ir para ver su actuación en el

«Gran Circo Rex»; de las preguntas que le hice, de sus nervios y de su extraña respuesta. Continué con el secuestro que había padecido y el interés de mi secuestrador por saber quién era yo, y por qué había ido al circo aquella noche.

Mis palabras dejaron pensativo a Mycroft H.

—Debería ir yo al circo esta noche —concluyó al fin—. Me gustaría hacer algunas preguntas a ese tal Conan.

—Iremos juntos —propuse.

—Iremos los tres —dijo Irene Adler de una forma que no admitía discusión, y añadió dirigiéndose a mí—: Es usted quien no debería ir después de lo que le

ocurrió anoche.

—Iré —afirmé con determinación—. No tengo miedo. —Irene me miró con un atisbo de admiración y, por un momento, me sentí poco menos que un héroe invencible—. ¿Cuál fue el resultado de vuestras pesquisas?

—Tengo un contacto en la policía —dijo Irene—. Me puse en contacto con él y le pedí que averiguara si, entre los desaparecidos en Madrid durante la última semana, había algún profesor de matemáticas o de ciencias. La respuesta fue negativa, ningún profesor había desaparecido, o al menos nadie había denunciado que eso hubiera ocurrido, por lo que caben dos posibilidades: por

un lado, que Moriarty sea un hombre solitario, con lo cual, si ha sufrido algún daño, nadie se ha percatado todavía; o, por otro, que no sea profesor, con lo cual estamos como al principio.

A pesar de lo infructuoso de sus gestiones, no vi que eso hubiera afectado a su convencimiento de que podíamos descubrir qué era lo que le había pasado a Moriarty.

Era el turno de Mycroft H. para informar de sus hallazgos, y comenzó diciendo:

—Yo, por mi parte, descubrí que el número phi no es algo arbitrario o un invento humano que solamente está en el arte o la arquitectura, sino que, sobre

todo, está en el hombre y en la naturaleza. En la forma y dibujo de la concha de los caracoles y los moluscos, en la distribución de las hojas en los árboles o la relación entre las falanges de los dedos en el hombre. En realidad —añadió—, todas las proporciones del cuerpo humano responden a ϕ , como si ese número hubiera sido el patrón que utilizó Dios para hacer el mundo. No sé qué relación puede tener con el caso, pero también descubrí que el número ϕ estaba en el centro de varias sectas esotéricas representando la perfección. —Mycroft interrumpió su relato para coger el papel en el que había copiado el anuncio clasificado, y musitó como si

hablara consigo mismo—: Es curioso este anuncio. Deberíamos investigar qué hay detrás de él.

—¿Propone que vayamos al Hotel Palace para hablar con ese Mr. Vólkov? —pregunté.

—Sí —respondió Mycroft H.—, pero primero deberíamos hacer una visita a ese misterioso Conan. Si alguien se puso nervioso porque quiso saber qué opinaba sobre el número phi y sobre la constante de Kaprekar, quiere decir que metió el dedo en la llaga.

El tiempo apremiaba, así que decidimos dejar para más tarde que Mycroft H. nos terminara de contar sus averiguaciones, salimos a la plaza y

tomamos un taxi para que nos llevara al «Gran Circo Rex». Cuando llegamos Mycroft H., que definitivamente había tomado el mando, ordenó al taxista que nos esperara y, seguido a unos metros de distancia por Irene y por mí, caminó con decisión hacia el sector privado del circo. Afortunadamente hacía poco que había empezado la primera sesión y, salvo los empleados, apenas había gente por allí. Fue derecho hacia un guarda que vigilaba las jaulas de las fieras, que observé —y así se lo dije a mis amigos — no era la misma persona que me había impedido hablar con Conan la noche anterior.

—Buenas tardes, señor —dijo

Mycroft H. muy educadamente—, ¿podemos hablar con Conan?

El hombre le miró de forma huraña, y pronunció una palabra ininteligible, como un gruñido. Desapareció tras una cortina de lona y volvió a los pocos minutos acompañado por otro hombre. Este era de reducida estatura —que trataba de disimular calzando unos zapatos con calzas— y mirada ansiosa. Excesivamente maquillado, parecía llevar el rostro completamente cubierto por polvo de arroz, en el que únicamente destacaban sus ojillos negros, los labios sombreados de rojo, y un largo y fino bigote parecido al que usaba Salvador Dalí. Se presentó como Valieri, el

director del circo.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó con escaso interés.

Bastaron esas palabras para que me diera cuenta de que pretendía hacer pasar su acento extranjero por italiano. ¿Era ese acento parte de su personaje, o pretendía engañarnos desviando nuestra atención de su verdadera nacionalidad?

—Queríamos hablar con Conan —informó Mycroft H.

El director del circo pareció sorprenderse por la demanda de mi amigo, y dijo:

—Imposible. «El Hombre Hipnótico», hace días que no actúa. Se largó sin previo aviso —se quejó—, de

una forma muy poco profesional.

Ahora el sorprendido fue Mycroft.

Irritado por esa mentira, me adelanté dos pasos hasta quedar a la altura de mi compañero, e Irene hizo lo mismo.

—¿Está usted seguro de que...? —
empezó a decir este, pero le interrumpí de forme vehemente:

—¡Miente! —exclamé encarándome con Valieri—. ¡Yo mismo presencié anoche su actuación!

El jefe del circo ni se inmutó ante mi exabrupto.

—Me temo que se equivoca, señor. Como he dicho, hace días que no vemos a Conan por aquí.

—¡No solo le vi, sino que...! —

Mycroft me interrumpió con un gesto de su mano.

—¿Podríamos ver su caravana? —preguntó Mycroft.

—¿Su caravana? —preguntó desconfiado el jefe del circo—. No sé si...

—Le aseguro que solo serán unos minutos —insistió Mycroft con voz amable.

—Ni siquiera me han dicho quienes son ustedes.

—Estamos investigando la desaparición de una persona, y pensamos que es posible que Conan nos pueda dar alguna información sobre su paradero.

Lo dijo de forma que no quedaba claro si buscábamos a Conan porque le creíamos implicado en la desaparición de Moriarty, o porque en su calidad de «El Hombre Hipnótico», nos pudiera facilitar alguna pista.

—¿Puedo saber cómo se llama la persona que, según ustedes, ha desaparecido?

Mycroft titubeó durante un instante. Ni siquiera sabíamos el nombre real de Moriarty, y pensé que no iba a ser fácil encontrar a un hombre del que lo desconocíamos todo: nombre, edad, apariencia física y dirección.

—Moriarty —respondió por fin Mycroft—. Su nombre es Moriarty.

Valieri se encogió de hombros dando a entender que jamás había oído ese nombre.

—¿Podemos ver la caravana de Conan? —insistió Mycroft.

—No sé... —seguía dudando Valieri sobre si permitirnos ver la caravana de Conan.

—Preferiríamos no tener que llamar a la policía —amenazó sutilmente Mycroft.

—Está bien —se rindió el otro por fin—. No quiero líos con la policía. Acompañenme.

Le seguimos a través del pequeño poblado de caravanas donde vivían hasta que llegamos a una, ligeramente

más grande que las demás. Eligió un llavín de un manojo que llevaba en el bolsillo, y abrió la puerta pasando él en primer lugar.

—Esta es la caravana donde vivía Conan —dijo una vez que estuvimos todos dentro.

El desorden en el interior de la caravana era total. Ropa de calle y túnicas de trabajo, similares a la que vestía en la actuación de la noche anterior, aparecían esparcidas por el suelo, como si alguien hubiera estado revolviendo en las pertenencias de Conan.

—Les ruego que no toquen nada —pidió Valieri.

Durante un par de minutos Mycroft H. estuvo haciendo un detallado recorrido visual por todo el contorno del habitáculo. Me dio la impresión de que estaba memorizando los objetos que allí había, y su desordenada disposición en la caravana.

Inconscientemente hice lo mismo que él, e hice un recorrido visual de trescientos sesenta grados en el interior de la caravana. Al fondo se podían ver un armario y, junto al mismo, una estrecha puerta que deduje daba acceso a un minúsculo cuarto de aseo. Antes, pegada a la pared, una cama de poco más de un metro de ancha, cubierta por una aterciopelada colcha de color rojo

vivo; en la pared contraria, una cómoda de cuatro cajones, dos de ellos a medio abrir, y era en el suelo, entre la cómoda y la cama, donde estaban esparcidos los ropajes de Conan. A los pies de la cama, un mesa de pequeño tamaño sobre la que pude ver algunos libros apilados y, junto a ellos, sin orden ni concierto, unos cuantos papeles; un ordenador portátil con la tapa no del todo cerrada, y un ratón que emitía una pequeña pero intensa luz de color azul eléctrico, lo que me hizo pensar que el portátil estaba conectado.

Mycroft H., dio algunos pasos en el poco espacio que quedaba libre, y se acercó a la mesa. Observé que, sin

tocarlos, se fijaba en los títulos de los libros que había sobre ella, después cogió uno de los papeles, el único en el que aparecían trazos de escritura, y, tras leer su contenido —apenas unas palabras según pude apreciar—, volvió a dejarlos exactamente en la misma posición que tenía antes.

—¿Ha echado algo de menos? —preguntó Mycroft de pronto señalando las pertenencias de Conan.

El director del circo pareció dudar. Echó un vistazo alrededor, y respondió:

—Aparentemente lo dejó todo aquí.

—¿Cuándo fue la última vez que actuó Conan?

El encargado se quedó pensativo.

—A ver... El lunes —dijo tras unos segundos—. Lo recuerdo perfectamente porque ese día solo hacemos una función.

No escapó a nuestra atención que había sido precisamente el lunes anterior cuando, los tres, recibimos el extraño mensaje de Moriarty pidiendo ayuda.

—¿Qué función hacen? —se interesó Irene Adler.

—La de la tarde.

—¿Y desde entonces no le ha vuelto a ver? —insistió Mycroft H.

—Efectivamente. Cuando acabó la función, le vi entrar en su caravana, y hasta hoy.

Haciendo caso omiso de la petición del director del circo, Mycroft H. se adelantó y levantó una de las túnicas de Conan que había tiradas en el suelo, la extendió con sus dos manos y fue entonces cuando vimos una pequeña estrella de cinco puntas festoneada en la parte izquierda de la prenda. La noche anterior, durante su actuación, me había pasado totalmente desapercibida la presencia de la estrella en su ropaje.

—¿Este dibujo está en todas las túnicas? —preguntó Mycroft H.

—Así es.

—Bien —dijo Mycroft con un suspiro. Dejó caer al suelo la túnica y se volvió con intención de salir de la

caravana.

Lo hicimos tras él. Ya en el exterior, Mycroft H. agradeció su colaboración al director del circo y le tendió para mano a modo de despedida.

—¿No se quedan a ver la función?
—preguntó aquel un tanto decepcionado.

—No hay cosa que nos gustara más
—afirmó Mycroft—, pero hoy es del todo imposible, nuestras ocupaciones nos lo impiden. —Ante la expresión de desencanto de Valieri, añadió—: Le aseguro que tan pronto nos sea posible, vendremos a disfrutar del espectáculo.

Aquello pareció animar al hombrecillo, que rápidamente dijo:

—Estaremos aquí hasta finales de

mayo. Nos encantará verles por aquí cuando deseen.

Nos despidió junto a la taquilla con un: «Hasta pronto», y caminamos hacia el taxi que nos esperaba a pocos metros de allí.

Irene preguntó mientras caminábamos:

—¿Creen que Conan tiene algo que ver con la desaparición de Moriarty?

—Ahora estoy completamente seguro de ello —afirmó Mycroft H. en tono misterioso.

Me pregunté por qué el director del circo había mentido al afirmar que Conan había desaparecido el lunes anterior. ¿Qué pretendía con ello? Salvo

por la turbación de Conan cuando le pregunté por el número phi, y el extraño secuestro que había sufrido la noche anterior, no alcanzaba a ver qué relación podía haber entre el «El Hombre Hipnótico», que después de todo no era más que un ilusionista mental, y nuestro amigo Moriarty, pero, dada la seguridad con la que había hablado Mycroft H., no me atreví a manifestar mi desconcierto.

Durante todo el tiempo habíamos estado escuchando las reacciones del público al desarrollo del espectáculo, ya fueran risas por las gansadas de los payasos, o exclamaciones de temor ante el rugido de los leones; de pronto, el público gritó de tal modo que los tres

nos giramos temiendo que hubiera ocurrido alguna desgracia. Fue entonces cuando vimos, los tres casi al mismo tiempo, la estrella de cinco puntas — como la que habíamos visto en las ropas de Conan— colocada como un faro en el punto más alto de la carpa. Era tan manifiesta y destacada su presencia, que me pregunté por qué razón no la había visto la noche anterior.

—¡Es idéntica a las estrellas que hay en las vestimentas de Conan! —murmuró Irene Adler—. ¿Están pensando lo mismo que yo?

Sí, yo había pensado lo mismo que ella, a pesar de lo cual la miré sorprendido, porque su reacción

indicaba que, de alguna manera, daba por buena la afirmación de Mycroft H. de que había un nexo entre «El Gran Circo Rex» y la desaparición de Moriarty.

—¿Qué puede significar la estrella de cinco puntas? —pensé en voz alta sin dejar de mirarla.

—Supongo que puede significar muchas cosas —respondió Mycroft H. —, incluso podría no significar nada, pero yo tengo varias posibles respuestas que en otro momento expondré a vuestra consideración.

Su manera de hablar me dejó muy intrigado, porque lo dijo en un tono que concedía enorme importancia a un hecho

que, por otro lado, podría no ser más una mera coincidencia.

Subimos al taxi y, definitivamente erigido Mycroft H. en el dueño de la situación, le pidió que nos llevara al Hotel Palace, en la Carrera de San Jerónimo. Durante todo el trayecto apenas cruzamos algunas palabras que nada tenían que ver con el caso, como si no hubiera nada de lo que tuviéramos que hablar, cosa que no era cierta, porque yo estaba deseando comentar con mis amigos la impresión que me había causado la actitud de Valieri. Miré a Irene Adler, y estuve seguro de que, también ella, tenía reflexiones que hacer sobre los últimos hechos, pero era como

si no nos atreviéramos a expresar nuestras opiniones hasta que Mycroft nos invitara a ello.

El taxi se detuvo en la puerta del Palace, donde nos apeamos. Subimos los cuatro escalones para acceder al vestíbulo y fuimos derechos a recepción, donde Mycroft se dirigió educadamente a una de las personas que había tras el mostrador:

—Buenas tardes —dijo—. Nos gustaría hablar con el señor Vólkov, por favor.

El recepcionista nos miró con displicencia, y preguntó:

—¿Están citados?

—En cierto modo, sí —respondió

Mycroft H.

Tomó el teléfono el recepcionista y, antes de marcar, preguntó:

—¿Cuál es su nombre, por favor?

Por un instante tuve la impresión de que, como yo estuve a punto de hacer la noche anterior, Mycroft H. iba a dar ese nombre, pero se limitó a decir:

—Dígale que venimos por el anuncio.

Durante unos segundos estuvo el recepcionista hablando con su cliente. De pronto colgó el aparato y nos anunció que el señor Vólkov nos recibiría a las nueve en punto de la mañana siguiente.

Parecía inútil insistir, por lo que salimos al exterior y nos quedamos

parados en la esquina sin saber qué hacer. Lo más preocupante era que las horas pasaban y seguíamos sin saber nada de Moriarty.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

—El Reina Victoria está cerca de aquí —dijo Mycroft H.—. Vayamos allí, —hizo un gesto con la mano señalando el hotel que había a su espalda y, haciendo un paréntesis en su proposición, dijo—: siempre será más asequible para nuestras economías que el Palace, y terminaré de contarles el resultado de mis pesquisas.

Enfilamos la suave pendiente de la Calle del Prado, en dirección a la Plaza de Santa Ana y, después de unas decenas

de metros caminando en silencio, dijo Irene Adler:

—¿Qué impresión les ha causado Valieri, el director del circo?

Realmente estaba deseando hablar de ese tema, por lo que aproveché el comentario de Irene para afirmar:

—Estoy convencido de que sabe mucho más de lo que dice.

—¿En qué se basa para ello? —preguntó Mycroft H. en un tono displicente que me molestó sobremanera; primero, porque tuve la sensación de que estaba poniendo a prueba mis dotes de observación, y segundo, porque estaba seguro de que él opinaba exactamente lo mismo que yo.

No obstante, respondí:

—En primer lugar, me llamó la atención de que en ningún momento preguntara de qué queríamos hablar con Conan. Tuve la sensación de que me conocía a mí, y de que sabía perfectamente qué era lo que queríamos preguntar al mago. Mintió —dije tras una pausa—, porque anoche vi a Conan, estoy seguro, y no fue una pesadilla lo que pasó después.

—¿Y? —preguntó Mycroft H.

No pude evitar una sonrisa y un gesto, sorprendido por su perspicacia —me di cuenta que, de una forma paulatina, había empezado a caerme bien—, y repuse:

—Cuando Valieri nos acompañó para ver la caravana de Conan, dijo que allí era donde vivía este. ¿Se dan cuenta? —subrayé como si mis interlocutores fueran principiantes a los que había que explicarles todo—, habló en pasado cuando solo hacía unos días, según él, de la desaparición de Conan, y tenía, además, todas sus cosas allí. Creo que le traicionó el subconsciente, y que la probabilidad de que dijera eso porque sabe perfectamente que nunca volverá es muy alta.

—En resumidas cuentas —intervino Irene—, usted opina que Conan ha sido asesinado por Valieri, o por alguien a quien este protege.

—Exactamente —concluí ufano.

Miré a Mycroft H. esperando su aprobación, pero este caminaba absorto en sus pensamientos, completamente ajeno a lo que acababa de decir.

En esto llegamos a la Plaza de Santa Ana, y al pasar por delante de la Cervecería Alemana, dijo de pronto:

—Entremos aquí si les parece. Creo que estaremos más cómodos que en el bar del hotel.

La Cervecería Alemana era un establecimiento de principios del siglo XX en el que había estado en algunas ocasiones en mis años de estudiante. Sus mesas de mármol y sus paredes paneladas de maderas

envejecidas, así como la decoración, a tono con la antigüedad del local, invitaban a la tertulia. Un delicioso aroma a salchichas Bratwurst hizo que empezara a segregarse jugos gástricos, pero no era momento de entregarse a los placeres de la comida. Ocupamos una mesa en la parte más tranquila del local y pedimos unas cervezas. Cuando se hubo marchado el camarero que nos las sirvió, Mycroft H. inició su relato.

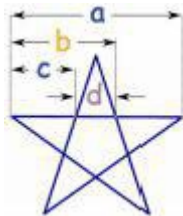
—Recordemos —empezó con parsimonia— que el mensaje que recibimos decía exactamente «Phi-6174-SOS». Enseguida me di cuenta de que en el mismo había dos constantes matemáticas sin ninguna relación

aparente la una con la otra. ¿Qué tenía que ver «la divina proporción», como también es conocido el número phi, con la constante de Kaprekar que, en el fondo, no es más que una curiosidad matemática? Absolutamente nada. Así que ayer, cuando salimos del Reina Victoria, acudí a un experto en esoterismo. ¿Por qué un experto en esoterismo?, se preguntarán ustedes — aquí hizo una pausa durante la que dio un largo trago a su vaso de cerveza—. Se lo voy a explicar a continuación: «Todo en el Universo está ordenado según los números». Esta frase, atribuida a Pitágoras, otorga a la realidad que nos rodea, incluso a los

seres humanos, un orden y armonía de naturaleza matemática. Para los pitagóricos, los números y las figuras geométricas son la esencia de las cosas. La influencia de esta concepción matemática de la naturaleza en la cultura occidental ha sido, y todavía es, inmensa, y a ella debemos el inicio de la ciencia como tal, y los avances de la tecnología. Pero la filosofía pitagórica también alimenta las tradiciones esotéricas relacionadas con la mística de los números, en la que el número áureo, como también se conoce al número phi, juega un papel primordial. La proporción a que hace referencia el número phi ha sido fuente de

inspiración, desde hace al menos cinco mil años, de arquitectos, filósofos, artistas, científicos, músicos y matemáticos. Basta citar como ejemplos al constructor de Keops, Fidias, Platón, Leonardo, Kepler, Dalí o Béla Bartók, porque en el número phi está lo que parece ser el misterio del canon de la belleza. ¿Recuerdan la estrella grabada que vimos en las túnicas de Conan, y la que coronaba la carpa del circo? — preguntó de forma retórica, porque evidentemente la recordábamos, aunque no supiéramos su significado—. El pentágono, y el pentagrama, que así se llama la estrella formada a partir de un pentágono, es el símbolo de numerosas

sectas esotéricas desde que los pitagóricos lo adoptaron como señal; pero ¿qué ocultan ambas figuras? ¿No se lo imaginan? —insistió Mycroft H., esperando que, como alumnos aplicados, lo adivinásemos; pero tanto Irene Adler como yo permanecemos en el más absoluto de los silencios, porque no teníamos idea de cuál podría ser la respuesta, por lo que al cabo de algunos segundos, continuó—: Ambas figuras se contienen la una en la otra, y ocultan el número de oro, phi. —Tomó una servilleta y, para que pudiéramos visualizar lo que estaba explicando, hizo el siguiente dibujo—:



De forma que $a/b = b/c = c/d = 1,618\dots$
Exactamente igual que en el segmento
dividido en dos partes desiguales que
ayer vimos para explicar lo que era la
razón áurea.

—¿Quiere decir que podemos estar
ante una secta o grupo esotérico que
utiliza como señal el pentagrama? —
preguntó Irene.

—No se me ocurre otra explicación

—respondió Mycroft H.

Durante muchos segundos permanecimos pensativos, porque eso quería decir que si Mycroft H. tenía razón en sus deducciones, nos enfrentábamos a una organización que estaba llevando a cabo un plan criminal y, por la razón que fuera, Moriarty les había descubierto. Este nuevo escenario cambiaba por completo las cosas, porque podría convertirse en una aventura peligrosa, y, probablemente, la muestra de ello la había tenido yo la noche anterior.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunté.

—Continuar, por supuesto —dijo

Irene Adler sin asomo de vacilación—. Por lo menos yo.

Mycroft la miró con una sonrisa de aprobación, y declaró:

—Yo también sigo adelante.

Entonces, los dos me miraron fijamente esperando que me pronunciase, lo que me hizo sentir sumamente nervioso, porque por nada del mundo deseaba aparecer como un cobarde a los ojos de Irene Adler. Así que me apresuré a decir:

—Y yo también, naturalmente.

Aclarado este punto, todo parecimos más relajados, como si la idea de que nuestras pesquisas podrían implicar un peligro produjera en nosotros un fuerte

sentimiento de unión.

—¿Algo más? —preguntó Irene.

—Sí. Y para terminar —dijo—, el pentagrama, como símbolo esotérico, expresa la dominación del espíritu sobre los elementos de la Naturaleza, la tierra, el aire, el fuego y el agua. También representa la idea de lo bueno y de la perfección. Ante este símbolo tiemblan los demonios, y huyen atemorizados.

No me gustaba el sesgo que estaba tomando la perorata de Mycroft H. ¿A cuento de qué venía ahora eso de los demonios? ¿Acaso un hombre absolutamente racional —al menos esa era la imagen que yo tenía de él—, puede hablar de demonios y quedarse

tan tranquilo? Sin embargo Irene Adler le miraba fascinada, como si estuviera escuchando a la misma Pitia del Oráculo de Delfos.

—¿Qué piensa que debemos hacer ahora? —preguntó Irene con una seriedad que contrastó con la sonrisa pícara de Mycroft H. al decir:

—¿Ahora? Cenar.

Irene estalló en una carcajada.

—Tiene razón, estoy muerta de hambre. ¿Usted qué dice, Watson? —dijo mirándome directamente a los ojos, con la sonrisa todavía dibujada en los labios.

—Cenemos —respondí—. La verdad es que el aroma de las salchichas

ha despertado mi apetito.

Hizo Mycroft H. una seña al camarero, que acudió rápidamente. Pedimos unas Bratwurst con chucrut y nuevas cervezas y nos dispusimos para nuestra frugal cena.

Estábamos hablando sobre el misterioso anuncio de Vólkov y sobre qué nos podría deparar la entrevista que teníamos con él para el día siguiente, cuando ocurrió algo realmente inesperado: un hombre de alrededor de treinta y cinco años, que había entrado en la cervecería poco después que nosotros y había permanecido desde entonces acodado en la barra, vestido de una manera tan corriente que le

podríamos haber confundido con un oficinista, y barba de dos días, se acercó a nuestra mesa y, para nuestra sorpresa, nos mostró una placa policial que había extraído del bolsillo.

—Buenas tardes, señores y señora —dijo con una levísima inclinación de cabeza—. Soy el inspector Ventura, ¿les importa que me sienten unos minutos con ustedes?

Tanto mis amigos como yo estábamos estupefactos por la repentina irrupción de un inspector de policía en nuestra conversación.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó, tan serio como una estaca, Mycroft H.

El inspector Ventura interpretó la pregunta de Mycroft H. como una invitación para que tomara asiento en nuestra mesa, y lo hizo, ocupando la cuarta silla, que estaba libre. Se dirigió a Mycroft H. e Irene Adler cuando preguntó:

—¿Qué hacen ustedes en Madrid?

A lo que Irene contestó en tono arisco:

—Eso no es de su incumbencia. ¿Acaso hemos cometido algún delito?

—No, ciertamente no —respondió el inspector Ventura, pero dejó caer—: Al menos de momento. —Ante la actitud evidentemente poco amistosa que manteníamos hacía él, en un tono no

menos hosco que el de Irene Adler, dijo el inspector—: He de hacerles unas preguntas, elijan si las responden aquí, o prefieren hacerlo en comisaría.

—Pregunte —repuso Mycroft ante el cariz que estaban tomando las cosas—. No tenemos nada que ocultar.

El inspector me miró por primera vez para preguntarme:

—¿Qué hacía usted anoche en el «Gran Circo Rex»?

No fui el único sorprendido con su pregunta. También mis amigos parecían impresionados, pero la cuestión era: ¿cómo sabía aquel inspector de policía que había estado la noche anterior en el circo? Resultaba poco creíble que me

hubiera seguido a mí, porque yo no era nadie; pero esa reflexión me llevó a otra, si cabe, más preocupante: ¿sabía también que, por unas horas, había sido golpeado, secuestrado y drogado? No sabía qué hacer, y, de forma subrepticia, miré a Mycroft H. que, con un leve movimiento de cabeza me indicó que podía hablar.

—En realidad no sé por qué fui al circo anoche —respondí—. Sentí una corazonada y me dejé llevar por ella.

Ventura me miró de forma escéptica. Se envaró sobre la silla y nos miró a los tres, uno tras otro.

—Sé todo sobre ustedes —dijo por fin—. Sé que han formado una especie

de club en Internet, ¿El Club de Holmes? —preguntó cargando sus palabras de ironía—, y que les gusta jugar a detectives. Supongo que les resulta divertido hacerlo a través del ordenador, cómodamente sentados en el salón de sus casas. Pero esto no es un juego —añadió cambiando el tono de su voz para hacerlo más sombrío—. Esto es la realidad, y en la realidad muere gente. Así que me van a decir de inmediato qué están haciendo en Madrid, y todo lo que sepan sobre este asunto.

Tras unos segundos durante los que todos permanecemos en silencio, Mycroft H. habló por fin.

—Si sabe que formamos parte del «Club de Holmes», también sabrá que en el mismo hay un cuarto miembro —dijo.

—Sí —afirmó el policía—, lo sé. Uno que se hace llamar Moriarty, creo.

—Efectivamente. Pues bien —hurgó en el bolsillo del pantalón, de donde extrajo su teléfono móvil en el que hizo una breve búsqueda—, hace cinco días recibimos este mensaje —continuó mientras mostraba al inspector la pantalla del móvil en la que se podía leer el texto de un mensaje de correo electrónico.

El inspector Ventura leyó en voz alta:

—«Phi-6174-SOS». ¿Qué quiere decir esto? —preguntó.

—Eso mismo es lo que tratamos de averiguar —señaló Mycroft H.—. Pensamos que nuestro amigo ha sido secuestrado, o algo peor —dijo en tono sombrío—, y que antes logró enviarnos una llamada de socorro.

—¿Y nada más? —preguntó decepcionado el inspector.

—Nada más.

Se giró entonces hacia mí, y dijo:

—Le repito la pregunta que le hice: ¿Qué hacía usted anoche en el «Gran Circo Rex»?

—Me llamó la atención el nombre de uno de los artistas del espectáculo:

Conan. Como Arthur Conan Doyle, ya sabe...

—¡Sí! —exclamó el inspector, que acababa de ver la relación—. El autor de Sherlock Holmes.

—Me pareció curiosa la coincidencia, y fui para ver su actuación.

—Le preguntó por unos números... —continuó el policía—. ¿Qué son esos números?

—Precisamente los que hay en el mensaje de Moriarty, el número phi y el 6174.

—¿Qué le hizo pensar que Conan podría decirle algo sobre esos números?

—No sé... —dijo dubitativo—. La

casualidad me había llevado hasta allí, y él presumía de saberlo todo.

Por un instante pensé en contarle la historia de la agresión que había sufrido a la salida del circo, pero Irene intervino en la conversación cambiando el tema de conversación, y opté por dejarlo pasar, cosa que al día siguiente me traería desagradables consecuencias.

—Un momento —dijo Irene—. ¿Usted estuvo también en el circo anoche?

—Sí —respondió el inspector.

—Entonces vio la actuación de Conan.

—Claro. ¿Por qué me lo pregunta?

—Esta tarde, Valieri, el director del

circo, nos ha dicho que Conan desapareció el pasado lunes y que no ha vuelto a verle desde entonces.

Ventura se quedó pasmado con la revelación de Irene.

—No es posible, yo mismo...

Mycroft H. le interrumpió.

—Resulta evidente que ese Valieri oculta algo.

—Parece que sí. ¿Han averiguado algo más?

—No por el momento —indicó Mycroft H., pero rectificó enseguida—. Salvo..., pero no, seguramente no es más que una tontería.

—Déjeme decidir a mi qué es una tontería o no.

Mycroft H. le habló sobre las estrellas de cinco puntas que habíamos hallado en los ropajes de Conan, así como la que coronaba la carpa del circo, y la estrechísima relación de esa estrella con el número phi. Aquello dejó pensativo al inspector.

—Interesante —dijo. Y preguntó enseguida—: ¿Creen que estamos ante algún tipo de secta?

No nos sorprendió la pregunta del inspector. Tanto Irene como Mycroft lo habían sugerido cuando supimos que en la estrella de cinco puntas estaba contenido el número phi. Además, ¿qué podía ser el pentagrama sino una señal?

—Debería investigar eso la policía

—recomendé.

—Lo haremos —afirmó el inspector, y achicó los ojos para preguntar:

—¿Y la visita a Vólkov?

Aquel tipo parecía saberlo todo. Sin duda tenían sometido a vigilancia al tal Vólkov y les habían visto entrar en el Palace. En esto apareció el camarero con los platos que habían pedido. Los colocó sobre la mesa y, al advertir la presencia de alguien más en la mesa, preguntó a Ventura:

—¿Desea algo el señor?

—No gracias —dijo aquel secamente.

Una vez hubo desaparecido el camarero, contestó Mycroft H. a la

pregunta del inspector.

—Hemos ido a su hotel con la intención de hablar con él, pero no podremos verle hasta mañana.

—¿De qué van a hablar con Vólkov?
—insistió el inspector.

A una señal de Mycroft H., saqué de la cartera el recorte del anuncio clasificado que nos puso tras la pista de Vólkov, y lo puse ante los ojos del inspector Ventura. Tras leerlo con detenimiento un par de veces, dijo:

—No entiendo. ¿Qué tiene este anuncio que les llamara la atención? —dijo sin quitarle ojo.

—Fíjese bien —pidió Mycroft H.—. Curiosamente repite el contenido del

mensaje de socorro que nos envió nuestro amigo Moriarty: la letra phi y el número 6174, escrito en este caso al revés. ¿Quién es Vólkov? —espetó de pronto.

Ventura, sorprendido por la pregunta de Mycroft H., levantó los ojos del recorte de periódico. Le miró fijamente y, tras unos segundos en silencio, dijo:

—No estamos seguros; pero, en cualquier caso, es un hombre peligroso. No deben acudir a la cita de mañana. Este es un trabajo para profesionales. Por favor —dijo con indolencia—, vuelvan a sus casas, y sigan jugando por Internet.

—¿Es una orden? —preguntó Irene

Adler enarcando las cejas.

—Es solo una advertencia. —El inspector Ventura echó mano de su cartera y extrajo tres tarjetas que puso sobre la mesa—. Pero si siguen investigando, y averiguan algo más, no pretendan ser héroes. Llámenme de inmediato.

Dicho esto, se levantó de la silla y desapareció rápidamente entre la gente que ya llenaba el local.

—¿Qué les parece? —dije lacónico—. Primero se burla de nosotros y nos invita a volver a casa, y luego insinúa que sigamos haciendo indagaciones sobre el caso.

—¿Qué piensan de todo esto? —

preguntó Irene Adler.

—Que las Bratwurst se enfrían —
respondió Mycroft extremadamente
serio. Tomó sus cubiertos y cortó un
trozo de salchicha llevándoselo a la
boca. Lo masticó despacio, dejando que
cada una de sus papilas gustativas
saboreara el manjar—. Deliciosa —
dijo, y siguió comiendo con delectación.

Capítulo 3

Constantin Vólkov

Dormí mal esa noche. Me sentía inquieto, y lo peor de todo era que no supe hallar la causa de mi desazón. Habían pasado tantas cosas durante los dos últimos días que las sensaciones se me agolpaban y confundían con los recuerdos, por lo que me resultaba muy difícil hacer una relación coherente de los hechos. El colmo fue la aparición del inspector Ventura la noche anterior. Sus palabras únicamente habían servido

para que el fantasma del miedo hiciera su aparición. Empezaba a conocer bien a mis amigos, y estaba seguro de que ellos —aunque también estaba seguro de que no lo reconocerían jamás— igualmente se habían sentido inseguros por las advertencias del inspector.

Me levanté muy temprano y tras una reconfortante ducha bajé, como cada domingo, a comprar el periódico antes de desayunar —uno de mis pequeños placeres es leer la prensa durante el desayuno en las tranquilas mañanas de domingo—. Las calles estaban desiertas, y eso —acostumbrado a la barahúnda de coches y peatones entre los que me muevo a diario— siempre me produce

una cierta sensación de estar en otro lugar lo que invariablemente provoca que mis cinco sentidos estén en alerta. Por otro lado, algo en mi interior me decía que aquel domingo iba a ser completamente distinto a todos los demás, y eso me hacía estar especialmente atento.

Ya en casa, saboreando una taza de café, di una rápida ojeada a la información general del periódico y enseguida pasé a la sección de sucesos. Me fascinaba el mundo del crimen. Creo que el ser humano es naturalmente perverso y que solo la conciencia impide que aflore con naturalidad el criminal que todos llevamos dentro. Un

crimen dice más sobre la personalidad de su autor que un cuadro o una novela del suyo, porque se actúa apelando a lo más oscuro de la razón, a la zona de la conciencia donde las normas no existen y, por lo tanto, el ser humano se muestra en toda su crudeza, sin tapujos. Una noticia captó casi de inmediato mi atención. Decía así el titular: «Encontrado hombre brutalmente asesinado». El contenido de la noticia daba algunos detalles del hallazgo: «En las inmediaciones de la M30, ha sido hallado, por el guardia jurado de una urbanización cercana, el cadáver de un hombre de mediana edad. El cuerpo apareció con un tiro en la nuca, propio

de una ejecución sumaria en ciertas mafias, aunque presenta indicios de haber recibido previamente una brutal paliza. Por el momento se desconoce el nombre y nacionalidad de la víctima. La policía, dadas las características del crimen, baraja la eventualidad de que se trate de un ajuste de cuentas entre bandas rivales, aunque no descarta ninguna otra posibilidad».

Con tan escasa información hice mis primeras conjeturas; la primera fue que la policía tenía datos que apuntaban a que, la víctima, era un extranjero. La segunda, que se trataba de un trabajo realizado por sicarios sin escrúpulos.

Recordé de pronto que la noche

anterior había quedado con Mycroft e Irene en la Plaza de Neptuno a las ocho y media para tomar un café y planificar someramente la entrevista con Vólkov. Entre unas cosas y otras se me había ido el santo al cielo. Miré mi reloj: eran casi las ocho, por lo que si me daba prisa, todavía podía llegar a tiempo a mi cita. Salté de la silla, dejando sobre la mesa el periódico abierto por la sección de sucesos y la taza de café todavía medio llena, cogí la chaqueta del perchero de la entrada, y salí a toda prisa.

Llegué puntual, pero allí estaban ya los dos esperándome, y nos allegamos a una cafetería cercana para hablar sobre

el encuentro que iba a tener lugar pocos minutos después. Irene apuntó entonces algo que sin duda llevaba barruntando varias horas:

—Somos nosotros los que hemos pedido la entrevista con Vólkov, ¿pero qué vamos a decirle cuando estemos frente a frente? Ni siquiera sabemos a qué se dedica o para qué puso el anuncio.

Detecté un cierto tono de preocupación en sus palabras, pero Mycroft lo disipó rápidamente.

—Dejemos que hable él primero y actuemos en consecuencia.

Eso se llama ir a verlas venir, y no es un juego que siempre se pueda

practicar, pero lo dejamos ahí porque a ninguno se nos ocurrió una idea mejor.

Salimos de la cafetería a las nueve menos diez y ascendimos caminando por la Carrera de San Jerónimo hasta el Hotel Palace. Exactamente a las nueve menos tres minutos estábamos de nuevo ante el conserje del hotel —aunque era una persona distinta a la del día anterior—. Recibido nuestro encargo, hizo una llamada y pocos segundos después estábamos en el ascensor camino de la habitación 412.

Abrió la puerta un hombre de unos treinta años que resultó ser el secretario de *Mr. Vólkov*.

—Pasen —dijo—. El señor Vólkov

les recibirá enseguida.

La habitación era una *suite*, y lo primero que pensé cuando accedimos a un salón con vistas a Neptuno fue el exorbitante precio que debía pagar el tal Vólkov por aquella lujosa habitación.

Al cabo de unos minutos, se abrieron unas puertas correderas y apareció Vólkov. Nosotros estábamos de pie, junto al ventanal, y nos giramos al unísono al escuchar la puerta. Era este un hombre de alrededor de sesenta años, abundante pelo cano y mirada severa. Cerró las puertas tras él y se quedó inmóvil junto a la puerta.

—Soy Konstantin Vólkov —dijo con voz grave y marcado acento extranjero

cuya procedencia no pude en un primer momento identificar, aunque estaba seguro de que no era ruso, tal como habría sido de esperar por su nombre y apellido.

—Buenos días —se limitó a decir Mycroft H. que, como solía ocurrir, se había convertido en portavoz del grupo.

—¿A qué debo el honor de su visita?

—Venimos por el anuncio.

Me pareció percibir un atisbo de alarma en la mirada de Vólkov, que, en pocos segundos, resolvió con soltura.

—Desgraciadamente, ese asunto ya está cerrado —dijo—, pero... estoy dispuesto a escuchar cualquier cosa que quieran decirme.

Se produjo un silencio espeso, porque en realidad nosotros, como bien había apuntado Irene unos minutos antes en la cafetería, no sabíamos qué decir.

—Más bien queríamos hacerle unas preguntas —apuntó Mycroft con una tranquilidad que me dejó pasmado.

Vólkov hizo un pequeño gesto con la mano y, al cabo de un segundo, apareció por una puerta lateral el hombre que nos había abierto la puerta. No tuve ninguna duda de que estaba, desde el principio, observando la escena.

—Es mi secretario —pareció presentarlo Vólkov, pero aquel se mantuvo firme en el rincón en una actitud ciertamente intimidatoria—.

¿Qué clase de preguntas querían hacerme ustedes?

—Su anuncio —dijo Mycroft H.—. Parece... un mensaje cifrado, y nos gustaría saber su significado.

Me gustó el estilo con el que mi amigo había afrontado la situación. ¿Para qué dar rodeos si se puede ir directamente al grano? Mycroft lo había hecho, y Vólkov rompió a reír de una forma compulsiva, como si el otro hubiera dicho una solemne tontería. Miró entonces a Mycroft H. de una manera oblicua, y preguntó:

—¿Son ustedes policías?

—No —contestó Mycroft. Percibí en su actitud que dudaba sobre si poner

todas nuestras cartas sobre la mesa. Al final dijo—: Estamos investigando la desaparición de una persona, —y aclaró —: un amigo nuestro.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —preguntó Vólkov mientras avanzaba unos pasos hasta una pequeña mesa que había entre su posición y la nuestra, donde empezó a jugar con algunos objetos que había sobre ella—. ¿Creen acaso que yo soy el responsable de la desaparición de su amigo? —volvió a preguntar arqueando las cejas.

—En absoluto —se apresuró a decir Mycroft H.—. Discúlpenos si le hemos dado esa impresión. Simplemente nos gustaría saber qué significa exactamente

la letra phi y el número que aparece en su anuncio.

—¿Por qué? —insistió Vólkov.

—Sabemos que la letra phi está, de alguna manera que desconocemos, relacionada con la desaparición de nuestro amigo.

De una forma casi imperceptible, el labio inferior de Vólkov tembló al escuchar aquellas palabras.

—Yo soy «marchand d'art» en Nueva York, y si se hubieran molestado en mirar cualquier tratado, sabrían que, tanto en las ciencias como en las artes, phi siempre ha representado la búsqueda de la perfección en el proceso de creación. Yo solo compro obras

maestras, porque eso es lo que mis clientes esperan que les ofrezca. —Hizo una larga pausa durante la que inspiró profundamente, y después continuó—: En cuanto al número, nada tengo que explicar, pues únicamente me identifica como galerista en Nueva York. —Hizo otra pausa, y preguntó—: ¿Es esto lo que querían saber?

Miré de soslayo a Mycroft y vi la desilusión reflejada en su rostro. La explicación de Vólkov parecía coherente, pero aquello no nos conducía absolutamente a ningún sitio. Sin duda, no era más que una absurda coincidencia el hecho de que, en el anuncio, estuviera contenido el mensaje de socorro de

Moriarty.

—¿Nada más? —preguntó Mycroft H.

—Nada más —respondió Vólkov.

—Bien —dijo el primero, claramente decepcionado—. Lamentamos haberle molestado, señor Vólkov.

—Lamento yo no haberles sido más útil.

Salimos del Hotel Palace sin cruzar palabra entre nosotros y con un sabor agridulce en nuestras bocas. Nuestra visita a Vólkov había resultado infructuosa, pero al menos podíamos descartar aquella pista.

Era temprano todavía, y

deambulamos por el Paseo de Recoletos sin saber qué hacer. Nos sentamos en una terraza e hicimos una recapitulación de lo que había ocurrido desde que decidimos responder al mensaje de Moriarty. Lo primero que nos planteamos fue por qué no fue más explícito Moriarty al enviarnos su mensaje de socorro.

—Seguramente se sentía amenazado y solo pudo enviarnos un mensaje muy breve antes de que le secuestraran — dijo Irene Adler.

—Aún así —respondí a la sugerencia de Irene—, podría haber sido más explícito.

Irene y yo nos enzarzamos en una

tonta discusión sobre las supuestas circunstancias en la que nuestro amigo Moriarty debía de haber escrito el mensaje. De pronto, Irene cayó en la cuenta de que Mycroft H. todavía no había dado su opinión.

—¿Y usted qué piensa? —preguntó en un tono acalorado que Mycroft H. prefirió ignorar.

—Yo me inclino a pensar que Moriarty, sencillamente, espera de nuestra inteligencia que seamos capaces de leer su mensaje, de descubrir qué quiere decir cada uno de los datos que aporta.

La opinión de Mycroft H. no nos dejaba precisamente en buen lugar, pues

si esa había sido la intención de Moriarty, no creo que se hubiera sentido orgulloso de los miembros del «Club de Holmes», lo que nos hizo sentirnos más apesadumbrados todavía.

—Lamento tener que decir esto —añadió Mycroft H. tras una larga pausa—, pero nuestra estancia en Madrid ya no tiene sentido. Con los datos que tenemos, es como buscar una aguja en un pajar. Las pistas que hemos seguido hasta ahora se han revelado inútiles o no conducen a ningún sitio, y yo confieso que no se me ocurre nada más.

Las palabras de Mycroft H. cayeron en el grupo como una bomba devastadora. Nos quedamos en silencio,

con la amarga sensación de fracaso dibujada en nuestros rostros.

—Es cierto que con Vólkov hemos metido la pata hasta el cuello. Seguramente es, tal como dijo el inspector Ventura, un peligroso delincuente, mas no es nuestro delincuente. Pero todavía tenemos a Conan y la estrella de cinco puntas. Valieri mintió, ¿recuerdan? ¿Por qué lo hizo sino porque había algo que deseaba ocultarnos a toda costa? —insistí tratando de animar a mis compañeros.

—La policía investigará a Valieri y el por qué de las estrellas de cinco puntas en el «Gran Circo Rex», y sin duda lo harán mucho mejor que

nosotros.

—Moriarty confió en nosotros, y opino que deberíamos seguir buscando algún indicio que nos lleve hasta él.

—Es inútil —dijo Mycroft H. descorazonado—. Creí que nunca lo diría, y menos en este caso, pero yo tiro la toalla.

Mycroft H. ni siquiera comió con nosotros. Alegó una urgencia relacionada con su trabajo y se despidió allí mismo para tomar el primer tren que saliera hacia su ciudad de origen, no sin antes quedar de acuerdo en mantener el contacto a través del blog.

—Cualquier cosa que se os ocurra, por nimio que parezca, reportarlo al

blog. Yo haré lo mismo; porque donde uno no ha visto nada, otro puede atisbar un camino a seguir. Adiós, amigos. Estaremos en contacto —fueron sus últimas palabras antes de alejarse a paso rápido.

—No se va —apunto Irene Adler mientras le veíamos perderse entre la gente—, huye. Creo que se siente avergonzado de haber fracasado.

—¿Qué hará Irene Adler? —pregunté en tono irónico, temeroso de que ella también decidiera también abandonar el asunto.

Irene apoyó el cuerpo sobre el respaldo de la silla y estiró las piernas. Se tomó su tiempo para responder y,

mientras tanto, percibí en sus rostro que se debatía entre el deseo de encontrar a Moriarty, y la inutilidad de nuestras pesquisas.

—Me iré en el último tren —dijo al fin, y pensé que era la primera vez que hacía un comentario de carácter personal: aunque fuera indirectamente, estaba afirmando que su lugar de procedencia estaba lejos—. Me gusta Madrid, ¿sabes? Siempre es agradable pasear por Madrid.

Entonces caí en la cuenta de que iban a pasar un domingo con una mujer que me encantaba, y eso me produjo un cosquilleo en el estómago que me hizo sentir como un adolescente enamorado.

—¿Quieres que te muestre el Madrid que más me gusta a mí? —le propuse.

Me sonrió de tal forma que mi corazón empezó a latir más rápido.

—Me encantaría.

—¿A qué hora es tu último tren? —pregunté para hacerme una idea de cuánto tiempo teníamos por delante.

—A las ocho.

Miré mi reloj: faltaban unos minutos para las diez y media.

—Tenemos tiempo de sobra —dije—, pero deberíamos empezar ya.

Irene se llevó la mano extendida a la frente, y me hizo un saludo militar.

—A sus órdenes, mi capitán.

Pagué las consumiciones y

comenzamos a andar por el Paseo de Recoletos.

—La primera parada será en el Museo del Prado. Estoy seguro de que ya lo conoces —dije antes de que lo pudiera decir ella—, pero no sé si has visto mi cuadro favorito, o, al menos, lo has visto con los ojos con los que yo lo miro.

—¿De qué cuadro se trata?

—Es una sorpresa.

La tomé de la mano y la conduje, Recoletos abajo, hacia el Prado, a solo unos cientos de metros de donde estábamos.

Acababa de abrir sus puertas y todavía no había demasiada gente, por

lo que no tardamos demasiado en sacar las entradas y acceder al Museo.

Camino de las salas donde se exponía la pintura flamenca del siglo XVI pasamos por otras en cuyas paredes colgaban cuadros maravillosos. Al pasar ante «Las Meninas», dijo Irene:

—No se puede pasar ante «Las Meninas» sin pararse para contemplarlo con detenimiento. Es un sacrilegio.

—No. No quiero que te embotes los sentidos. Hoy veremos únicamente el cuadro que hemos venido a ver.

—¿Pero de qué cuadro se trata? —preguntó dejándose llevar por mí.

—Ahora lo verás.

Continuamos hasta llegar a la sala

56^a, la puse ante el cuadro, a unos dos metros de distancia para que pudiera abarcarlo completamente con la vista, y anuncié:

—«El Jardín de las Delicias».

Con cierta frecuencia, hacía el recorrido que acababa de hacer con Irene Adler a través de las salas del Museo del Prado para contemplar el tríptico del Bosco. Era un cuadro inagotable e inabarcable, capaz de sugerir mil ideas y sensaciones, y a mi juicio precursor, en más de quinientos años, del surrealismo. En el mundo del arte —y de introspección en la esfera del subconsciente— hay un triple salto mortal sin red del Bosco a Dalí.

Era la segunda vez que llevaba a alguien a ver mi cuadro. La primera fue otra chica, que dejó súbitamente de interesarme cuando, haciendo un estúpido mohín con los labios, exclamó: «¡Qué asco, hay animales comiendo personas!». Irene, en cambio, quedó muda al contemplar el cuadro —luego me confesó que había visto fotos y representaciones a pequeño tamaño, pero nunca el original—, y yo me sentí satisfecho del efecto causado. No pude evitar sentirme como un avezado guía y, tras dejar que se embriagara con las imágenes del cuadro, pasé a explicarle —si es que es posible explicar un enigma— la simbología del mismo.

—La tabla de la izquierda —dije en voz baja— representa el Paraíso, con la creación de Adán y Eva y la Fuente de la Vida; la tabla central, que da nombre al cuadro, es el jardín de las delicias, donde se disfrutaban sin trabas todos los placeres de la vida, representa a la Humanidad entregada a los placeres mundanos; y la derecha, está dedicada al Infierno.

—Impresionante —fue la palabra que musitó Irene Adler una vez que hube terminado mi breve descripción del cuadro.

Aún permanecimos durante varios minutos ante el cuadro, sin cruzar palabra, hasta que toqué su hombro y

susurré junto a su oído:

—Tengo más sitios donde llevarte.

Giró entonces su cabeza, y me dijo:

—Vamos pues.

Desandamos el camino hecho antes pero esta vez, al pasar ante grandes cuadros, Irene no me pidió un alto para contemplarlos. Ocasión habría para ello. Ahora estaba saturada de belleza y de misterio.

—¿Tienes hambre? —le pregunté cuando estuvimos de vuelta en el exterior. Ella se limitó a hacer un gesto afirmativo—. Iremos a Lhardy —le anuncié—, está un poco pasado de moda, pero siguen haciendo el mejor cocido madrileño. Espero que te guste el

cocido.

—Me gusta —dijo ella con una sonrisa.

La tomé del brazo y nos encaminamos hacia la Plaza de Neptuno para subir por la Carrera de San Jerónimo. Quince minutos después traspasábamos las viejas puertas del restaurante Lhardy. Conocía al encargado, así que no fue difícil conseguir una mesa para dos a pesar de ser domingo.

Nos dieron una mesa en la zona central del restaurante, junto a la pared, y pedimos unos vinos mientras nos servían el cocido.

Deseaba preguntarle su nombre, a

qué se dedicaba y cuáles eran sus gustos, pero, tras su advertencia del viernes de evitar a toda costa entrar en el terreno de lo personal, me contuve. Hubo un momento, tras la primera copa de vino, que ella dijo: «¿Tú...?», pero cortó en seco la frase. Estuve seguro que me iba a preguntar algo relativo a mi vida privada; y, lo que era más importante, me di cuenta de que estábamos tuteándonos desde que se había ido Mycroft.

—¿Qué? —La animé a hablar.

—No, nada. Es una tontería.

A pesar de su reticencia a dejarse llevar por el momento, observé hasta qué punto la ausencia de Mycroft H.

había creado una auténtica atmósfera de camaradería entre nosotros. Con Mycroft H. presente, erigido en líder del «Club de Holmes», estábamos envarados, temerosos de hacer o decir algo que no obtuviese su aprobación, y me planteé si acaso no pudo ser esa falta de espontaneidad un factor determinante en nuestra falta de resultados.

Afortunadamente no fue muy abundante la comida, porque todavía nos esperaban algunas horas para deambular por Madrid antes de que partiera, quizás para siempre.

Al salir de Lhardy paseamos hasta la Plaza Mayor, donde tomamos café en una terraza, y después callejeamos por

el barrio de los Austrias hasta que, unos minutos después de las seis de la tarde, dijo Irene:

—Mi tren sale a las ocho. He de ir al hotel para hacer el equipaje.

—Te acompaño —ofrecí con tal de pasar un par de horas más cerca de ella.

—Te lo agradezco, pero no. Prefiero ir sola.

Estuve seguro que lo hizo para evitar que pudiera saber en qué hotel se había alojado durante aquellos dos días, o a qué ciudad regresaba, por lo que no insistí.

Hubo cierta tensión en el momento de la despedida, como si después de haber estado todo el día juntos,

charlando de cosas interesantes, no supiéramos de pronto de qué hablar.

—Estamos en contacto a través del blog, ¿de acuerdo? —dijo inmediatamente antes de subir al taxi que la alejaría —al menos físicamente — de mí.

Me quedé mirando el vehículo hasta que se perdió en la primera esquina, y después, malhumorado sin saber por qué, caminé lentamente hasta la Puerta del Sol, donde tomé el metro para volver a casa.

Tras media hora en atestados y malolientes trenes llegué a mi parada y salí al exterior. Mi casa quedaba a algo más de quinientos metros, pero me

apetecía andar. Fue entonces cuando sonó mi teléfono móvil.

Convencido de que era ella quien me llamaba, mi corazón cambió ligeramente de ritmo mientras buscaba el teléfono en el bolsillo y apretaba la tecla para admitir la llamada.

—¡Hola! —dije nervioso, esperando oír su voz al otro lado.

—¡Hola! —respondió una desconocida voz de hombre—. Soy el inspector Ventura.

—¡Ah! —repuse decepcionado—. ¿Qué quiere? —pregunté molesto porque no era precisamente la persona a quien yo deseaba escuchar.

—Pensé que quizá le interesaría

saber que ha aparecido Conan.

Súbitamente interesado, pregunté:

—¿Ha hablado con él?

—No puedo —contestó el inspector—. Está muerto. —La noticia hizo que me parara en seco. Permanecí en silencio durante unos segundos rememorando las palabras del inspector la noche anterior, cuando nos advirtió sobre lo peligroso de aquel caso. Pensé a continuación en Moriarty, del que hacía seis días que no sabíamos nada, y temí lo peor—. ¿Sigue ahí?

—Sí, discúlpeme, pero me ha impresionado la noticia. ¿Cómo ha sido? —quise saber.

—Recibió un tiro en la cabeza que

le dejó completamente desfigurado.

Recordé la noticia sobre el hombre asesinado que había leído en el diario de la mañana, y, aunque estaba casi seguro que se trataba del mismo suceso, pregunté:

—¿Ocurrió en un descampado cercano a la M30?

—¿Cómo lo sabe? —Escuché que me preguntaba intrigado.

—El periódico de la mañana describía el crimen con bastante detalle.

No obstante el largo silencio que se produjo a continuación, sabía que Ventura continuaba pegado al teléfono, porque podía escuchar su fuerte y acompasada respiración.

—Necesito que venga a la morgue para identificar el cadáver —dijo al fin.

Ir a la morgue aquella tarde de domingo, en la que todavía permanecía en mi retina la adorable imagen de Irene Adler, era lo último que me apetecía en este mundo, por lo que intenté excusarme.

—Inspector Ventura —dije con voz cansada—, no es que no quiera ir, pero seguro que en el «Gran Circo Rex» hay decenas de personas que le pueden identificar con más fiabilidad que yo. Además —aduje para abundar en mi argumentación—, yo solo le he visto una vez, no sé si...

—Déjeme decirle que la muerte se

produjo en la madrugada del sábado, por lo tanto usted fue una de las últimas personas en verle con vida.

Sus palabras produjeron en mí un efecto a medio camino entre el desconcierto y las ganas de reír, y pregunté irónico:

—¿Me convierte eso en sospechoso?

—Hay más detalles que le comentaré cara a cara. Pero si estuviera en su lugar, yo vendría rápidamente a la morgue y me pondría a disposición de la policía.

El inspector Ventura pronunció esas palabras en un tono circunspecto, como si al decirlas me estuviera haciendo un favor. Jamás un policía me había

hablado así; es más, jamás me había visto involucrado en un caso como lo estaba en aquel, pero el hecho de que la policía se interesara por ti no era tan excitante como yo había pensado. En cualquier caso, no tenía otra opción que hacer lo que me decía.

—Voy para allá —dije.

—¿Sabe dónde está la morgue?

Después de tantos años intentando adelantarme a la policía en el esclarecimiento de los más importantes crímenes que aparecían en la prensa, ¡claro que sabía dónde estaba la morgue! Y hacia allí me dirigí en el primer taxi que encontré.

Pregunté por el inspector Ventura al

policía que hacía guardia en la entrada del depósito, y pocos minutos después estábamos ante un cadáver desnudo con la cabeza destrozada. Un extraño olor, mezcla de lejía y formol, invadía el recinto, y pensé que si me dejaba llevar por las sensaciones terminaría vomitando, por lo que traté de pensar en otra cosa e imaginar que todo aquello sucedía en una película.

No era fácil reconocer a un hombre, al que apenas conocía, en aquel estado. No obstante, por el color y el largo del cabello hubiera jurado que se trataba de Conan, y así se lo dije al inspector Ventura, pero lo que definitivamente me convenció de ello fue un pequeñísimo

tatuaje que llevaba en la cadera derecha: una pequeña estrella de cinco puntas, y sobre ella, lo que parecía el dibujo de un extraño animal de enormes ojos.

—¿Qué es? —pregunté señalando el dibujo con el dedo.

El inspector se inclinó un poco y aguzó la vista frunciendo el entrecejo.

—Podría ser un búho —dijo—, o una lechuza. ¿Tiene eso algún significado para usted?

—La estrella es idéntica a la que hay sobre el circo —dije—, y también estaba bordada en su ropa, pero el búho no sé...

—No importa. Vamos.

Una vez resuelto este trámite, me

pidió Ventura que le acompañara a la comisaría.

—¿Qué detalles dijo que quería hablar conmigo cara a cara? —le pregunté una vez estuvimos en el asiento trasero del coche policial que nos llevaba a la comisaría.

—Lo sabrá cuando lleguemos —contestó con sequedad.

Ignoraba por completo a qué detalles se podía estar refiriendo, y francamente, eso era lo que menos me preocupaba en aquellos momentos.

—¿Saben algo de la desaparición de nuestro amigo? —pregunté.

—¿Ese que llaman Moriarty? —inquirió con un rictus de burla en los

labios.

—Sí.

Al contrario que yo, él no parecía estar muy preocupado por la desaparición de mi amigo, y se limitó a decir:

—A fecha de hoy, nadie ha denunciado su desaparición. Se asombraría usted de las razones por las que muchos hombres deciden apartarse voluntariamente de la circulación.

—Pero su mensaje de socorro...

—¿Unos números y las letras S, O, S enviados a unas personas con las que juega a detectives? Vamos, seamos serios.

Yo era serio, y estaba seguro de que

el mensaje de Moriarty respondía a una situación de verdadera emergencia, pero aquel estúpido energúmeno, pensé, no iba a hacer nada hasta que no fuera demasiado tarde.

Llegados a la comisaría, me hizo pasar a su despacho. En una de las esquinas, una bandera de España, y la foto oficial del Rey, que presidía la pared que tenía frente a mí, conferían a la habitación el carácter institucional imprescindible. Las otras paredes, sin embargo, estaban cubiertas sin orden ni concierto de fotos en las que reconocí al inspector Ventura acompañados de otras personas desconocidas y un gran plano de la ciudad de Madrid. Sobre la mesa,

muchos papeles, a pesar de los cual estaba bastante ordenada, y, en una mesilla lateral, un viejo ordenador de sobremesa en cuya pantalla bailaba de un lado a otro el escudo de la Policía Nacional.

Una vez sentados, sin decir palabra, abrió uno de los cajones de su mesa, extrajo una pequeña agenda de tapas negras y la puso sobre la mesa. ¡Era mi agenda!

—¿Reconoce esta agenda? —me preguntó el inspector.

—¡Claro que la reconozco! Es mi agenda, aunque principalmente la utilizo para tomar notas.

—¿Cuándo la echó de menos?

—Ayer por la mañana. ¿Dónde la ha encontrado? —pregunté intrigado.

—Estaba en el bolsillo de Conan. ¿Tiene idea de cómo fue a parar allí?

Pensativo, negué con la cabeza. Pero de pronto recordé el golpe en la cabeza, el foco sobre mi rostro que me impedía ver dónde me encontraba, el interrogatorio al que fui sometido y las horas que pasé inconsciente hasta que desperté en mi casa. Fuera quien fuera —y todo apuntaba a Conan—, la agenda me la debieron quitar durante ese periodo de tiempo. Ante mi silencio y la expresión de incertidumbre que sin duda estaba transmitiendo, insistió en tono áspero:

—¿Se da cuenta de que esto le convierte en nuestro principal sospechoso?

—Hay algo que no le conté ayer, no sé por qué, la verdad —pero en ese mismo instante supe la razón por la que no lo había hecho: desconfiaba del inspector Ventura. Al decir que estaba en el circo la misma noche que fui yo, de una forma difusa temí que pudiera haber sido la propia policía quien me había drogado la noche del viernes.

El cuerpo de Ventura se envaró en su asiento, me miró fijamente a los ojos y, por primera vez, percibí la desconfianza reflejada en su rostro.

—¿Y qué es eso?

—La noche del viernes, al salir del espectáculo, intenté hablar con Conan.

—¡Qué curioso! —exclamó el inspector—. Al terminar la función y salir los espectadores, yo le busqué a usted entre la gente, pero no estaba. Fue como si se hubiera evaporado. Enseguida la gente se dispersó y quedó aquello desierto, por lo que volví a Madrid.

—Eso debió ser cuando yo entré en la parte del circo donde se hallan las caravanas de los artistas. Quería hablar con Conan.

—¿De qué? —preguntó el inspector.

—Pensé explicarle los motivos por los que había hecho aquellas preguntas,

y pedirle que me dijera algo más sobre esos números.

—¿Y qué paso?

—Me salió alguien al paso y me dijo que Conan nunca hablaba con nadie después de la función. Insistí, pero fue inútil. Cuando volví a la explanada todo el mundo había desaparecido. No tenía coche, y decidí andar hasta una gasolinera cercana para pedir un taxi. En plena oscuridad, recibí un golpe en la cabeza que me dejó inconsciente. Desperté con un foco que me deslumbraba por completo impidiéndome ver el lugar donde estaba o a las personas que me hacían preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas le hicieron?

—Mi nombre y profesión, y sobre todo, por qué había hecho aquellas preguntas a Conan.

—Qué les respondió a esto último.

—Algo así como que había leído algo sobre ello y sentía curiosidad.

Ventura apoyó los codos sobre la mesa, juntó una mano con la otra y apoyó la barbilla sobre ellas.

—¿Y después? —preguntó tras una pausa.

—Después sentí un pinchazo en el cuello y desperté a la mañana siguiente en mi casa.

—Fue entonces cuando echó en falta

su agenda.

—Un poco más tarde, cuando tuve necesidad de tomar algunas notas.

—¿Por qué no me contó todo esto ayer, cuando hablamos del «Gran Circo Rex»?

—No sé por qué no lo hice. Debería haberlo hecho —confesé.

El inspector Ventura me miraba de una manera en la que podía percibir la reprobación, aquello me puso muy nervioso porque tratándose de la policía, no sabes si al minuto siguiente vas a estar detenido en una celda de la comisaría. No dejaba de mirarme, lo que me ponía más y más nervioso. Deduje que estaba calibrando la

sinceridad de mis palabras.

—Había algo más en los bolsillos de Conan —dijo de pronto.

—¿Qué? —pregunté intentando mostrarme seguro de mí mismo.

Puso un arrugado papel sobre la mesa.

—Esto —dijo, y con un gesto me animó a leerlo.

Lo cogí con una mano y leí en voz alta:

—«KV 4527». ¿Qué significa? —pregunté, volviendo a dejar el papel sobre la mesa.

—Esperaba que usted o sus amigos, que tan aficionados parecen a este tipo de acertijos, me lo dijeran.

—Pues lamento decirle que no tengo ni idea.

Tras otra larga pausa, añadió el inspector:

—Sigue usted siendo mi sospechoso principal en el asesinato de Conan. No obstante..., no le voy a detener por el momento, pero ándese con cuidado.

—Gracias —fue lo único que, en aquellas circunstancias, se me ocurrió decir.

—¡Váyase a casa! Por cierto, ¿qué tal les fue la entrevista con Vólkov? —preguntó con desgana, sin mirarme siquiera, haciendo como que ordenaba los papeles que había sobre su mesa.

—¡Ah!, nada importante —dije, y

añadí—: una falsa pista.

—¿Qué les dijo? —insistió el inspector.

—Que se dedicaba al negocio del arte y tenía una galería en Nueva York. Dijo que era un... ¿cómo dijo?... ¡Ah, sí!, un «marchand d'art» o algo así. —Aproveché sus preguntas para preguntar a mi vez—: ¿Por qué nos dijo que se trataba de un hombre muy peligroso?

—Recibimos la petición de Interpol de que vigiláramos estrechamente todos sus movimientos. Quizá la galería y el negocio del arte no sean más que una tapadera de negocios más turbios.

—¿Qué hay de Valieri? —pregunté seguro de que había sido investigado

por la policía a causa de sus mentiras y contradicciones, y por su cercanía a Conan.

—Se ha esfumado —respondió—. Ayer fui para hablar con él, y había desaparecido. Todas sus cosas están en su caravana, pero no hay ni rastro de él.

—Igual que Conan.

—Sí, pero no creo que Valieri esté muerto.

—¿Me permite otra pregunta?

—Adelante.

—¿Qué hacía usted la noche del viernes en el «Gran Circo Rex»? No es posible que estuviera por mí. ¿A quién estaba vigilando en realidad? ¿A Conan?

—Son demasiadas preguntas —dijo

tras un instante de reflexión—. Pero le prometo que, en su momento, tendrá todas las respuestas.

Era tan tarde, y estaba tan cansado, que decidí tomar un taxi para volver a casa. Recapitulé los sucesos de las últimas veinticuatro horas —el paréntesis con Irene Adler había pasado a un segundo plano— y me dije que resultaba irónico que hubiera empezado el día enterándome por la prensa del hallazgo de un cadáver, y que terminara siendo el principal sospechoso del mismo. Por otro lado, pensé en el espantoso ridículo que habíamos hecho con Vólkov y en la decisión de Mycroft H. de apartarse del caso dejando que

fuera la policía quien investigara. Tenía hambre, y abrí el frigorífico con la esperanza de encontrar algo comestible. Cené algunos fiambres y dos cervezas, tras lo cual, me senté frente al ordenador para dar cumplida cuenta a mis amigos del «Club de Holmes» de las novedades que había en el caso. La más importante de ellas, que Conan había sido asesinado, y que yo era el principal sospechoso del crimen.

Capítulo 4

Watson discurre

Apenas dormí. Esa noche mis pesadillas estuvieron pobladas por la imagen de Conan con la cabeza destrozada, tal como le había visto en la morgue, y por series aleatorias de números en movimiento que me hacían sentir como una especie de espectador privilegiado de un mátrix que solo existía en mis sueños. Había un número que se repetía constantemente, el 6174. Un número del que, hasta hacía dos días, no sabía

absolutamente nada y ahora era una de las claves para resolver no solo la desaparición de Moriarty, sino también el asesinato de Conan.

Al despertar, la primera idea que me vino a la cabeza, como si fuera un aviso de mi subconsciente, fue que Conan y Moriarty eran la misma persona, pero lo descarté de inmediato porque no había ninguna razón objetiva que me llevara a pensar eso.

Como todos los días, a las ocho en punto de la mañana comencé mi jornada de trabajo en la Biblioteca Nacional. No me resultó fácil concentrarme, porque a cada instante, por más esfuerzos que hiciera para evitarlo, me encontraba

pensando en los acontecimientos del fin de semana.

De pronto se me ocurrió que si, como todo parecía indicar, estaba relacionada la desaparición de Moriarty con el asesinato de Conan, también debía haber relación entre los mensajes que ambos nos dejaron. El de Moriarty era «Phi-6174-SOS», y el de Conan, «KV 4527». Los dos contenían letras y números, pero no coincidía ninguno de ellos con los del otro. Durante varias horas estuve dándole vueltas, incluso pensé que si bien la letra «Phi» del primer mensaje podía ser una alusión a Grecia, las letras «KV» del segundo podían serlo a la nomenclatura de las

tumbas del Valle de los Reyes, en Egipto. ¿Acaso hacía referencia a las tumbas 45 y 27 del dicho Valle? Esa idea hizo que fuera hasta la sección de «Culturas Antiguas» y buscara información sobre tales tumbas. La KV 45 estuvo destinada al noble Userhet, supervisor del templo de Amón que vivió durante el reinado de Tutmosis IV; en cuanto a la KV 27, apenas encontré información sobre ella: la falta de decoración hacía imposible determinar para quién fue construida la tumba. Solo encontré dos datos que relacionaban ambas tumbas: las dos fueron excavadas bajo el reinado del faraón Tutmosis IV, y, también las dos, habían sido

desescombradas en los años 90 del siglo XX por el arqueólogo norteamericano Donald P. Ryan. ¿Qué pintaba el mundo antiguo en aquel acertijo?, me pregunté, y solo hallé una respuesta: NADA. Era otra posible pista que no conducía a ningún sitio, por lo que volví desalentado a mi mesa. Fue entonces cuando se me ocurrió coger papel y lápiz y empezar a hacer combinaciones con las letras y números de los dos mensajes. De ahí a recordar a Kaprekar y llegar a la sustracción de los dos números solo había un paso, y lo di. El resultado me dejó estupefacto. ¡Era exactamente 1647, el número que aparecía en el anuncio de Vólkov!

Resultaba imposible que se tratara de una mera casualidad, y recordé entonces su voz grave y angulosa diciendo: «Soy Konstantin Vólkov». Konstantin Vólkov, KV. Sentí, lleno de alegría, que todo empezaba a encajar como las piezas de un *puzzle*. Estaba tan excitado por mi descubrimiento que entré inmediatamente al blog para dar cuenta de ello a Mycroft H. e Irene Adler, tras lo cual, recogí todas mis cosas y, alegando un fortísimo —y falso— dolor de cabeza, anuncié que me iba a casa.

Ya en la calle, busqué en mi cartera la tarjeta que nos había dado el inspector Ventura dos días atrás, y marqué su número.

—¡Tiene que detener a Vólkov! — exclamé nervioso tan pronto escuché la voz del inspector Ventura al otro lado del aparato.

—¡Ah!, es usted, el detective aficionado —respondió con palabras cargadas de ironía.

—¡Inspector, debe detener a Vólkov! —insistí—. Acabo de descubrir que está relacionado con el asesinato de Conan y con la desaparición de Moriarty.

Se produjo un prolongado silencio al teléfono durante el que intuí que el inspector Ventura ponía sus sentidos en alerta antes de preguntar:

—¿Qué es lo que ha descubierto?

—¿Recuerda la nota que me enseñó?

La que apareció en uno de los bolsillos de Conan.

—Sí —respondió vagamente.

—«KV 4527», ¿lo recuerda?

—Claro que sí.

—KV son las iniciales de Konstantin Vólkov, y el número es la diferencia entre el que aparecía en el mensaje de Moriarty, y el del anuncio de Vólkov en el periódico.

—¿Está seguro?

La estúpida pregunta me exasperó.

—¡Haga usted la operación! —respondí en tono ciertamente desabrido —; pero, por favor, detengan a Vólkov. Me temo que es la única persona que nos puede conducir al paradero de

Moriarty.

—Está bien. ¿Dónde está usted ahora?

—En la acera, frente a la Biblioteca Nacional. He dicho en el trabajo que estaba enfermo y que me iba para casa.

—Entonces hágalo —ordenó Ventura—. Le tendré informado de las novedades que se produzcan.

—De acuerdo —dije, pero estaba mintiendo, porque ya había decidido dirigirme al cercano Hotel Palace para presenciar con mis propios ojos la detención de Vólkov—, pero dense prisa, por favor.

Pocos minutos después estaba apostado en la acera contraria a la

entrada del Palace. No tuve que esperar mucho hasta que aparecieron dos coches policiales, sin sirena, de los que bajaron cuatro hombres que entraron rápidamente al hotel. Esperaba ver salir esposado a Vólkov para ir rápidamente a mi casa e insertar la noticia en el blog, pero cual no fue mi sorpresa cuando, pocos minutos después de que hubieran entrado al hotel, vi salir, solos, a los mismos policías —uno de ellos hablando por el móvil, supuse que con el inspector Ventura—, que subieron en el coches, y desaparecieron del lugar.

Deduje que, después de la inocente visita que le habíamos hecho el día anterior los miembros del «Club de

Holmes», el pájaro había volado del nido, y con él, nuestras posibilidades de desenmarañar la madeja y descubrir el paradero de Moriarty.

Derrotado, regresé a casa en el metro. Entendí el sentimiento de Mycroft H. cuando, reconociendo su insolvencia para resolver aquel extraño asunto, había decidido tirar la toalla. Yo me encontraba en la misma situación: lleno de frustración al verme incapaz de resolver el primer caso real al que me enfrentaba en toda mi vida.

Al llegar a casa me tumbé sobre la cama, cerré los ojos tratando de relajarme y, a pesar de lo agitado de la mañana, me invadió un sopor dulce

logrando que, en pocos minutos, estuviera profundamente dormido.

Desperté, un poco amodorrado, al filo de las tres de la tarde. Lo primero que hice fue conectar el ordenador y entrar al blog. Había dos comentarios a la información que había introducido por la mañana. El primero, de Irene Adler, era de felicitación por el gran paso que suponía mi descubrimiento, y terminaba preguntando por la detención de Vólkov; el segundo, de Mycroft H., era de entusiasmo. Decía que ahora estaba seguro de la rápida resolución del caso, y se ofrecía para volver a Madrid y continuar la investigación — naturalmente, él todavía no sabía que

Konstantin Vólkov no había sido detenido—. Terminaba diciendo: «Teníamos que haber concedido más importancia a los libros de Conan».

Como es de suponer, ese comentario me dejó estupefacto. ¿Teníamos? ¿A qué libros de Conan se estaba refiriendo? Entonces recordé vagamente que en la caravana de Conan, sobre una mesilla, había un par de libros. ¿Se refería Mycroft H. a esos libros? ¿Y a cuento de qué teníamos que haberles concedido más importancia?

Rápidamente introduje una entradilla en el blog para pedir aclaraciones a Mycroft sobre este asunto y, por supuesto, preguntarle, si es que lo sabía,

sobre la temática de dichos libros o, al menos, los títulos.

En pocos minutos apareció publicada la respuesta de Mycroft H. Decía simplemente: «Había dos libros en la caravana de Conan cuyos títulos me llamaron la atención. El primero era: “Hechos y fantasías masónicas”, de Edward Sadler; el segundo: “The secret history of the Grand Lodge of London and Westminster Unified”, de Rodney Chaitkin. Había algún que otro libro también relacionado con la masonería, cuyos títulos o autores no recuerdo. Vea, si le es posible, hacerse con un ejemplar de los libros que le he mencionado, sospecho que podemos llevarnos más de

una sorpresa».

Con la información de Mycroft H. sobre la mesa, llamé a un viejo amigo, amante de los libros que, más por amor a estos que por negocio, regentaba una librería de viejo en la calle de las Huertas, y le pregunté donde podría conseguir, o consultar, dichos libros. Tras una rápida ojeada a sus archivos, me dijo tener referencias del primero, publicado en Londres en 1887 y prácticamente imposible de encontrar en la actualidad. Del segundo no sabía absolutamente nada, dudando incluso que hubiera sido alguna vez traducido al español.

—¿Te interesan mucho? —preguntó.

—Sí, mucho. ¿Hay alguna posibilidad de que me localices cuanto antes cualquiera de ellos, o los dos? — insistí.

—Mmmm... —Pareció dudar durante unos instantes—. Déjame que lo intente. En unos días te digo algo.

Dediqué el resto de la tarde a divagar sobre la deriva que estaban tomando los acontecimientos y volví a pensar en la posibilidad de que fuera Conan quien se escondía tras el alias de Moriarty y estuviéramos, por tanto, persiguiendo a un fantasma.

A eso de las siete recibí la llamada del inspector Ventura para darme cuenta de aquello que ya sabía, que Vólkov

había dejado su habitación el día anterior, por lo que no pudo ser detenido.

—¿Ha vuelto a Nueva York? — pregunté.

—No lo sabemos. Ni siquiera sabemos si sigue en Madrid o ha huido vía Portugal o Francia. Lo único de lo que estamos seguros es que no ha tomado ningún vuelo con destino a Estados Unidos.

—Puede haberlo hecho con un falso pasaporte. ¿Han revisado las cámaras del aeropuerto?

—Estamos en ello, pero son veinticuatro horas de grabaciones lo que estamos revisando.

—¿Quién es en realidad Konstantin Vólkov? —volví a preguntar. La primera vez que le había hecho esa misma pregunta al inspector Ventura fue la noche en que nos conocimos en la Cervecería Alemana, y la única respuesta fue una vaga alusión a lo peligroso que era ese hombre—. Y no me diga, como hace unos días, que no está seguro.

Se produjo un largo silencio al otro lado del teléfono.

—Hemos hablado con el FBI —dijo por fin—, y lo único que puedo decirle es básicamente lo mismo: que no estamos seguros de a qué o a quién representa.

—No es mucho.

—Es suficiente para empezar.

—Recuerde que hay un hombre desaparecido desde hace una semana: Moriarty, y temo que su supervivencia dependa de que seamos capaces de encontrarle lo antes posible.

—¿Ustedes han descubierto algo más? —preguntó, supongo, para no tener que responder a mi comentario anterior.

Iba a responderle que no, cuando recordé el súbito interés de Mycroft H. por los libros que había en la caravana de Conan, y así se lo expuse al inspector, añadiendo que yo no veía que pudiera haber relación alguna entre unos antiguos libros sobre la masonería y el

caso que estábamos investigando.

—¿Sabe exactamente de qué tratan esos libros?

—No —repuse—. No obstante, he pedido a un amigo librero que intente conseguir una copia de los mismos.

—Manténgame informado —pidió el inspector—, intuyo que esa pista puede ser importante —dijo, y colgó.

Pocos minutos después, mientras estaba en la cocina preparándome una tortilla para cenar, ocurrió un suceso inesperado que me llenó de gozo. Volvió a sonar el teléfono, y atendí la llamada sin prestar atención a quien la hacía. Escuche entonces su hermosa voz que dijo como un eco:

—¿Watson?

—Irene... ¿Cómo estás?

—He leído los últimos reportes de Mycroft en el blog. ¿Tú crees que esos libros pueden ser realmente importantes para resolver este asunto? —preguntó. Su voz me sonó a música celestial, y observé con regocijo que seguía tuteándome.

—No lo sé. Pero Mycroft es... ya sabes, muy perspicaz. Además de haber visto los libros en la caravana de Conan, debe de tener alguna otra razón que no nos ha dicho.

—Cuando se fijó en los libros que había sobre la mesa, recuerdo que leyó una pequeña nota que había junto a

ellos.

—¡Es cierto! —exclamé. Yo también me había fijado en eso, pero al no decirnos nada di por supuesto que la nota no decía nada relevante—. ¿Tú crees que Mycroft nos oculta información?

—No creo —dijo Irene tras una pausa lo suficientemente larga como para hacerme pensar que no estaba completamente segura de ello.

—Yo tampoco —dije, a pesar de que tampoco estaba totalmente seguro.

—Watson —dijo Irene de pronto—, me voy para Madrid. Intuyo que van a pasar cosas importantes, y quiero estar allí cuando eso suceda.

Solo se me ocurrió preguntar:

—¿Le dirás a Mycroft que venga también?

—No. Claro que no. Es una decisión que debe tomar él. Que haga lo que considere conveniente.

—Mi casa no es muy grande, pero no hace falta que te diga que te puedes quedar aquí. Hay sitio de sobra para los dos.

—Te lo agradezco, Watson. Mi economía no es muy boyante.

—No se hable más. ¿Cuándo llegas a Madrid?

—Mañana a las 10 llega mi tren a la estación de Atocha.

—Allí estaré.

—Gracias. Oye... —Escuché que decía justo cuando iba a colgar el teléfono.

—Dime.

—Solo quería decirte que estoy segura de que vamos a hallar a Moriarty.

—Yo también. Hasta mañana.

Cerré los ojos, feliz, y permanecí durante unos instantes regodeándome con la perspectiva de que, Irene y yo, íbamos a estar juntos, y solos en mi casa, durante unos días. De pronto, en pleno éxtasis, al darme cuenta de que íbamos a estar en mi casa, abrí los ojos espantado y miré alrededor: la casa estaba manga por hombro, ropa sucia encima del sofá, pequeños enredos

sobre cualquier superficie horizontal susceptible de ser aprovechada, platos en el fregadero desde... no sabía desde cuándo. Recordé la promesa que me hice, el mismo día en que empecé a vivir solo, con respecto a la limpieza y el orden en mi nueva casa. ¿Cuándo perdí el control sobre el espacio que habitaba? Preferí no responderme a esa pregunta y me dispuse a dejar mi casa, esa misma noche, en perfecto estado de revista.

Empecé por la habitación que habría de ocupar Irene. Durante años había hecho las veces de trastero y había varias cajas de cartón vacías que en su momento habían sido envases de

pequeños electrodomésticos y de los distintos aparatos electrónicos que había comprado durante aquellos años. Con ellas hice mi primer viaje de la noche al contenedor de basura.

Hasta las tres de la mañana, mientras la lavadora no cesaba de hacer su trabajo, estuve pasando la aspiradora, fregando suelos, lavando platos, cambiando camas, reorganizando la cocina con un criterio racional, quitando polvo y ordenando la casa. Al terminar, miré satisfecho mi obra. Parecía una casa distinta a la mía y pensé que hacía muchos años que no resultaba tan agradable estar en mi apartamento, pero estaba tan agotado que, tras disfrutarlo

durante unos minutos, me fui a la cama no sin antes poner el despertador para que sonara a las ocho en punto de la mañana.

Por la mañana estaba tan nervioso que, tras ducharme y hacer la cama —no recordaba lo complicado que era hacer una cama sin arrugas, por lo que me demoré muchos minutos en ello—, preferí irme a desayunar a la estación, porque no me entraba bocado —¿o fue para no ensuciar lo que tanto me había costado limpiar?—.

Antes de salir de casa, llamé al trabajo para comunicar que seguía con mis fuertes dolores de cabeza y que tampoco podría acudir ese día a la

Biblioteca. Me dije a mí mismo que si quería aprovechar los días que Irene iba a permanecer en Madrid para estar con ella, debería tomarme unos días de vacaciones, o conseguirme una baja médica, y decidí que, puesto que ya estaba enfermo, lo más prudente sería ir al médico para que me diera la baja.

El tren llegó con un par de minutos de adelanto y de él se apeó Irene Adler. Venía hacia mí, arrastrando su pequeña maleta con ruedas, con paso decidido y una amplia sonrisa. Su pelo, que se mecía al compás de sus pasos, y la imagen de dignidad perversa que transmitía, hacía que, a pesar de caminar rodeada por decenas de personas que

habían bajado con ella del tren, solo tuviera ojos para ella.

Me dio un par de besos, apenas un roce en las mejillas, y preguntó con cortesía:

—¿Hace mucho que esperas?

—Acabo de llegar —mentí.

Intenté entonces apoderarme de su pequeña maleta, pero ella no lo permitió.

Salimos al exterior de la estación, donde tomamos un taxi y di al conductor la dirección de mi casa. Durante el trayecto apenas hablamos, y cuando lo hicimos fue con esas frases que se suelen decir cuando no se sabe qué decir o de obviedades del tipo: «¿Entonces,

cuantos días te vas a quedar?».

Una vez que se hubo instalado, nos sentamos en el salón e hicimos de nuevo —siempre era posible que se nos escapara un detalle decisivo— una somera recopilación de lo acontecido desde que recibimos el mensaje de socorro de Moriarty. Llegados a este punto, vislumbramos que lo más importante era esclarecer el nexo de unión que indudablemente había entre Conan y Konstantin Vólkov.

—¿Qué relación puede haber entre un artista de circo y un marchante de arte de Nueva York? —se preguntó en voz alta Irene—. ¿Dirías que Conan era español? —me preguntó de pronto.

—Sí —respondí—. Al menos yo no percibí ningún acento extranjero cuando le vi actuar.

—Sin embargo Vólkov, aunque vive en los Estados Unidos, es ruso —apuntó Irene buscando una relación que aparentemente no existía.

—Ambos estaban en Madrid los mismos días —apunté—, ¿no te parece una extraña coincidencia?

—Sí —dijo ella, y añadió—: Y ambos manejaron un número cuya suma era la constante de Kaprekar de la que nos habló Mycroft H.

—Número que a su vez incluyó Moriarty en su mensaje. ¿No crees que deberíamos incluirle también en la

pregunta?

—¿Qué quieres decir?

—Que puede que la pregunta que debemos hacernos no sea qué relación había entre Conan y Vólkov, sino entre ellos y Moriarty.

Irene quedó pensativa al percatarse de que, de una u otra manera, los datos con que contábamos provenían no de dos, si no de tres personas. De pronto, como si se hubiera producido un destello en mi cabeza, exclamé:

—¡Ucrania!

—¿Qué? —preguntó Irene sin comprender mi alborozo.

—Que Vólkov no es ruso, sino ucraniano. Cuando hablamos con él me

llamó la atención su acento. Estaba seguro que no era ruso, pero en aquel momento no pude identificarlo.

Irene me miró escéptica, y preguntó sorprendida:

—¿Puedes distinguir el acento ucraniano de otros acentos eslavos?

—Durante un tiempo salí con una pianista de Kiev.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Y crees que el hecho de que Vólkov será ruso o ucraniano afecta en algo a este caso? —preguntó Irene con cierta sorna.

—Supongo que en nada, porque él nunca dijo cual era su nacionalidad. Solo que vivía en Nueva York.

Irene comenzó de pronto a reír.

—En cualquier caso, no deja de tener su aquel: un tipo con nombre ruso y acento ucraniano, que vive en los Estados Unidos. El paradigma del hombre cosmopolita.

Me molestaron las risas de Irene Adler, porque tuve la impresión de que se estaba burlando de mis observaciones sobre el acento de Vólkov.

—No me hace gracia —dije muy serio.

—Disculpa —se excusó—. Solo era una broma. Estoy muerta de hambre —dijo tras una pausa—, ¿quieres que salgamos a cenar?

—Mejor preparo yo algo de pasta. ¿Te gusta la pasta?

—Me encanta la pasta.

Entre los dos preparamos unos estupendos tallarines con queso y albahaca. Durante el tiempo que estuvimos en la pequeña cocina de mi apartamento preparando la comida, hubo algunos momentos de complicidad difíciles de explicar. Veía a Irene relajada y a gusto, como si aquel momento fuera un instante especial en nuestras vidas y ambos fuéramos conscientes de ello.

Habíamos empezado a comer cuando sonó el teléfono. Era mi amigo el librero.

—He dado con alguien que ha leído el libro de Sadler —me dijo—.

«Hechos y fantasías masónicas».

—¿Y?

—Como te dije fue publicado en Londres en 1887. Parece que su importancia reside en que, por primera y casi única vez, revela una escisión que se produjo en la masonería inglesa en 1832 que pasó a denominarse «La Orden de los Iluminados».

—¿Y por qué es tan importante esa escisión? —pregunté intrigado.

Sin duda, mi amigo el librero estaba esperando esa pregunta, porque ya él la había hecho antes. Carraspeó para aclararse la voz, y comenzó a hablar:

—El nombre de «Iluminados» lo adoptaron porque, en cierto modo,

pretendían convertirse en los continuadores de la Orden fundada en 1776, con el mismo nombre, por Adam Weishaupt, un profesor de Derecho canónico de la Universidad de Ingolstadt, en Baviera. Les copiaron en todo, incluido que los Iluminados tenían 13 grados de iniciación en lugar de los 33 de la Gran Logia de Londres. La primitiva «Orden der Illuminaten» de Baviera tenía un carácter absolutamente ocultista, contrario a la monarquía y la religión, y tenía la voluntad de conspirar para cambiar la situación política de las naciones con arreglo a sus principios. Por ejemplo, aunque en el siglo XIX cuando se escribió la obra, solo se

insinuaba la participación de los Iluminados en la génesis y desarrollo de la Revolución Francesa, es algo que hoy está absolutamente comprobado. Probablemente, la Revolución Francesa no hubiera pasado de una simple revuelta popular sin la expresa intervención de los Iluminados que, desde la sombra, la dirigieron.

Me pareció francamente exagerado su comentario sobre el papel de los «Iluminados» en la Revolución Francesa. ¿Cómo es posible que lo que no era más que una secta formada por apenas unos cientos de hombres provocara un terremoto político y social de tal magnitud? Pensé que, sin duda, el

estudioso de un tema tiende magnificar la influencia del objeto estudiado en la sociedad de su época, por lo que preferí obviar el asunto.

—¿Qué ocurrió con esa escisión de 1832? ¿Qué fue de la «Orden de los Iluminados»? —pregunté.

—Mi amigo, que como ya te imaginarás es un estudioso de la masonería, cree que la nueva «Orden de los Iluminados», tras la escisión de la Gran Logia de Londres, se trasladó a América. Primero a Filadelfia y después a Nueva York.

—¿Cree? —pregunté, extrañado de que un experto en la materia no conociera más detalles de esa orden

masónica.

—Según él es el grupo masónico que más se ha preocupado por mantener en secreto a sus miembros, y sus fines.

—O sea, que se trata de un libro que, en principio, solo puede interesar a los estudiosos del tema.

—Más o menos —concluyó—, y más específicamente a los estudiosos de los Iluminados.

Esas afirmaciones de mi amigo me dejaron caviloso. ¿Quería eso decir que Conan era un especialista en ciertos aspectos de la masonería? Y, en cualquier caso, ¿por qué era eso importante para nuestro caso? ¿Por qué razón le había dado tanta importancia

Mycroft a la presencia de aquellos libros en la caravana de Conan?

—¿Y del segundo libro? —pregunté.

—Eso es todavía más extraño, porque «The secret history of the Grand Lodge of London and Westminster Unified» fue publicado en 1909 por un miembro de la Logia, que fue inmediatamente expulsado y condenado al ostracismo; los libros, retirados de la circulación y destruidos. En realidad, nadie sabe qué clase de secretos se contaban sobre la Gran Logia de Londres. —Hizo una pausa, tras la que, con sumo interés, preguntó de improviso —: ¿Tú has visto ese libro?

—Sí —repuse, y de pronto me di

cuenta de que aunque mi afirmación era técnicamente cierta, en realidad no podía asegurar que fuera exactamente ese libro el que estuviera allí—. Bueno, en realidad, fue un amigo mío el que pudo leer el título del libro.

—Si ese libro existe —dijo el librero—, es posible que sea el único ejemplar que hay en el mundo, por lo que puede valer literalmente su peso en oro. ¿Puedes decirme dónde lo habéis visto? —preguntó con sumo interés.

Naturalmente, no era el caso de que yo le hablara del «Club de Holmes», de la desaparición de Moriarty que nos había llevado a intervenir en el caso, o del asesinato de Conan, del cual yo

pasaba por ser el principal sospechoso.

—No puedo decírtelo —le dije con pesar—, pero te prometo que cuando todo este lío se haya resuelto, te contaré dónde y en qué circunstancias he visto el libro.

—De acuerdo —repuso el librero—. No hace falta que te diga que si necesitas alguna información que yo pueda darte, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias por todo, amigo.

Tras colgar el teléfono me senté de nuevo en la mesa, desde donde Irene no había dejado de mirarme tratando de deducir, por mis palabras, el contenido de la conversación.

—La comida se ha enfriado —dije tras llevarme unos espaguetis a la boca.

—Cuéntame —dijo ella, y llenó mi copa de vino.

Entre sorbo y sorbo, la puse al corriente de la conversación que había mantenido con mi amigo librero sobre los extraños libros de Conan, mientras la comida seguía enfriándose.

—¿Crees posible que Mycroft H. se equivocara al decirte los títulos de los libros? —preguntó.

—Parecía muy seguro cuando me lo dijo. Además, podría haberse equivocado en una o más palabras, pero no decirme un título por otro. No me cabe duda que, si me dijo que eran esos

los libros que vio, es porque ciertamente estaban allí.

—Tienes razón. No parece Mycroft H. uno de esos hombres que hablan por hablar. —Tras una pausa durante la que Irene parecía estar muy concentrada en un pensamiento, dijo—: Tenemos que preguntar a Mycroft qué decía la nota que leyó en la caravana de Conan.

Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo para hacerlo, nos levantamos de las sillas al mismo tiempo y fuimos hacia mi mesa de trabajo sobre la que estaba, permanentemente conectado, mi ordenador. Entré al blog, y escribí: «Para Mycroft H.: tanto Irene Adler como yo recordamos que, en la caravana

de Conan, sobre su mesa, había una nota que leíste. ¿Qué decía exactamente esa nota?».

—¿No vas a contar en el blog lo que hemos averiguado sobre los libros? —preguntó Irene.

—Sí, más tarde —repuse.

En realidad temía que Mycroft H. se estuviera guardando alguna carta en la manga, y decidí hacer lo mismo. Si nos decía el contenido de la nota, yo le contaría todo lo que sabíamos sobre los libros de Conan.

Debíamos esperar a que Mycroft nos contestara, pero Irene Adler, siempre inquieta, no podía esperar. Al cabo de media hora de andar de un lado para

otro como un león enjaulado, dijo con determinación:

—Vayamos a la caravana de Conan.

—¿Ahora? —pregunté sorprendido por su proposición.

—Sí, ahora —insistió—. Podemos intentar entrar en la caravana de Conan sin que nadie se dé cuenta y registrarla. Además —añadió, sin duda para animarme a hacer aquella locura—, la nota que leyó Mycroft H. debe de seguir allí.

—Estás loca, Irene. Te recuerdo que yo fui atacado allí hace solo unos días.

—Había más libros —continuó Irene como si no hubiera escuchado mis reservas—. ¿No te gustaría saber qué

otros libros leía Conan además de los títulos que te ha dado Mycroft?

—¡Claro que me gustaría!

—Entonces intentémoslo. —Irene hablaba mirándome fijamente a los ojos para infundirme la fuerza que a mí me faltaba—. Te prometo que, al más mínimo problema, nos volvemos. —Tras una pausa en la que yo seguí sin contestar, dijo—: La vez que estuvimos allí fue siguiendo una corazonada tuya, miramos con atención las cosas que había en la caravana, pero apenas hallamos nada sospechoso, porque en realidad no sabíamos qué buscar, pero ahora sabemos que Conan está implicado y que ha sido asesinado por

ello. En el lugar donde vivía tiene que haber pistas que nos digan qué sabía Conan, y por qué fue asesinado.

Fue este último argumento de Irene Adler el que me convenció para intentar colarnos en la caravana de Conan. Miré mi reloj: eran poco más de las seis de la tarde y la primera sesión debía estar a punto de empezar.

—De acuerdo —dije—. Vamos allá, pero prométeme que lo dejaremos tan pronto yo lo diga.

—Te lo prometo.

Estuve seguro de que, en aquellos momentos, Irene Adler me habría prometido cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

Bien entrada la noche, nos vestimos con las ropas más oscuras de nuestro armario, me hice con una pequeña linterna que usaba cuando salía de excursión y, tras comprobar que todavía funcionaban las pilas, bajamos a la calle y tomamos un taxi. Le pedí al conductor que nos dejara en la estación de servicio que había visto, a unos cientos de metros del circo, la noche en que fui atacado. Desde allí, en una relativa oscuridad, pues la luna estaba en cuarto menguante, andando con cuidado de no tropezar por un estrecho camino de tierra, nos dirigimos hacia donde estaba el «Gran Circo Rex».

En las cercanías de la entrada

principal, nos parapetamos tras unos arbustos para vigilar el movimiento de los guardas. En aquel lugar reinaba el más absoluto silencio, solo perturbado por el canto de un insistente grillo. Miré al cielo, donde miles de luces parpadeaban como candiles y sentí tanto miedo que estuve a punto de echar a correr. Miré a Irene que, a mi lado, vigilaba con la tensión de un felino cualquier movimiento que pudiera haber en el entorno, y eso me tranquilizó.

Los dos sabíamos dónde estaba situada la caravana de Conan, y hacia ella nos dirigimos dando un rodeo para evitar pasar por zonas al descubierto. Estábamos a unos metros de nuestro

objetivo, cuando escuchamos pisadas a nuestra izquierda. Se acercaban dos personas que hablaban en susurros. Rápidamente nos echamos al suelo escondiéndonos bajo las ruedas de otra caravana para evitar ser descubiertos por los dos hombres —seguramente vigilantes— que pasaron a solo unos centímetros de nuestras cabezas. Se pararon junto a la caravana bajo la cual nos escondíamos y vimos el haz de luz de una linterna que se movía por el suelo. Ahora podíamos escuchar sus voces, pero no entendimos absolutamente nada, porque hablaban en árabe. Temeroso de que nos hubiera descubierto, asomé con cuidado la

cabeza y pude ver el perfil de uno de ellos. Era un hombre de mediana edad y aspecto rudo. Estaba fumando un cigarrillo y, sin duda, por su mirada ausente y algunas muecas que hacía con la boca, estaba meditando sobre algún asunto que le preocupaba. Volví a ocultarme por completo y agarré la mano de Irene con fuerza. Parecía estar tan tranquila como nervioso estaba yo; de hecho, fue ella la primera en salir de nuestro escondite una vez que se hubieron alejado los vigilantes. Se acercó a la caravana de Conan con una tarjeta de crédito en la mano, y abrió la puerta en un santiamén. Tenía que preguntarle dónde había adquirido

aquella habilidad. Entró, y yo la seguí.

—Ya estamos aquí —dijo ella en un susurro. Yo tenía el corazón a punto de estallar y, aunque hubiese querido, no me salían las palabras del cuerpo—. ¿Llevas la linterna? —preguntó.

Temiendo haberla perdido cuando me arrastraba por el suelo, la busqué en el bolsillo, y, afortunadamente, allí estaba. Se la puse en las manos mientras le susurré:

—Ten cuidado, por Dios.

—Siempre lo tengo —repuso ella sin mirarme.

Con buen criterio, enfocó primero sobre el suelo para poder movernos sin tropezar con los obstáculos que pudiera

haber, y después fue ampliando el radio de acción del débil foco de la linterna moviéndola en círculos concéntricos.

Decidimos empezar la inspección por la mesa que había junto a su cama. Todo parecía estar igual que la anterior vez que estuvimos allí, todo excepto los papeles desordenados que había sobre la mesa —que ahora aparecía libre de ellos—, incluida la nota que había ojeado Mycroft H.; Irene la buscó en el suelo, bajo la mesa, entre los libros, sobre la cama, pero fue inútil, la nota había desaparecido.

—Valieri —dijo simplemente.

—Debió volver para retirar la nota después de habernos ido nosotros.

Menos mal que antes la leyó Mycroft H.
Enfoca a los libros.

Irene enfocó la linterna a los lomos de los libros que aparecían apilados sobre la mesa, y comenzó a leer sus títulos:

—«Nuevo Análisis Transaccional», «Hechos y fantasías masónicas», «Los mecanismos de la mente humana», «Problemas y curiosidades matemáticas», «Ahiman Rezon», «The secret history of the Grand Lodge of London and Westminster Unified»...

Recordé los comentarios de mi amigo librero sobre la rareza de este último libro. La única manera de comprobar si se trataba del mismo que

él pensaba era comprobar su fecha y lugar de publicación.

—Pásame ese último —pedí a Irene.

Cuando lo tuve en mis manos comprobé, por la tipografía y estado de las tapas, que se trataba de un libro viejo, lo abrí por las primeras páginas y pedí a Irene que acercara el haz de la linterna. Rápidamente encontré lo que buscaba, al pie de una de las páginas, en bonita letra cursiva, leí: «Published in London, England, in 1909». Mi amigo había dicho que todos los ejemplares de ese libro habían sido localizados y destruidos, y su autor condenado al ostracismo por la Logia. Alguna información debía contener el libro que

la Gran Logia de Londres no estaba dispuesta a que se supiera. De pronto, algo que había entre las páginas del libro cayó al suelo. Era un mapa del metro de Londres en formato desplegable. En ese momento no me llamó la atención la aparición del mapa del metro de Londres —cabía la posibilidad de que fuera ese el próximo destino del circo, y Conan estuviera familiarizándose con el mapa de la ciudad—, y no creí que fuera importante, no obstante lo recogí con sumo cuidado y volví a ponerlo entre las páginas del libro.

—Coge también el segundo libro —le pedí a Irene señalando con la linterna

—. Sí, ese: «Hechos y fantasías masónicas».

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Nos llevamos estos dos libros —respondí—. Estoy seguro de que, de alguna manera, contienen información sobre el caso.

—Bien —dijo ella cogiendo el libro y entregándomelo—. Sigamos buscando.

Me pasó la linterna y la alumbré para que ella revolviera en los cajones, buscara entre sus vestidos y capas que estaban colgados en una barra metálica, la bolsa de aseo e, incluso, debajo de la pequeña cama.

—Es curioso —musitó Irene extrañada.

—¿El qué?

—No hay ni un solo objeto personal en toda la caravana. Es como si todo lo que hay no fuera más que atrezo teatral para dar la impresión de que aquí ha vivido alguien.

—Lo libros —dije yo que, quizá por deformación profesional, siempre he pensado que un libro es una de las cosas más personales que puede poseer un hombre.

—Sí, los libros. Han debido pensar que no eran más que herramientas de trabajo para Conan.

—Mira dentro, por si hubiera algo.

Irene dio un rápido repaso a las páginas de cada uno de los libros sin

hallar nada significativo en ninguno de ellos, salvo en el que llevaba por título «Ahiman Rezon», del que extrajo una cuartilla, doblada en dos.

—¿Qué es? —pregunté.

—Nada —repuso Irene—. Palabras en inglés. Supongo que Conan estaba aprendiendo inglés —dijo. Volvió a poner el papel dentro del libro, y lo dejó en su lugar.

Hizo una pequeña pausa durante la que volvió a echar una rápida ojeada al contorno, suspiró, y dijo:

—Pienso que no hay nada más que ver. ¿Nos vamos?

—Creí que nunca lo ibas a decir.

Apagué la linterna y esperamos unos

minutos para acostumbrarnos a la oscuridad, después nos deslizamos al exterior y, con total sigilo, salimos del recinto del circo.

Inquietos, y volviendo la vista atrás cada pocos metros, retornamos por el camino de tierra hasta la estación de servicio, desde donde llamamos a un taxi que nos devolvió a casa.

—Nunca había robado —dije cuando puse los dos libros sustraídos de la caravana de Conan sobre mi mesa de trabajo.

—Considera que son un préstamo —apuntó Irene, despreocupada.

Entre unas cosas y otras se había hecho muy tarde y, después de la

incursión que habíamos hecho al circo, estábamos agotados, por lo que enseguida nos fuimos a la cama.

No fue hasta la mañana siguiente cuando vimos en el blog la respuesta de Mycroft sobre el contenido de la nota. Decía simplemente: «Parecía el inicio de una carta, que comenzaba diciendo: Deberemos ir a Londres si...».

«Deberemos ir a Londres», repetí mentalmente una y otra vez con la esperanza de que, a fuerza de repetirlo, se me ocurrieran las razones que tenía Conan para ir a Londres. ¿Conan, y quién más, porque utilizaba un plural? Además estaba el condicional: «si». ¿Si qué? —me pregunté.

—Tengo la sensación —dije en voz alta, aunque sin dirigirme específicamente a Irene— de que tenemos muchas piezas, no todas, pero muchas piezas de un *puzzle*, que no sabemos ordenar.

—¿Por qué no hacemos un resumen de todo lo que hemos averiguado desde el principio?

—¿Otra vez? —repuse cansado de estar, una y otra vez, dando vueltas a la mismas cosas, sin llegar a ninguna conclusión.

—¿Tienes tú una idea mejor?

—No. Realmente, no.

—Pues entonces empecemos.

Recordé que, obsesionados como

estábamos con el caso, todavía no habíamos desayunado.

—Necesito un café —dije desalentado.

—Tienes razón. Desayunemos primero. No se puede pensar con el estómago vacío.

El desayuno fue rápido y frugal, sobre todo porque Irene estaba deseando empezar a trabajar con los datos que teníamos. Terminado el mismo, Irene se sentó sobre la alfombra y yo lo hice en mi silla de trabajo, frente a ella.

—A ver —dijo—, repasemos todo de nuevo a partir del día que recibimos el mensaje de Moriarty.

—Al cabo de unos días sin saber de

él, decidimos vernos ese fin de semana en Madrid para investigar su desaparición.

—Mycroft H. descubrió que la letra griega y el número que aparecía en el mensaje tenían un significado especial. Aunque, si te soy sincera —dijo Irene con expresión pícaro—, no recuerdo cual era ese significado.

—Espera.

Fui en busca de mi agenda, donde había anotado meticulosamente las explicaciones que Mycroft H. nos había dado sobre el significado de phi y del número 6174, para repasarlo con ella. De vuelta en mi silla, la abrí y busqué en las últimas páginas. De pronto vi algo

que si bien al principio no terminaba de comprender, me dejó estupefacto.

—¿Qué pasa? —se interesó Irene, extrañada por mi gesto de asombro.

—Aquí hay algo que no he escrito yo —dije sin terminar de entender todavía qué hacían allí aquellas palabras—. Parece una dirección.

—¿Qué pone?

Leí en voz alta:

—60, Great Queen St., London WC2B 5AZ.

—¡Londres otra vez! —exclamó Irene.

—Sí, pero ¿quién ha escrito esto en mi libreta? —me pregunté en voz alta.

—¿Quién ha tenido la oportunidad

de hacerlo? —respondió Irene.

Reflexioné durante unos instantes.

—La única persona que pudo hacerlo fue la que me agredió la noche en que fui al circo. Esa noche perdí mi agenda, mejor dicho, alguien me la robó, y apareció días después en los bolsillos del cadáver de Conan.

—Está claro entonces —dijo Irene —, fue Conan quien te atacó y luego robó tu agenda.

—No sé —repuse lleno de dudas, porque en el fondo siempre había descartado la posibilidad de que fuera Conan la persona que me había atacado aquella noche—. Intuyo que hay algo que no termina de encajar.

Recordé entonces el mapa del metro de Londres que había caído de entre las páginas del libro de Conan cuando lo manejaba en la caravana, y corrí a buscarlo. Lo desplegué sobre el suelo buscando algo que me llamara la atención, y allí estaba, marcado con un rotulador de tinta roja, un grueso círculo sobre la estación de metro de Covent Garden.

Primero fue el raro libro, publicado en Londres, en poder del mago; después, el mapa del metro de Londres guardado entre las páginas de ese libro; y por último, la dirección de Londres que — todo apuntaba a que, él mismo— había anotado en mi agenda. Eran demasiados

los indicios que señalaban a Londres como para pensar que pudieran ser un cúmulo de casualidades. Tomar la decisión de que teníamos que ir a la capital británica para intentar averiguar qué buscaba allí Conan, no fue más que un paso natural, dictado por las circunstancias.

—Deberemos ir a Londres —dije remedando la frase que iniciaba la carta de Conan encontrada por Mycroft H.

—Supongo que sí —fue la respuesta de Irene Adler—. Pero deberías escribir en el blog a dónde vamos, y por qué. Yo, mientras tanto, prepararé algo de equipaje. ¡Ah! También tendrías que llamar al inspector Ventura y decírselo,

pero, por favor —añadió con una maliciosa sonrisa—, omite nuestra excursión de anoche.

Capítulo 5

Inesperado viaje a Londres

Watson e Irene tomaron el primer vuelo que salió de Barajas con destino a Londres, a donde llegaron ya anochecido. Una fina y persistente llovizna caía sin cesar sobre el aeropuerto de Heathrow, y las luces de los coches que iban y venían por la autopista que conducía a la ciudad se reflejaban sobre el húmedo asfalto produciendo tenebrosos efectos de neón.

Ambos habían estado en anteriores

ocasiones en la capital británica, pero nunca de una manera tan brusca e inesperada, por lo que, cuando tomaron el taxi, no supieron qué dirección darle al conductor.

Fue cuando faltaban pocos kilómetros para llegar a la ciudad cuando Irene recordó la dirección de un Bed & Breakfast en el que se había alojado unos meses antes.

—Está bastante céntrico y, además, no es caro.

—Me basta con que no haya cucarachas —dije yo.

Era una casa de cuatro plantas sin ascensor con fachada de ladrillo, más parecida a una fábrica de época

victoriana que a una casa de huéspedes, situada en Brewer Street, una tranquila calle en pleno centro del Soho. En recepción les dieron la llave de su habitación, una pequeña estancia en la segunda planta, sin ascensor.

Irene miró los folletos que había sobre el mostrador de la recepción, y cogió el que era un mapa de la zona centro de Londres.

—Nos vendrá bien de momento —dijo—, pero mañana deberíamos comprar un mapa más completo de la ciudad.

—No venimos a hacer turismo —repuse secamente.

Irene ignoró mi comentario, y echó a

andar hacia donde el recepcionista había señalado que estaba la escalera. La seguí escaleras arriba y, al cabo de unos minutos, estábamos en la habitación que nos había dado. «Al menos está limpia», pensé. Pero había un pequeño problema, si es que así podía llamársele: había una sola cama.

Irene me miró, interrogándome con los ojos, y yo me encogí de hombros para indicar que no me importaba.

La situación tenía algo de cómica: los dos, parados frente a la cama sin saber qué hacer. Por fin, Irene puso su mochila sobre uno de los lados de la cama.

—Después de todo —dijo—, solo

es para dormir. Yo prefiero este lado — añadió mientras se sentaba sobre el colchón para comprobar su dureza—, ¿te importa?

—Claro que no —respondí, y añadí con sorna—: después de todo, solo es para dormir.

Ambos reímos la broma, y no tumbamos sobre la colcha para descansar un rato antes de bajar para buscar un sitio donde cenar algo.

—¿Qué crees que vamos a encontrar? —preguntó Irene de pronto sin apartar los ojos del techo.

—¿Dónde?

—En el 60 de Great Queen Street.

—No tengo ni idea.

Irene se incorporó sobre la cama, extrajo de su bolso el mapa que había cogido en la recepción, y lo extendió sobre la cama.

—¿Qué miras? —pregunté con dejadez.

—¿Por qué crees que Conan señaló en su mapa la estación de metro de Covent Garden?

Me encogí de hombros.

—¿Porque donde tenía que ir estaba cerca y era allí donde debía de apearse del metro? —sugerí.

—O porque allí tenía que ver algo o encontrarse con alguien.

Estaba demasiado cansado y hambriento como para iniciar una

discusión con Irene. Elucubrar sobre las razones que pudo haber tenido Conan para señalar en rojo el nombre de una estación de metro de Londres no conducía a ningún sitio. Al menos hasta que llenara el estómago.

—Con el estómago vacío no puedo pensar —dije entonces.

—Sí —apuntó ella, y miró su reloj —, además se está haciendo demasiado tarde.

—Pues no hablemos más —repuso, y, casi de un salto, se levantó de la cama.

Ella, más indolente, se incorporó despacio, extrajo su bolsa de aseo del equipaje, y se metió en el cuarto de

baño. Pasados quince larguísimos minutos salió con la cabellera más ordenada y retoques en el maquillaje.

—Ya estoy lista —anunció.

Bajamos las escaleras y me fijé que había cambiado el recepcionista: ahora era un hombre de color, de mirada cetrina y grande como un armario de dos cuerpos, que nos miró fijamente al pasar.

La calle Brewer había cambiado por completo durante el escaso tiempo que habíamos permanecido en la habitación. Ahora ya no era la calle tranquila y apacible, a un paso de Piccadilly Circus, que había visto a nuestra llegada, sino una calle sórdida,

flanqueada de tugurios de los que, al abrir la puerta, se escuchaba todo tipo de músicas, desde *rock* duro hasta salsa, pasando por la vieja música de los ochenta. Hombres malencarados, pandillas de jóvenes bulliciosos pasados de copas, y travestís que hacían la carrera moviendo el trasero con descaro tomaban las aceras. En una esquina, uno de ellos, alzado sobre unos imponentes tacones, meaba sin problemas soltando un potente chorro contra la pared. Sonreí ante el espectáculo y, al advertirlo, apuntó Irene:

—Te dije que era un bed & breakfast céntrico y barato, nada más.

Reí abiertamente por la frase de Irene, que sonaba a intento de disculpa.

—Si no me importa —aseguré, y era cierto—, solo espero que no terminemos en un rincón con un tajo en el cuello —añadí con sorna.

—¡Por favor! —exclamó malhumorada—, ¡Déjalo ya!

Llegamos a Piccadilly, donde entramos en el primer local de comida rápida que encontramos: un minúsculo lugar regentado por un pakistaní —quizá era hindú, nunca he podido distinguirles—, en el que ni siquiera había sillas o taburetes donde poder sentarse, por lo que nos vimos obligados a volver a la calle con una especie de kebab grasiento

entre las manos. Dando bocados a nuestra cena, deambulamos por Regent Street mirando escaparates, y decidimos terminar la noche tomando unas pintas de Guinness en uno de los muchos *pubs* que había por la zona.

Fue tomando la segunda pinta cuando Irene me confesó que era abogada, que era socia fundadora de un bufete que marchaba muy bien, y que su verdadera pasión era la criminología, más exactamente la motivación criminal.

En cierto modo sentí un extraño regocijo al ver a la inflexible Irene Adler, la que prefería —según me dijo el primer día que nos vimos— dejar a un lado toda cuestión personal para

evitar que, con el tiempo, ese conocimiento concreto de la persona que había detrás de nuestros seudónimos terminara contaminando el juego. Eso me hizo pensar que, si había terminado convirtiendo su participación en el «Club de Holmes» en una de las cosas más importantes de su vida, era señal de que su existencia se hallaba muy vacía. Pero, por otro lado, me dije con una pizca de amargura: «¿En qué se diferenciaba su vida de la mía?». ¿Acaso no había encontrado yo en el «Club de Holmes» una razón para levantarme cada mañana?

—¿Tú qué piensas? —preguntó Irene sacándome de mis pensamientos.

—¿Sobre qué?

—Me preguntaba qué es lo que conduce a una persona normal al mundo del crimen.

—En general, la sociedad tiende a pensar que es la necesidad económica lo que lleva a las personas a conductas... digamos antisociales —respondí.

—La sociedad se equivoca si piensa así —repuso Irene con convicción.

—Estoy de acuerdo. Detrás de esa idea únicamente hay una concepción materialista de la conducta humana. El ser humano no solo se mueve por razones económicas. Sería demasiado sencillo. Desgraciadamente, intervienen mil factores en sus decisiones, la

mayoría de ellos insignificantes en sí mismos, pero todos juntos... Sería como decir que una gota colma un vaso, sin tener en cuenta las mil gotas previas. La necesidad, o incluso la comodidad, serían uno de esos factores. ¿Una mujer se prostituye siempre por necesidad?

—Solo a veces —respondió Irene—. Estoy segura que muchas mujeres prefieren trabajar cuatro horas como putas, que ocho como dependientas de El Corte Inglés. Pero una puta no hace daño a nadie, sin embargo un ladrón... o un asesino, es distinto.

Fue en la tercera pinta cuando de pronto, mirándome fijamente a los ojos, dijo de pronto:

—¿Sabes una cosa? Desde el primer instante en que pusiste el pie en el bar del Hotel Victoria supe que eras Watson.

Sus palabras sonaron a mis oídos como si hubiera dicho que, al verme, reconoció en mí al hombre que había estado esperando durante toda su vida, y el flujo de mi sangre se aceleró, y sentí que, como en el champaña, miles de minúsculas burbujas estallaban contra las paredes de mis arterias produciéndome un intenso placer.

—Yo te vi primero —farfullé—. Estabas al final de la barra, de perfil, mirando fijamente tu copa...

—¿Qué fue lo primero que pensaste al verme?

—Supe que tú eras tú, y, aunque no podía ver toda tu cara, estuve seguro de que eras una mujer hermosa.

Irene rio halagada.

—¿Se confirmó esa idea cuando me viste? —preguntó seductora.

—Absolutamente.

Volvió a reír, nerviosa esta vez. De pronto, como si una densa nube hubiera pasado por la córnea de sus ojos, su actitud cambió por completo. Su espalda se enderezó perceptiblemente al preguntar:

—¿Te das cuenta de que hasta ahora hemos estado dando palos de ciego? ¿De que esta es la primera vez que seguimos una pista aparentemente

sólida?

—Tan sólida que ni siquiera sabemos lo que vamos a encontrar mañana en el n° 60 de Great Queen Street —ironicé.

—Sea lo que sea, al menos sabemos que estamos en el camino correcto. Solo tendremos que saber interpretar lo que descubramos, buscar el hilo conductor, y seguirlo hasta el final.

La breve conversación personal que había tenido unos minutos antes con Irene me había dejado confuso. Confuso y excitado. Me resultaba difícil pensar en otra cosa que no fuera su cálido cuerpo que tan cerca de mí iba a estar esa noche. Quizá ella pensó lo mismo y,

por esa razón, truncó tan bruscamente el inocente flirteo que habíamos iniciado. Si es así, pensé, en algo tiene razón: que ahora mismo lo único importante era encontrar a Moriarty; que, en el fondo, para eso estábamos en Londres, y que era importante que nada nos distrajera de nuestro objetivo.

—Estoy cansado —dije entonces—. Deberíamos irnos a dormir.

—Supongo que tienes razón.

Sin hacer caso a los excéntricos personajes que se cruzaban en nuestro camino, andamos, uno junto al otro, en dirección a nuestro alojamiento.

Una vez en la habitación, sin apenas intercambiar palabras, nos acostamos

uno a cada lado de la cama, lo más cerca posible del borde, como si temiéramos que, durante el sueño, llegara a producirse el más leve roce. Pero estaba tan cansado que, al cabo de cinco minutos, me dormí profundamente.

Cuando desperté a la mañana siguiente encontré a Irene, junto a la ventana, con el mapa del metro de Londres desplegado.

—Buenos días, bello durmiente —dijo cuando me vio, incorporado sobre los codos, mirándola con el ceño fruncido.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y cinco —respondió sin mirar el reloj.

Me dejé caer pesadamente sobre la cama, pero sabía que no había tiempo para regodearme entre las sábanas, por lo que me levanté casi de un salto y me fui derecho al cuarto de baño. Me afeité concienzudamente, tomé una rápida ducha y me vestí. Al salir del baño Irene seguía enfrascada, en esta ocasión, en el mapa del centro de Londres que había extendido sobre la cama.

—Great Queen Street está tan cerca de aquí que podríamos ir andando —dijo sin levantar la mirada del mapa.

—Bien —dije despreocupadamente.

—Pero iremos en metro. Son solo dos paradas, desde Piccadilly Circus hasta Covent Garden.

La mención de Covent Garden hizo que de pronto prestara más atención a lo que me estaba diciendo Irene.

—Creo que esa fue la razón de que la marcara Conan en su mapa: si quieres ir en metro a Great Queen Street, Covent Garden es la estación más cercana. Unos cinco minutos a pie.

—Y quieres hacer las cosas tal y como las habría hecho Conan, ¿no es eso?

—Exactamente. He estado dándole vueltas toda la noche, y estoy convencida de que Conan tampoco sabía qué, o a quién, se iba a encontrar en esa dirección. Después —añadió tras una pausa—, cuando supo que iba a ser

asesinado, anotó la dirección en tu agenda para que tú la encontraras. Si hubiera sabido algo más, lo habría anotado, pero es evidente que solamente sabía a dónde había de acudir para obtener la información que necesitaba. Y esa información tenía que ser muy importante para que justificara su viaje hasta aquí, y para que provocara su muerte.

—Es coherente lo que acabas de decir —admití—, pero ¿cómo es posible que tuviera Conan en su poder mi agenda?

—No solo es coherente —dijo ella—, es exactamente lo que pasó. En cuanto a la agenda, es posible que

Conan y sus asesinos trabajaran juntos al principio, o que se lo hiciera creer, y participó así en tu secuestro, durante el que aprovechó para robártela.

—Estoy deseando llegar a Great Queen Street para ver qué nos encontramos. ¿Desayunamos antes aquí o lo hacemos por el camino?

—Desayunamos aquí —señaló Irene sin dudarlo ni un instante—. Está incluido en el precio de la habitación.

Yo tomé un café con leche y un panecillo, sin tostar, untado de mantequilla, y un vaso de un horroroso zumo que, según el envase, era de naranjas, e Irene añadió un huevo cocido. En total, no más de quince

minutos, tras los cuales salimos a la calle, que volvía a ser una calle normal, sin apenas tráfico, del centro de Londres.

Cinco minutos después bajábamos las interminables escaleras mecánicas de la estación de Piccadilly y subimos en un tren que se dirigía hacia Cockfosters. La siguiente parada era Leicester Square, e Irene me condujo hacia la puerta porque la siguiente era Covent Garden, nuestra parada. Ya en la calle, caminamos hacia el este por Long Acre, y unos minutos después, haciendo esquina con Wild Street, nos topamos con el imponente edificio que había en el número 60 de Great Queen Street: se

trataba del Freemasons' Hall, la sede de la Gran Logia Unida de Inglaterra.

Parados en la acera contraria, Irene y yo admirábamos el magnífico edificio de estilo art decó, coronado por un templete con cuatro aberturas, culminado en cúpula, con una enorme puerta en la misma esquina flanqueada por dos altas columnas.

Irene y yo estábamos mudos y sin saber qué pensar. Allí se guardaba el secreto que nos ayudaría a desentrañar el misterio de la desaparición de Moriarty y todo lo que había sucedido después. Eso esperábamos, al menos.

En ese mismo momento, un guardia de seguridad salió del interior, y abrió

las enormes puertas dejándolas de par en par. Lo recibimos como una señal. Irene me miró dijo:

—¿Vamos?

—Vamos allá —respondí. Y cruzamos la calle con paso firme.

Nos quedamos parados en el amplísimo recibidor sin saber qué hacer. Pronto nos ubicamos, dándonos cuenta de que, en el edificio, había un Gran Templo, así como un museo y una biblioteca que se podían visitar libremente. Naturalmente, sin saber qué es lo que debíamos buscar, decidimos hacer una visita lo más completa posible, y empezamos por el Gran Templo, una enorme sala capaz de

albergar hasta 1700 personas.

Irene, más observadora que yo, me señalaba cualquier detalle que llamaba su atención, ya fuera una placa sobre la pared, escrita en latín, o un símbolo sobre un escudo. Pasamos después a la biblioteca, donde tampoco hallamos nada digno de atención, y terminamos en el museo. Visionamos detalladamente cada estante, cada vitrina, cada objeto que allí se hallaba expuesto, pero bien fuera porque ni Irene ni yo teníamos conocimientos para descifrar mensajes ocultos de la masonería, bien porque allí no había nada que descifrar, nos encontramos a las doce de la mañana de vuelta en la calle y con nuestras

expectativas por los suelos.

Estábamos comentando nuestro desconocimiento de la simbología e historia de las logias masónicas, cuando Irene tuvo una brillante idea.

—Hablemos con el director del museo —dijo—. Él debe de saber exactamente qué cosas importantes hay aquí —dijo señalando la entrada al museo del que acabábamos de salir—, y cuál es su significado.

Dicho y hecho. Volvimos a entrar en el museo y fuimos derechos a una zona donde una señorita de piel lechosa y pelo pajizo, atrincherada tras una mesa y un ordenador, atendía a los visitantes.

—Disculpe, ¿podemos hablar con el

director del museo? —preguntó Irene, cuyo inglés, según pude comprobar la noche anterior, era mucho mejor que el mío.

No creo que fuera habitual que los visitantes del Museo de la Gran Logia Unida de Inglaterra quisieran hablar con el director, por lo que, ante tan extraña petición, la chica hizo un ligero aspaviento del que inmediatamente se recompuso.

—¿El director? —repitió con toda la flema de la que solo son capaces los ingleses—. ¿Es posible saber para qué desean hablar con el director del museo? —preguntó con voz cantarina.

Irene me miró indecisa, y me adivinó

el pensamiento, porque se volvió y contestó de inmediato:

—Somos investigadores españoles, y para nosotros sería muy importante conocer su opinión sobre algunas cuestiones.

—¡Ah! —exclamó complacida la inglesa—. Perfecto, pero tendrán que pedir cita.

—¿Dónde debemos pedir la cita? —preguntó Irene.

—Aquí —dijo la inglesa—, a mí. —Irene hizo un gesto que venía a significar: «Adelante, pues»—. Disculpen un momento, por favor.

Marcó un número en el teléfono, y se giró levemente para impedir que le

viéramos la boca al hablar. Lo hizo en voz muy baja, por lo que entendimos que lo estaba haciendo con el director del museo. Tras un par de minutos de bisbiseos, de los que únicamente entendimos las palabras «Spanish investigators», colgó al aparato y, con una sonrisa encantadora, se dirigió a nosotros:

—El señor Harris les recibirá mañana por la mañana, a las once en punto. —Tomó papel y lápiz, y preguntó —: ¿Me pueden dar un teléfono por avisarles si surgiera un problema?

—Naturalmente —respondió Irene —, tome nota por favor. —Le dio su número de teléfono, que la secretaria

anotó y guardó en un cajón—. ¿Cómo ha dicho que se llama el director del Museo? —preguntó entonces Irene.

—Señor Harris, Arthur P. Harris.

—Gracias. Hasta mañana. —Nos despedimos de la inglesa encaminándonos hacia la puerta de salida, cuando de pronto escuchamos a nuestra espalda una voz chillona. Era la inglesa que, sin perder la sonrisa, nos decía:

—¡No lo olviden, por favor, a las once en punto de la mañana!

—Gracias —dijimos a dúo, y abandonamos el Freemasons' Hall.

—Supongo que es estúpido preguntar qué podemos hacer en Londres

hasta mañana, ¿no?

Irene me lanzó una mirada furibunda.

—¿No estarás pensando en hacer turismo? —dijo muy seria.

—Hasta mañana a las once no tenemos otra cosa mejor que hacer —repuse.

—Yo sí —respondió Irene con determinación, y añadió—. Mañana tenemos una cita con el director del Museo de la más grande Logia masónica del mundo, y, al menos yo, no se prácticamente nada de la masonería.

—¿Y? —pregunté sin saber a dónde quería ir a parar.

—Pues que tenemos veinticuatro horas para aprender todo lo que

podamos sobre ella.

La miré escéptico. Me parecía una locura su propuesta, pero al mismo tiempo sabía que era inútil contradecirla. Empezaba a conocerla bien, y sabía que cuando se le metía una idea entre ceja y ceja, nada ni nadie sería capaz de convencerla para que hiciera otra cosa.

—¿Qué propones que hagamos? — pregunté.

—Busquemos una librería. Londres es una de las ciudades con más librerías del mundo —añadió—, y compremos libros sobre la masonería. Tú lees unos y yo otros, y después los comentamos. ¿Te parece bien?

Antes de que yo pudiera contestar, exclamó señalando a unas decenas de metros más adelante:

—¡Ahí tenemos una!

Miré hacia donde señalaba y vi el letrero: Waterstone's, y hacia allí nos dirigimos. No era una librería excesivamente grande, pero sí parecía bien surtida. Naturalmente, no esperábamos encontrar libros en español, y menos sobre un tema tan específico como el que nos interesaba, pero eso no significaba un serio problema para nosotros, porque ambos teníamos un buen nivel de inglés.

Compramos los cuatro libros que nos parecieron más adecuados para

hacernos una idea cabal de lo que la masonería era en la actualidad, y sobre lo que había significado en el pasado, sobre sus principios y rituales, y la influencia que había ejercido sobre algunos movimientos políticos en el mundo occidental.

Durante las diez horas siguientes no paramos de leer. Primero, durante más de dos horas, sentados en un banco en Hyde Park; después, tumbados sobre el césped sin preocuparnos lo más mínimo de quedar manchados por la clorofila de la hierba; y por último, tras comer una hamburguesa y unas patatas fritas, encerrados en la habitación del hotel. Por fin, durante la cena, y hasta bastante

después de medianoche, intercambiamos los nuevos conocimientos adquiridos. Básicamente fueron estos:

Una leyenda atribuye a Hiram Abif, mítico arquitecto del Templo de Salomón en Jerusalén, la fundación de la masonería. Otros textos retrasan el origen de la masonería a épocas mucho más antiguas, adjudicándolo a los constructores de las pirámides del antiguo Egipto, o posteriores, como los Collegia Fabrorum romanos, a la orden de los Templarios, la de los Rosacruces

o a los humanistas del Renacimiento.

El término masonería proviene del francés maçon, albañil, y está aceptado que la masonería moderna procede de los gremios de constructores medievales de catedrales, que fueron evolucionando hacia comunidades de tipo especulativo e intelectual que, en parte, conservaron alguno de su antiguos ritos y símbolos.

Los maçons medievales disponían de lugares de reunión llamados logias, situados habitualmente cerca de las obras

que estaban realizando. Era norma de los gremios de la época, especialmente en el de albañiles, el dotarse de reglamentos y normas de conducta, utilizando un ritual para dar a sus miembros acceso a ciertos conocimientos o al ejercicio de ciertas funciones.

Los gremios de albañiles son mencionados en varios de los más antiguos códigos de leyes, incluido el de Hammurabi (1692 a. C.), pero el primer código específicamente masónico fue el que el rey Athelstan de Inglaterra concedió a estos gremios en el

año 926, las denominadas Constituciones de York. Trata de aspectos jurídicos, administrativos y de usos y costumbres del gremio. Le siguen en antigüedad otros documentos, como la Carta de Bolonia, redactada en 1248, el Manuscrito Halliwell (1390), el Manuscrito Cooke (1410), el Manuscrito de Estrasburgo (1459), los Estatutos de Ratisbona (1459), los de Schaw (1598), el Iñigo Jones (1607), los de Absolion (1668) y el Sloane (1700). Todos estos documentos se refieren a la

masonería gremial, y en ellos se especifica, sobre todo, las reglas del oficio.

En cuanto a los rituales masónicos, el más antiguo que se conoce en su totalidad es el denominado Archivos de Edimburgo, de 1696.

Con el desarrollo social y las transformaciones económicas que se produjeron a partir de la Edad Media, la mayoría de las logias de la masonería gremial dejaron, poco a poco, de realizar construcciones, transformándose en organizaciones fraternales que, en parte, conservaron sus

ritos tradicionales —«Algo así como clubs», bromeó Irene—. A partir del siglo XVII, algunas logias gremiales comenzaron a admitir como miembros a personas ajenas al oficio. El perfil de estos masones aceptados solía ser el de intelectuales humanistas, interesados por la antigüedad, el hermetismo, las ciencias experimentales, etc. Así, las logias de este tipo se convirtieron en un espacio de librepensamiento y especulación filosófica.

El 24 de junio de 1717,

cuatro logias londinenses que llevaban el nombre de las tabernas donde realizaban sus encuentros (La Corona, El Ganso y la Parrilla, El manzano, y El Racimo y la Jarra), se reunieron para formar una agrupación común, que denominaron Gran Logia de Londres y Westminster. La creación de esta nueva institución supuso un gran salto en la organización de la masonería, y a ella pertenecieron numerosos miembros de la Royal Society cercanos a Isaac Newton.

El ritual practicado en esta

Gran Logia, plasmado en las Constituciones de Anderson, aunque enriquecido y desarrollado, era perfectamente conforme a los usos escoceses contemplados en los Archivos de Edimburgo.

El nuevo modelo masónico se extendió rápidamente por Europa y América con la creación de diversas Grandes Logias, como las de Irlanda, Francia, Massachussets o Escocia. Pero pocos años después, se formaron dos grandes corrientes, que tenían dos cosas en común: Primero, la

necesidad de una legitimidad de origen; esto es, que su constitución hubiera sido auspiciada por alguna otra organización masónica regular. En este sentido, suele considerarse que la regularidad inicial emana de la antigua Gran Logia de Londres y Westminster; y segundo, el respeto y los valores y principios establecidos en las llamadas Constituciones de Anderson, publicadas en 1723.

Las características de las dos grandes corrientes son, en resumen, las siguientes:

La corriente denominada regular, encabezada por la Gran Logia Unida de Inglaterra, sucesora de la de Londres y Westminster, que basándose en su interpretación de la tradición masónica, establecen los siguientes criterios de regularidad:

1. La creencia en Dios o en un Ser Supremo, que puede ser entendido como un principio no dogmático, como un requisito imprescindible a sus miembros.

2. Los juramentos deben realizar sobre el llamado Volumen de la Ley Sagrada, generalmente la Biblia u otro libro considerado sagrado. La presencia de este libro de la Ley Sagrada, la Escuadra y el Compás son imprescindibles en la Logia.
3. No se reconoce la iniciación masónica femenina, ni se acepta la relación con otras Logias que admitan mujeres entre

sus miembros.

4. Quedan expresamente prohibidas las discusiones sobre política y religión, así como el posicionamiento institucional sobre estos aspectos.

Irene hizo un mohín de disgusto cuando escuchó sobre la prohibición de pertenencia de las mujeres a esta corriente masónica, pero no dijo nada.

La corriente que se denomina liberal o adogmática tiene su

principal exponente mundial en el Gran Oriente de Francia, y son sus principales características:

1. El principio de libertad absoluta de conciencia. Admite entre sus miembros tanto a creyentes como a ateos y los juramentos pueden realizarse, según las Logias, sobre el Libro de la Ley (las Constituciones de la Orden) o sobre el Volumen de la Ley Sagrada, en ambos casos junto a la Escuadra y el Compás.

2. El reconocimiento del carácter regular de la iniciación femenina. Las Obediencias pueden ser masculinas, mixtas o femeninas.
3. El debate de las ideas y la participación social. Las logias debaten libremente incluso sobre cuestiones relacionadas con la religión o la política, llegando, en determinadas ocasiones, a posicionarse institucionalmente sobre cuestiones relacionadas con

esos aspectos.

En este punto hicimos un alto para comentar las características de cada corriente de la masonería, que acababa leer de los apuntes tomados sobre mis lecturas.

—¿En qué momento se formaron estas dos corrientes de la masonería? —preguntó Irene.

No recordaba haber leído ese dato, aun así repasé mis apuntes infructuosamente.

—Creo que no lo dice en ningún sitio —respondí al fin—, pero debió ser en los primeros años del siglo XIX.

Irene resopló cansada, y dijo:

—Te juro que no termino de entender la razón por la que la masonería fue algo tan importante en los siglos pasados.

—Eran lugares donde se debatían ideas —repuse—. Ideas nuevas, en muchos casos. En ese sentido pienso que tuvieron una enorme influencia, a finales del siglo XVIII y durante todo el XIX, en el desarrollo del pensamiento. Además, solía haber gente importante entre ellos. Tenían acceso directo a los centros donde se tomaban las grandes decisiones, y supongo que funcionaban como magníficos grupos de presión.

—En algún sitio he leído que la

Gran Logia Unida de Inglaterra tuvo una enorme influencia en los procesos de independencia de la América española, pero eso es un contrasentido con lo que me acabas de decir.

—¿Por qué?

—Porque, según tú, los masones ingleses tenían expresamente prohibidas las discusiones sobre política. ¿Acaso no fue política fomentar los procesos de independencia de los países sudamericanos de principios del siglo XIX? —preguntó Irene.

—Indudablemente sí.

Los dos quedamos pensativos, aunque creo que, en realidad, estábamos tan cansados que ya nos resultaba muy

difícil hasta el simple hecho de pensar.

—¿Hay más corrientes aparte de las dos que has comentado?

—Parece que sí, hay varios grupos que andan de por libre, pero deben ser tan insignificantes y combativos que se les llama los salvajes.

Seguimos durante varios minutos hablando de esto y aquello, de cosas que nos habían llamado la atención durante nuestras lecturas, y de pronto, intrigada, preguntó Irene:

—¿Has leído algo sobre el «Ahiman Rezon»?

—¿Qué es eso? —pregunté, aunque me sonaba vagamente el nombre. De pronto recordé que era el título de uno

de los libros que aparecían en la caravana de Conan.

—Vi en el Museo, guardado en una vitrina en un lugar de honor, un ejemplar de la primera edición. Estaba también en la caravana de Conan, ¿recuerdas?

—Sí.

—Deberíamos haberlo cogido también.

—¿Crees que ese libro tiene algo que ver con el caso? —pregunté.

—Quien sabe —respondió encogiéndose de hombros. Irene carraspeó, consultó después algunos detalles en uno de los libros que había leído, y empezó a hablar:

—La Gran Logia de Londres y

Westminster parece que no fue la única logia importante que funcionó en Inglaterra en el siglo XVIII. En 1751 un grupo de francmasones descontentos porque, según ellos, la de Londres y Westminster se había apartado de los antiguos senderos de la masonería, formó una logia rival, la Gran Logia de Masones Libres y Aceptados de Inglaterra, que trabajarían de acuerdo con las antiguas reglas de la masonería. Por eso, a esta logia, se les llamó de los antiguos, y a la de Londres y Westminster, que paradójicamente era anterior, de los modernos.

La Constitución de los

antiguos, donde se detallan su organización y rituales, fue publicada en 1751 y se llama «Ahiman Rezon», nombre del que nadie, salvo el autor, sabe su significado. Supuestamente no es más que una compilación de los antiguos rituales, hecha por Lawrence Dermott.

—¿Y qué es lo que te ha llamado la atención de ese libro? —me interesé.

—Pues que desde entonces se ha reeditado decenas de veces, incluso hoy en día se sigue vendiendo en todo el mundo.

—¿Y qué tiene eso de

extraordinario?

—Un libro escrito hace más de doscientos cincuenta años, sobre organización y rituales de una logia masónica, supongo que debe de resultar algo trasnochado en el mundo de hoy, algo fuera de lugar, lo que me hace pensar que debe de ser algo así como la Biblia de los masones. ¿Te imaginas que se siguieran publicando los tratados de alquimia medievales?

—Estas siendo excesivamente subjetiva —apunté—. Puede resultar trasnochado para ti, que no crees en nada de eso, pero no necesariamente para ellos.

Irene hizo un gesto con el que venía

a darme la razón, pero sin hacer comentario alguno.

—¿Es en ese libro donde se establecen los grados de la masonería y los rituales que permitían el paso de uno a otro?

—Supongo que sí —dijo ella—. Aunque seguramente también estará en otras Constituciones.

—¿Cómo funciona exactamente según el «Ahiman Rezon»?

—En principio depende de la antigüedad en la Logia, pero siempre, para pasar de un grado a otro, es necesario pasar ciertas pruebas rituales. Parece que no da muchos más detalles el libro. ¿Tú has leído algo sobre eso?

—Sí —respondí—. Hay hasta treinta y tres grados, y en sus nombres hay algo de esotérico, de mágico y misterioso, supongo que...

—¿Cuáles eran esos nombres? —me interrumpió.

Pasé varias páginas de mi moleskine, hasta encontrar lo que buscaba.

—Te leo —dije, y comencé a recitar:

Primeros grados. Conferidos
en una Logia Simbólica o de
Masonería Azul.

1. Aprendiz

2. Compañero

3. Maestro

Serie de grados
conferidos en una Logia de
Perfección, también
llamados grados
«inefables»

4. Maestro Secreto

5. Maestro Perfecto

6. Secretario Íntimo

7. Preboste y Juez

8. Intendente de los edificios

9. Maestro Elegido de los
Nueve

10. Maestro Elegido de los

Quince

11. Sublime Caballero Elegido
12. Gran Maestro Arquitecto
13. Caballero del Real Arco
14. Gran Elegido Perfecto y Sublime

Los grados que siguen se otorgan en el Consejo de Príncipes de Jerusalén

15. Caballero de Oriente o de la Espada
16. Príncipe de Jerusalén
17. Los siguientes dos se confieren en el capítulo rosacruz

- 18. Caballero de Oriente y Occidente
- 19. Soberano Príncipe Rosacruz

Los catorce grados siguientes se confieren en un Consistorio de Príncipes del Real secreto

- 20. Gran Pontífice
- 21. Gran maestro ad vital o de todas las logias
- 22. Patriarca Noaquita o Caballero Prusiano
- 23. Príncipe del Líbano o Caballero de la Real Hacha

24. Jefe del tabernáculo
25. Príncipe del Tabernáculo
26. Caballero de la Serpiente
de Bronce
27. Príncipe de Merced o
Escocés trinitario
28. Soberano Comendador del
Templo
29. Caballero del Sol o
Príncipe Adepto
30. Gran Escocés de San
Andrés
31. Gran elegido Caballero
Kadosh o del Águila blanca
y negra
32. Gran Inspector inquisidor

comendador

33. Sublime y valiente Príncipe
del Gran secreto

El último Grado lo
confiere el Supremo
Consejo del Grado 33°

34. Soberano Gran Inspector
general de la Orden.

Cuando terminé la lectura, Irene se había dormido tumbada de costado sobre la cama, y aproveché para observarla detenidamente. Apoyaba la cabeza sobre su brazo derecho y respiraba acompasadamente sin emitir el más leve sonido. Por un instante tuve la

sensación de que sus labios dibujaban una imperceptible sonrisa. Con cuidado de no despertarla, aparté un mechón de pelo que cubría parte de su cara y me fijé en sus pómulos, la recta nariz, su despejada frente, los apetitosos labios... Deseé cubrir su rostro con mis besos, pero sabía que no podía hacerlo. Por el momento no éramos más que dos miembros del «Club de Holmes» tratando de resolver un misterio, y que debía respetar esa condición porque, sencillamente, así eran las cosas hasta que ella decidiera que fueran de otra forma.

Con cuidado, la tomé entre mis brazos y la coloqué a un lado de la cama

cubriéndola con un edredón. Después aparté los libros y papeles que habíamos estado manejando y me tumbé a su lado. Durante varios minutos no pude dejar de mirarla, y pensé que era la mujer más hermosa que había visto en toda mi vida; recordé la primera vez que la había visto en Madrid, apoyada en la barra de un bar; en el día que pasamos juntos después de que Mycroft H. decidiera abandonar la búsqueda de Moriarty, y de pronto me vino a la mente la importante entrevista que teníamos al día siguiente con el director del Museo de la Gran Logia Unida de Inglaterra. Ni siquiera me desnudé, cerré los ojos y pocos minutos después estaba profundamente

dormido.

Capítulo 6

Intento de robo en el museo

Arthur P. Harris, director del Museo de la Gran Logia Unida de Inglaterra andaba, esos días, inquieto. Había habido un intento de robo que todavía no había sido resuelto. El miércoles anterior, el día de menos afluencia de visitantes al Museo de la Logia, durante la hora de la comida, alguien había roto la vitrina donde se exponía uno de los escasos ejemplares que se conservaban de la primera edición del «Ahiman

Rezon», el libro de las Constituciones de la Gran Logia Antigua de Inglaterra, escrito en 1751 por Lawrence Dermott, y el único con anotaciones marginales del propio autor, la mayoría de las veces frases o palabras sin sentido que, al igual que ocurría con el título, únicamente el propio Dermott sabría su exacto significado.

Afortunadamente, una empleada rezagada que casualmente presenció el hecho, dio la voz de alarma provocando la precipitada huida del ladrón. La imagen del malhechor fue captada por las cámaras de seguridad, pero Scotland Yard —que, según el inspector Marvin, ocupado del asunto, dedicaba para su

investigación más recursos humanos y técnicos que para similares casos—había sido incapaz de identificarle.

Harris se preguntaba por qué, habiendo en el Museo otros objetos de valor material mucho más alto, el ladrón solo pareció tener interés por el libro. Por otra parte, del «Ahiman Rezon» existían numerosas ediciones —la última, para la que él había escrito el prólogo, del año anterior—, por lo que según estimaba la policía, y él estaba de acuerdo en ello, el deseo de poseerlo solo podía provenir de un rico y caprichoso interesado en la historia de la masonería. ¿Era pues el intento de robo el encargo de un coleccionista?

Esa era la tesis sobre la que estaban trabajando los de Scotland Yard, según le había informado el inspector Marvin el día anterior; no obstante, le había prevenido de que, hasta tanto fuera detenido el ladrón, intensificara la seguridad. Harris no necesitaba el aviso de la policía para hacerlo: desde el mismo instante en que tuvo conocimiento del intento de robo, había ordenado se redoblara la vigilancia en las distintas salas del Museo.

Arthur P. Harris, Caballero de Oriente y Occidente dentro de la jerarquía de la Gran Logia Unida de Inglaterra, o, lo que era lo mismo, poseedor del grado 17º de la masonería,

era abogado en ejercicio dentro del staff de un prestigioso bufete londinense, y tenía treinta y ocho años en aquellos momentos. Era un hombre inquieto y lleno de curiosidad, por lo que, además de su formación como jurista, no había cesado de estudiar y analizar cuantos documentos sobre la masonería que, desde que tuvo quince años, habían caído sobre sus manos. Hablaba con bastante corrección cuatro idiomas aparte del inglés: francés, alemán, español e italiano. De piel lechosa salpicada de pecas y pelo castaño, tenía una sonrisa cándida y un hablar pausado que seducía a sus interlocutores. Acompañaba esas cualidades con un

cuerpo proporcionado y modales de lord, razones todas ellas por las que era muy popular entre el sexo femenino.

Casado desde hacía siete años con Alice, abogada en el mismo bufete que él, y padre de dos hijos de cuatro y seis años, Arthur P. Harris dedicaba habitualmente una par de horas al día para atender los asuntos del Museo de la Gran Logia Unida de Inglaterra, aunque desde el intento de robo ese tiempo se había duplicado o, incluso, triplicado.

Había revisado decenas de veces la copia —que tuvo el cuidado de sacar antes de que la policía se llevara el original— del vídeo de la cámara de seguridad que registró los movimientos

del ladrón, desde su entrada al Museo, hasta el intento de robo, buscando no sabía qué, un gesto, una indecisión, un detalle que le permitiera entender mejor lo que había pasado. Pero la realidad que mostraban las imágenes era implacable. Aquel hombre accedió al Museo con paso decidido y fue derecho hasta la sala donde se exponía el «Ahiman Rezon». Resultaba evidente que aquel libro era su único objetivo, y eso era precisamente lo que más preocupaba a Arthur P. Harris.

Ese día estaba en el Museo a horas desacostumbradas porque tenía una cita con dos investigadores españoles. No era la primera vez que Arthur P. Harris

concedía entrevistas de este tipo ya que, además de su labor como director del Museo y Biblioteca de la Logia, era un reconocido especialista, con varias publicaciones en su haber, en la historia de la masonería.

Tan pronto como la encargada de la recepción le comunicó que los investigadores españoles habían llegado, salió a recibirles con la mejor de sus sonrisas.

—Bienvenidos a la Gran Logia Unida de Inglaterra —les dijo en su magnífico español—. Mi nombre es Arthur P. Harris —se presentó.

Lo que ocurrió a continuación era algo que en ningún momento nos

habíamos planteado, y era que, al presentarnos, tendríamos que dar nuestros verdaderos nombres. La sola idea de que ella se presentara como Irene Adler, o yo como John H. Watson, provocó que aflorara a mis labios una enorme sonrisa. Por primera vez escuché de su propia voz que Irene se llamaba en realidad Idoia Aguirre. Yo me presenté a mi vez:

—Jorge Álvarez —dije tendiendo la mano.

—Pasen, por favor.

Seguimos al inglés por un ancho pasillo. Yo caminaba tras Irene, y, en voz muy baja para que no me escuchara *Mr. Harris*, susurré en su oído con

sorna:

—Vaya, vaya. Es un bonito nombre, Idoia Aguirre.

No pareció hacerle gracia mi broma, porque disimuladamente me lanzó un codazo al costado.

Llegamos ante una sólida puerta de roble que abrió nuestro anfitrión haciéndonos pasar a su despacho. La estancia era amplia para lo que yo estaba acostumbrado, y, más que para el trabajo del día a día, parecía estar enfocado para recibir visitas o servir como escenario a entrevistas como aquella.

Nos sentamos en una esquina del mismo, en dos sofás de cuero negro. Él

en uno, y nosotros dos enfrente.
Carraspeó, y preguntó:

—¿Quieren tomar algo? ¿Té, café?

—No, muchas gracias —
respondimos Irene y yo al unísono.

Mr. Harris pareció relajarse y se repantigó en el sofá apoyando un brazo sobre el lomo del mismo.

—Entonces, ustedes dirán.

A pesar de lo mucho que habíamos leído sobre la masonería durante todo el día anterior para preparar la entrevista, Irene soltó a bocajarro:

—¿Qué significa para usted la letra griega phi?

La pregunta sorprendió al inglés, que, tras unos segundos de

incertidumbre, contestó impasible:

—Si no recuerdo mal, es la vigésima primera letra del alfabeto griego.

—Pero —insistió Irene—, ¿tiene algún significado especial en la tradición masónica?

Arthur P. Harris parecía incómodo cuando preguntó a su vez:

—¿En qué contexto debo interpretar la letra phi?

Irene me lanzó una mirada interrogativa, y yo le hice un gesto de asentimiento. Sin mencionar los sucesos posteriores, brevemente le explicó la desaparición de nuestro amigo y el extraño mensaje que de él habíamos recibido por correo electrónico.

—¿Podría ver ese mensaje? —preguntó el inglés.

Busqué en la moleskine la página donde lo había copiado, y se lo mostré: «Phi-6174-SOS».

—¿Qué significa el número 6174? —preguntó entonces.

—Pensamos, aunque no estamos seguros de ello, que se trata de la constante de Kaprekar —dije yo.

—¿La constante de qué? —preguntó frunciendo el ceño.

Resultaba evidente que ese número no significaba nada para él, por lo que volví a la carga preguntando sobre los otros dos números que habían surgido relacionados con el primero.

—¿Y el número 1647 o el 4527?

El inglés hizo un gesto negativo con la cabeza. Durante varios segundos permanecimos los tres en un incómodo silencio, que rompió el director del Museo preguntando escéptico:

—¿En qué se basan para pensar que la letra griega o esos números tienen algo que ver con la masonería?

—Existen indicios —afirmé, aunque naturalmente me cuidé de decir que esos indicios procedían de un hombre que había sido asesinado, probablemente, para evitar que los divulgara.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarles? —preguntó Arthur P. Harris tras un nuevo silencio.

—Sí —espetó Irene—, dentro de la masonería, ¿qué significado tiene exactamente el «Ahiman Rezon»?

La pregunta sobresaltó al director del Museo e hizo que se pusiera inmediatamente en guardia.

—¿Qué interés tienen ustedes en el «Ahiman Rezon»?

—¿Por qué es tan importante ese libro? —insistió Irene.

—Es el libro donde, por primera vez, se especifican todos los usos y rituales de la masonería moderna, además de decenas de canciones que se cantaban antaño. Es una reliquia —dijo—, una curiosidad que a todos nos gusta tener en casa.

—¿Cree que puede contener alguna referencia a phi o a los números que le he mencionado antes? —pregunté.

—¡Nooo! —exclamó Harris—, en absoluto. Si lo que quieres saber es si se trata de un texto iniciático, la respuesta es no. Ya les he dicho que el «Ahiman Rezon» no es más que una curiosidad que guardamos por razones sentimentales.

De pronto Irene recordó las observaciones del amigo librero de Watson sobre la información publicada en uno de libros de Conan, «Hechos y fantasías masónicas», y preguntó:

—¿Qué nos puede decir de la «Orden de los Iluminados»?

—¿Se refiere a la orden fundada por el alemán Adam Weishaupt en 1776?

—No. A una escisión de la Gran Logia Unida de Inglaterra que se produjo, si no recuerdo mal, en 1832.

Harris sonrió malévolamente y dijo con desgana:

—Eso no es más que un mito. Se publicó en algún libro de finales del siglo XIX, incluso llegó a decirse que, al igual que la originaria Orden, habían adoptado el búho como uno de sus símbolos, pero no hay nada de verdad en ello. Nunca se produjo una escisión de la Gran Logia Unida de Inglaterra.

Recordé repentinamente el búho que había visto tatuado en la cadera del

cadáver de Conan.

—¿Ha dicho el búho? —pregunté.

—Sí. El búho de Minerva, la diosa griega de la sabiduría. Pero ya les he dicho que no es más que una leyenda.

—¿Ha leído usted el libro de Sadler?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabe que la escisión de la que habla no es más que una leyenda?

Arthur P. Harris amplió su sonrisa, se echó ligeramente hacia atrás y cruzó una pierna sobre otra en actitud displicente.

—Porque por razón de mis cargos, tengo acceso a los archivos de la Logia.

Durante la primera mitad del siglo XIX hubo serios debates y duros enfrentamientos, pero les aseguro que si, en cualquier momento, hubiera habido una escisión, yo lo sabría.

—¿Aunque su principal característica fuera, precisamente, su carácter secreto, incluso para sus antiguos hermanos? —pregunté.

Pareció vacilar durante un instante; leí en sus ojos que jamás se había planteado esa posibilidad, pero desechó rápidamente sus dudas y dijo:

—Incluso en ese hipotético caso, pero le aseguro que tiene una idea equivocada de la masonería.

—Entonces, según usted, ya no hay

logias masónicas en las que el secreto, en cuanto a sus miembros y sus fines, sea la norma —apunté.

—No —apuntó con rotundidad—. Eso era más propio en ciertas logias de finales del siglo XVIII, pero no ahora; salvo, claro está, en aquellos casos en que se sientan en peligro. Sin ir más lejos, imagino que no hace falta recordarles con cuanto ahínco persiguió el general Franco a los masones durante los cuarenta años que duró su dictadura.

Eso era algo que siempre me había preguntado: ¿por qué ese odio visceral de Franco hacia los masones? Podía entender que un hombre como él lo tuviera a los comunistas, ¿pero qué

habían hecho los masones para que se les metiera en el mismo saco?

—¿Qué piensa de la masonería española? —pregunté.

Debía estar esperando la pregunta, porque no se tomó ni siquiera un segundo para responder.

—Bueno, la masonería en general no está en su mejor momento, pero especialmente en España está atravesando una difícilísima situación. Apenas funcionan unas cuantas logias, pero eso ya lo sabrán ustedes —apuntó—, y parece que no acaba de estar bien vista por la sociedad en general. Esta es, naturalmente, una visión muy subjetiva, porque ya saben ustedes que la

masonería española tiene más estrechos lazos con el Gran Oriente de Francia que con nosotros.

Recordé vagamente haber leído el día anterior, que una de las características de la corriente inglesa de la masonería prohibía, expresamente, las discusiones sobre política y religión en el seno de la logia, mientras la corriente francesa estimulaba esos debates. Por lo demás, aparte de este aspecto —y la cuestión de la admisión o no de mujeres en su seno, que tanto había exasperado a mi compañera—, no tenía la menor idea —y me temo que tampoco Irene— de qué clase de diferencias podía haber entre el Gran Oriente de Francia, que

acababa de mencionar el inglés, y la Gran Logia Unida de Inglaterra, por lo que ambos nos limitamos a asentir como muestra de conformidad con el escueto análisis que había hecho.

—La dictadura —dijo Irene—. Con la llegada de la democracia se tuvo que empezar desde cero.

—Así es —corroboró el inglés.

No se nos ocurrían más preguntas que hacer. La entrevista había terminado, pero Arthur P. Harris puso a nuestra disposición el Museo y la Biblioteca para cuantas consultas deseáramos realizar, y nos despidió con un apretón de manos en la puerta del edificio, en la esquina entre Great Queen

y Wild Street.

Caminábamos en silencio, con la amarga sensación de que todas las puertas que durante los días anteriores habíamos creído entreabiertas, parecían cerrarse de golpe, cuando de pronto sonó mi móvil.

—¿Cómo les va por Londres? — Escuché que preguntaba la ya familiar voz del inspector Ventura.

—Es el inspector Ventura —dije a Irene en voz baja, tapando el micrófono del teléfono para que no me escuchara el aludido—. No tan bien como quisiéramos, inspector —comenté a este.

—¿Y eso?

Le conté nuestra sorpresa al descubrir que el 60 de Great Queen Street era la dirección de la Gran Logia Unida de Londres, nuestra primera visita a ella y la ocurrencia de, haciéndonos pasar por investigadores españoles sobre la masonería, pedir una entrevista con el director del Museo.

—¿Y qué han sacado de todo eso?
—se interesó el inspector.

—Absolutamente nada —dije—. Parece que phi o el número 6174 no tienen nada que ver con la masonería.

—¿Le han preguntado sobre los libros que Conan guardaba en su caravana?

—Sí. Sobre la «Orden de los

Iluminados» de la que, al parecer, habla uno de esos libros, pero, según él, todo eso no es más que literatura.

—¿Y el Ahiman Rezon?

—También hemos hablado sobre ese libro, pero dice que no tiene nada que le haga verdaderamente interesante para nosotros. No contiene claves ni misterios.

—¿Les ha dicho el director del Museo que, hace cinco días, alguien intentó robar el ejemplar del Ahiman Rezon que exponen en una vitrina?

—No —respondí muy sorprendido.

—¿Y que Scotland Yard está buscando al ladrón entre coleccionistas y estudiosos de la masonería? —volvió

a preguntar.

Tragué saliva con dificultad. Desde que habíamos empezado a trabajar en el caso, apenas una semana atrás, ya era sospechoso de un asesinato cometido en Madrid, y por nada del mundo deseaba convertirme en sospechoso de un intento de robo a un museo de Londres.

—¿Quiere decir que, en este momento, Irene y yo somos sospechosos de intentar robar al Museo? ¿Que ahora mismo el director del Museo está hablando con la policía para decirles que acaban de salir de su despacho dos españoles que se han mostrado interesados por el Ahiman Rezon? — pregunté alarmado.

Ventura dejó que me cociera durante unos segundos en mi propio jugo antes de responder.

—No creo que llegue la sangre al río —dijo al fin, y añadió—: No obstante, estoy seguro que les investigarán. Pueden hacer dos cosas: seguir ahí hasta agotar la posibilidades de investigación, comportándose con absoluta naturalidad, o... —hizo una pausa para dar más énfasis a lo que iba a decir a continuación— regresar inmediatamente a Madrid. Ustedes deciden.

Decididamente me inclinaba por la segunda opción.

—Ya no hay nada más que investigar

—me apresuré a decir—, así que...

—Se equivoca —me interrumpió el inspector Ventura—. ¿No se le ha ocurrido pensar que si han intentado robar ese ejemplar del Ahiman Rezon, es porque contiene algo que solo está en él? —Hizo una pausa durante la cual sus palabras resonaron en mi cabeza con insistencia: parecía evidente que ese ejemplar del libro tenía algo que le hacía único y, lo que era más importante en nuestro caso, que para alguien era tan importante, que estaba dispuesto a robar por ello—. Vuelvan a hablar con el director del Museo, y averigüen qué es ese algo.

Dijo eso el inspector Ventura y

colgó. Tuve la impresión de que no estaba sugiriendo posibilidades con sus comentarios, sino dando órdenes, lo que me molestaba sobremanera. ¿Quién se había creído que era? Pero tenía razón, quedaban algunas cosas que hacer en Londres, y éramos nosotros quienes debíamos hacerlas.

Fue al relatar la conversación a Irene cuando me di cuenta que lo que verdaderamente me había cabreado no fue que Ventura pareciera estar dándonos órdenes, sino que la posibilidad que apuntó no se nos hubiera ocurrido antes a nosotros.

—Echo de menos la agudeza de Mycroft H. —dijo Irene al terminar de

escuchar mi relato.

—Yo también —repuse a mi pesar.

Tenía que reconocer que Mycroft H., al margen de su actitud prepotente que le llevaba a asumir el liderazgo en cualquier situación, era mucho más perspicaz que cualquiera de nosotros.

—¿Crees que deberíamos volver al Museo? —preguntó Irene.

—¿Ahora?

—Inmediatamente.

Estábamos frente a frente, parados en medio de la acera, a unos quinientos metros del Freemasons' Hall. La puerta que creía cerrada, se había vuelto a entornar.

—¡Vamos! —exclamé dándome la

vuelta.

A paso acelerado, casi corriendo, desandamos el camino andado, y cinco minutos después estábamos de nuevo frente a la secretaria del Museo, que nos miraba impávida.

—¿Podríamos hablar de nuevo con *Mr. Harris*? —preguntó Irene con la respiración agitada.

—¡Oh, sorry! —exclamó—. Me temo que va a ser imposible. *Mr. Harris* acaba de marcharse. Pero estará aquí esta tarde a las cinco en punto, si quieren venir unos minutos antes de la cinco... —añadió con una sonrisa—, supongo que no tendrá ningún inconveniente en recibirles.

—Gracias. Aquí estaremos.

Más relajados, salimos nuevamente a la calle y, tras una breve conversación sobre qué hacer, decidimos que nos merecíamos disfrutar un poco de Londres, pero solo hasta las cuatro de la tarde. Yo hubiera preferido pasar esas horas en la National Gallery, pero Irene insistió en que fuéramos al British Museum para ver una exposición sobre el México prehispánico de la que faltaban pocos días para su clausura, y allí fuimos.

A pesar de lo interesante que resultaba la exposición, no podía dejar de pensar en la nueva conversación que íbamos a tener esa tarde con *Mr.* Harris.

En absoluto conocíamos el libro en cuestión, ¿cómo pues íbamos a saber si el expuesto en el Museo era distinto de todos los demás? Miré el reloj y comprobé que todavía faltaban casi cuatro horas para estar de vuelta en el Museo. Decidí que entonces me preocuparía de resolver aquel asunto, y centrarme ahora en las maravillas aztecas que tenía ante mis ojos, pero no podía imaginar que, pocos minutos después, los acontecimientos se iban a precipitar.

Apenas habíamos visto la primera sala de la exposición cuando, para sobresalto de dos vigilantes que hicieron gestos desaprobatorios, sonó el

teléfono móvil de Irene. Salimos rápidamente al vestíbulo y contestó la llamada:

—¿Dígame? —preguntó. De pronto su rostro pasó de la sorpresa al sobresalto. Tapó con la mano el micrófono del teléfono, y me dijo en voz baja—: ¡Es Arthur P. Harris!

Pegué la cabeza a la suya para poder escuchar la conversación, y pude oír la voz de *Mr.* Harris, que decía: «Me gustaría volver a hablar con Vds. lo antes posible. Han surgido algunas novedades que desearía comentarles. ¿Es posible que vengan ahora mismo al Museo?». Irene me interrogó con la mirada y yo le hice gestos afirmativos.

Nosotros queríamos hablar con él, y ahora, él quería hablar con nosotros. Mejor. Escuche la voz de Irene diciendo:

—Sí. Estaremos ahí en quince minutos.

—Les espero.

Fueron exactamente diecisiete minutos los que tardó el taxi en dejarnos en la puerta de Freemasons' Hall. Accedimos al interior y, al vernos, fue la secretaria quien nos condujo directamente al despacho del director. Tocó levemente la puerta con los nudillos, y abrió. Arthur P. Harris estaba enfrascado en la lectura de un viejo libro de hojas amarillentas y, sin apenas

levantar la vista del mismo, hizo gestos con las manos mientras decía:

—Siéntense, por favor.

Durante los dos o tres minutos siguientes siguió leyendo ignorando por completo nuestra presencia, tras los cuales levantó la cabeza y nos miró extrañado, como si no supiera la razón por la que estábamos allí. Fue Irene quien habló:

—¿Por qué quería hablar con nosotros con tanta urgencia?

Aún tardó varios segundos en responder:

—No era la primera vez que escuchaba la fábula de la escisión de 1832, pero conozco mejor que nadie la

historia de la Gran Logia Unida de Inglaterra, he leído todas las actas desde su fundación, y en ninguna de ellas, ninguna —repitió con énfasis—, se menciona jamás que se produjera esa escisión, que un grupo de hermanos saliera de esta Logia para formar otra; pero... algo que dijo usted —dijo mirándome a los ojos—, me hizo reflexionar. —Hizo una pausa, y de pronto, preguntó—: ¿Les importa que fume?

Yo negué con la cabeza.

—No, claro que no —dijo Irene.

Mr. Harris sacó una cajetilla de Chesterfield sin filtro de uno de los cajones de su mesa, extrajo de ella un

cigarrillo y, antes de encenderlo, se levantó para abrir una hoja del ventanal que había a su costado. Lo encendió después, y dio una larga calada para llenar de humo sus pulmones.

Volvió a fijar en mí su mirada, y continuó:

—Si no fue una escisión formal, y los hermanos que se separaron de la obediencia de la Logia creyeron que debían mantener el más absoluto de los secretos, es posible que no quedara rastro en los archivos de la Gran Logia Unida de Inglaterra. Nada más irse Vds., me dediqué a leer, una a una, las actas de las reuniones a partir de 1830. Les dije que los enfrentamientos eran

frecuentes, pero a partir de 1831 estos se hicieron tremendamente duros; pero, curiosamente, a partir de mediados de 1832, estos cesaron por completo. Las reuniones de la Logia volvieron a ser un remanso de paz. —Nos miró alternativamente a uno y a otro, dio otra calada al cigarrillo, y preguntó—: ¿Piensan Vds. lo mismo que yo?

La respuesta era evidente, así que la obvié y me lance a hacerle la pregunta que me estaba quemando los labios.

—¿Sobre qué cuestiones giraban los enfrentamientos antes de 1832?

—Básicamente sobre una sola cuestión: la conveniencia de que, en el seno de la Logia se pudiera discutir de

política e, incluso, posicionarse como entidad e intervenir ante cualquier acontecimiento de tipo político. Los que estaban a favor de ello alegaban que la Gran Logia Unida de Londres ya lo había hecho durante el primer decenio del siglo.

—¿Y era cierto? —se interesó Irene.

—Totalmente. La Gran Logia Unida de Inglaterra intervino activamente en todo el proceso de emancipación de la América española. Bolívar, San Martín, Miranda, O'Higgins... la práctica totalidad de los llamados Libertadores eran masones.

—¿Quiere decir con ello que fue la Gran Logia de Inglaterra quien dirigió el

proceso de la emancipación americana?

—Sería excesivo decir que dirigió el proceso, pero no que lo inspiró y lo nutrió de ideales.

—¿Por qué, durante esos años, la Gran Logia hizo una excepción a sus principios interviniendo en ese proceso político?

—Esa pregunta tiene una difícil respuesta. Como Vds. deben saber, los Grandes Maestros de la Gran Logia casi siempre han sido miembros de la familia real británica, lo que supongo que, en ocasiones, les hace ser más sensibles a las grandes cuestiones de Estado. Entonces, quizá es que el Imperio Británico pretendía sustituir la

influencia de España por la suya propia, o que solo fuera una sutil venganza por el apoyo español a la independencia de los Estados Unidos.

—¿Y usted qué piensa sobre la cuestión? —preguntó de pronto Irene.

—¿Me pregunta mi opinión personal —dijo poniendo mucho énfasis— sobre si la Logia hizo bien o mal en apoyar la debacle española en América?

—Sí.

Arthur P. Harris se encogió de hombros e insinuó un gesto de hastío.

—Soy un hombre pragmático —dijo—. Jamás opino sobre hechos que ya no se pueden cambiar. La historia es solo historia. Pero sí puedo decirle que, si

ese debate se planteara en el seno de la Logia ahora mismo, mi postura sería contraria a la intervención en cuestiones políticas.

—¿Por qué? —insistió Irene—. Después de todo, la política es algo inherente al ser humano.

—Touché —respondió Harris con una fragante sonrisa—. Es cierto lo que dice, pero creo que debemos centrarnos en el individuo, en hacer mejores a los hombres, no en la sociedad. Si lo hombres somos mejores cada día, también lo será la sociedad.

—Es una manera de verlo —repuso escéptica Irene.

—Pero hay algo más que quería

decirles. Ustedes me hablaron de la letra phi, ¿recuerdan? Estaba en un mensaje que recibieron. Se me ocurrió repasar la correspondencia del que era Gran Maestro de la Logia de Inglaterra en 1832, el duque de Sussex, a su hermano el duque de Kent. En una carta, fechada en octubre de 1831, le habla de ciertos hermanos que se creen llamados a cambiar el mundo; y en otra, de febrero de 1832, le dice que los «Illuminati», así es como les llama en la carta, se reúnen secretamente, al margen de la disciplina de la Hermandad. En otra carta de marzo, les llama también «los griegos», al parecer porque utilizan como señal para reconocer su

pertenencia al grupo, ¿se imaginan qué letra griega?

—Phi —apuntó Irene.

—Exacto.

Se produjo un espeso silencio. Reinaba en el ambiente cierto aire de satisfacción, del que yo participaba a disgusto, porque únicamente habíamos conseguido relacionar el mensaje de Moriarty con cierta secta secreta masónica, de la que desconocíamos absolutamente todo.

—¿Ha averiguado algo más? —pregunté.

No contestó a mi pregunta. Se limitó a coger un libro que había en la parte derecha de su mesa, abrirlo por una

página previamente señalada, y decir:

—Creo que deberíamos empezar por la originaria «Orden de los Iluminados», también llamada «Orden de los Perfectibilistas», que proponían que la sociedad fuera regida por seres humanos en camino hacia la perfección. Sin duda los nuevos «iluminados» querían parecerse a ellos y, probablemente, les imitarían en todo aquello que les fuera posible. He estado ojeando algunos libros para refrescar la memoria —dijo tras una pausa—. Como les dije esta mañana, dicha Orden fue fundada por Adam Weishaupt, antiguo alumno de los jesuitas y profesor de la Universidad de Ingolstadt, en Baviera. Hasta entonces,

las logias masónicas habían sido, básicamente, escuelas de pensamiento, con Weishaupt se trata de llevar los principios a la práctica. Antimonárquico y anticristiano, creará que sobre las ruinas de las monarquías y de la Iglesia se podrá levantar un Orden Nuevo. ¿Les suena de algo? —ironizó.

¡Claro que me sonaba! En eso consisten, básicamente, todas las revoluciones que en el mundo han sido, construir un mundo nuevo sobre las ruinas del anterior, y así se lo dije. También le pregunté si acaso ahora creía que era cierto lo que, por la mañana, consideraba solo una leyenda.

Me miró extrañado, como si hubiera

recibido un inesperado golpe bajo de mi parte, y balbuceó:

—Ahora hay nuevos datos que me inclinan a pensar de distinta forma.

Miré a Irene que, a mi lado, parecía abstraída. ¿Qué idea estaba rondando por su cabeza? Volví a fijar mi atención en Harris, pero de pronto soltó Irene dirigiéndose a mí:

—Ha dicho que a la «Orden de los Iluminados» también se le llamaba de los «Perfectibilistas», porque propugnaban que el mundo fuera gobernado por hombres que buscaban la perfección.

Asentí con la cabeza, y también Harris los hizo.

—¿No te das cuenta? —continuó Irene—. ¿No recuerdas lo que nos contó Mycroft sobre lo que encierra el número phi? El número de oro. La medida que Dios utilizó para construir el Universo. El número que representa la belleza, la perfección. —Se dirigió ahora a Harris para preguntar—: ¿No dijo antes que los «iluminados» utilizaban la letra griega phi como santo y seña?

—Sí, eso leí —balbuceó el inglés.

—¡Pues esa es la razón! —concluyó alborozada—, que el número phi representa en el orden de las cosas lo que ellos pretender representar ante el resto de los hombres: la perfección.

Las palabras de Irene nos dejaron

estupefactos, porque eran la constatación no solo de que los «Iluminados» operaban en la sombra, sino también de que, de alguna manera, nuestro amigo Moriarty les había descubierto, provocando con ellos su secuestro, si no algo mucho peor.

—Nos queda por descifrar qué significan los números que aparecen siempre en los mensajes —apunté.

—Pueden significar cualquier cosa, desde un mensaje cifrado hasta una referencia coyuntural —señaló el director del Museo.

La idea de estar enfrentado a una secta misteriosa, cuyo origen estaba en la Alemania del siglo XVIII, que no

dudaba en llegar al crimen si ello era conveniente para sus planes, hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo. A pesar de la aparente evidencia que había subrayado Irene, me resistía a creer que todo aquello fuera cierto.

—¿De veras cree que los «iluminados» consiguieron llevar su proyecto a la práctica, que estaban detrás de todas las grandes conspiraciones? —pregunté a Harris.

—No de todas, por supuesto, pero sí de alguna de las más importantes.

Recordé las palabras de mi amigo el librero sobre la intervención de los «Iluminados» en ciertos sucesos históricos, a las que tan poco crédito

había concedido, y pregunté:

—¿Está pensando en la Revolución Francesa?

Arthur P. Harris balanceó ligeramente la cabeza en un gesto afirmativo.

De pronto, despertó Irene de su ensimismamiento haciendo una pregunta que sorprendió al director del Museo:

—¿Qué tiene de especial el Ahiman Rezon expuesto en el Museo?

—Es un ejemplar de la primera edición del libro.

—¿Fue esa la razón de que intentaran robarlo hace unos días?

Harris no pareció sorprenderse de que estuviéramos enterados del intento

de robo, y contestó displicente:

—Puede ser, pero me sorprendió que intentaran robar ese libro habiendo en el Museo objetos mucho más valiosos que él.

—El valor siempre es un concepto relativo, depende de con cuánta fuerza se desee, o se necesite —apunté.

—¿No tiene algo que le haga único?
—insistió Irene.

Eso era exactamente lo que había dicho el inspector Ventura algunas horas antes cuando me llamó por teléfono.

—Bueno —repuso Harris—, tiene algunas anotaciones marginales del propio autor.

—¿Recuerda lo que dicen esas

anotaciones?

—Eran frases y palabras sin sentido. No las recuerdo exactamente, pero sí que no significaban nada.

—¿Podríamos ver el libro?

Harris llenó sus pulmones de aire. Resultaba evidente que no le hacía ninguna gracia la petición que le había hecho Irene.

—¿Qué quiere ver en él? —preguntó molesto—. Tenga en cuenta que se trata de un libro único, y su conservación no es precisamente muy buena. Podríamos facilitarle un libro de cualquier otra edición.

—No sirve cualquier otra edición. Necesito ver ese libro —repuso Irene en

un tono que no admitía objeción alguna. No tuve la impresión de que desconfiara de nosotros, pero supongo que, después del intento de robo, le preocupaba la seguridad del libro.

Yo asistía con regocijo a aquel *tour de force* entre mi compañera y el director del Museo. Miré a Irene y recordé la primera vez que la vi, sentada en la barra del bar del Hotel Victoria. Su pelo castaño, al que la luz más suave de Londres confería de ligeros tonos rojizos, cayendo en suaves ondas sobre sus hombros, el perfil clásico y el mentón contundente me hacían sentir como el marino que llega a puerto después de años de haber pasado años

perdido en la mar. ¿Era algo así lo que sintió Ulises al mirar a Penélope tras arribar a Ítaca? No sé el tiempo que pasó mientras pensaba —y sentía— estas cosas, pero debieron ser solo unos segundos, porque de pronto escuché la voz de Harris, que dijo en tono abatido:

—Tendremos que esperar a que cierre el Museo, a las seis de la tarde.

Faltaba poco más de una hora para eso, y recordé que no habíamos comido absolutamente nada desde el desayuno.

—Tengo hambre —dije, y pregunté a los otros dos—: ¿Les apetece comer algo?

Irene aceptó enseguida, también estaba hambrienta, pero Harris se hizo

un poco de rogar. Aceptó al fin y caminamos hasta una cafetería cercana a Freemasons' Hall. Comimos unos sándwiches, lo que, en mi caso, me permitió pensar mejor, y aproveché para volver sobre el asunto del robo del libro.

—¿Han atrapado al ladrón?

—Todavía no, pero Scotland Yard está en ello —fue su respuesta. De pronto, se quedó pensativo, hizo una pequeña mueca que interpreté como una sonrisa, y dijo—: Estoy seguro que el inspector Marvin no aprobaría que les permita tocar el libro.

Supuse que se refería a un inspector de Scotland Yard y, antes de que pudiera

decir algo, propuso Irene que no había inconveniente por nuestra parte en que ese tal inspector Marvin estuviera presente cuando nos lo mostrase.

—Solamente necesito comprobar una cosa, y, si como temo, se confirma, no solo nos ayudará a nosotros en nuestra investigación, sino también a la policía para identificar a los responsables del intento de robo —dijo Irene.

Aunque a estas alturas era evidente que Arthur P. Harris confiaba en nosotros —al menos eso es lo que nos hacía pensar con su amigable actitud—, las palabras de Irene añadieron más sosiego a su estado de ánimo. Extrajo

del bolsillo su teléfono móvil y marcó un número. Hablaba bastante rápido y me costaba entenderle —¿por qué me cuesta tanto entender el inglés de los ingleses?—, pero deduje que estaba hablando con el inspector de Scotland Yard.

—¿Vendrá el inspector? —preguntó Irene, que indudablemente había entendido la conversación mejor que yo, cuando cortó la comunicación.

—No —repuso Harris—, pero, tal como imaginaba, me ha pedido que no me fíe demasiado de ustedes.

Irene rio el comentario del director del Museo, como si el inglés hubiera hecho una, por estúpida, divertida

broma, pero a mí no me hizo ninguna gracia.

Entre unas cosas y otras, casi era la hora de cierre del Museo, por lo que iniciamos el regreso a Freemasons' Hall.

—Supongo que ese ejemplar del «Ahiman Rezon» lo donó al Museo el propio autor —comentó Irene mientras caminábamos por la acera.

—¿Por qué lo pregunta?

—Dijo usted que las anotaciones marginales que tiene son del propio autor, pensé que...

—No —la interrumpió Harris—. El libro fue donado al Museo, por un donante anónimo, en 1945, poco después

de terminar la Segunda Guerra Mundial.

—Entonces, ¿cómo saben que las notas que aparecen en él son del autor?

—Se comparó la letra con una carta de Lawrence Dermott que se conserva en la British Library. Según los peritos que se consultaron, la mayoría de anotaciones que aparecen en el libro son de puño y letra de Dermott.

Ya en el despacho de Harris, aún tuvimos que esperar casi quince minutos hasta que apareció este con el libro entre sus manos enguantadas. Lo depositó con cuidado en una mesa anexa, que previamente había cubierto con un paño de terciopelo, y sacó de uno de los cajones unos guantes blancos que

ofreció a Irene.

—Pase las hojas con cuidado, por favor. No es muy bueno su estado de conservación —dijo el director del Museo.

Irene se acercó a la mesa en silencio —y yo con ella—, se puso los guantes, abrió el libro por la página donde se presenta el libro, y leyó en voz alta: «Ahiman Rezon: or. A Help to a Brother; Shewing the excellency of secrecy, and the first Cause, or Motive, of the Institution of Free Masonery». Pasó varias páginas más, hasta que aparecieron las primeras anotaciones, escritas con grueso trazo de tinta negra, en los márgenes del libro.

En silencio, Irene fue pasando páginas, observando detenidamente las palabras escritas con refinada letra gótica que a mí me resultaban prácticamente ilegibles, por lo que centré mi atención en los gestos de Irene, en los ligeros movimientos de sus labios entreabiertos, en sus manos enguantadas que parecían acariciar el libro. Cuando hubo terminado y cerró la última página, volvió de nuevo al principio. Giró levemente la cabeza y me miró a los ojos. Percibí la intensidad de su mirada, aunque no supe dilucidar la emoción que reflejaba. Retornó su atención al libro y volvió a abrirlo buscando una página, la número 4,

después otra, volvió a la primera, pasó a la página 2, la 7, después a la 52 y la 27 y luego otra vez a la 4. Durante más de una hora, Irene estuvo haciendo cálculos y combinaciones bajo la atenta mirada de Harris. Yo me había sentado en un sofá que había frente a la mesa del director del Museo, y meditaba sobre a dónde nos conduciría todo aquello. Entonces, pidió ella algo con qué escribir, que rápidamente le fue facilitado por Harris. Irene, con mano temblorosa, copió en un cuaderno las siguientes palabras: *Only, Europe, To save, When, To be, In danger, Light.*

Durante un buen rato las estuvo mirando. Al final, con voz opaca, dijo:

—Es una sentencia.

—¿Cómo?! —preguntó incrédulo el inglés. Eso es completamente absurdo.

—Es como un anagrama, solo que en lugar de letras hay que ordenar palabras.

—¿Y qué dice? —pregunté expectante.

—*When Europe is in danger, only the Light will save.* Cuando Europa esté en peligro, solo la luz la salvará —tradujo, aunque en este caso no tenía necesidad de que lo hiciera.

—¡No puede ser! —exclamó Harris—. Eso no es más que un juego de palabras. —Arrancó nervioso el cuaderno de manos de Irene y, tras ojearlo durante unos segundos, dijo

triunfante—: Esas palabras pueden ordenarse de otras maneras, por ejemplo: *Only Europe will save the light when is in danger*. Es fácil construir frases convenientes con palabras de aquí y de allá, pero estoy convencido de que si Dermott hubiera deseado enviar un mensaje al futuro, lo habría escrito con claridad en las páginas de su libro.

Irene no se inmutó ante las reservas del director del Museo. Después de todo, ¿cómo no sentirse humillado si, tras sesenta años con el libro ante sus narices, ni él ni sus antecesores habían sido capaces de descifrar los mensajes que ocultaban sus páginas?

—Dice algo más —afirmó simplemente, pero en esta ocasión no esperó nuestras preguntas para enunciar el siguiente mensaje contenido en algunas de las páginas del libro—: *The Kings must die*.

—¿En qué te basas para hacer esa interpretación? —preguntó, todavía incrédulo Arthur P. Harris.

—Pensé que si phi era una señal para identificarse como miembro de los «iluminados», el número que le seguía debía de ser una clave.

—Pero había varios números —señalé.

—Sí, el primero era la base, el inmutable: el 6174, la constante de

Kaprekar. El que publicó Vólkov en su anuncio solo cambiaba el orden de las cifras. Evidentemente, el que se encontró en el bolsillo de Conan, el 4527, era la diferencia entre los otros dos, y su tarjeta de presentación. El saber cómo obtener ese número, le identificaba a ojos de Konstantin Vólkov como alguien en quien podía confiar plenamente, quizá un alto grado dentro de la Orden de los Iluminados.

—Pero hay muchas otras palabras en el libro, incluso la frase «The Kings must die» está en el libro, y también otras frases similares, ¿por qué esas y no otras? —preguntó el inglés.

—Porque en el número que,

indirectamente, Vólkov facilitó a Conan, el 4527, se indicaban las páginas de donde había que extraer el mensaje. Eran las páginas 4, 5, 2, 7, 45, 52, y 27. En las primeras páginas están las palabras, la página 52 da la clave para leerlas, y en la página 27 está la sentencia sobre los reyes.

—Entonces, ¿crees que el intento de robo del libro fue para poder descifrar ese mensaje? —preguntó Harris, todavía escéptico.

—¿Te acuerdas de la cuartilla...? — Comencé a hablar, pero Irene me cortó con un gesto de su mano.

Había recordado la noche que asaltamos la caravana de Conan, y la

cuartilla, con números y palabras inglesas, que encontró ella en el interior del ejemplar del «Ahiman Rezon» que allí había. ¿Pensaba ella también que esos números y esas palabras, a las que entonces no concedimos ninguna importancia, debían ser la transcripción de las palabras manuscritas en el libro del Museo?

—Estoy segura de que no — respondió Irene a la pregunta que le había hecho Arthur P. Harris. Percibí en su mirada la duda sobre si contar al inglés la existencia de esa cuartilla, o dejar que la investigación de Scotland Yard siguiera su curso. En cualquier caso, lo importante para nosotros no era

encontrar al hombre que había intentado robar el libro del Museo, sino a los responsables de la desaparición de Moriarty, pero la inevitable pregunta que me hice a continuación, fue: ¿Detrás de ambas cosas está la misma persona? —. Pero no se puede descartar nada.

—Me gustaría que contara al inspector Marvin la interpretación que usted hace del número 4527 utilizando para ello el libro que intentaron robar —pidió Harris a Irene.

—Es urgente que volvamos a Madrid —intentó excusarse Irene.

—Señorita Aguirre —dijo Harris con un semblante tan serio como todavía no le habíamos visto—, espero que lo

que ha leído sobre Europa, la luz y que los reyes deben morir, no sean más que tonterías, pero, por si existe la más mínima posibilidad de que esté en lo cierto, no saldrá usted de Londres sin antes haber hablado con el inspector Marvin. ¿He hablado claro? —Irene se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza—. Bien —continuó el inglés—, ahora voy a llamar a Scotland Yard, le pasaré el teléfono, y hablará usted con el inspector Marvin. ¿De acuerdo?

Irene volvió a asentir, y Harris marcó un número en el teléfono que había sobre su mesa. Habló con alguien y, al cabo de unos segundos, le pasó el aparato a Irene. La conversación se

desarrolló en inglés, y fue breve. Ambos teníamos cita con el inspector Marvin, en el vestíbulo de nuestro hotel, para el día siguiente a las once de la mañana.

De vuelta a nuestro hotel, mientras Irene buscaba pasajes para el primer avión que saliera al día siguiente por la tarde con destino a Madrid, yo me dediqué a dar cumplida cuenta en el «Club de Holmes» de los avances que habíamos hecho.

Por la noche, tras cenar una *pizza* en un restaurante italiano, decidimos terminar de nuevo con una pinta de Guinness en el mismo *pub* donde habíamos estado la noche anterior.

Otra vez, de forma imperceptible, la

conversación se deslizó poco a poco hacia asuntos que nada tenían que ver con el motivo de nuestra estancia en Londres, y sí con las cosas que nos convertían en las personas que éramos, es decir, los pequeños anhelos y frustraciones de cada día.

—¿Estás sola? —me atreví a preguntar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó poniéndose súbitamente en guardia.

—Que si tienes pareja —aclaré.

Irene tomó la pinta con las dos manos y dio un largo trago de cerveza.

—La tuve —dijo evitando mirarme. Lo dijo además en un tono en el que adiviné el dolor, todavía reciente, de la

ausencia del otro. Entonces, inspiró hondo, levantó la barbilla y se transformó de nuevo en la mujer fuerte y decidida que yo conocía—. Pero no quiero hablar de eso. No ahora. ¿Y tú?

—No. Hace tiempo tuve algo parecido a una novia, pero imagino que no la quería lo suficiente.

Irene fue a decir algo, pero se arrepintió. En su lugar, alzó la pinta y brindó de forma solemne:

—Por Sherlock Holmes, que es el único hombre del que estoy segura que nunca me abandonará.

Sus palabras estaban ribeteadas de amargura, o al menos eso me pareció a mí. A pesar de todo, brindé con ella.

Pero hubo —de eso me di cuenta más tarde— un antes y un después a esas palabras. Imperceptiblemente habíamos entrado en un nivel de comunicación que no teníamos hasta ese momento. Ya no eran necesarias las palabras para saber lo que estaba pensando, o sintiendo, el otro, y eso hizo que nos sintiéramos incómodos, que el miedo se apoderara de nosotros al traspasar el umbral de lo que, al menos para mí, era terra incógnita.

Había cierta tensión durante el camino de vuelta al hotel. Lo hicimos sin apenas hablar, conscientes de que cualquier palabra, o gesto, o mirada, podía desencadenar el incendio que

ambos temíamos y deseábamos al mismo tiempo. Esa noche, por primera vez en mi vida, tuve la sensación de que una emoción nueva y maravillosa se había apoderado de mí, de que era el hombre más afortunado del universo por estar junto a Irene, y que el tiempo se ralentizaba con la única finalidad de que yo pudiera saborear cada uno de los instantes que estaba a su lado. ¿Aquel abismo era el amor?

Esa noche hicimos el amor apasionadamente. Bastó una mirada para que nos lanzáramos el uno sobre el otro como dos asesinos que, más que matar, desean morir en la batalla. Nos besamos con la ferocidad de lobos hambrientos.

Recorrí su cuerpo con la meticulosidad del general que analiza el campo de batalla. Me emborraché de su aroma a perfume, sudor y sexo. Hablamos abrazados, en susurros, como dos malhechores al acecho. Comimos frutos secos —Irene siempre llevaba en su bolso algunas bolsas de almendras o cacahuètes— y bebimos agua para volver después a nuestros cuerpos con un deseo que, en ese momento, hubiéramos jurado inextinguible. Así, hasta, ya de madrugada, caer extenuados en un profundo sueño.

Nos despertamos cerca de las once, con el tiempo justo de tomar una ducha antes de acudir a la entrevista que

teníamos en el vestíbulo del hotel con el inspector Marvin, de Scotland Yard.

Si solo se pudiera utilizar un adjetivo para describir al inspector Derek Marvin, ese sería el de pulcro. No solo era su aspecto físico, era también su manera de vestir lo que ayudaba a dar esa impresión de agente de la city. Tenía alrededor de cuarenta años y una mirada inteligente que parecía traspasarte. Esperaba con la gabardina bajo el brazo y, como nosotros a él, nos reconoció nada más vernos.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar? —preguntó Marvin después de las presentaciones.

Realmente el vestíbulo del hotel tenía algo de inhóspito. Un mugriento sofá junto al ascensor era todo el mobiliario en el que uno podía sentarse. El recepcionista, que en esos momentos no atendía a nadie, no nos quitaba ojo de encima. Miraba con descaro, preguntándose qué hacía allí un hombre como Derek Marvin.

—Quizá en una cafetería estemos mejor —apuntó Irene.

Recordé que a unas decenas de metros del hotel, en dirección a Picadilly Circus, había una amplia cafetería con grandes ventanales a la calle. Hacia allá nos dirigimos, y ocupamos una mesa a mitad de camino

entre la barra y la cristalera.

—¿Les gustó el Museo? —preguntó una vez se hubo retirado el camarero al que pedimos, café solo el inspector Marvin, y huevos con beicon y café Irene y yo.

—¿Se refiere el Museo de Freemasons' Hall? —puntualizó Irene.

—Sí, por supuesto.

—Es interesante —dijo esta.

—¿Y el libro?

—Supongo que ya le ha contado *Mr.* Harris.

—Sí —repuso el inspector—, pero quería que lo hicieran ustedes, desde el principio, por favor.

Había una cierta indiferencia en su

manera de hablar que, en principio, achaqué a la flema británica, pero que enseguida comprendí que no era más que una pose teatral destinada a mantener las distancias.

Entre Irene y yo le contamos toda la historia, desde el mensaje en petición de ayuda que recibimos de Moriarty, la extraña entrevista con Konstantin Vólkov, hasta la lectura que había hecho Irene de las frases escondidas en el libro expuesto en el Museo. Solo omitimos el hecho de que Conan había sido asesinado y que —salvo que las cosas hubieran cambiado en los últimos días— yo era el principal sospechoso del crimen.

El inspector Marvin, que se había mostrado muy interesado por las sentencias que Irene había extraído del libro, repitió en voz alta la primera de ellas:

—*When Europe is in danger, only the Light will save it.* ¿Qué cree que quiere decir? —preguntó.

Irene tardó algunos segundos en responder. Por fin dijo:

—No sé si ha oído hablar de la llamada «Orden de los Iluminados»...

—Algo comentó *Mr.* Harris, pero me temo que no le entendí demasiado bien. Hablaba de una organización del siglo XVIII, ¿qué tiene eso que ver con nosotros?

—Quizá más de lo que imaginamos
—susurró Irene.

—Quiere decir que cabe la posibilidad de que los «Iluminados» sigan existiendo hoy en día —intervine yo.

El inspector arqueó las cejas escéptico. Debía considerarnos dos pirados excéntricos que habíamos contagiado de nuestra locura al otrora ecuánime Arthur P. Harris.

—Y en el hipotético caso de que existieran, ¿saben cuál sería su objetivo? —preguntó sin abandonar ese tono displicente que tanto empezaba a molestarme.

—Controlar el mundo —respondió

Irene.

El inspector Marvin perdió su compostura y rompió a reír a carcajada limpia.

—Perdonen —dijo cuando paró de reír—. No he podido evitarlo. Es tan... absurdo todo lo que dicen. ¿Saben una cosa? —preguntó volviendo a la sonrisa autosuficiente del principio—, no son los únicos en pensar que hay una organización secreta que pretende controlar el mundo. Dense una vuelta por Internet.

—Hay hechos... —empezó a decir Irene, pero el inspector Marvin la interrumpió de forma brusca:

—Entonces, también están

convencidos de que la Reina de Inglaterra corre peligro.

—No solo la Reina de Inglaterra. La frase decía: *Los reyes deben morir*. Imagino que se refería a todos los reyes, a las monarquías europeas.

Era una idea tan descabellada que Derek Marvin la ignoró por completo.

—Una última cuestión —extrajo del bolsillo interior de la chaqueta una foto y nos la mostró—. Por casualidad, ¿reconocen a este hombre? —preguntó.

Sentí como un golpe en la boca del estómago al reconocer en el hombre de la foto al secretario de Vólkov, el mismo que nos había recibido en el Hotel Palace, y pensé que el inspector Ventura,

por aquello de poder hacer un informe en el que hubiera las menos lagunas posibles, se alegraría de saber que Vólkov fue a Londres cuando desapareció de Madrid.

—Le vimos en la habitación de Konstantin Vólkov en Madrid. Pensamos que era su secretario —repuso Irene.

—¿Quién es? —pregunté yo.

—El hombre que intentó robar un valioso libro en el Museo de la Gran Logia Unida de Inglaterra.

Por primera vez el inspector Marvin nos miró de una forma distinta. Quizá el hecho de que hubiéramos visto anteriormente al ladrón frustrado del Museo hizo que empezara a plantearse

que, al menos, algo de lo que afirmábamos podría ser verdad.

Se puso de pie provocando que Irene y yo lo hiciéramos también.

—¿Cuándo salen ustedes para Madrid? —preguntó entonces.

—En el avión de las tres de la tarde —respondió Irene.

Tendió a esta una tarjeta y puso otra en mi mano.

—Si averiguan algo más sobre esa gente, les ruego se pongan en contacto conmigo. Ahí tienen mi teléfono, y también mi dirección de correo electrónico en Scotland Yard —nos dio la mano como despedida—. Que tengan buen viaje —dijo, y salió rápidamente

de la cafetería sin pagar su consumición.

Me sentía cansado. Cansado de todo, de aquella historia que cada vez parecía complicarse más, de la ceguera de Scotland Yard y de las amenazas del inspector Ventura, estaba incluso cansado del «Club de Holmes», y, por primera vez en mi vida, eché de menos mi trabajo en Madrid en la Biblioteca Nacional. Miré a Irene esperando encontrar en ella un reflejo de mi propio estado de ánimo, pero solo encontré sus ojos fulgurantes.

—Este capullo —dijo por el inspector Derek Marvin— era el que tenía interés en hablar con nosotros. Por lo menos podría habernos invitado —

soltó Irene.

Reí a carcajadas.

—Ya sabes lo que se dice de los ingleses.

—¿Qué? —preguntó.

—Que, como las mujeres guapas, siempre esperan que uno les invite.

Irene, muy seria, me miró largamente.

—Te acabas de inventar esa estupidez, ¿verdad? —dijo muy seria.

—Sí.

—Pues no tiene gracia.

Capítulo 7

El informe Vólkov

Watson no podía imaginar que, a la misma hora en que despegaba del aeropuerto de Heathrow el avión que les devolvía a Madrid, a seis mil kilómetros de distancia empezaba una reunión de la Comisión de los Diez, el grupo más secreto dentro de la organización más secreta del mundo. El motivo era discutir el informe que para ellos había preparado el hermano Spartakus, recién vuelto de Europa.

Estaba amaneciendo en Nueva York, y Spartakus, abstraído en sus pensamientos, completamente ajeno a la belleza del amanecer sobre la ciudad de los rascacielos, estaba en pijama, con un vaso de zumo de naranja en la mano, en la terraza de su ático, situado en la Quinta Avenida, frente a Central Park.

Hizo un repaso mental de las personas que, procedentes de cuatro continentes, acudirían esa mañana a la reunión. Contándose él mismo serían diez, siete hombres y tres mujeres. Al pensar en las mujeres no pudo evitar una sensación de desagrado. Él, amante de la tradición, nunca había visto con buenos ojos la incorporación de la

mujer a los órganos decisorios de la Fraternidad. Bien estaba que participaran, incluso ampliamente, en la organización de la Orden, y que tomaran decisiones de alcance limitado — después de todo no era posible excluir a la mitad de la población mundial—, pero las consideraba emocionalmente incapacitadas para tomar decisiones que implicaran grandes riesgos. La idea de una mujer dirigiendo los destinos de la Humanidad no solo le parecía extravagante, sino incluso tremendamente peligrosa.

Conocía bien a todo ellos, pues al ser uno de los miembros más antiguos de la Comisión, había participado en su

selección y nombramiento. Tres venían de Europa, dos de Asia, uno de África, y los cuatro restantes de América. De todos, solo le preocupaba la actitud que pudiera tomar Helius; temía que, llegado el momento de la verdad, los escrúpulos le impidieran tomar la decisión correcta, al igual que había ocurrido en 1941, cuando cierto miembro de la Comisión de los Diez traicionó a la Orden impidiendo así que la Segunda Guerra Mundial transcurriera tal y como había sido planificada.

Helius, profesor de Física Cuántica en la Universidad de Leipzig, era un hombre que en los últimos años se había puesto sistemáticamente a todas

las iniciativas propuestas por Spartakus. Negaba que fuera Europa el escenario sobre el que había que intervenir sistemáticamente para cambiar al mundo, e incluso, últimamente, había discutido la necesidad de que dichas intervenciones tuvieran un carácter violento. «No era necesario que media Europa quedara arrasada, por no hablar de los millones de muertos que la guerra provocó», afirmó en alusión a la segunda Gran Guerra hacía cinco años, cuando cuestionó las decisiones que la Comisión había tomado sesenta años atrás.

Desde el punto de vista de Spartakus, demostraba cierta tendencia

hacia la pusilanimidad al no admitir que las guerras, y las muertes que ellas implican, es la herramienta que periódicamente utiliza la naturaleza para mantener el equilibrio de los hombres con el resto de seres vivos. Históricamente fueron las guerras, pero sobre todo las grandes epidemias, las que restablecían el equilibrio natural, pero con el desarrollo de la medicina esta última posibilidad había quedado prácticamente descartada. Todos ellos eran conscientes de que el progreso y la tecnología estaba subvirtiendo el orden natural de las cosas. Por primera vez en millones de años de evolución, los débiles tenían tantas posibilidades de

sobrevivir como los fuertes. Todos en la Comisión eran conscientes de ese hecho, y de que el mismo terminaría resultando letal para la raza humana, pero pocos estaban todavía dispuestos a asumir la responsabilidad de tomar las decisiones adecuadas.

El sol empezaba a abrirse paso entre el bosque de rascacielos, y las sombras de estos parecían alargarse hasta el infinito. Spartakus apuró el zumo que quedaba en el vaso, se giró y entró de nuevo al apartamento dispuesto a prepararse para la reunión.

La cita era en el bufete de Cravath, Parker & Moore, situado en la Octava Avenida. Se trataba de uno de los más

importantes despachos de abogados de Nueva York, y no llamaría la atención la reunión, en su Sala de Juntas, de importantes inversionistas en nuevas tecnologías venidos de todo el mundo. El presidente de la firma, conocido en la Orden como Alcides, era miembro de la Comisión de los Diez desde hacía bastantes años, y se había ocupado de organizar el encuentro.

El primero en llegar a la sede del bufete fue Spartakus, veinte minutos antes de la hora fijada. Tras él lo hicieron Joachim, Pandora, Gualterius, Nerthus y Umai, Helius, y por último Savior y Naúm, que entraron juntos en la sala a las nueve en punto.

Alcides se ocupó de cerrar la puerta, asegurándose de que resultaría imposible abrirla desde el exterior, y tomó asiento junto a Spartakus en la presidencia de la mesa.

—¿Es segura la sala? —preguntó Joachim como preámbulo.

Fue Alcides, anfitrión de la reunión, quien respondió.

—Absolutamente —dijo—. En esta sala se realizan a menudo importantes reuniones. Por nuestra propia seguridad, y la de nuestros clientes, todos los meses se hace un barrido en busca de micrófonos ocultos. La sala está limpia.

Había una cierta tensión en la estancia. Después de tantos años de

esperas y persecuciones, todos ellos intuían que el momento de la verdad estaba cerca, y que por fin, el viejo sueño de tantos hombres ilustres, desde Platón a Goethe, podía estar cerca de cumplirse.

Spartakus carraspeó para llamar la atención del resto, e inició un breve discurso de bienvenida que servía, al mismo tiempo, como introducción del único punto a tratar:

«En primer lugar, queridos hermanos, quiero agradeceros vuestra presencia en esta sala. Como recordareis, en nuestra última reunión, hace seis meses, tras analizar exhaustivamente la situación mundial,

llegamos a la conclusión de que era el momento de que la Orden interviniera nueva y decisivamente para dar un paso más, quizá el último —señaló regodeándose en las palabras mientras miraba a sus compañeros para comprobar el efecto de las mimas—, en pos de la consecución de nuestros objetivos. Fui encargado por la Comisión para concebir un plan, una hoja de ruta. Pues bien, como todos sabéis, acabo de llegar de Europa, donde creo que, como en ocasiones anteriores, debemos actuar prioritariamente. Por favor, si abris la carpeta blanca que tenéis ante vosotros podréis conocer el plan que he

elaborado, con la especificación de los hitos más importantes que considero imprescindible se produzcan. Ahora, por favor, leed el informe que hemos de debatir».

Spartakus se sentó en la silla que ocupaba en la cabecera de la mesa, y todos los demás abrieron la carpetilla blanca que había ante ellos y comenzaron a leer con avidez el informe. Este constaba de tres folios escritos por una sola cara. Era realmente un informe muy breve teniendo en cuenta la importancia extraordinaria de los acontecimientos que anticipaba.

Spartakus aprovechó aquellos minutos para observar detenidamente a

sus compañeros. Tenía la sensación de que algo había cambiado desde la última vez que estuvieron juntos en aquella misma sala, pero fue incapaz de saber qué era. Fijó su atención en Helius, un hombre de ojos grises y pelo blanco que nunca le había terminado de gustar. Le conocía desde hacía más de treinta años, pero solo en profundidad desde doce años atrás, cuando, por decisión de la mayoría, entró a formar parte de la Comisión. Pensó en qué era lo que no le gustaba de Helius, y se preguntó si acaso sería el fuerte acento alemán con el que se expresaba lo que generaba el rechazo que sentía, cosa extraña por otro lado, porque él mismo tenía acento alemán a

pesar de no serlo. A su lado estaba Umai, una mujer menuda de alrededor de cincuenta años, morena, de mirada incisiva y aspecto elegante. Leía —para lo que se había puesto unas pequeñas gafas— pausadamente el informe, buscando en él no solo las cosas que decía, sino, y sobre todo, aquellas que se pudieran leer entre líneas. «Se nota que es una profesional de la política», se dijo Spartakus.

Alcides, sentado a su lado, fue el primero en terminar de leer el informe, pero esperó a que concluyeran de hacerlo los demás antes de hablar.

—¿Crees que el incidente que propones desencadenará los

acontecimientos necesarios? —preguntó entonces.

—Estoy seguro de ello —repuso Spartakus.

Helius echó el cuerpo hacia atrás, apoyando el tronco en el respaldo del sillón. Esbozó una sonrisa que Spartakus, pendiente de él desde el principio, no supo interpretar, y miró a sus compañeros esperando que alguno de ellos hablara. Durante unos segundos, el más absoluto silencio reinó tras las palabras de Spartakus. Por fin, Helius, sin perder la relajada actitud que mantenía, dijo:

—Yo no lo estoy tanto —y añadió —: Creo que hace demasiado tiempo

que abandonaste Europa, y no acabas de captar los cambios que se han producido en ella durante los últimos cincuenta años.

Spartakus miró a Helius tratando de disimular la ira que sentía, y comprendió que, definitivamente, este se había convertido en su enemigo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con voz de acero.

—Exactamente lo que he dicho. Te ruego que no lo tomes como algo personal, hermano Spartakus, pero pienso que hace demasiados años que solo haces cortos viajes a Europa, y siempre por motivos puntuales. —Hizo una pausa esperando una reacción de

Spartakus, pero ante el silencio de este, continuó—. ¿Cuánto tiempo hace que dejaste Ucrania para instalarte aquí? —preguntó, aunque sabía, como todos los presentes, que Spartakus se instaló en Nueva York en el año 1969 al ser nombrado para la Comisión de los Diez, debido a las dificultades que ponían los soviéticos a sus frecuentes desplazamientos a los Estados Unidos de América—. Los europeos de hoy nada tienen que ver con los de hace cincuenta o sesenta años.

Helius hubiera querido decir que, incluso entonces, Spartakus, un pintor ucraniano de segunda fila, educado en la más estricta ortodoxia soviética, habría

sido incapaz de comprender a un obrero metalúrgico de Manchester o a un estudiante de la Sorbona, pero se contuvo.

—No voy a discutir si mi conocimiento de la psicología de los europeos me permite predecir o no sus reacciones ante hechos ciertamente traumáticos —repuso Spartakus—. Solo te voy a pedir que puesto que, en nuestra última reunión, decidimos que había llegado el momento de intervenir, propongas tú el cómo, dónde y cuándo.

Spartakus había hablado con una tranquilidad que de ninguna manera sentía, y sus palabras cogieron desprevenido a Helius, que como en

otras ocasiones esperaba que iniciara una discusión en defensa de sus posiciones. Por este motivo, tardó algunos segundos en reaccionar.

—¡Europa, siempre Europa! — exclamó con desaliento, y preguntó sin dirigirse a nadie en especial—: ¿No es posible que, al menos en esta ocasión, el escenario sea otro lugar?

Todos, en silencio, dirigieron su mirada hacia Spartakus que, sin apartar los ojos de Helius, permaneció impasible.

Recordó entonces la primera vez que le vio. Fue en Dresde, Alemania Oriental, a mediados de los años setenta. Helius, que entonces era

conocido exclusivamente como Helmut Lanzmich, hacía poco tiempo que había terminado la carrera y trabajaba como profesor ayudante en la misma Universidad donde había cursado sus estudios.

Desde su época de estudiante pertenecía a una organización denominada «*Deutschen komitee für kultur und wissen*» que, como tantas otras asociaciones de todo tipo en el mundo entero, giraba en la órbita de la «Orden de los Iluminados» sin que sus miembros tuvieran siquiera la más remota idea de que existía dicha Orden.

Spartakus viajó a Dresde para asistir, como miembro de la delegación

de México, a un simposio internacional sobre pintura y socialismo, pero la única motivación para hacerlo fue la de conocer a un joven que destacaba extraordinariamente en varias disciplinas.

La presentación, hecha por un profesor de filosofía que compartía aficiones e inquietudes con Lanzmich, se produjo en el transcurso de una recepción en la Universidad a los miembros del simposio. Hablaron durante horas, primero paseando por el claustro de la Universidad y, cuando concluyó la recepción, en el domicilio del profesor de filosofía que les había presentado.

Ya de madrugada, Spartakus regresó a su hotel con la decisión de hacer, a partir de ese instante, un exhaustivo seguimiento de la labor y los pensamientos del joven profesor, y la convicción de que había conocido a un futuro dirigente de los Iluminados.

Le sacó de su ensimismamiento la voz de Pandora que, con su voz ronca y quebrada, dijo:

—La decisión que hemos de tomar ahora no es el dónde, sino el qué. Mi opinión —continuó tras una pausa—, como la de todos vosotros, es que estamos más cerca que nunca de lograr nuestro objetivo final. Quiero dejar claro que no considero excesivo, en

términos de costo, el plan propuesto por nuestro hermano Spartakus. Ningún costo es excesivo si el plan tiene éxito. Por eso considero que lo sustancial, aquí y ahora, es debatir si el plan que se nos propone es el adecuado para lograr nuestro principal objetivo.

Las palabras de Pandora produjeron su efecto, porque inmediatamente todos se lanzaron a dar su opinión sobre el documento que tenían en sus manos. El primero en hacerlo fue Alcides, el principal socio de la firma de abogados en cuyas dependencias se estaba celebrando la reunión. Se mostró plenamente de acuerdo con el plan propuesto por Spartakus, y, en alusión a

la intervención que antes había hecho Helius, dijo que, por su innegable influencia sobre el resto del mundo, para cualquier plan que se adoptara solo habría dos escenarios posibles: Estados Unidos o Europa.

Unos tras otro intervinieron todos para dar su opinión. La mayoría, con más o menos matices, se mostró de acuerdo con el plan propuesto por Spartakus. Los únicos discrepantes, aunque por motivos totalmente distintos, fueron Helius, y Naúm, importante dirigente de la iglesia copta de El Cairo. Este último fue categórico en su rechazo al plan alegando que el conflicto provocado podría derivar en una guerra

de religión, del cristianismo contra el islamismo, e incluso en una guerra racial contra el mundo árabe.

Cuando algunas horas después se produjo la votación, el resultado fue de siete votos a favor del plan —de Pandora, Nerthus, Umai, Alcides, Joachim, Gualterius y Savior—, y dos en contra —de Helius y Naúm. Spartakus, sabiendo que contaba con los suficientes votos a favor, se abstuvo de votar su propia propuesta—.

No fue hasta que se hubo producido la votación que Spartakus informó de varias reuniones, tenidas en Madrid y Londres con personas de la Organización, de las que resultó que el

plan era perfectamente realizable cuando llegara el momento. Sin embargo, no dijo absolutamente nada del fracaso en el intento de recuperar el ejemplar del «Ahiman Rezon», que les fue robado a principios de la Segunda Gran Guerra. No es que este asunto fuera verdaderamente importante para ellos —disponían de una copia idéntica al libro original—, pero temía que la casualidad llevara a algún investigador a descubrir que las anotaciones marginales del libro no eran otra cosa más que un completo manual de instrucciones, interpretable en función de la situación política que, en cada momento, reinara en el mundo.

Helius no se preocupó de ocultar el enfado que le había producido la resolución adoptada por la mayoría de la Comisión. Sentada frente a él, Pandora le observaba con disimulo, nunca le había visto tan disgustado y, por un instante, sus miradas se cruzaron. Lo que vio Pandora en esa mirada la dejó profundamente preocupada, y trató de entablar una conversación con él.

—¿Qué te pasa, Helius? ¿Quieres que hablemos? —preguntó.

Helius la miró con los ojos inyectados de rabia y, tratando de dotar a sus palabras de una indiferencia que estaba lejos de sentir, se limitó a decir:

—Hay un proverbio alemán que

dice: ¿Qué sentido tiene correr cuando estás en la carretera equivocada?

Dicho lo cual, cerró su maletín, y salió de la estancia sin volver la vista atrás.

Capítulo 8

Mycroft H. entra de nuevo en escena

Nuestra alegría se disipó cuando, nada más despegar el avión del aeropuerto de Heathrow, hicimos una somera recapitulación de todo lo sucedido desde nuestra llegada a Londres, porque si bien era cierto que habíamos dado un paso de gigante en el conocimiento del caso, también lo era que nos hallábamos ante un nuevo callejón sin salida.

Si realmente existía esa «Orden de los Iluminados» —cosa de la que Irene estaba completamente segura—, eran una organización tan secreta como parecían, y también eran los responsables de la misteriosa desaparición de Moriarty, ¿dónde y cómo iniciar la búsqueda de los Iluminados? Esa es la pregunta que nos hicimos Irene y yo mientras el avión surcaba los cielos de Francia, que nos llenó de desaliento. La respuesta la obtuvimos apenas unas horas después.

Mycroft H. aguardaba nuestra llegada en el aeropuerto de Barajas. Parecía muy animado cuando nos saludó al final del túnel de llegadas, pero

mantenía intacto su aspecto de pintor desaliñado, de bohemio misógino totalmente despreocupado por su aspecto. Tuve la impresión de que había rejuvenecido con respecto a la última vez que le habíamos visto.

—¿Cómo sabía que llegábamos en este vuelo? —me atreví a preguntar intrigado.

—He seguido vuestras andanzas a través del blog —fue su respuesta. Me miró de una forma que podría calificar de afectuosa, y me dijo—: Gracias por haber mantenido al día el blog. ¡Cómo me hubiera gustado estar con vosotros!

Naturalmente no le dije que cuando escribía en el blog cada uno de los

sucesos que nos habían ocurrido, pensaba más en el inspector Ventura — del que estaba seguro que había encontrado la forma de seguir puntualmente los nuevos *post* del «Club de Holmes»—, que en él.

Mientras el taxi que habíamos tomado rodaba hacia Madrid a toda velocidad, pusimos a Mycroft H. al corriente de las últimas novedades —la conversación mantenida esa misma mañana con el inspector de Scotland Yard, Derek Marvin; la sorpresa que nos produjo saber que el secretario de Konstantin Vólkov, el misterioso marchante de arte que habíamos conocido en Madrid, había intentado

robar un valioso libro en el Museo de la Gran Logia Unida de Inglaterra; y la conclusión a la que habíamos llegado durante el vuelo de que volvíamos a estar en un callejón sin salida—.

—¡De ninguna manera! —exclamó Mycroft H.—. Estoy convencido de que estamos más cerca de encontrar a Moriarty, y de la resolución del caso, de lo que podemos imaginar.

—¿En qué se basa para hacer esa afirmación? —preguntó Irene.

—He estado reflexionando —dijo Mycroft—. Cuando se avanza en la resolución de un caso, hay que volver continuamente a examinar las pesquisas anteriores, porque casi siempre hay

cosas, detalles, aspectos que pasaron desapercibidos la primera vez, que luego, a la luz del mayor conocimiento que se tiene, adquieren otra dimensión, otro significado.

Calló de pronto y volvió su mirada hacia la vista que se podía ver a través de la ventanilla del coche. Las urbanizaciones y las arboledas se sucedían una tras otra. Tras unos segundos de silencio expectante por saber el resultado de sus reflexiones, pregunté:

—¿Y?

Mycroft H. pareció volver de otra galaxia, y me miró como si no entendiera sobre qué le estaba

preguntando. De pronto cayó en la cuenta, y exclamó:

—¡Ah! —Durante un par de segundos, volvió a mirar a través de la ventanilla, después nos miró, primero a Irene y después a mí—. Les invito a cenar. Durante la cena les haré partícipes de mis reflexiones.

Pasamos primero por mi casa para dejar los equipajes, y seguimos hasta la plaza de Santa Ana, para comer unas Bratwurst en la Cervecería Alemana.

El local estaba semivacío. Nos sentamos en una mesa próxima a la que habíamos ocupado la anterior ocasión que estuvimos allí y pedimos de nuevo un menú a base de Bratwurst y unas

cervezas.

Mientras esperábamos que nos sirvieran nuestro pedido, dijo Mycroft:

—Sin duda estarán ustedes ansiosos porque les diga las conclusiones a las que he llegado de momento.

—Así es —repuso Irene.

Yo di un largo trago a mi vaso de cerveza, y me dispuse a escuchar todo lo que tuviera que decir Mycroft H.

Hizo un pequeño preámbulo para decir cuan arrepentido estaba por haber claudicado con tanta facilidad abandonando el caso al primer contratiempo, y a continuación entró a hablar de sus impresiones sobre el mismo:

—Son las entradas en nuestro blog que, casi cada día, afortunadamente ha hecho Watson —me miró e hizo un ligero gesto de agradecimiento—, las que han hecho que no haya dejado de pensar en este asunto. Los nuevos datos aportados por la policía, y lo que vosotros habéis descubierto, hicieron que me replanteara todo de nuevo, y, por seguir un orden cronológico, empecemos por el principio, cuando los tres recibimos un mensaje de socorro de Moriarty que contenía unos números enigmáticos. La primera pregunta que me hice fue que cual fue la razón de que Moriarty incluyera esos números en el mensaje. Si estaba en peligro, y quería

decirnos algo, ¿por qué no lo hizo claramente? ¿Por qué añadir unos números cuyo significado podríamos ser incapaces de averiguar? La respuesta es tan obvia que me sonroja no haberme dado cuenta antes: ¡porque Moriarty no sabía su significado! Los incluyó en el mensaje porque, por alguna razón que desconocemos, sabía que eran importantes, y necesitaba que nosotros intentáramos averiguar qué es lo que querían decir.

Irene y yo nos quedamos estupefactos. ¡Mycroft tenía razón! ¿Qué sentido tenía que, estando en peligro, Moriarty no nos diera las claves para ayudarlo, si es que las conocía,

naturalmente?

—¡Es cierto! —exclamé—. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

El razonamiento era tan brillante, y tan simple al mismo tiempo, que no pudimos menos que alegrarnos de que Mycroft H. hubiera decidido volver con nosotros.

Mycroft me miró de una forma que temí que, de un momento a otro, lanzara aquello de: «Elemental, querido Watson». Afortunadamente, en lugar de hacerlo, continuó con el relato de sus reflexiones:

—Bien —dijo—, más o menos, sabemos qué querían decir esos números, pero primero: ¿cómo podemos

hacer para transmitir a Moriarty, esté donde esté, todo lo que hemos... habéis —rectificó— descubierto?; y segundo, ¿qué relación hay entre la desaparición de Moriarty y una organización secreta, que nadie sabe exactamente cuál es su finalidad, como la Orden de los Iluminados? Digo más, ¿qué vínculo hay entre el «Gran Circo Rex» y los Iluminados? —Dio un trago a su vaso de cerveza, y añadió solemnemente—: Encontrar la respuesta a estas preguntas es absolutamente necesario para resolver este caso.

En ese momento apareció el camarero con nuestros platos, que puso ante cada uno de nosotros, y

aprovechamos para pedir —Mycroft y yo— otras cervezas. Una vez que su hubo ido el camarero, apunté:

—Pero los Iluminados son una orden secreta, ¿cómo podemos saber dónde se ocultan?

Irene, que hasta el momento había permanecido en silencio, dijo con rotundidad:

—Es evidente que tienen gente en Madrid.

Mycroft asintió con la cabeza, e indicó:

—Konstantin Vólkov.

—Sí. Vólkov, ¿qué hacía en Madrid? Indudablemente, vino para verse con alguien. La cuestión es averiguar con

quién lo hizo, pero ¿cómo?

—Es fácil —señaló Mycroft—. En cierto modo sabemos su *modus operandi*, y lo vamos a hacer exactamente igual: Alojarnos en el Hotel Palace, poner un anuncio en los principales periódicos, y esperar a que alguien se ponga en contacto con nosotros.

—En el Palace conocen al verdadero Vólkov —apuntó Irene.

—Cualquier otro hotel de lujo servirá —dijo Mycroft.

—El Hotel Villamagna, o el Ritz —propuse.

—¿Qué decía el anuncio que nos llevó hasta Vólkov?

Extraje mi agenda, y busqué la nota que tomé cuando descubrí el anuncio. Leí en voz alta:

—«Φ-Hotel Palace-1647-Mr. Vólkov».

—Pondremos un anuncio idéntico, cambiando el nombre del hotel, naturalmente —afirmó Mycroft justo antes de atacar su último trozo de Brathwurst.

Había olvidado la manera de comportarse de Mycroft H. La forma tan arrogante de dar por descontado que era él quien dirigía el grupo, y el que tomaba las decisiones, me molestó tanto, o más, como al principio. Pero observé satisfecho que, a diferencia de antes,

Irene mucho más crítica. Ya no miraba embelesada a Mycroft H. mientras este pontificaba sobre esto y aquello.

—Creo que deberíamos cambiar el número. No sabemos exactamente su significado. Quizá cada número solo se utiliza en una ocasión, y no deberíamos arriesgarnos —apunto Irene con firmeza.

—Tú lo has dicho —señaló Mycroft —: no sabemos exactamente su significado, por lo que cualquier otro número podría no simbolizar nada para la persona a la que va dirigido. Si ponemos el mismo número, siempre puede parecer que se trata de un simple error.

—No estoy de acuerdo —repuso

Irene con terquedad.

A pesar del regocijo que me producía el enfrentamiento entre ellos, hube de intervenir para que el desacuerdo no fuera a más. Y desgraciadamente, en este caso, tuve que dar la razón a Mycroft.

—Tiene razón él —dije a Irene—, deberíamos poner el anuncio exactamente igual, y ver qué ocurre.

Irene me miró durante unos segundos. Se había producido un silencio espeso e incómodo, y de pronto, con la misma rapidez con la que había objetado la propuesta de Mycroft, se mostró de acuerdo.

—Muy bien —dijo—, como queráis.

A esas horas las oficinas de los periódicos estaban cerradas para incluir el anuncio en las ediciones del día siguiente, por lo que decidimos que por la mañana, Irene y yo contrataríamos el anuncio en los periódicos más importantes de Madrid mientras Mycroft se ocuparía de tomar una habitación en el Hotel Villamagna, donde nos reuniríamos a media mañana.

Recordé de pronto que había sido allí, en la Cervecería Alemana, donde nos había abordado por primera vez el inspector Ventura, y que yo, hasta que no se encontrara al verdadero culpable, era el principal sospechoso del asesinato de Conan.

—Una última cuestión: ¿creéis que deberíamos informar de todo esto al inspector Ventura?

—¿Por qué? —preguntó Irene.

—Él también está investigando este asunto, y estoy seguro de que tiene información que desconocemos. Supongo que vamos en el mismo barco —concluí, aunque en realidad me dije a mí mismo que una plena colaboración por nuestra parte ayudaría a disipar sus dudas con respecto a mí.

—Informemos de todo, excepto del anuncio que vamos a poner para intentar contactar con la Orden de los Iluminados; al menos, hasta que todo haya terminado —sugirió Mycroft.

—¿Por qué? —insistió Irene, que parecía dispuesta a discutir cada propuesta.

—Porque podría no parecerle bien que suplantáramos la identidad de otra persona.

—O porque eso sea más peligroso de lo que nos imaginamos. Ya nos lo advirtió.

Concluida la cena, nos despedimos en la puerta de la Cervecería Alemana, e Irene y yo nos dirigimos en taxi a mi casa.

Durante el trayecto evitamos el más ligero roce de nuestras manos o rodillas. Durante todo el día nos habíamos olvidado de lo que había ocurrido la

noche anterior, pero ahora, ante lo inevitable de estar de nuevo a solas, la tensión se levantó entre nosotros como si fuera un muro.

—Al llegar a casa llamaré al inspector Ventura —dije en un vano intento de aliviar esa tensión—. Aunque solo sea para decirle que estamos de vuelta en Madrid.

Irene ni siquiera contestó. Se limitó a hacer un movimiento con la cabeza que interpreté que le parecía una buena idea. La miré de reojo. Parecía ensimismada, y de pronto me di cuenta de que aquella situación era absurda. Me dije que no éramos unos niños y que hicimos el amor en Londres porque ambos lo

deseábamos. ¿Por qué había esa tensión entonces? La respuesta vino sola, como si fuera una obviedad, y comprendí que, para los dos, lo ocurrido en Londres había sido algo más importante que el sexo, algo mucho más profundo para lo que, probablemente, estábamos desprevenidos.

La llamada al inspector Ventura duró apenas unos minutos. Le informé que estábamos en Madrid de nuevo, y él aprovechó para preguntar con cierta desgana:

—Al final, ¿qué tal por Londres?

Por el tono que utilizó en su pregunta deduje que había seguido accediendo al «Club de Holmes», y había leído mis

últimas entradas, por lo que me limité a contarle la conversación que habíamos mantenido esa misma mañana con el inspector Derek Marvin, de Scotland Yard, y eso pareció interesarle mucho.

—¿Por qué cree que Scotland Yard se interesó por ustedes?

—Imagino que por lo que mi compañera descubrió en el «Ahiman Rezon», y la «Orden de los Iluminados», pero a él le hizo bastante gracia. — Ventura se quedó pensativo durante varios segundos y, por un momento, temí que se hubiera cortado la comunicación —. ¿Sigue ahí, inspector?

—Sí, disculpe, estoy aquí. Estaba pensando en la frase que creen haber

descubierto en el libro del Museo. ¿A qué creen que se puede referir? — preguntó.

Durante unos segundos rememoré la frase que extrajo Irene de las páginas del «Ahiman»: «Los Reyes deben morir». En su literalidad no tenía nada de misterioso, pero ¿cabía otra interpretación? ¿Manifestaba un mero deseo político —por otro lado muy propio de los primeros «Iluminados»—, o era una orden?

—No sabría decirle. Por un lado, el mensaje parece muy claro; pero, la verdad, más bien pienso que, en el lenguaje de la época, están hablando de su voluntad de acabar con el orden

establecido; no creo que se refiera a que se esté gestando un regicidio, si es eso en lo que está pensando.

—Bien —dijo el inspector—, ¿y ahora qué?

Casi me echo a reír por la pregunta que me acababa de hacer, y le espeté:

—Esa pregunta me correspondería hacerla a mí.

—La investigación está atascada —dijo al fin—. Lo único que tenemos es la posible relación de Vólkov en el asesinato de Conan, pero los indicios son tan frágiles que ningún juez tramitaría la formación de una comisión rogatoria para interrogarle en Nueva York.

Esa información no me tranquilizó en absoluto, no solo porque era la prueba de la ausencia de pistas que ayudaran a la policía a resolver próximamente el caso, sino porque me constituía en permanente sospechoso de asesinato.

—¿Y lo que hemos averiguado en Londres? —pregunté, porque para mí, lo que habíamos descubierto suponía un importante salto cualitativo en la investigación.

—¿«Los Reyes deben morir»? —dijo en un tono sarcástico que no me gustó nada—. ¡Vamos, amigo!, ¿quiere que me convierta en el hazmerreír del Cuerpo de Policía? Estoy seguro que

usted y su amiga han hecho un buen trabajo, y les felicito por ello, pero necesito algo más consistente para poder incluirlo en un informe.

O sea, que ni a la policía española ni a Scotland Yard le resultaban útiles los hallazgos que habíamos hecho en nuestro viaje a Londres. Definitivamente Mycroft tenía razón al proponer que no informáramos a la policía de nuestra intención de intentar contactar con los miembros de la «Orden de los Iluminados» en Madrid. ¿Cómo confiar en el buen criterio de hombres como el inspector Ventura, que se mofaban del —desde mi punto de vista— gran descubrimiento de Irene?

—Supongo que solo tendrá algo más consistente si continúa investigando —apunté con cierto retintín.

—Sí, claro. ¿Y ustedes? —preguntó de pronto.

—¿Qué quiere decir?

—Que si ustedes van a seguir investigando por su cuenta.

No sé por qué, pero tuve la sensación de que, más que una pregunta, era una sugerencia lo que me estaba haciendo. Hubiera querido decirle que al margen del interés que, por nuestra afición detectivesca, teníamos en la resolución del caso, la única preocupación de los miembros del «Club de Holmes» era hallar, antes de

que fuera demasiado tarde, el paradero de nuestro compañero Moriarty, pero me abstuve de hacerlo.

—No lo sé —repuse—. Nosotros, desgraciadamente, no disponemos de los medios con los que cuenta la policía.

—Si lo hacen —dijo—, no deje de tenerme al tanto de lo que ocurra. —Hizo una larga pausa y añadió—: Ya sabe que, de momento, sigue siendo el principal sospechoso en el asesinato de Conan.

Cortó la comunicación antes de que pudiera responderle, y me di la vuelta para relatar a Irene los pormenores de la conversación con el inspector Ventura. La encontré enfrascada en el ordenador.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Estoy en

«anunciosenperiodicos.com». Desde esta página podemos insertar el anuncio en los periódicos que queramos —respondió—. ¿Qué te parece?

Señaló la pantalla y me fijé en lo que había escrito. Era una solicitud para publicar en el diario «El País» el siguiente anuncio: «Φ-Hotel Villamagna-1647-Mr. Vólkov».

—Perfecto —dije, e Irene pulsó una tecla para pasar a la siguiente pantalla.

—¿En qué otros periódicos ponemos el anuncio?

—«El Mundo» y «ABC» —sugerí.

Irene siguió tecleando durante un par

de minutos hasta que hubo terminado la solicitud.

—Tu tarjeta —dijo entonces. Naturalmente se refería a mi tarjeta de crédito. Se la di y tecleo los datos necesarios para hacer el pago—. El anuncio aparecerá en la primera edición de mañana. Espero que tengamos suerte.

—La tendremos —repuse confiado.

—¿Apago el ordenador? —preguntó Irene.

—No. Aprovecharé para actualizar el blog.

Irene se levantó del sillón y ocupé su lugar. Entré en el «Club de Holmes» y durante unos quince minutos escribí una entrada en la que daba cuenta de la

conversación de la mañana con el inspector de Scotland Yard, Derek Marvin —¿solo habían pasado doce horas desde entonces? Tenía la sensación de que había pasado mucho más tiempo, días incluso—, y del reencuentro con Mycroft H. A continuación apague el ordenador y busqué a Irene con la mirada. Había desaparecido.

La busqué por toda la casa, y por fin la encontré metida en mi cama, tumbada boca abajo. Adiviné su cuerpo desnudo bajo la sábana y, aunque daba la impresión de estar dormida, yo estaba seguro de que no era así. Me desnudé rápidamente y me deslicé junto a ella

abrazándola por detrás. Aparté el pelo que cubría su nuca, y la besé depositando suavemente mis labios en ella. Su aroma me embriagó. La giré para besar sus labios y perderme en sus ojos y, cuando estuvimos frente a frente, fue ella quien me besó apasionadamente. En ese instante el vértigo se apoderó de mí y me olvidé del inspector Ventura y de la conversación que acababa de tener con él, del pulcro Derek Marvin, de Mycroft H, de Moriarty y hasta de los reyes que debían morir.

Nos levantamos bastante tarde y, tras una reconfortante ducha y un aún más

reconfortante desayuno, nos dirigimos al Hotel Villamagna, en cuya recepción preguntamos por *Mr. Vólkov*.

Tal como había ocurrido la vez anterior en el Palace, el recepcionista, antes de darnos una respuesta, hizo una llamada para anunciar nuestra presencia.

—¿Quién desea ver al Sr. Vólkov?
—preguntó entonces.

—Irene Adler —respondió rápidamente mi acompañante.

—Habitación 318 —dijo el recepcionista. Y señaló hacia la izquierda—. Ahí tienen los ascensores.

Mientras el elevador nos conducía silencioso hasta el tercer piso, pensé, otra vez, que estábamos jugando con

fuego, que aquel no era un juego como los que habitualmente practicábamos. Que la persona o personas que habíamos citado mediante el falso anuncio de Vólkov eran, probablemente, los responsables del asesinato de Conan.

—Somos unos inconscientes —dije de pronto como si hablara conmigo mismo.

Irene me miró y adiviné un asomo de preocupación en su mirada.

—¿Por qué dices eso? —inquirió.

—El inspector Ventura tiene razón.

Esta gente es peligrosa, y nosotros actuamos como si no fuera más que otro de nuestros juegos del «Club de Holmes».

El ascensor había llegado a la tercera planta, y salimos a un largo y alfombrado pasillo. Seguimos la dirección que señalaba una pequeña placa con los números de habitaciones que había a cada lado.

—Exageras —dijo Irene con cierta displicencia—. Lo único que estamos haciendo es buscar a nuestro amigo. —Hizo una corta pausa durante la cual tuve la impresión de que estaba ordenando sus ideas, y continuó—: El mismo día que aparezca Moriarty, yo volveré a casa.

—Sí, pero ellos no saben que lo único que nos interesa a nosotros es hallar a Moriarty. Si es que todavía vive

—musité.

Era la primera vez que manifestaba en voz alta —era incluso la primera vez que lo pensaba— que Moriarty podía estar muerto, y ese pensamiento me produjo una sensación de zozobra, de desasosiego y fracaso, como no había sentido hasta entonces, ni siquiera cuando nos movíamos a ciegas contando únicamente con la información que nos había dado Moriarty en su correo electrónico.

Irene, como si no hubiera escuchado mis palabras, hizo caso omiso a mi observación.

—Me importan un bledo los planes que puedan tener los miembros de la

«Orden de los Iluminados».

Habíamos llegado frente a la puerta de la habitación 318, y llamé suavemente con los nudillos. Como si hubiera estado esperándonos, la puerta se abrió casi inmediatamente, apareciendo Mycroft en el vano de la misma.

—El anuncio está en los periódicos —dijo a modo de saludo, apartándose para que entráramos en la habitación.

Se trataba de una pequeña *suite* compuesta por un saloncito, y por un dormitorio lateral cuyas puertas estaban abiertas de par en par. El lujo estaba presente en cada uno de los detalles, y pensé que con mi salario de un mes,

apenas podríamos pagar un par de noches en aquella habitación.

—Los pusimos anoche por Internet —le informó Irene.

—Bien —dijo Mycroft—, así hemos ganado un día. —Señaló unas butacas que había junto a la ventana para que nos sentáramos, mientras él lo hacía frente a ellos, en un sofá de cuero, y continuó—: No sabemos exactamente lo que están haciendo los «Iluminados», ni tampoco qué es lo que espera de Vólkov la persona que llame a esa puerta —señaló hacia la puerta que acabábamos de atravesar—, así que pienso que deberíamos plantearnos todos los escenarios posibles.

—Watson opina que el inspector Ventura tenía razón cuando nos dijo que estábamos frente a gente peligrosa —apuntó Irene.

—Mataron a Conan —añadí yo.

—Pero no podemos saber si son los «Iluminados» los que están tras el asesinato de Conan —señaló Mycroft.

—¿Quién si no?

Mycroft se encogió de hombros.

—Puede que tengamos una visión bastante simple de todo este asunto. Irene ha descubierto que la «Orden de los Iluminados», una escisión de la Gran Logia Unida de Inglaterra producida hace casi doscientos años, que todos creían desaparecida, sigue actuando, lo

cual quiere decir que tienen un plan, unos objetivos, aunque desgraciadamente ignoramos cuales son; pero ¿creéis posible que una organización de esa naturaleza puede pasar desapercibida para ciertos ámbitos de poder? ¿Creéis posible que, si están urdiendo un plan, no haya alguien dispuesto a que no lo consigan?

Pensé que Mycroft se estaba refiriendo a los servicios secretos de algún país, pero esa posibilidad me parecía francamente rocambolesca, por lo que intenté que se expresara con más claridad.

—¿A qué, o quien, te refieres exactamente?

—Solo apunto la posibilidad de que haya más actores de lo que nos imaginamos. No hacerlo sería como ponernos voluntariamente unas orejeras.

—Bien —intervino Irene—, supongamos que no fueron los «Iluminados» los responsables del asesinato de Conan. ¿Quiere eso decir que son los buenos, que podemos confiar en ellos?

—En absoluto. Lo único que quiero decir es que, si fueran así las cosas, deberíamos evitar que nos cojan en un fuego cruzado.

—¿Y qué pasa en el supuesto de que no haya nadie enfrentándose a los «Iluminados»? —pregunté.

—En ese caso —afirmó Mycroft—, que Dios nos coja confesados, porque querrá decir que asesinaron a Conan, y que para conseguir sus objetivos, sean los que sean, están dispuestos a todo, en cuyo caso estaremos verdaderamente en una situación de extremo peligro.

—¿Y cómo sabremos en qué terreno jugamos, si están solos o hay alguien más en el campo de juego? —preguntó Irene.

Se produjo un espeso silencio en la habitación. Mycroft suspiró hondo, y dijo:

—No lo sé. Supongo que, por el momento, tendremos que confiar en la suerte, y en nuestra intuición —añadió.

Durante varias horas —con el paréntesis de una hora, en que bajamos a una cafetería para tomar un tentempié— seguimos hablando sobre la manera — en el supuesto de que surtiera efecto el anuncio publicado en la prensa, y se presentara alguien en el hotel— de enfocar la entrevista, y de la importancia que, desde todos los puntos de vista, tenía el que averiguáramos cuales eran las intenciones últimas de los «Iluminados».

—Contando con que aún subsistan en la Orden algunos de los principios para los que fue creada, debemos imaginar que su intención es gobernar el mundo —apuntó Irene.

—Eso podía tener sentido en el siglo XVIII, incluso en el XIX, pero no en el siglo XXI —dije.

—Al contrario —reflexionó Mycroft—. Si alguna vez ha sido posible que una secta consiga gobernar el mundo, es ahora. —Esas palabras no era más que una frase oportuna, y Mycroft se sintió impelido a ahondar en su reflexión, y continuó—: Estamos en la era de las comunicaciones, en la aldea global. Lo que ocurre en cualquier rincón del Globo, se expande casi de inmediato, como un *tsunami*, al resto del Planeta. Lo mismo ocurre con las ideas, la cultura o las modas. Ya apenas hay diferencias entre un joven de Madrid, y

otro de Tokio, Buenos Aires o Nueva York. La información, verdadera o falsa, objetiva o sesgada, circula por el aire como la sangre por nuestras venas. Nunca se han manipulado tanto las conciencias como ahora. Nunca como ahora ha sido tan fácil, con el *marketing* adecuado, imponer una idea o crear una necesidad a escala global. Un buen programa de televisión puede generar más solidaridad con los afectados por una catástrofe, que las peticiones realizadas desde los púlpitos de todas las iglesias, mezquitas o sinagogas de un país. —Suspiró, y concluyó diciendo—: De todas formas, desde mi punto de vista lo peor no es esto, sino que no hay

marcha atrás. Esto es lo que hay; este es el horizonte que hemos dejado que algunos creen con nuestra más absoluta indiferencia, aunque en algunos casos podríamos hablar de entusiasta colaboración.

El panorama dibujado por Mycroft era absolutamente real. Tan acostumbrados estamos al paisaje que nos rodea, que apenas percibimos las amenazas que se esconden agazapadas tras lo que nos muestran a diario los medios de comunicación, y, precisamente por eso, me estremecí.

De pronto, alrededor de las seis de la tarde, sonó el teléfono de la habitación. Alguien preguntaba por *Mr.*

Vólkov, anunciaron desde recepción.

—Que suba —ordenó Mycroft.

Decidimos que fuera el propio Mycroft quien llevara la voz cantante; primero, porque de él había sido la idea de que, si no sabíamos dónde buscar a los «Iluminados», fueran ellos quienes nos encontraran a nosotros; y segundo, porque, por edad, era quien mejor podía reflejar la jerarquía que parecía haber entre ellos. —Los tres recordamos la presencia subordinada a Vólkov del que supusimos su secretario—. Yo fui el encargado de abrir la cuando sonó un toc-toc en la puerta. Tenía el corazón encogido cuando lo hice, porque intuía que, con la puerta, estaba abriendo un

camino lleno de trampas y peligros por el que tendríamos que transitar.

Ante mi apareció la figura de un hombre de mediana edad que me resultó vagamente conocido. Iba vestido con un desgastado pantalón vaquero y una ajada cazadora de cuero negro. Por su aspecto, daba la impresión de ser un obrero que hubiera dejado el tajo para acudir a la llamada de Vólkov. Le hice pasar al salón, donde, de pie, junto a la puerta del dormitorio, esperaban Mycroft e Irene. Quedó parado frente a ellos, conmigo a su espalda por si intentaba huir al percatarse de la encerrona.

Durante varios segundos reinó un silencio sepulcral en la habitación.

Pensé que nuestro visitante no debía conocer personalmente a Vólkov, porque parecía estar en actitud expectante, como si fuéramos nosotros —Vólkov para él— los que tuviéramos que transmitirle algo. De pronto, algo cambió. No pude ver la expresión de su rostro, pero empezó a revolverse inquieto y deduje que, poco a poco, la idea de que no era Konstantin Vólkov la persona que había puesto el anuncio, empezó a filtrarse en su mente.

Mycroft también se percató de que nuestro hombre estaba a punto de iniciar la huida, y comenzó a hablar:

—Mi nombre es Mycroft Holmes, y estos —dijo por nosotros, mientras yo

me solazaba con la idea de que él, más que nadie, había asumido absolutamente la personalidad del hermano mayor de Sherlock Holmes—, son mis amigos Irene y Watson. Supongo —continuó—, que usted pertenece a la «Orden de los Iluminados» y, para su tranquilidad, le aseguro que nada tenemos contra ustedes.

El hombre se giró bruscamente pillándome desprevenido. Me apartó de un manotazo derribándome, y corrió hacia la puerta de salida. Me incorporé como pude y salté hacia él agarrándole por las piernas. Tiré con fuerza hasta que conseguí derribarle y, en ese momento, los tres caímos sobre él. La

situación me pareció tan cómica, que si no hubiera estado sangrando por la nariz a causa del golpe recibido, me habría echado a reír. El forcejeo duró poco. Le atamos a una silla con el cordón de la cortina, y corrí al cuarto de baño para limpiar la sangre que me cubría parte de la cara. Cuando salí del baño, Mycroft estaba sentado en otra silla frente a nuestro visitante.

—No tenemos nada contra la «Orden de los Iluminados» —insistió Mycroft dando a su voz un tono lo más amigable que pudo.

—No sé de qué está hablando —dijo el desconocido con acento extranjero.

—Yo creo que sí —afirmó Mycroft

—. Hace unos diez días, aquí, en Madrid, desapareció un hombre amigo nuestro. Suponemos que el motivo fue que había descubierto sus planes —el hombre le miraba fijamente, sin mover un solo músculo de la cara—. Solo queremos que le dejen libre, con la promesa de que nadie, ni él ni nosotros, se inmiscuirá en sus planes.

El hombre pareció relajarse.

—Le repito que no sé de qué está hablando —insistió, y, sin venir a cuento, añadió—: Últimamente no he leído en los periódicos nada referente a una desaparición.

Recordé las palabras en el mismo sentido del inspector Ventura. ¿Era

posible que nos hubiéramos equivocando y que Moriarty no hubiera sido raptado, sino que estuviera simplemente escondido? Casi inmediatamente descarté esta idea, porque si así fuera, estaba seguro de que hubiera encontrado la forma de ponerse en contacto con nosotros a través de «Club de Holmes» o mediante un simple correo electrónico.

—Ese tipo de noticias no siempre salen en los periódicos —repuso Irene, que hasta entonces había permanecido callada.

El hombre se encogió de hombros e hizo una mueca con los labios, y ese simple gesto hizo que evocara una

imagen, su imagen, y supiera dónde le había visto con anterioridad.

—¿Qué tal por el circo? —pregunté.

Mi pregunta le pilló desprevenido, y me miró boquiabierto.

Se trataba del vigilante que estuvo a punto de sorprendernos cuando Irene y yo hicimos la incursión nocturna a la caravana de Conan.

Recordaba haber escuchado al inspector Ventura decir que habían estado vigilando el circo. —Eso fue antes de que Conan apareciera asesinado en un descampado—. Ello solo podía deberse a que resultaban sospechosos de haber cometido algún delito, y sin duda, los trabajadores del

circo sabían que la policía les tenía vigilados.

—¡Llamad a la policía! —Se me ocurrió pedir de pronto a mis compañeros mientras le mantenía inmóvil—. Si no quiere hablar con nosotros, tendrá que hacerlo con ellos.

Naturalmente no era nuestra intención hacer esa llamada, pero el vigilante no lo sabía. Fueron unos segundos de enorme tensión, porque si no conseguíamos asustarle para que hablara, en pocos minutos estaría saliendo tranquilamente por la puerta de la habitación.

—No —rogó con un hilo de voz—. No la llamen, por favor.

Mycroft me hizo un gesto, y me aparté.

—Les diré lo que sé, pero no creo que pueda ayudarles —dijo, cambiando de actitud.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mycroft.

—Roland Picard —respondió.

—Señor Picard, le vamos a soltar, pero necesitamos su promesa de que no intentará escapar.

—Lo prometo —dijo.

Fui yo quien desató la cuerda bajo la atenta mirada de Irene, que parecía divertirse con aquella situación.

—¿Quiere beber algo? —le ofreció amablemente Mycroft.

Picard pidió agua para beber. Irene le ofreció un botellín de agua que extrajo del minibar, y un vaso. Apuró de un trago la botella, sin usar el vaso, y nos miró a los tres, uno tras otro, todavía desconcertado.

—¿Qué hay del hombre desaparecido? —volvió a preguntar Mycroft.

—Antes le dije la verdad —respondió Picard—. No sabemos de ningún hombre que haya desaparecido, y si ha sido así, nosotros nada tenemos que ver.

Parecía sincero, por lo que su respuesta nos dejó desconcertados. Si Moriarty no había sido secuestrado por

los «Iluminados», ¿qué había sido de él?

Recordé que yo seguía siendo sospechoso del asesinato de Conan, y aproveché para preguntar:

—¿Y Conan, qué tiene que ver Conan en todo esto?

—Conan era la mano derecha de Massimo Valieri —fue la respuesta.

Valieri era el director del «Gran Circo Rex», el hombre que nos había mostrado la caravana de Conan y que nos mintió al afirmar que le había visto cuando ya estaba muerto.

—¿Fue él quien le mató?

Picard tardó algunos segundos en responder.

—No lo sé —dijo al fin.

—¿Está seguro? —insistí.

—No, no estoy seguro. No puedo asegurar que Valieri sea el asesino, pero lo cierto es que la misma noche en que Conan fue asesinado escuché una fuerte discusión en la caravana de Conan.

—¿Discutían Valieri y Conan o había alguien más?

—Solo escuché las voces de ellos dos.

—¿Sobre qué discutían? —se interesó Mycroft.

—Lo hacían sobre las preguntas que había hecho a Conan un espectador. Este decía que sus preguntas señalaban que el plan había sido descubierto y debía ser pospuesto, y Valieri opinaba que alguien

se había ido de la lengua.

—¿Cómo concluyó la discusión?

—¿Qué quiere decir?

—Pregunto quién impuso su opinión al otro.

—No lo sé, porque no podía quedarme junto a la caravana para escuchar, y seguí con mis asuntos.

—¿Cuál es el plan del que habló Conan? —preguntó Irene.

—No lo sé. Valieri y Conan era los únicos que tenían todas las claves. Ellos mandaban, y los demás obedecíamos.

—¿Quién vino a la primera entrevista con Vólkov?

—Valieri.

—¿Y por qué ha venido usted hoy?

—Cuando leí el anuncio, supe que se trataba de una entrevista importante. Siempre lo era cuando aparecía un anuncio similar en los periódicos, pero Valieri desapareció del circo hace diez días, y Conan está muerto. Alguien tenía que venir.

Cuando Picard terminó de hablar, se produjo un largo silencio. Tuvimos la sensación de que aquel hombre nos había contado todo lo que sabía, que por otra parte era bien poco, y nos dejaba, además, en peor situación que al principio, porque si los «Iluminados» no eran los responsables de la desaparición de Moriarty, entonces, ¿quién lo era?

—Una última pregunta —intervino

Mycroft—, ¿quién es Vólkov?

Picard permaneció callado. Me miró, y supe que no sabía qué responder.

—No sé quién es Vólkov. Lo único que sé es que Valieri y Conan le temían.

La conversación —si es que aquel interrogatorio en toda regla podía calificarse de conversación— había terminado. Picard se puso en pie y, con voz opaca, dijo:

—Si cuentan todo esto a la policía, soy hombre muerto.

Pensé que estaba exagerando, porque desgraciadamente no nos había dado ninguna información trascendental, pero Picard estaba realmente aterrorizado.

—No se preocupe —le dije para tranquilizarle—. Lo que nos ha contado quedará entre nosotros.

Roland Picard salió de la habitación dejándonos en un estado de total incertidumbre.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Irene.

Mycroft se hizo otra pregunta, esta más positiva que la de Irene:

—¿Quién, además de la policía, puede tener interés en que la «Orden de los Iluminados» no lleve a cabo sus planes?

Pero también la pregunta de Mycroft H. quedó en suspenso, porque no teníamos respuesta para ella.

Capítulo 9

Las dudas de Vólkov

Lo tratado en la reunión celebrada por la Comisión de los Diez en el bufete de Cravath, Parker & Moore era de tal importancia que, desde el mismo instante en que finalizó dicha reunión, Konstantin Vólkov empezó a temer que alguno de los miembros de la Comisión críticos con el proyecto —estaba pensando en Helius y Naúm—, traicionara a la Orden.

Pero, a la vista de los sucesos que

ocurrieron durante los siguientes días, no fue el único en pensarlo. Esa misma noche se presentó Pandora en su casa de la Quinta Avenida. Se conocían desde hacía más de cuarenta años, después de que Pandora publicara su primera novela. Al principio, debido a su carácter anárquico e independiente, no fue nada fácil su incorporación a la Orden. De hecho, ni ella misma conoció la naturaleza de la misma hasta que le propusieron su incorporación a la Comisión de los Diez. Hasta ese momento había creído pertenecer a una organización de escritores, preocupados por la libertad de expresión en el mundo, en la que llegó a ser presidenta.

Era una mujer alta, de pelo rubio — casi blanco ya—, y facciones angulosas. Fumadora empedernida, había dejado el tabaco unos meses antes, al cumplir los sesenta y un años, tras la aparición de unos nódulos en las cuerdas vocales que le habían enronquecido la voz.

—No esperaba volver a verte tan pronto —dijo Spartakus tras abrirle la puerta de su casa.

—Tenemos que hablar —respondió Pandora.

Vólkov la condujo por un corto pasillo hasta su despacho y, tras ofrecerle una copa que ella rechazó, le ofreció sentarse en un sillón mientras él lo hacía él frente a ella.

No dijo nada. Se quedó mirándola fijamente en espera de que fuera ella quien rompiera a hablar.

—¿Qué piensas de Helius? — preguntó al fin.

—Creo que no le ha gustado el plan —repuso Spartakus.

Pandora esbozó una sonrisa.

—En estos últimos años, su actitud es cada vez más obstinada. Está acostumbrado a que todo el mundo le rinda pleitesía como uno de los cerebros más brillantes de Europa, y no acepta muy bien que nadie le lleve la contraria. —Se quedó mirando al otro durante unos segundos, y, de pronto, inquirió—: ¿Por qué sois tan arrogantes los

europesos?

Spartakus tuvo que reprimir una carcajada.

—Los europeos —respondió él— piensan exactamente lo mismo de los americanos.

Tras esas palabras se produjo un largo silencio durante el que los dos personajes parecieron medirse con las miradas. Vólkov conocía bien a Pandora, no era una mujer que hiciera o dijera las cosas porque sí. Su visita tenía un objetivo, y este debía ser muy espinoso cuando ella, tan directa siempre, daba tantos rodeos antes de hablar.

—¿Para qué has venido, Pandora?

—preguntó Spartakus muy serio, y añadió—: Creo que yo sí me tomaré una copa.

Se encaminó hacia una pequeña mesa pegada a la pared, llena de botellas de toda clase de licores.

—Te acompañaré —dijo Pandora—. *Whisky* con agua para mí.

Spartakus sirvió las copas —dos *whiskys* con agua, aunque en la suya añadió unos cubitos de hielo—, y, tras darle su copa, se sentó muy cerca de ella.

—¿Para qué has venido, Pandora? —repitió la pregunta que le había formulado segundos antes, y ella aún se tomó su tiempo antes de responder.

—Solo quería decirte que he visto el brillo de la traición en los ojos de Helius.

No habría sabido decir por qué, pero esas palabras, dichas por una persona tan intuitiva y observadora como Pandora, no sorprendieron a Spartakus.

—¿Lo sabías ya? —preguntó Pandora ante la falta de reacción de Spartakus.

—Supongo que sí —fue la respuesta de este.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Crees que debo hacer algo?

—Sí.

—Él sabe como castiga la Orden a

los traidores.

—Se cree más inteligente que todos nosotros. Lo hará, convencido de que su traición puede quedar impune.

—¿Piensas entonces que debemos actuar ya, anticipándonos a su deslealtad?

Pandora inició un leve movimiento afirmativo con la cabeza, y, de forma casi inaudible, dijo:

—Sí.

—No —repuso con rotundidad Spartakus—. No haremos absolutamente nada hasta tener la certeza de que nos va a delatar.

—¿Y si llegamos tarde? —insistió Pandora.

—No será así. No te preocupes.

Pandora aceptó pertenecer a la Comisión de los Diez consciente de la alta responsabilidad que el ejercicio del cargo le exigiría. Previamente, no había sido fácil para ella entender el concepto casi religioso de perfectibilidad, entendido como la búsqueda —en la Orden y con la Orden— de la perfección que le hizo tomar conciencia de la necesidad de superar el egoísmo personal. Tuvo la conciencia de estar trabajando por el bien del género humano, y rápidamente se sintió investida de una enorme superioridad moral sobre el resto de los mortales. Aprendió a actuar como una célula,

importante pero prescindible, del cuerpo que era la Orden. El individuo no era nada, y el objetivo no era otro que pensar y actuar dentro del grupo.

Pandora relajó su cuerpo dejando que se apoyara completamente sobre el respaldo del sillón de cuero negro en el que estaba sentada. Dio un largo trago al vaso de *whisky* y, más tranquila, suspiró.

—¿Cómo va la galería? —preguntó entonces. Pandora se refería a la galería de arte, una de las más grandes y prestigiosas de Nueva York, que regentaba Spartakus—. No pude asistir a la inauguración de tu última exposición.

—No importa. No te perdiste gran cosa —dijo Spartakus—. Ya no hay

pintores como los de antes. ¿Dónde están los nuevos Modigliani, Picasso, Dalí o incluso Lichtenstein o Warhol?

—¿Qué piensas de Warhol? —preguntó Pandora—. ¿Le llegaste a conocer?

A cualquier espectador que hubiera seguido aquella conversación, le habría asombrado la facilidad con que pasaron de hablar de traiciones y castigos, a pintores y exposiciones.

—¿Warhol? —repitió Spartakus—, no era más que un diletante. Pero sí he de reconocerle algo, era casi tan buen promotor de sí mismo como Dalí.

Pandora rio la broma de Spartakus, y durante media hora más siguieron

hablando de pintura y literatura con la actitud de dos amigos, más preocupados por el devenir del arte que por la hecatombe que estaban dispuestos a perpetrar algunos meses después.

No pasó desapercibido para Vólkov el despego moral mostrado aquella noche por Pandora y él mismo, con respecto a los acontecimientos que casi inevitablemente iban a ocurrir porque ellos así lo habían decidido. ¿Qué sentido tenía luchar por un mundo mejor si, para lograrlo, perdían lo que de humano quedaba todavía en su corazón?

Pandora le había hablado de la novela que estaba escribiendo en esos momentos, una parábola sobre el fin de

los tiempos y la esperanza de un nuevo amanecer.

—¿Por qué escribes sobre eso? —se interesó Spartakus.

—¿Temes que pueda contar lo que no debo?

—No.

—No puedo evitar escribir sobre lo que tanto deseo. Después de más de doscientos años de lucha clandestina, de ocultarnos como si fuéramos apestados para poder sobrevivir, es muy emocionante sentir que por fin estamos cerca de lograrlo.

—Dentro de unos pocos años, tu novela será vista como una premonición —dije—. Volverás a conseguir el

Pulitzer.

Pandora rio satisfecha, y repuso:

—Sabes que no es eso lo que de verdad me interesa.

Pandora se fue alrededor de las diez de la noche después de haber bebido más de la cuenta. Spartakus, también un poco achispado, quedó solo en su apartamento, y salió a la terraza para contemplar el firmamento. A veces tenía la sensación de que alguien nos observaba desde uno de los miles de puntos luminosos que había sobre su cabeza, y se preguntó que, si así fuera, se trataría de seres superiores, por lo que su organización política sería absolutamente racional, como la que

ellos pretendían instaurar para todos los pueblos del mundo. La Humanidad debe ser gobernada desde la inteligencia y la razón, no desde las emociones y el corazón. Sintió un escalofrío, y, cruzando los brazos sobre su pecho como si se abrazara a sí mismo, entró de nuevo en el apartamento.

A la mañana siguiente, tal como solía hacer, se levantó muy temprano, y a las nueve en punto, completamente ajeno a la sorpresa que allí le esperaba, se dirigió a su galería de arte, que ocupaba todo un edificio de cuatro plantas en el Soho.

Valieri le esperaba a las puertas de su despacho, sentado en un magnífico

sillón Tugendhat original, que había conseguido recientemente en una subasta. Al verle, Vólkov no pudo evitar un gesto de fastidio. Las instrucciones dadas a los grados inferiores eran que jamás, salvo caso de extrema urgencia, debían presentarse en Nueva York sin previamente concertar la entrevista mediante la inserción de un anuncio en la prensa local.

Valieri se levantó como movido por un resorte cuando le vio aparecer, pero Vólkov pasó a su lado como si no le conociera y entró rápidamente en su despacho. Valieri dudó por un instante, sabía que no estaba actuando según lo establecido, pero estaba seguro de que

la información que traía merecía que se corrieran algunos riesgos. Se acercó a la secretaria que, atrincherada tras su mesa, parecía ignorarle, y pidió hablar con *Mr. Vólkov*.

—¿Tiene cita? —preguntó esta casi sin mirarle.

—No, pero estoy seguro de que cuando le diga mi nombre a *Mr. Vólkov*, me recibirá inmediatamente.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó entonces la secretaria.

—Massimo Valieri.

La secretaria se puso en pie y alisó su falda sobre las caderas.

—Espere un momento, *Mr. Valieri* —dijo, y desapareció tras la puerta por

donde antes había entrado Konstantin Vólkov.

Pocos segundos después Valieri estaba en el despacho de Vólkov, que le miraba sombrío desde detrás de la mesa.

—¿Qué hace aquí? —le espetó.

Valieri ostentaba el grado 23 y era por tanto Jefe del tabernáculo. La misión que tenía asignada era servir de enlace entre la Comisión de los Diez y todas aquellas organizaciones que dependían —aunque fueran ignorantes de ello— de la Orden de los Iluminados en el sur de Europa. Por esa razón el «Gran Circo Rex» efectuaba largos recorridos por Italia, Francia y España.

—Tengo que hablar con usted de

algo importante.

Durante algunos segundos más, Vólkov siguió taladrándole con la mirada.

—¿Por qué no siguió el conducto reglamentario establecido para estos casos?

—Porque me habría prohibido venir, y era imprescindible que hablara cuanto antes con usted.

De manera ostentosa, para hacerle sentir el gran enfado que tenía, no le invitó a tomar asiento.

—Hable —ordenó Vólkov.

Valieri carraspeó antes de empezar a hacerlo.

—Hay razones para pensar que

nuestros planes pueden haber sido descubiertos.

Vólkov recordó de pronto la visita que había recibido en Madrid de tres extravagantes personajes que buscaban a alguien que había desaparecido. ¿Se había tratado de una simple estratagema para colarse en su habitación?

—Siga.

—Al día siguiente de nuestra entrevista en Madrid, apareció por el circo un hombre que estuvo haciendo preguntas extrañas a Conan.

—¿Qué clase de preguntas?

—Preguntas relacionadas con el número phi y la constante de Kaprekar
—respondió Valieri.

Vólkov tuvo entonces la certeza de que se trataba de uno de los que le visitaron aquella mañana en Madrid.

—¿Qué respondió Conan? — preguntó Vólkov, que conocía al «Hombre Hipnótico» por ser el hombre de confianza de Valieri.

—Respondió dándole el número phi con bastantes decimales, y eludió las demás preguntas. Después de la función, ese hombre intentó hablar con Conan, pero lo impedimos.

—¿Sabe algo más de él? —le interrumpió Vólkov.

—Su hombre es Jorge Álvarez. Esa misma noche conseguimos interrogarle para conocer exactamente lo que

sabía...

—¿¡En el circo!? —se alarmó Vólkov.

—Sí, pero no se preocupe, no pudo ver quien ni donde le interrogaban. Nos dio la impresión de que no sabía absolutamente nada, y le dejamos ir, pero al día siguiente volvió con dos personas más. Insistieron en hablar con Conan...

—¿Por qué con Conan? —volvió a interrumpirle, y parecía irritado.

—No lo sé. Buscaban a un amigo suyo que había desaparecido y pensaban que Conan podía ayudarles.

Vólkov vio confirmadas sus sospechas, no obstante, preguntó:

—Había una mujer entre ellos, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

Vólkov no contestó a la pregunta de Valieri, estaba ya pensando en el significado que podía tener toda aquella historia.

—¿Cómo es posible? —reflexionó en voz alta—. Tenemos que averiguar qué es lo que llevó a esa gente hasta el circo. ¿Por qué quería hablar con Conan? —se preguntó a sí mismo. De pronto, volvió a dirigirse a Valieri para indagar—: ¿Y Conan qué dice de eso?

Valieri carraspeó. Estaba indeciso sobre si debía contar o no lo ocurrido con Conan, pero en el fondo sabía que

no tenía alternativa, que antes o después Vólkov averiguaría todo lo que había pasado, y su silencio, si no lo contaba él mismo de inmediato, sería interpretado como una traición.

—Conan ha muerto, señor —dijo con un hilo de voz—. No tuve más remedio que...

Vólkov pareció no inmutarse. Se limitó a preguntar:

—¿Por qué?

—El hecho de que ese hombre, Álvarez, fuera al circo para interrogar a Conan, y luego insistiera en hablar con él, me hizo pensar que podría haber habido una filtración. Y últimamente Conan estaba..., no sé, extraño. Le

interrogamos, y confesó que, aunque no conocía al tal Álvarez, sí le había contado algo a un amigo suyo.

—¿A quién?

—No conseguimos que nos lo dijera. Y, al final, no tuvimos más remedio que deshacernos de él.

Vólkov se levantó nervioso y paseó a grandes zancadas por el despacho con las manos entrelazadas en la espalda. Estaba pensando a gran velocidad. Aquella filtración era un contratiempo, pero no podía permitir que todo se fuera al traste por la estupidez de un miembro de la Orden con problemas de conciencia. Aquello le hizo pensar nuevamente en Helius y Naúm. ¿Era

Naúm realmente un peligro tal como lo era Helius? Estaba seguro que no, que las reticencias de Naúm se debían a su temor a que la ejecución del plan propuesto desencadenara una guerra de religión, cosa que en absoluto preocupaba a Vólkov porque, cuando ese cambio último se hubiera producido, ya no serían necesarias las religiones. En cambio, las objeciones y, sobre todo, la actitud de Helius mostraban que se considera mejor —más cerca de la perfección que todos buscaban— que los demás. Si él había caminado más allá que nadie en el camino de la perfección, ¿por qué no se rendían, Spartakus el primero, a la evidencia?

Esa, consideraba Vólkov, era la pregunta que resonaba en la cabeza de Helius. Pero ya se ocuparía de Helius, ahora era el momento de pensar en Conan, el mentalista que, según Valieri, había traicionado a la Orden.

Se paró en medio de la habitación, y preguntó:

—¿Qué sabía exactamente Conan del plan?

—Lo mismo que yo —repuso Valieri—. Que en los próximos meses tenemos que conseguir desde la sombra que un grupo islamista cometa un gran atentado en Madrid.

Vólkov se acercó a la ventana, desde la que podía ver la silueta de las Silver

Towers, y durante muchos segundos permaneció en silencio. Valieri no sabía —porque él no se lo había dicho— contra quien tenía que ir dirigido ese gran atentado, por lo que era imposible que Conan, si es que era cierto que les había traicionado, lo supiera a su vez. Por fin, sin dejar de mirar a través de la ventana, dijo:

—Debe volver a Madrid. El plan sigue adelante.

—La policía fue a buscarme al circo —arguyó Valieri, que por nada del mundo quería volver a Madrid—. Quizá quieran detenerme.

Vólkov giró bruscamente sobre sus talones y miró con desprecio a su

interlocutor.

—Tendremos que correr ese riesgo —dijo—. Es usted la única persona que puede organizarlo todo. Ya no hay marcha atrás. ¿Alguna objeción?

Valieri tenía muchas objeciones que hacer, pero sabía que la conversación había concluido, así que se limitó a responder con un escueto:

—No.

—Perfecto. Entonces vuelva a Madrid, y ya sabe que espero informes suyos cada semana. —Valieri hizo casi una reverencia y, sin decir nada, se encaminó hacia la puerta, pero lo detuvo la voz de Vólkov, que preguntó—: Por cierto, ¿tiene ya alguna idea de quién

puede... organizar el atentado?

Cualquier persona que hubiera escuchado la pregunta de Vólkov, habría pensado que estaba cargada de cinismo, pero no Valieri, que estaba acostumbrado a que la Orden manejara a todos como si fueran marionetas.

—Había pensado en un grupo marroquí que tenemos infiltrado.

En realidad eran varios los grupos de musulmanes más o menos radicalizados, normalmente creados en torno a un carismático imán, en los que tenían hombres que podían dirigir al grupo según dictaran sus intereses. Vólkov asintió con la cabeza.

—Pero harán falta medios y dinero.

Cuando me diga cuál es el objetivo, le pasaré un informe detallado de lo que necesitamos.

—Tiene que ser un gran atentado —dijo Vólkov—. Prepare un informe sobre esa base. El objetivo se le dirá unos días antes de la fecha en que tenga que producirse.

—Sí, señor —respondió Valieri, y salió de la habitación.

Al quedar a solas, Vólkov reflexionó sobre las palabras de Valieri en torno a Conan. Conocía a Massimo Valieri desde hacía muchos años, y sabía de su extraordinario olfato para detectar el miedo. Seguramente tenía razón en cuanto a la traición de Conan, pero

estaba seguro de que dicha traición no iba a afectar al desarrollo del plan, porque ¿quién iba a creer en la denuncia de «El Hombre Hipnótico», poco más que el ilusionista de un circo, de que se iba a producir un gran atentado en Madrid? Vólkov sonrió por lo descabellado de la idea y, como si dispusiera de un interruptor que le permitiera encender o apagar una zona de su mente, dejó de pensar en ello.

Capítulo 10

Siguiendo a Massimo Valieri

Fue el inspector Ventura, que por esos días me llamaba con cualquier excusa, quien me dio dos noticias que me parecieron extremadamente interesantes. La primera, que después de doce días en paradero desconocido, Massimo Valieri había si visto de nuevo; y la segunda, que el «Gran Circo Rex» había cerrado sus puertas hacía varios días pero, curiosamente, todavía no estaba siendo desmantelado.

—¿Ha hablado con Valieri?

—Sí, claro.

—¿Le ha dicho dónde estuvo durante esos doce días? —pregunté.

—Dice que fue a visitar a su madre. Al parecer se puso muy enferma repentinamente, y no tuvo tiempo de avisar a nadie de que se iba a Italia por unos días. —Me pareció inverosímil la explicación, y Ventura debió percibir mi escepticismo a través del teléfono, porque añadió—: Yo tampoco le he creído.

—¿Y no hay forma de comprobar su coartada? —pregunté, extrañado de que la policía no lo hubiera hecho ya.

—Si ha viajado en avión, lo ha

hecho con nombre supuesto, porque no figura en las listas de ninguna compañía aérea, y si lo ha hecho por tren o carretera, es muy difícil que... De todas formas, hemos pedido a la policía italiana que haga averiguaciones. Ya veremos... —dijo en un tono que no mostraba demasiada confianza en la labor que pudieran hacer los italianos.

—¿Le ha preguntado por qué mintió al hablar con nosotros, haciéndonos creer que Conan ya había desaparecido la noche en que yo estuve en el circo?

—Afirma que debió equivocarse, que no había prestado atención a qué día ocurrió cada cosa porque no creyó que el dato llegara a ser importante.

—¿Y qué dice sobre Conan? —me interesé.

—Lo que ya sabíamos: que discutió con él, según dice, porque su última actuación había sido lamentable, y que Conan se fue muy enfadado y ya no le volvió a ver. Creyó que, simplemente, había dejado su trabajo.

—¿Abandonando todas sus pertenencias? No me parece creíble.

—¿Se refiere a las cuatro capas de usaba de vestuario y algunos libros? Vamos, querido Watson.

¿Cómo hacer entender a aquel obtuso lo importante que sin duda eran aquellos libros para un hombre como Conan, y que nunca los abandonaría,

fuera a donde fuera? Fui a explicarle mi punto de vista, pero me di cuenta de que estaba muy enfadado. Era la primera vez que el inspector Ventura me llamaba por el *nick* que utilizaba en el «Club de Holmes», pero lo que me molestó no es que lo hiciera, sino el tono burlón que había utilizado.

—Tiene razón —dije, deseando terminar la conversación.

Sin duda el inspector Ventura se dio cuenta de que me sentía molesto, aunque dudo que supiera la causa, porque dijo:

—Bien..., le dejo. Tengo muchas cosas que hacer.

—Sí, yo también, inspector. Hasta otro día. —Estaba a punto de colgar,

cuando se me ocurrió hacer la pregunta
—. ¡Inspector! —dije.

—¿Sí?

—¿Cuándo ha tenido esa
conversación con Valieri?

—Esta mañana —respondió—.
Hace apenas una hora. ¿Algo más?

—No, gracias.

De pronto, al girarme tras colgar el
teléfono, me di cuenta de que Irene
estaba a mi lado envuelta en una sábana.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Pareces una diosa griega —dije
con una enorme y satisfecha sonrisa.

—¡Venga ya! —exclamó exasperada
—. ¡Dime qué es lo que pasa!

Mientras preparaba el café, le conté

con detalle la conversación que acababa de mantener con el inspector Ventura. Ella me miraba, con los ojos muy abiertos, la barbilla apoyada en sus manos, y estas en la mesa, sentada en un taburete.

—Lo más extraño de todo —concluí — es que, si han terminado sus actuaciones en Madrid, ¿por qué siguen aquí? No debe ser barato mantener a tanto a tanto animal, sin contar a las personas. ¿Por qué no están en otra ciudad?

—Me estaba preguntando lo mismo —dijo Irene—, y, sin duda, la respuesta es... que no se van porque tienen que hacer cosas aquí.

—¡Exactamente!

—exclamé

alborozado.

Tanta excitación había hecho que me olvidara de lo más importante en aquellos momentos, y le ponía delante una taza de café, pregunté a Irene:

—Perdona, ¿quieres una tostada?

—Dos —respondió ella—. Estoy muerta de hambre.

Durante el desayuno continuamos hablando sobre la reaparición de Valieri y la permanencia del circo en la ciudad, y pensamos que sería muy interesante saber qué cosas eran las que este hacía cada día en Madrid. Para ello, pensamos, nada mejor que contactar con Roland Picard, el empleado del circo

que se había presentado a la supuesta cita con Vólkov en el Hotel Villamagna. No es que se hubiera comprometido a traicionar a sus compañeros, pero estaba seguro que respondería sin la menor objeción a algunas de nuestras preguntas, con tal de que Valieri no supiera nunca lo que nos había contado en aquella entrevista. Pero había un problema, Roland Picard apenas salía del recinto del circo, y no disponíamos de teléfono u otro medio por el que pudiéramos ponernos en contacto con él.

—Valieri nos conoce, así que no podemos presentarnos allí sin más. ¿Se te ocurre alguna idea? —pregunté a Irene para que pusiera en marcha su

imaginación.

—Deja que piense —dijo, y durante unos minutos estuvo dándole vueltas al asunto. Al fin, apuntó muy seria—: Podríamos presentarnos disfrazados, como artistas, para pedir trabajo.

La miré incrédulo, y le dije irónico:
—¿Y qué sugieres, que nos presentemos como trapeceistas; como funambulistas quizá?

Irene rio a carcajadas y comprendía que solo había tratado de hacerme una broma.

—La única solución que se me ocurre —dijo cuando dejó de reír—, es enviar a alguien que Valieri no conozca.

—Sí, pero a quién.

Como tantas otras veces, la solución vino a dárnosla Mycroft H. cuando le expusimos el problema.

—¿Cuando visteis a Picard por primera vez? —nos preguntó.

—La noche que volvimos al circo para registrar la caravana de Conan. Era el vigilante —respondió Irene.

Mycroft hizo un gesto que venía a querer decir algo así como: ¡Pues ya está!

—¡Claro! —exclamé—. Volveremos esta noche para hablar con él.

Dicho y hecho, esa noche, nos embutimos en las mismas ropas que la vez anterior, y volvimos a introducirnos en el campamento del circo.

Curiosamente, a pesar de que ahora los peligros eran mayores, yo iba mucho más tranquilo que la otra vez. Tanto, que llegué a pensar que me estaba acostumbrando demasiado rápido a aquella vida aventurera.

Ahora nuestro objetivo no era la caravana de Conan, sino el hombre que la vigilaba, lo cual no dejaba de ser una situación paradójica.

Todo fue más fácil de lo esperado, porque tras esperar durante unos minutos bajo una de las caravanas, le vimos acercarse y, después de asegurarme que no le acompañaba nadie, me arrastré hasta asomar la cabeza mientras ponía un dedo sobre mis labios para indicarle

que no dijera nada.

Picard se sobresaltó al vernos, y nos llevó casi a empellones al otro extremo del campamento, junto a las jaulas de los animales.

—¿Qué hacen aquí?! —preguntó entonces en un susurro.

—Teníamos que hablar con usted —dijo Irene.

—No tengo nada más que decirles.

Decidí ir directamente al grano, así que le espeté:

—¿Por qué ha vuelto Valieri?

Picard parecía estar aterrado.

—No lo sé. El circo es suyo —se aventuró a decir sin dejar de mirar a uno y otro lado.

Comprendí que el miedo le iba a impedir hablar, así que, aunque yo soy un hombre extremadamente pacífico, opté por emplear el único medio que podía desatarle la lengua. Le agarré fuertemente de la camisa y le empujé sobre la jaula de los leones, que irguieron la cabeza y soltaron algún gruñido. Escupiendo las palabras, dije:

—Responda si no quiere que despierte a todo el mundo y les diga todo lo que nos contó en el hotel.

—Es verdad —insistió Picard—. No sé por qué ha vuelto Valieri. Supongo que son las órdenes que ha recibido.

—¿De quién? —preguntó Irene, que

parecía tan sorprendida como Roland Picard por mi nueva actitud.

—De Vólkov, imagino.

Sin dejar de presionarle sobre la jaula, pregunté:

—¿Qué hace durante todo el día?

—No lo sé. Esta siempre encerrado en su caravana, excepto por la tarde, que siempre sale con su coche.

—¿Dónde va?

—No lo sé. Creo que va a verse con alguien.

—¿Por qué piensa eso? —quiso saber Irene.

—Porque Valieri no es hombre de paseos.

Aflojé la presión que ejercía sobre

el vigilante, e introduje una nota en el bolsillo de su camisa. Le dije al oído:

—Aquí tiene mi teléfono. Si ve o se entera de algo extraño, llámeme inmediatamente.

—Sí —se limitó a contestar el otro, ya más tranquilo.

Le solté, nos dimos la vuelta desapareciendo entre las caravanas. En el trayecto a través del descampado, hasta la estación de servicio donde nos esperaba el taxi, recordé que había sido allí donde fui atacado —todavía no sabía por quien, aunque podía intuirlo— la primera vez que fui al circo, lo que me hizo estar especialmente en alerta durante todo el camino.

De vuelta en casa, lo primero que hice a pesar de lo tarde que era, fue entrar en el «Club de Holmes» para ponerlo al día con los últimos sucesos, pero me encontré con una sorprendente nota de Mycroft H. que decía: «Lo que tenga que suceder, será la noche del 30 de abril». ¿Qué quería decir con eso? Recordé entonces que estábamos en la madrugada del 19 de abril. Fuera lo que fuera lo que tenía que ocurrir, faltaban 11 días para ello. Fui a comentarlo con Irene, pero la encontré dormida sobre la colcha de mi cama. Estaba de lado, en posición fetal, con el pelo desparramado alrededor de su cara. ¡Dios!, estaba tan hermosa, que me sentí inmensamente

afortunado de que se hubiera fijado en alguien tan insignificante como yo. Como pude, tratando de no despertarla, abrí la cama y la introduje con cuidado tapándola después. Me desnudé, y me tumbé a su lado, y ella, como un gato necesitado de mimos, se acurrucó entre mis brazos.

A la mañana siguiente le conté el mensaje de Mycroft —cuyo significado tampoco entendió—, y hablamos sobre cuales podían ser las actividades de Valieri fuera del campamento del circo. Era casi seguro que Picard tenía razón, y se estuviera viendo con alguien cada tarde. Las preguntas que necesitaban una respuesta eran: ¿con quién?, y ¿para

qué?, por lo que tomamos la decisión de someter a Valieri a una estrecha vigilancia hasta averiguarlo.

—¡Esto debería hacerlo la policía!
—protestó Irene al cabo de unos segundos, supongo que agobiada por la perspectiva de tener que permanecer en el coche durante horas, pendiente de Valieri.

Yo pensaba lo mismo, pero la verdad es que no tenía demasiada confianza en que la policía actuara. Después de todo la policía se conduce por certezas o, en el peor de los casos, indicios, y, según el inspector Ventura, en este asunto los indicios eran tan endebles que no podía justificar una

investigación en toda regla.

A continuación llamamos por teléfono a Mycroft H. para que nos aclarara su misteriosa entrada en el blog de la noche anterior. Su respuesta fue que estaba seguro de que ese día, o mejor dicho, entre la tarde y la noche de ese día, iba a suceder algo, pero que todavía no podía decirnos por qué. Pero añadió algo más que nos dejó bastante confusos, dijo: «Estoy a punto de resolver el caso», pero, por más que insistí, no hubo manera de que nos dijera más cosas. Aproveché la llamada para ponerle al corriente de nuestra nueva incursión al campamento del circo, de la conversación que habíamos tenido con

Picard, y de nuestra intención de averiguar como fuera qué estaba haciendo Valieri durante sus escapadas vespertinas. Tras pedirnos que le tuviéramos al tanto, nos recomendó precaución.

Ese mismo día, sin encomendarnos ni a Dios ni al diablo, iniciamos la vigilancia apostados en el cruce por el que, necesariamente, habían de pasar los vehículos que entraran o salieran de las instalaciones del circo. No habían pasado más de dos horas, cuando vimos salir a Valieri a bordo de un Fiat de color azul oscuro al que seguimos a una prudente distancia. Condujo algunos kilómetros por la M30, hasta que tomó

un desvío para llegar a un centro comercial de la zona norte. Aparcamos cerca de donde lo había hecho él, y le seguimos hasta una cafetería de la primera planta. Se sentó en una de las mesas más alejadas de las tiendas, y pidió un café.

Irene y yo entramos en una tienda de deportes, a unos veinte metros de donde Valieri se había sentado, desde cuyo escaparate podíamos observar sin ser vistos. Cada poco, miraba con cierta ansiedad hacia el amplio corredor por el que necesariamente había que pasar para llegar allí, por lo que dedujimos que estaba esperando a alguien. Efectivamente, apenas cinco minutos

después, un hombre moreno de alrededor de cuarenta años, vestido con pantalón gris y camisa blanca, se acercó a él, se dieron la mano, y tomó asiento frente a Valieri. Lamenté no disponer de uno de esos micrófonos unidireccionales que he visto a veces en las películas, porque me habría gustado muchísimo poder escuchar lo que aquellos dos hombres estaban hablando. En lugar de eso me limité a hacer algunas fotos de la pareja, aunque tuve que esperar a que terminara la reunión y el amigo de Valieri saliera para poder fotografiarle de frente.

Salieron del centro comercial por separado; primero el desconocido, y

después Valieri. Se nos presentó la disyuntiva de a quien seguir, y decidimos que a Valieri le teníamos localizado en el circo y le podríamos seguir cualquier otro día, pero al nuevo personaje quizá no volviéramos a verle, por lo que le seguimos a él. Conducía un destartalado coche de color blanco —creo que era un Citroën—, y nos llevó directamente a las puertas de la mezquita de Móstoles —luego supe que la mezquita se llamaba At-Tawhid—, donde entró tras aparcar en un espacio reservado.

Aquello nos dejó perplejos. Habíamos asumido que en aquel caso estuviera mezclado —aún no sabíamos

exactamente cómo ni hasta qué punto— un grupo masónico como «La Orden de los Iluminados», pero no estábamos preparados para entender aquello.

Aparcamos también en una calle cercana, y, sin saber qué hacer, nos sentamos en una cafetería situada frente a la mezquita, desde la que teníamos una magnífica perspectiva de la gente que entraba y salía de la misma.

A esas horas —era alrededor de las seis de la tarde—, apenas había movimiento, pero enseguida empezó a llegar gente y, media hora después, calculamos que habría más de cien personas en el interior de la mezquita.

Al día siguiente se repitió el

encuentro entre los dos hombres, esta vez en otro centro comercial, y, al concluir el mismo, el musulmán se dirigió otra vez a la mezquita. En este segundo encuentro pudimos obtener mejores fotos del personaje con el que se veía Valieri, y, tras consultarlo con Mycroft, decidimos mostrárselas al inspector Ventura por si disponía de alguna información sobre él.

Tras una breve conversación telefónica para ver si podía recibirnos, acudimos a su despacho.

—Es Hassan al-Bukhari —dijo Ventura tras echar una rápida ojeada a las fotos que le mostré.

—¿Le conocía? —preguntó Irene

extrañada.

—Es el imán de la mezquita de Móstoles —señaló el inspector Ventura—. ¿Por qué tienen tanto interés en saber sobre él?

Le hablamos de sus encuentros diarios con Valieri, ante lo que el inspector apuntó la posibilidad de que este fuera musulmán.

Irene hizo un gesto negativo con la cabeza, y dijo:

—En ese caso, ¿por qué no va a la mezquita, tal como hace el resto de musulmanes?

La pregunta de Irene quedó en el aire, había una lógica tan aplastante en ella, que era difícil de contestar sin

hacer conjeturas absurdas.

Estábamos en el despacho de Ventura —que yo ya conocía por haber estado allí antes—, sentados frente a él, Mycroft a mi izquierda, e Irene a mi derecha. Habíamos decidido recurrir a la policía para que investigaran a Hassan al-Bukhari y poder así intentar establecer qué tipo de vínculo le unía a Valieri.

—¿Por qué ha reconocido tan rápidamente al imán de Mónteles en las fotos que le hemos mostrado? —le espetó de pronto Mycroft.

El inspector titubeó durante unos segundos. Se repantigó en el sillón y entrecruzó los brazos.

—Comprenderán que, después del 11-M, estemos interesados en saber qué pasa en el interior de las mezquitas españolas.

—¿Es Hassan al-Bukhari un islamista radical? —preguntó entonces Mycroft.

Ventura sonrió burlón.

—No, que yo sepa.

Buscó en su ordenador hasta que apareció en la pantalla la ficha de Bukhari. Desde mi posición era difícil ver con detalle el contenido de la pantalla del ordenador, pero me incliné levemente —fue un movimiento casi inconsciente motivado por la curiosidad—, y observé que su imagen actual había

cambiado bastante con respecto a la foto que aparecía en la pantalla.

El inspector ojeó durante unos segundos más el contenido de la ficha, y concluyó:

—Está limpio. No hay nada en su historial que nos permita pensar que hay algo de ilícito en sus actividades.

—Entonces —insistió Irene—, ¿a cuento de qué esas repentinas reuniones con Valieri?

—¿Repentinas? —preguntó Ventura—. ¿Cómo sabe que no son viejos amigos y están viéndose desde que el circo de Valieri se instaló en Madrid?

Ventura tenía razón. Era cierto que acabábamos de descubrir esas extrañas

reuniones entre los dos hombres, pero también lo era que nunca, antes, habíamos seguido a Valieri. ¡Valieri! De pronto me di cuenta de que ahí podía estar la clave del asunto: de que el sujeto principal de nuestra vigilancia había sido Valieri, y quizá tendríamos que haber desplazado el foco hacia al-Bukhari. Después de todo, ¿qué sabíamos del imán aparte de que, tras verse con Valieri, entraba en la mezquita de Móstoles de donde no salía hasta varias horas más tarde?

Antes de despedirnos, cuando el inspector había dado por terminada la entrevista, Mycroft carraspeó y preguntó tímidamente:

—Perdone, inspector. Supongo que cuando encontraron el cadáver de Conan, la policía científica hizo fotos del mismo y del escenario del crimen.

Ventura, que le había escuchado ya de pie, me miró desconcertado y volvió otra vez a Mycroft.

—Sí, claro.

—¿Podría ver esas fotos?

El inspector Ventura dudó durante unos instantes. La policía científica había hecho su trabajo. Él mismo había revisado mil veces esas fotos sin hallar ningún indicio sobre quién o quiénes eran los autores del crimen. ¿Insinuaba este aficionado que todos en la policía eran unos ineptos? Estuvo a punto de

decirle que su pretensión era imposible, pero al final se dijo: «¡Qué importa, cuatro ojos ven más que dos!». Buscó en un archivador metálico, y extrajo una carpeta con diez o quince fotos que puso ante Mycroft.

—Aquí las tiene —dijo.

Mycroft abrió la carpeta, y durante varios minutos estuvo mirando detenidamente cada uno de las fotos. Se detuvo especialmente en aquellas en las que se veía el cadáver con la cara destrozada. De pronto, buscó en su bolsillo, y extrajo una lupa con la que estuvo una de esas fotos. Por fin, guardó su lupa, juntó todas las fotos dentro de la carpeta, y se la devolvió al inspector.

—Muchas gracias —dijo con una agradecida sonrisa.

—¿Ha visto algo? —preguntó Ventura mientras guardaba la carpeta en su sitio.

—Nada relevante —dijo nuestro amigo—. Quien lo hiciera, se preocupó de no dejar pistas.

Ya en la calle, entramos en una cafetería cercana a la comisaría, y hablamos sobre el asunto. Los tres coincidimos en que había algo de extraño en aquellas reuniones, y que nuestro único error había sido no habernos preocupado por averiguar qué hacía Hassan al-Bukhari cuando no estaba en la mezquita.

—Yo os relevaré con Valieri —dijo Mycroft—. Vosotros podéis turnaros para seguir a Bukhari.

Pero Irene y yo nos habíamos acostumbrado a trabajar juntos, por lo que decidimos que seguiríamos haciéndolo de esa manera.

—Nos encontraremos cuando ellos lo hagan, y podremos intercambiar información —añadió Mycroft.

Acordamos, además, utilizar el blog para ir volcando en él la información que cada día obtuviéramos: «Es la mejor manera de que todos tengamos permanentemente una visión global del asunto» —dijo Mycroft—, y, para casos de emergencia, el teléfono.

Esa misma tarde continuamos los seguimientos, y todo transcurrió exactamente igual que las tardes anteriores. Fue al día siguiente, cuando —coincidiendo con la acostumbrada reunión entre Valieri y el imán—, nos encontramos con Mycroft en un parque de las afueras de Madrid, supimos de las extrañas andanzas de al-Bukhari durante esa mañana. Había salido muy temprano de su casa dirigiéndose hacia el sur por la carretera de Extremadura. A la altura de Talavera de la Reina se desvió a la derecha adentrándose en los Montes de Toledo. Desde la cima de un montículo estuvo espiando con unos prismáticos una casona situada a unos

doscientos metros.

—¿A quién pertenece la casa? —preguntó Irene.

—No lo sé —respondió Mycroft—, pero lo averiguaré.

—¿No ocurrió nada? —indagué.

—No. Estuvo allí durante más de una hora, y durante todo ese tiempo solo vi que llegara a la casa un coche de la Guardia Civil, que aparcó unos minutos frente a la misma, y luego se fue.

Mientras Mycroft nos contaba los detalles de su excursión de la mañana a los Montes de Toledo, yo no quitaba ojo a la pareja que, ajena a nuestra presencia, hablaba a unos cuarenta metros de nosotros. El imán hablaba sin

cesar, interrumpido a veces por preguntas o comentarios de Valieri, que, de vez en cuando, hacía movimientos aprobatorios con la cabeza.

Nuestra conversación terminó cuando Valieri y el otro se separaron, siguiendo cada uno —y nosotros con ellos— su camino.

Fue dos días después cuando el gerente del circo nos sorprendió saliendo de buena mañana en su coche, acompañado en esta ocasión por el vigilante que acompañaba a Picard la primera noche que Irene y yo fuimos al circo, que conducía. Su destino ese día fue el aeropuerto, donde Valieri se apeó del coche, tomó un maletín del asiento

trасero y, tras despedirse del conductor con un breve apretón de manos, entró en la terminal.

Le seguí a una prudente distancia hasta el mostrador de la British Airways, donde, tras presentar su documentación, le facilitaron la tarjeta de embarque para el siguiente vuelo a Londres. Pensé en lo interesante que sería ver el pasaporte con el que Valieri viajaba a la capital inglesa, pero no tenía medios para ello. Yo no, pero sí el inspector Ventura, por lo que le llamé en ese mismo instante.

—Valieri está en el aeropuerto —le dije tras identificarme—, sale dentro de una hora para Londres. —Tras un

silencio que no supe interpretar, añadí —: He creído conveniente que lo supiera, y —continué tras una pausa— que averigüe con qué pasaporte lo hace.

—Debí imaginar que usted y sus amigos continuarían con su juego de detectives. —Ahora fui yo el que no supo qué decir—. A ver —dijo con desgana—, ¿con qué compañía vuela?

—La British —respondí.

—Lo comprobaré, pero no veo por qué Valieri tendría que arriesgarse a viajar con pasaporte falso.

—Se lo agradezco —dije, y corté la comunicación.

Como en tantas otras cosas, no estaba de acuerdo con la apreciación del

inspector Ventura sobre el interés que pudiera tener Valieri para viajar con pasaporte falso. Si se traía algo entre manos —y de eso estaba absolutamente seguro—, supuse que querría ocultar sus movimientos a la policía.

Por otro lado, su destino era Londres —otra vez Londres—, la ciudad que parecía tener un significado especial en toda aquella historia. No sé por qué, recordé de pronto a Arthur P. Harris y la Gran Logia Unida de Inglaterra a donde nos había conducido la anotación, ¿hecha por Conan?, en mi agenda. Tomé la decisión en ese instante. Salí al exterior, donde me espera Irene en el coche mal aparcado y le comuniqué mi

decisión de viajar a Londres ese mismo día.

—¿Siguiendo a Valieri? —preguntó.

—Sí.

—No sabemos en qué hotel se alojará —reflexionó Irene—. Deberíamos haber ido en el mismo vuelo.

—Imposible. Valieri nos conoce. Lo haremos en el siguiente. Además, necesitamos algo de equipaje.

El coche corría de vuelta a Madrid a toda velocidad. Irene me miró escéptica y preguntó:

—¿Sabes dónde encontrarle?

—Tengo una corazonada —respondí.

Capítulo 11

Vólkov vuelve a Londres

La idea de rescatar el «Ahiman Rezon» de la vitrina que ocupaba en el Museo de la Gran Logia Unida de Inglaterra, en Londres, para devolverlo al tabernáculo de donde nunca debería haber salido, se había convertido en una obsesión para Konstantin Vólkov. No solo porque el libro les había sido robado sesenta años atrás por uno de los miembros del Consejo de los Diez y era, por lo tanto, suyo, sino porque contenía las claves

para descifrar sus mensajes más importantes. Ese fue el motivo de que, un mes después del intento fallido de sustraerlo del Museo, aprovechara su regreso a Londres para hacer que las cosas —el «Ahiman Rezon» en este caso— volvieran a su estado natural, al lugar donde les correspondía.

El motivo oficial de este viaje a Europa no era otro que el de, una vez aprobado el plan por la Comisión de los Diez, poner en marcha la maquinaria que encendería la mecha de la revolución. La idea de la revolución, como concepto, hizo sonreír a Vólkov. ¿Quién le iba a decir a él que, en su vejez, se iba a convertir en el verdadero motor de

la que estaba destinada a ser la más importante revolución que se había producido nunca?

Había tenido que hacer algunas pequeñas modificaciones con respecto al plan original. La suerte le había sonreído y, si en un principio, había pensado que los atentados en Madrid y Londres fueran simultáneos, cambió de idea cuando supo quién ocuparía la casa del monte la noche del 30 de abril. Lo consideró una señal. Era demasiado emblemática esa noche como para ignorarla. Y además, ¿no tendrían más resonancia en el mundo los atentados si, en lugar de ocurrir el mismo día, sucedían con una semana de diferencia?

Su repercusión sería mayor que la de la bomba de Hiroshima. Cuando se fueran a acabar los ecos del primero, ocurriría el de Londres, y a este, seguirían las acciones violentas ya previstas en el plan en Roma, París y Berlín. Todo junto, provocaría la mayor convulsión mundial desde la Segunda Gran Guerra.

En esta ocasión viajó solo y se hospedó, tal como solía hacer siempre que viajaba a Londres, en el Claridge's Hotel. La misma tarde de su llegada, su primera salida fue para dar un paseo por Great Queen Street, hasta llegar a Freemasons' Hall, la sede de la Gran Logia Unida de Londres que tan bien conocía. A esas horas el museo

permanecía cerrado, pero eso no importaba a Vólkov, porque lo conocía como la palma de su mano. Recordó la disposición de las salas, las vitrinas llenas de antiguos objetos relacionados con la masonería y, sobre todo, el preciado libro, que supuso rodeado de las mayores medidas de seguridad después del incidente que le obligó a salir precipitadamente de Londres junto con su ayudante.

Pensó que había sido un ingenuo al intentar, un mes atrás, hacerse con el libro de una manera tan burda. ¿Por qué comprometer a su ayudante —y con él, a la Orden—, como había hecho, si había personas expertas que, por una buena

cantidad de dinero, harían un trabajo limpio? «Estando tan reciente el fallido intento de robo, será imposible hacerse con él», le habían dicho. Estaba seguro que las medidas de seguridad habían aumentado considerablemente desde la vez anterior, pero bien sabía él que la palabra «imposible» no existía para los «Iluminados».

A pesar de estar muy avanzado el mes de abril, hacía una tarde fría y húmeda, y una leve llovizna caía sin cesar. Se colocó en la acera contraria, frente a la fachada principal, y trató de imaginar cómo sería sustraído —le molestaba la palabra robar— el preciado libro de su vitrina. Su único

interés —lo había recalcado varias veces— era que, bajo ninguna circunstancia, el libro resultara dañado. El libro era importante, muy importante para Vólkov. No tanto por su contenido, que tenían registrado en mil facsímiles, como por su valor sentimental. Quería que, cuando llegara el gran momento, El Libro estuviera donde debía estar: en poder de los «Iluminados», como símbolo de su persistencia durante más de dos siglos.

Pensó entonces en las muchas cosas que habían ocurrido durante los últimos días. Como el general antes de la batalla decisiva sabía no solo que no podía dar marcha atrás, sino que tenía que tenía

que ser implacable con los tibios, y aún más con los traidores. ¿Traidor? Esa palabra de pronto le sonó extraña, como si las letras hubieran perdido su significado. ¿Quién es traidor?, ¿el que traiciona a un amigo?, ¿a una idea?, ¿a la Patria? Fue Pandora quien vino a recordarle su deber, y él hizo aquello que debía hacer. Miró su reloj. A aquellas horas, en Dresde, el profesor Helmut Lanzmich debía haber muerto de un ataque al corazón. Emitió un largo suspiro y recordó cuantas veces había pensado que Helius podía ser su sucesor al frente de la Orden.

Había intentado evitarlo. Al día siguiente de la última reunión de la

Comisión de los Diez le había llamado por teléfono. Vólkov pretendía hacerle razonar, que comprendiera lo importante que era en aquellos momentos que no hubiera fisuras entre ellos, que lo primordial no era dónde ocurrían las cosas, sino la repercusión que tenían. Pero Helius fue evasivo. «Llego tarde al aeropuerto», dijo para terminar la conversación. «Claro. No te preocupes, ya hablaremos», respondió Vólkov, pero en aquel mismo instante tomó la decisión.

De pronto se dio cuenta de que no sabía por qué estaba allí. Temió que pudiera haber cámaras de seguridad colocadas en la fachada de Freemasons'

Hall, o de algún otro edificio cercano, que pudieran grabarle y, sin moverse del sitio, escrutó los alrededores en busca de algún dispositivo de grabación. Afortunadamente no había ninguno, y tras una última ojeada al edificio de enfrente, tomó un taxi y retornó al hotel.

Tenía una cita para cenar esa noche con los responsables de organizar los atentados en Inglaterra y España. Había llegado el momento de comunicarles la fecha de los mismos y, sobre todo, contra quien iban a estar dirigidos.

Massimo Valieri llegó al Claridge's pocos minutos antes de las siete de la tarde. Había sido citado en el restaurante Gordon Ramsay a las siete

en punto. Al asomar por la puerta Konstantin Vólkov le hizo señas desde una mesa situada al fondo. Se sorprendió al comprobar que estaba acompañado por otro hombre al que no conocía, e hizo un gesto de desagrado. Caminó indeciso por entre las mesas — Vólkov le intimidaba—, y los dos hombres que le esperaban se levantaron para recibirle. Tras estrechar su mano, le presentó al hombre que le acompañaba:

—Valieri, le presento a Alex Stephen.

Se trataba de un hombre de edad media, fornido, no excesivamente alto, lo que le daba un aspecto macizo y algo

rechoncho, y expresión seria; de pelo rojizo, crespo, y mirada de un azul sucio que helaba la sangre. «Tiene pinta de minero galés», se dijo el atildado Valieri.

Los dos se dieron la mano musitando los saludos convencionales, tras lo que todos se sentaron en torno a la mesa.

Valieri no dejaba de preguntarse quién era el tal Stephen, y qué pintaba en aquella reunión. Pero todavía tardaría algunos minutos en salir de dudas, porque Vólkov hizo un gesto al camarero, que se presentó inmediatamente.

—¿Quieren tomar una copa antes de cenar? —les preguntó amablemente.

Pidieron *whisky*, excepto Stephen, que prefirió una copa de ginebra.

—¿Les importa que pida la cena para todos? —preguntó entonces Vólkov.

Valieri se sintió aliviado, porque no estaba acostumbrado a comer en restaurantes tan lujosos como aquel, y no habría sabido qué pedir, y naturalmente se mostró conforme, al igual que su compañero de mesa. Vólkov aprovechó para pedir algunos platos y, una vez que se hubo retirado el camarero, y tuvieron las copas frente a ellos, les espetó con una sonrisa:

—Será durante la noche del treinta de abril. La noche de Walpurgis. —Miró

oblicuamente a Valieri, y preguntó—: ¿Está usted preparado?

El italiano pensó que faltaba una semana para el treinta de abril, y que, si todo funcionaba como debía, no debía haber obstáculo alguno para el éxito del plan. Aunque todavía no tenía los detalles, sabía que se trataba de una voladura, porque durante las dos últimas semanas, y siguiendo instrucciones que puntualmente le pasaba Vólkov, se había ocupado de almacenar —una parte en el circo y otra en el interior de la mezquita de Móstoles— varios cientos de kilos de dinamita. Miró desconfiado al tercer hombre que les acompañaba. Su actitud seria, de hombre poco hablador, le hizo

pensar que se trataba de un tipo implacable.

—Puede hablar —apuntó Vólkov—, no se preocupe. Stephen es el hombre que le va a ayudar en la última fase del plan, y es de mi entera confianza.

—El grupo está preparado —dijo entonces Valieri—, y la dinamita también.

—¿Recibió mi mensaje respecto a la casa cercana a Madrid?

Valieri dedujo que se refería a la casa, situada en plenos Montes de Toledo, cercana a la ciudad de Talavera.

—Sí. No fue difícil localizarla —dijo—. Está en un importante coto privado de caza, y, al parecer, es

utilizada como lugar de descanso por los cazadores.

Omitió decir que, según le había informado Hassan al-Bukhari, el coto y la casa solían ser utilizados por importantes personalidades, procedentes de toda Europa, que podían permitirse el lujo de pagar el altísimo alquiler de las instalaciones.

—Lo sabía —dijo Vólkov.

—¿Quién es él? —preguntó Valieri señalando con la barbilla al pelirrojo—. No necesito que me ayude nadie.

—Un experto en explosivos —informó Vólkov.

Valieri miró con desagrado. Había algo en aquel hombre que no le gustaba.

—¿Qué hay que volar? —preguntó entonces.

—La casa —respondió Vólkov.

Su conversación se vio interrumpida por la irrupción de varios camareros con los platos que habían pedido, y empezaron a comer en silencio.

—¿Habían comido alguna vez aquí, caballeros? —preguntó Vólkov a sus acompañantes.

—No —dijeron ambos casi al unísono.

—Una lástima —dijo tras un breve suspiro—. El Gordon Ramsay sigue siendo un buen restaurante, pero ya no es lo que era.

No fue hasta los postres que

continuaron la conversación que había quedado interrumpida por la llegada de los camareros.

—Stephen preparará los explosivos para que sean sus hombres los que los hagan estallar. Comprenderá cuán importante es que, una vez producida la explosión, la policía no tarde en detener a los autores. ¿Me entiende?

Durante la hora siguiente planificaron con detalle el *timing* de la acción, cuidando de cada uno de los detalles como si se tratara de una gran superproducción teatral.

—El aspecto técnico lo dejo en sus manos, pero la explosión debe producirse exactamente a las doce de la

noche del 30 de abril. Ni un minuto antes, ni un minuto después. Usted —dijo dirigiéndose a Valieri—, tendrá preparado un plan de escape de forma que los dos estén en Londres a primera hora del día 1 de mayo.

El pelirrojo Stephen habló por primera vez para preguntar a Valieri cuando podría ver la casa donde habría de tener lugar el atentado.

—Supongo que mañana —dijo tras una corta vacilación—. Quizá pasado mañana.

—Salen para Madrid en el primer avión, y recuerden que tienen siete días para ultimar todos los detalles.

Valieri volvió a mirar a su nuevo

compañero, y se dijo que, por poco que le gustara, tendría que acostumbrarse a él.

Un taxi nos llevó desde el aeropuerto hasta el número 60 de Great Queen Street. Algo me decía que aquel lugar atraía de forma especial a los «Iluminados», y que si había un lugar en Londres donde podíamos encontrar a Valieri, era allí; pero, para nuestra sorpresa, fue a Konstantin Vólkov a quien vimos, completamente abstraído, en la acera contraria a Freemasons Hall. Por temor a que nos descubriera, pedí al taxista que parara en la siguiente

manzana.

Lloviznaba sin cesar desde que habíamos salido de la Terminal y hacía bastante frío, por lo que nos abrigamos bajo un portal a unos quince metros de nuestro hombre. Irene empezó a temblar —llevaba poca ropa de abrigo—, y yo le pasé el brazo por la espalda y la atraje hacia mí para darle calor.

Durante muchos minutos le estuvimos observando. No parecía estar haciendo nada especial, es como si estuviera allí para poder pensar con más claridad, y de pronto, paró un taxi que pasaba en ese instante por la calle, y subió en él. Afortunadamente, otro taxi vacío apareció súbitamente en la

esquina y lo tomamos.

—¿Crees que Vólkov nos llevará hasta Valieri? —preguntó Irene una vez que hubo arrancado el coche con un acelerón.

—No —repuse—. Al contrario. Creo que es Valieri quien nos ha traído hasta Vólkov.

La persecución terminó, veinte minutos después, en la puerta del Claridge's Hotel, donde se apeó Vólkov. Nosotros hicimos lo mismo y, al no ver a nuestro hombre en el vestíbulo, dimos por supuesto que se hospedaba allí y había subido a su habitación.

Decididos a saber con quién se iba a ver Vólkov esa noche, nos apostamos en

el vestíbulo. Yo, cerca de la puerta de entrada, e Irene en el otro extremo, junto al acceso al bar.

No teníamos ningún plan establecido porque no sabíamos qué es lo que iba a pasar o con quien nos íbamos a encontrar. Al cabo de una hora, más o menos, Vólkov, acompañado por un hombre rubio de pelo rizado, salió del ascensor, y se dirigieron conversando hacia el restaurante. Con disimulo, hice gestos a Irene para que siguiera a los dos hombres hasta el interior del restaurante mientras yo seguía a la espera de que apareciera alguien más. ¿Valieri? Estaba seguro de que llegaría en cualquier momento y, mientras tanto,

me preguntaba qué era lo que Valieri tenía que hablar con Vólkov que no pudieran haberlo hecho por teléfono. Sin duda, algo muy importante.

No tardó en presentarse Valieri en el vestíbulo del hotel, y fue tan de repente su aparición que tuve que volverme precipitadamente, dándole la espalda, para evitar que me reconociera. Venía solo, y me dio la impresión de que buscaba a alguien con la mirada. De pronto se encaminó directamente hacia el restaurante y entró en él. Le seguí y pude ver cómo, en una mesa del fondo, Vólkov presentaba su acompañante a Valieri. Busqué con la mirada a Irene. Ocupaba una mesa a unos metros

distancia y estaba en ese momento hablando con el camarero. A esa distancia sería imposible escuchar su conversación, y acercándonos más corríamos el riesgo de ser descubiertos. En ese momento se me acercó el *maître* para preguntarme si deseaba una mesa. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Le pedí sentarme en una que estaba en el lado contrario a donde estaba Irene, de forma que ella podía ver más o menos de frente a Valieri, y yo a Vólkov. Irene me miraba con gesto de no comprender mis movimientos. Parecía preguntarme con la mirada: «¿Por qué te sientas ahí en lugar de hacerlo conmigo?». Escribí una nota en una

página de mi agenda, la arranqué y le pedí a un camarero que la entregara a Irene. En la nota decía: «Intenta leer los labios de Valieri». Sabía que era difícil, porque ninguno de los dos éramos unos expertos en leer los labios y, sobre todo, porque hablaban en inglés, pero era la única manera que se me ocurría de intentar saber sobre qué estaban hablando. Durante las dos horas siguientes, entre trago y bocado, tomé nota de algunas palabras que me pareció leer en los labios de Vólkov, pero lo que tenía era tan poco y tan deshilvanado, que confié en que Irene lo hubiera hecho mejor que yo. En medio de un lujoso restaurante, y tratando de pasar

desapercibidos, no resultaba fácil estar continuamente pendiente del movimiento de los labios de un hombre situado a unos diez metros de distancia.

Cuando nos vimos en la puerta del hotel, una vez que Vólkov había subido a su habitación y los otros dos se marcharon juntos, comprobé que, desgraciadamente, no había sido así. Ella también había entendido algunas palabras de Valieri, intercaladas aquí y allá en la conversación, pero no tenía ni idea de las cosas sobre las que habían estado hablando.

—¿Qué has cogido tú? —le pregunté mientras el portero del hotel, vestido de librea, nos miraba como si fuéramos

poco menos que unos indeseables.

—Aquí no es sitio para hablar —me dijo con buen criterio.

—¿Dónde, entonces?

—En una habitación de hotel. Estoy cansada y tengo frío —me dijo acurrucándose contra mí.

—Por si no te has dado cuenta, estamos en la puerta de un hotel.

—¿¿Aquí?! ¡Estás loco! He pagado mi cena y creo que agoté el límite de la tarjeta.

Miré la hora.

—Son las diez de la noche, sigue lloviendo, y yo también tengo mucho frío. No tengo ni la más puñetera idea de si hay hoteles de nuestro presupuesto

por aquí cerca, así que elige, o nos metemos en el Claridge's, o tomamos un taxi y nos vamos al Bed & Breakfast en el Soho que ya conocemos.

Irene hizo un mohín de disgusto, que en el fondo no era más que complacencia, y dijo:

—Llama al taxi.

Al entrar en la casa de Brewer Street, con sus cortinas raídas y muebles desvencijados, me alegré de que Irene hubiera preferido ir allí; los recuerdos de las dos noches pasadas con Irene en una habitación muy parecida a la que nos había asignado esa noche, se agolparon en mi mente. Me bastó una mirada de Irene para saber que ella

estaba pensando lo mismo que yo: que había sido en aquel lugar donde se abrió un nuevo capítulo en nuestras vidas.

—Idoia... —dije utilizando por primera vez su verdadero nombre.

—Noooo, por favor. —Se había sentado en la cama y tapaba su cara con las manos. Se incorporó de pronto y, con una determinación que me recordó a la Irene de los primeros días, dijo—: Tenemos un trabajo que hacer.

Tenía razón. No era el momento de hablar de cosas que no tuvieran que ver con el caso que nos había llevado por segunda vez hasta Londres. Tiempo habría de hablar de nosotros y de nuestros miedos.

Saqué mi libreta de notas y ella hizo lo mismo con un par de hojitas arrancadas a su pequeña libreta de direcciones. Me senté frente a ella y comenzamos a comparar las palabras anotadas por cada uno de nosotros. Después de unos minutos, llegamos a la conclusión de que aquello no tenía mucho sentido, pues aparte de que habían hablado sobre una casa, algo relacionado con una exposición o con alguien que deseaba exponer, y de que —según Irene—, Valieri parecía estar molesto por la presencia del hombre de pelo rizado.

—¿Crees que Valieri regresará mañana a Madrid? —preguntó Irene.

—Estoy seguro. En el primer avión, probablemente.

—Entonces, ¿tú crees que ha venido solamente para cenar con Vólkov?

—Bueno, cenar en el restaurante del Claridge's desde luego merece la pena —bromeé.

—¡Habla en serio! —se quejó Irene.

—En serio —repetí—, estoy seguro de que ha venido a recibir instrucciones de Vólkov.

—¿Y el rubio?

—No sé qué pinta el rubio en esta historia —reconocí—, pero no creo que tenga un papel relevante.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó de pronto.

Me sorprendió su pregunta. No sabía qué dirección habían tomado sus pensamientos, y me limité a responder lo que era obvio.

—Hemos venido siguiendo a Valieri —dije.

—Ya. Pero nos metimos en esto porque estábamos preocupados por el paradero de nuestro amigo Moriarty, ¿te acuerdas? Queríamos encontrarle porque pensamos que estaba en peligro.

Seguía sin comprender a dónde quería ir a parar Irene con aquellas preguntas.

—Estamos buscándole —repuse.

—No. Tú lo has dicho antes. Hemos venido siguiendo a Valieri. Ya nunca

hablamos de Moriarty, solo nos interesa resolver el caso, descubrir la verdad.

—La única forma de hallar a Moriarty es resolviendo el caso, ¿no crees?

Irene se levantó nerviosa. Estaba furiosa consigo misma.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que recibimos su mensaje de socorro, quince, veinte días? Si Moriarty estaba realmente en peligro, cuando resolvamos el caso ya estará muerto. No somos más que aficionados —se lamentó.

—No podemos hacer nada más de lo que ya estamos haciendo.

—No estoy tan segura. Sherlock

Holmes ya lo hubiera resuelto.

La miré incrédulo. Estaba hablando en serio. ¿Acaso estaba confundiendo la realidad con la ficción?

—Sherlock Holmes no existe, Irene —¿debería haberla llamado por su verdadero nombre?—. Nosotros solamente jugamos a emularle. Y no lo dudes, estamos haciendo todo lo que podemos por encontrar a Moriarty.

Irene se estrujó las manos y comenzó a pasear de un lado a otro de la estancia como una leona enjaulada. De repente se paró en medio de la habitación, y dijo:

—Mycroft está seguro de que algo importante va a pasar el 30 de abril.

—Yo estoy seguro de que va a pasar

algo importante, pero no sé qué, ni dónde, ni cuándo, ni cómo.

—Pero —insistió—, ¿y si el cuándo fuera el 30 de abril?

—¿Qué pretendes insinuar?

—Que Mycroft debe de tener algún indicio para estar tan seguro de que sucederá la noche del 30 de abril.

—Hablemos con él —dije echando mano del móvil.

Pero Irene, que estaba tan abstraída con sus pensamientos que ni siquiera me había escuchado, continuó:

—Planteémoslo como una ecuación matemática. Hemos despejado dos incógnitas: el quién y el cuándo.

—Los «Iluminados» y el 30 de abril.

—Efectivamente. Ahora, con esa información, más los datos que tenemos, quizá podamos despejar el resto de incógnitas: qué va a pasar, y dónde.

Irene estaba eufórica con sus conclusiones. Sin duda se veía por fin cerca de la resolución del caso.

—Falta lo más importante —dije, y sin esperar la inevitable pregunta de Irene, dije—: el quién.

—No, no. No es esa la pregunta más importante, porque ese interrogante quedará resuelto con el resto de respuestas. Cuando sepamos qué va a pasar, y dónde, sabremos a quién.

Repasamos varias veces la lista de las palabras que habíamos leído en los

labios de Vólkov y Valieri, pero ninguna de ellas parecía ser la clave para descubrir los interrogantes que nos preocupaban. Me acerqué a la ventana de la habitación y durante unos instantes me entretuve observando a la fauna humana que deambulaba por la calle. A pesar de que seguía lloviendo, pequeños grupos cruzaban entre risas de una acera a otra de la calle. De pronto me apeteció salir, unirme a la gente que iba de aquí para allá sin rumbo fijo, guiados únicamente por las luces de los *pubs* que estaban abiertos.

—¿Quieres tomar una copa? —Se me ocurrió preguntar a Irene.

—Sí. Quizá nos aclare las ideas.

A esas horas de la noche la lluvia era tan fina que apenas era perceptible. Caminamos despacio, disfrutando del fresco de la noche, hasta el *pub* donde habíamos estado en nuestro anterior viaje a Londres. Había mucha gente y el ambiente estaba cargado de vapores etílicos. Encontramos una mesa libre al fondo, y nos sentamos en ella.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunté—. ¿Una Guinness?

—Vale —me contestó con cierta desgana.

Durante el corto trayecto desde el hotel apenas habíamos cruzado palabra. Lo achaqué a que seguía pensando en Moriarty y en que no estábamos siendo

demasiado eficientes para encontrarle.

Pedí dos Guinness en la barra, y me senté frente a ella. Seguía ausente, lejos de allí. Después del segundo trago, le pregunté:

—¿En qué estás pensando?

—En nosotros.

Me sorprendió su respuesta, y le dije:

—Yo también he pensado en nosotros. —Intenté coger sus manos, pero ella las apartó disimuladamente—. ¿Qué va a pasar cuando todo esto termine?

Irene me miró con los ojos llenos de tristeza, y me dedicó una leve sonrisa.

—Esto no es más que un paréntesis

—dijo—. Haríamos mal en confundir las cosas. Cuando todo termine, tú volverás a tu trabajo en la Biblioteca Nacional, y yo a un vacío despacho a esperar a alguien que necesite un abogado.

Sus palabras me dolieron como si hubiera clavado un estilete en mi garganta. Habría querido decirle — gritarle—: «¿Y ya está?! ¿Para ti no han significado nada los últimos siete días que hemos pasado juntos?!». Pero el orgullo me lo impidió. En lugar de eso, aparentando una displicencia que estaba lejos de sentir, le dije:

—Sí, claro. La rutina de siempre.

Me bebí de un solo trago toda la

cerveza que quedaba en el vaso y pedí otra pinta. Iba por la tercera cuando Irene me dijo:

—Por favor, no bebas más. Mañana tenemos que madrugar.

—¿Y qué importa? Puedo beber lo que quiera, y mañana estar listo para tomar el primer avión para Madrid.

—Volvamos al hotel, por favor —insistió.

—Espera. Todavía tengo sed —dije solo por contradecirla, y pedí otra cerveza más.

Los recuerdos que tengo a partir de ese momento son confusos. Creo que no llegué a terminar la última pinta de cerveza que había pedido, y que Irene

tuvo que ayudarme a llegar hasta el hotel de la calle Brewer. Pasé buena parte de la noche sentado sobre la cama, con la espalda apoyada en el respaldo, para evitar marearme; y otra, vomitando en el baño hasta vaciar completamente el estómago.

Hasta las ocho de la mañana, tras tomar una larga ducha de agua fría, y con un terrible dolor de cabeza, no estuve listo para salir hacia el aeropuerto. Logramos dos plazas en el avión de las once, y llegamos a mediodía a Madrid.

Irene estaba enfadada conmigo, y no me dirigió la palabra durante todo el viaje, no obstante podía percibir que estaba atenta a todo lo que yo pudiera

necesitar. Fue en Barajas, mientras esperábamos para coger el metro que nos llevaría a la ciudad, cuando Irene me dijo:

—Tenemos que hablar con Mycroft.

Definitivamente, nunca entenderé a las mujeres. Me había estado castigando con su silencio durante horas, y de pronto, empieza a hablarme como si no hubiera pasado nada. Estuve tentado de pedirle explicaciones, pero preferí dar por bueno su cambio de actitud, y hacer como ella: fingir que nada había pasado.

—¿Hay alguna novedad? — pregunté, extrañado por su súbito interés por hablar con él.

—¿Tú crees que si tuviera

información la compartiría con nosotros? —preguntó frunciendo el ceño.

Nunca me había planteado tal posibilidad, pero su pregunta consiguió que lo hiciera. Pensé que, tal como era en mi caso, el hecho de que hubiera elegido por *nick* el nombre de Mycroft Holmes, del que su hermano, el propio Sherlock, dice que era mucho más inteligente que él, no era casual. ¿Quería demostrarnos a Irene y a mí resolviendo el misterio que, efectivamente, era así? ¿Era tan vanidoso como me había dado la impresión la primera vez que le vi en la cafetería del Hotel Victoria? Probablemente la respuesta era

afirmativa, pero preferí ser cauto y concederle el beneficio de la duda.

—Yo, si tuviera información relevante, la compartiría; así que prefiero pensar que él haría lo mismo. ¿Por qué lo preguntas?

—Dijo que casi tenía resuelto el caso. Quiero que nos explique por qué.

—Llámale.

Irene no se hizo de rogar, buscó el móvil en el interior del bolso, y llamó. Al cabo de unos segundos, pulsó la tecla de manos libres, y dijo:

—Hola Mycroft, soy Irene.

Escuché la voz distorsionada de Mycroft Holmes a través del aparato:

—Hola Irene. ¿Qué tal en Londres?

—preguntó.

Me sorprendió que Mycroft supiera de nuestro repentino viaje a Londres, y por señas interrogué a Irene sobre el particular.

—Bien —respondió Irene haciendo caso omiso de mis gestos—. Ha sido rápido. Estamos de vuelta, acabamos de aterrizar en Barajas. Ya le contaremos. Mycroft —dijo tras una corta pausa—, quería hacerle una pregunta.

A veces los silencios son más elocuentes que las palabras. A través de las ondas pude percibir que Mycroft se envaraba y ponía toda su atención en Irene.

—Dígame —dijo.

—Hace unos días afirmó que estaba a punto de solucionar el caso. ¿Tiene acaso alguna información que desconozcamos? —preguntó yendo directamente al grano.

Mycroft permaneció en silencio durante algunos segundos. Sin duda estaba pensando su respuesta, lo que le convertía en sospechoso a nuestros ojos.

—En realidad, no —dijo al fin.

—¿Qué quiere decir con eso? —insistió Irene.

—He estado leyendo mucho durante estos últimos días. Creo haber descubierto algunas cosas que pueden ser importantes para entender mejor a las personas contra las que nos

enfrentamos, y le aseguro que existen razones para que temamos lo peor.

—¿Dónde está en este momento?

Se produjo otra larga pausa.

—Ahora mismo estoy en mi hotel —
escuchamos por fin la voz de Mycroft.

—¿Nos podríamos ver esta tarde?
—preguntó Irene.

—Imposible. En media hora estaré frente al domicilio del imán Bukhari. Ahora, más que nunca, es importante que conozcamos las actividades del imán de Móstoles. Ayer estuve tras él durante todo el día, y descubrí que..., bueno, es mejor que se lo cuente cuando nos veamos.

—¿Mañana, entonces?

—Esta noche, a las diez, estaré en casa de nuestro amigo Watson. Allí podremos hablar tranquilamente. Ustedes me cuentan lo que han descubierto en Londres, y yo... lo que temo que va a ocurrir si no podemos evitarlo.

Capítulo 12

Helius

El día anterior, el avión en el que viajaba Helmut Lanzmich aterrizó puntualmente en el aeropuerto de Berlín-Schönefel procedente de Nueva York. En Berlín tomaría un tren con destino a Dresde. En esta ocasión estaba ansioso por llegar a casa, por retomar sus clases y experimentos en la Universidad, y por volver a los solitarios paseos por los bosques.

Había sido convocado cuatro días

antes a una reunión urgente de la Comisión de los Diez. El recuerdo de la reunión mantenida en Nueva York le produjo una sensación contradictoria, un regusto amargo en la boca, y no podía quitarse de la cabeza la patética imagen de Spartakus cuando intentó hablar con él el día anterior. ¿Hablar de qué?, se dijo. Habría podido perdonarle si no hubiera sido suyo el proyecto, pero el viejo Vólkov había sido el creador, hasta en sus más pequeños detalles, del diseño de lo que, de una manera gráfica, había llamado «la última batalla». ¿Cómo era posible que los demás — salvo la tímida oposición del egipcio Naúm — hubieran aceptado el plan sin el

menor atisbo de crítica? La explicación la vio clara: los demás no eran alemanes, ni habían nacido en Dresde.

Nunca olvidaría la impresión que le produjo ver las fotografías del centro de la ciudad al final de la Segunda Guerra Mundial. La devastación. El horror. ¿Las democracias occidentales necesitaban arrasar la ciudad cuando ya se vislumbraba el final de la guerra, produciendo decenas de miles de muertos civiles? ¿Por qué nunca fue juzgado como criminal de guerra el responsable de aquella inútil masacre?

Había en Lanzmich un turbio resentimiento contra los británicos y los norteamericanos, a los que de una forma

confusa hacía responsables de los salvajes bombardeos que sufrió su ciudad en febrero de 1945.

Él mismo, cuando todavía era un niño, había llegado a ver las secuelas del mismo, los edificios vacíos como calaveras, los troncos de los árboles quemados en los parques, enhiestos como lanzas carbonizadas. Pero para el niño, que había nacido en 1946, aquel paisaje desolado era el único que conocía. No fue hasta la pubertad cuando, al ver las fotos históricas, con miles de cadáveres amontonados en las calles, fue consciente de la magnitud de la tragedia.

De ninguna manera iba a permitir

que volviera a ocurrir algo similar. Ni en Dresde, ni en ninguna otra ciudad alemana. «Los alemanes ya hemos sufrido bastante». Si la revuelta y la agresión eran la única manera de alcanzar el objetivo, el plan de Spartakus tendría que cambiar su escenario.

Un taxi le llevó desde la Terminal del aeropuerto hasta la moderna Berliner Hauptbahnhof construida junto al río Spree. Sacó el billete para el siguiente tren a Dresde, el de las 12:48. Miró su reloj: faltaba todavía más de una hora para la salida del tren, así que, para hacer tiempo, salió al exterior de la estación con la intención de pasear junto

al río. Le llamó la atención la visión, en la ribera contraria, de decenas de hamacas de color naranja, dispuestas en hileras sobre el césped. Le gustaba la alegría de vivir de los berlineses, su disposición a disfrutar plenamente de los más pequeños placeres. Algunas personas parecían dormitar bajo los débiles rayos de sol y Lanzmich se les quedó mirando fijamente. Había en su mirada una mezcla de envidia y compasión, envidia por su ignorancia sobre los peligros que se cernían sobre ellos, y compasión por la inevitabilidad de los mismos. En ese momento deseó con todas sus fuerzas ser uno más de ellos, olvidar el motivo de su viaje a

Nueva York, y desconocer el contenido del informe de Spartakus. Le sacó de sus tribulaciones una voz conocida que pronunció su nombre.

—¡Helmut Lanzmich! ¡Qué sorpresa verte aquí!

Se trataba de Dieter Mittermaier, el profesor de filosofía que tantos años atrás, cuando él no era más que profesor adjunto en la Universidad de Dresde, le había presentado a Konstantin Vólkov.

—¡Dieter! —exclamó sorprendido.

Hacía ocho años que el profesor Mittermaier se había jubilado trasladándose a vivir a Berlín. Desde entonces no le había vuelto a ver y había perdido todo contacto. Se dieron un

fuerte apretón de manos.

—¿Vas a Dresde? —preguntó Dieter Mittermaier.

—Sí —repuso Lanzmich—. He estado en... el extranjero, y ahora vuelvo a casa.

—Yo también voy a Dresde —dijo el profesor de filosofía—. Cada día echo más de menos a los amigos que dejé allí —en un gesto inusual en él presionó, casi como si le hiciera una caricia, el antebrazo de su amigo y tras una pausa durante que a Lanzmich le pareció ver que los ojos le brillaban de una forma especial, concluyó en tono jocoso—: ¡Durante dos horas podremos charlar como en los viejos tiempos!

Helmut Lanzmich tocó de forma afectuosa la mano del otro, que seguía posada en su antebrazo, y contestó:

—Por supuesto, amigo.

—Deberíamos caminar hacia los andenes, no creo que falte mucho para la salida de nuestro tren —dijo Mittermaier.

Lanzmich consultó su reloj, faltaba algo más de media hora, pero no dijo nada y comenzó a caminar junto a su viejo amigo de vuelta a la estación.

De pronto se dio cuenta de que el tiempo es ese algo inconsistente e impreciso que tanto le costaba comprender a sus alumnos de física cuántica. No sabía de qué hablar con su

amigo, porque de las cosas que querría, las que verdaderamente le preocupaban en ese momento, no podía hacerlo. Miró al otro de soslayo y estudió su perfil. Siempre había pensado que Dieter Mittermaier también pertenecía a la Orden, pero la primera instrucción que le dio Vólkov después de su iniciación fue terminante: nadie, absolutamente nadie, debía de conocer su pertenencia a la Orden de los Iluminados, y jamás hablaría con nadie de las cosas concernientes a la misma. En ese momento, preguntó al Maestro: ¿Dieter Mittermaier pertenece a la Orden? La respuesta de este fue clara: Si alguna vez conviene que lo sepas, se te dirá.

Había comprendido, y nunca habló de ese asunto con su amigo. Después de ese suceso había mantenido con él cientos, miles de discusiones sobre los límites de la filosofía, allá donde esta se confunde con la física y el caótico orden del Universo. No sabiendo qué decir, se le ocurrió preguntarle por su esposa.

—¿Cómo está Hanna?

—Murió hace dos años.

La voz de Mittermaier sonó desolada, como si la muerte de su esposa se hubiera producido tan reciente que aún no estuviera recuperado del golpe.

—Lo siento —dijo sin apenas mirarle—. No me había enterado.

—No importa. Nos vamos haciendo viejos, y te acostumbras a pensar en la muerte como algo natural e inevitable.

—Pero triste —alegó Lanzmich.

—Sí, es triste —reconoció Mittermaier—. ¿Pero sabes una cosa?, cuando murió Hanna comprendí que cuando muere alguien verdaderamente querido y lloras, no lo haces por él, sino por ti mismo, por la tremenda soledad en la que te deja. —De pronto se paró haciendo que Lanzmich hiciera lo mismo, y preguntó—: ¿Has pensado alguna vez en la muerte?

—Sí, claro, muchas veces —respondió. Pero no era cierto. Había pensado en la muerte de una manera

abstracta, literaria incluso, porque para él, como científico, la muerte era poco más que un concepto moral, y el ser humano, la extraordinaria conjunción de miles de millones de átomos, formados hace miles de millones de años en estrellas que ya no existen.

Tomaron asiento en uno de los últimos vagones, y la primera pregunta que hizo el profesor de filosofía nada más arrancar el tren, fue:

—¿Te has casado?

—No.

—¿Por qué?

—No tengo tiempo. —Tras una pausa durante la que reflexionó sobre su absurda respuesta, añadió—: ninguna

mujer aguantaría a un hombre como yo.

—Eso es una tontería —dijo Mittermaier.

Helmut Lanzmich calló, pero el recuerdo de Silke le invadió hasta llenar su cabeza, y cerró los ojos. La conoció cuando él era profesor adjunto de Física Cuántica en la Universidad de Dresde, y aspiraba a convertirse en un reconocido científico. Ella era su alumna, y lo suyo fue eso que llaman amor a primera vista. Tan pronto la vio supo que la amaba, que era la mujer a la que, aún sin saberlo, había estado esperando desde siempre. Cuando tuvo que explicárselo a ella, dijo que aquel día, cuando entró en clase, subió al estrado y miró a los

alumnos, solo la vio a ella. Era como si un foco la iluminara con tal intensidad que ensombrecía al resto. Nunca le había pasado nada similar y aquel día trastabilló como un estúpido hasta el final de la clase. Se quedó la última, y, cuando todos salieron, se acercó a él y simplemente le dijo:

—Me llamo Silke.

—¿Te apetece tomar una cerveza?

—Sí —respondió con una amplia sonrisa.

Trató de recordar de qué hablaron ese primer día, pero fue incapaz. Quizá ni siquiera hablaron, porque era tal la intensidad del deseo que arrastraba al uno hacia el otro que enseguida se

fueron a su apartamento y, durante toda la noche, hicieron el amor de una manera desaforada. Los cuatro meses siguientes vivieron como en un sueño, juntos las veinticuatro horas del día. Cuanto más se conocían, más profundo era su amor. Un día ella le propuso una idea que él aceptó casi de inmediato: huir de la Alemania Oriental. No fue algo nuevo, habían hablado mil veces de cuanto desearían vivir en una sociedad libre. El plan, que ella había estado madurando durante meses, consistía en viajar como turistas a Checoslovaquia, y de allí pasar a Austria. No iba a resultar fácil, pero tampoco era descabellado. Lo planearon para el principio del

verano, pero de pronto ocurrió algo que les sacudió como un maremoto: el director de su departamento fue súbitamente trasladado a otra universidad y a Helmut Lanzmich se le ofreció la cátedra y la dirección del laboratorio de Física Cuántica de la Universidad, uno de los más importantes del mundo.

La decisión no fue fácil, pero no pudo rechazar la oportunidad que de pronto se le brindaba. Era el sueño de su vida, y se hizo realidad cuando apenas había cumplido los treinta años.

A principios del verano Silke partió de vacaciones para Checoslovaquia y solo tuvo noticias de ella unos meses

después, cuando recibió una tarjeta postal que simplemente decía: «Hamburgo es una ciudad gris porque no estás tú». No le pudo contestar porque había omitido poner su dirección, pero todavía guardaba aquella tarjeta postal.

Dedicó su vida a la enseñanza y la investigación, y nunca, ninguna otra mujer, logró que sintiera lo mismo que había sentido por Silke. Tras la caída del Muro, como tantos otros alemanes de uno y otro lado, tuvo el impulso de ir a Hamburgo para buscarla, pero algo, quizá el miedo a encontrarla, le detuvo. Ella sí sabía dónde estaba él, y si no venía era seguramente porque no deseaba hacerlo, porque después de los

años transcurridos era una simple una anécdota de su pasado.

Una mano le tocó en el hombro zarandeándole ligeramente.

—Estamos llegando a Dresde —dijo Mittermaier.

—Gracias, me había dormido —mintió Lanzmich.

—¿Te espera alguien?

—No.

Una vez que el tren se detuvo por completo, recogieron su equipaje y bajaron al andén.

—Te invito a una cerveza —dijo el profesor de filosofía.

Helmut Lanzmich trató de excusarse.

—Es tarde —dijo—, y todavía he de

pasar por el laboratorio.

—Por favor —insistió—. Quizá no volvamos a vernos nunca más.

Tenía razón. Seguramente la próxima noticia que tendría de Dieter Mittermaier sería ver su esquila en el periódico de la Universidad. Además, de pronto se sintió fatal por haberse hecho el dormido durante casi todo el viaje.

—Está bien —cedió—, pero solo una cerveza.

Caminaron hasta la cafetería de la propia estación de ferrocarril y se sentaron en una mesa libre. De pronto, Mittermaier se levantó y dijo:

—Iré yo mismo por las cervezas. No

te preocupes, recuerdo cual es la que más te gusta.

Sin dar tiempo a que Lanzmich protestara, caminó rápidamente hacia la barra y pidió dos Coschützer Pils. Cuando el camarero puso las jarras sobre la barra, Dieter Mittermaier dejó caer con disimulo en una de ellas una minúscula pastilla que se disolvió rápidamente en el líquido. Volvió con las jarras hasta la mesa, y puso una delante de Lanzmich.

—No deberías...

—No importa —le interrumpió Mittermaier, y alzó su jarra mientras decía—: A tu salud.

—A tu salud, amigo —repitió

alzando también su jarra de cerveza. Bebió casi la mitad de un trago, y, tras volver a dejar la jarra sobre la mesa, se lamentó—: Los americanos no saben hacer cerveza.

—¿Vienes de América? —preguntó el viejo profesor.

La incertidumbre duró solo un instante.

—Sí —respondió—. De Nueva York.

Mittermaier le miraba sin pestañear, con los ojillos clavados en él. Volvió a preguntarse si pertenecía a la Orden y si su amistad de antaño no había sido más que la manera de tenerle vigilado de cerca.

—Vi a Konstantin Vólkov —dijo Lanzmich escrutando la cara del otro para ver su reacción.

—¿A quién?

—Vólkov, Konstantin Vólkov.

—No le conozco —dijo Mittermaier.

—Tú me lo presentaste hace muchos años, en un simposio en Dresde.

—No lo recuerdo.

—Quizá le conozcas por Spartakus —insistió Lanzmich.

—Te digo que no sé de quién me hablas.

—Bien. No importa. —De un segundo trago, apuró su cerveza y dijo —: Ahora sí debo irme.

Se puso en pie y alargó la mano para despedirse del viejo amigo. Este se levantó y, en lugar de darle también la mano, le abrazó.

—Hasta siempre —dijo.

Le vio alejarse de la mesa, salir de la cafetería, y alejarse a través del vestíbulo en dirección a la calle, tras lo cual, volvió a sentarse y dio un largo trago de cerveza.

Helmut Lanzmich salió de la estación de ferrocarril decidido a escribir un artículo para desenmascarar a los «Illuminati». Haría que temblaran los cimientos de todo el mundo occidental. Tomó un taxi para ir en primer lugar al laboratorio de la

Universidad, estaba ansioso por conocer el resultado de las últimas pruebas que habían realizado sus ayudantes, y fue justo al entrar al despacho cuando sintió un agudo dolor en el pecho. No era médico, pero inmediatamente supo lo que eso significaba. Trató de llamar por teléfono. Alcanzó a cogerlo, pero cayó al suelo fulminado por un infarto.

Capítulo 13

Roma, Bilderberg

A las 10 en punto de la noche sonó el timbre en mi apartamento. Como era de esperar, era Mycroft Holmes —esa noche, por vez primera, me pregunté quién era realmente el hombre al que llamábamos igual que al hermano mayor de Sherlock Holmes, cuál sería su verdadero nombre, y su vida, allá donde viviera—. Venía con una cartera de cuero negro que nunca le había visto antes de ese momento. Los saludos

fueron breves. Le ofrecí algo para cenar, pero declinó el ofrecimiento y solo pidió un café bien cargado.

Desde la cocina, mientras preparaba el café, le escuché contar a Irene que apenas había dormido durante los últimos días. Ante el interés de esta por conocer las causas de tan prolongado insomnio, Mycroft explicó que gran parte del día lo dedicaba a seguir los pasos del imán Bhukari, y por la noche leía toda la información que había podido reunir sobre los Iluminados y sus objetivos.

—El asunto es mucho más importante de lo que nunca podríamos haber imaginado —le oí decir.

Sus palabras despertaron mi interés, así que volví rápidamente al salón, y me senté junto a Irene para escuchar sus palabras.

—Le decía a Irene que he estado siguiendo a Bhukari —repitió para mí—. Además, según parece, es un imán conocido por sus posturas radicales.

—¿Se lo ha dicho el inspector Ventura? —pregunté.

—No, no —respondió, y en un tono misterioso, añadió—: tengo contactos. Pensaba que si lográbamos averiguar qué es lo que tienen en común dos personajes tan distintos como Valieri y el imán, sabríamos qué es lo que se proponen. Creo saberlo ahora. Hassan

al-Bukhari tiene lo que Valieri necesita: hombres dispuestos a todo, fanáticos que no dudarían en inmolarsé para atacar a los que consideran sus enemigos. Ayer vi a esos hombres. Acompañaron al imán hasta una casa de campo en las afueras de Madrid, y les vi entrar en el garaje. Sin duda, en el garaje de esa casa están las pruebas que les incriminan.

—Si está tan seguro de eso, ¿por qué no llamó al inspector Ventura?

—Porque antes deberíamos saber donde tienen a Moriarty, si es que todavía está vivo.

La sola mención del nombre de Moriarty cayó sobre los tres como un

alud que nos sumió en un impotente silencio.

—¿Para qué necesita Valieri a hombres así? —pregunté al fin.

Mycroft me miró condescendiente.

—Sustituya el nombre de Valieri por el de los Iluminados, y hágase la misma pregunta.

Yo también había leído algunas cosas sobre los Iluminados, y la única respuesta que se me ocurrió me llenó de pavor.

—¿Usted cree que...?

—Estoy completamente seguro.

—Estáis locos —soltó Irene—.

¿Creéis acaso que Valieri, o los Iluminados, pueden estar detrás de un

grupo terrorista?

Era difícil de aceptar, pero no era inverosímil.

—La intervención de la masonería en la creación de los Estados Unidos es incuestionable, para ello basta con mirar el billete de un dólar —dijo Mycroft, y añadió—: Es más, juraría que han estado detrás de todos los procesos revolucionarios que ha habido en el mundo en los últimos doscientos cincuenta años.

Recordé las palabras de mi amigo librero y las Arthur P. Harris, de Londres, sobre la intervención de los «Illuminati» en la Revolución Francesa, y de los masones ingleses —a pesar de

la prohibición de discutir cuestiones políticas que sufrían— en el proceso de independencia de las colonias españolas en América. ¿Era todo obra de los Iluminados? Pregunté:

—¿La Revolución Soviética de 1917?

Mycroft hizo un gesto afirmativo.

—Empiezo a ver claro su *modus operandi* —dijo—. Buscan el medio de realizar una agresión intolerable de forma que se desencadene una escalada de violencia que conduzca al caos o a la guerra, esa es su manera de incidir en los hechos para intentar cambiar la historia. Ahora está claro que, por el ejemplo, el atentado de Sarajevo de

1914, detonante de la Primera Guerra Mundial, no fue la obra aislada de un anarquista, sino la instrumentalización de estos por parte de los Iluminados.

—No es posible que un grupo que se mueve en el secreto y la clandestinidad tenga tanto poder —apuntó Irene.

Mycroft sonrió largamente de una manera distante, como si Irene hubiese dicho una tontería.

—Eso mismo pensaba yo hasta ayer —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que ha entendido. Que por lo menos una parte importante de su organización se mueve a plena luz del día, a la vista de todo el mundo. Se

reúnen, hablan, hacen declaraciones...

Irene y yo le mirábamos perplejos.

—¿A quién se refiere? —pregunté.

—Naturalmente —continuó Mycroft—, la Orden no aparece con su verdadero nombre, sino travestida en multitud de respetables foros o grupos. ¿Han oído hablar del Foro Bilderberg? —preguntó de pronto.

—Sí —dijo Irene sin mucha convicción.

Yo recordé haber leído unos meses atrás una noticia de prensa, relacionada con la última reunión del Grupo, en la que se hacía hincapié en el secretismo de sus deliberaciones.

—Sus reuniones se producen de

forma anual, y solo es posible asistir a ellas previa invitación. Se creó hace más de cincuenta años como puente de intereses entre los Estados Unidos y Europa, para debatir —hizo aquí una inflexión de su voz para subrayar la palabra— sobre problemas de actualidad. La mayoría de sus más de cien invitados son personas de las que se considera que tienen una gran influencia en los círculos empresariales, académicos, políticos y militares. Está prohibido a los asistentes que informen sobre lo allí debatido, incluso los grandes grupos de comunicación, que suelen tener representantes en esas reuniones, tampoco parecen

predispuestos a publicar ninguna noticia. No obstante, en estos últimos años, ha habido algunas filtraciones, Internet es más difícil de controlar —aclaró—. Hay quien dice que han sido ellos, los del Grupo Bilderberg, los que decidieron la creación de la Unión Europea, el fin de la política de bloques, o la mayoría de asuntos importantes que afectan al mundo occidental. Todo esto, naturalmente, son conjeturas, pero resulta llamativo que suelen reunirse cada año poco antes que el G8. Da la impresión de que se trata de una especie de supragobierno todopoderoso.

—Eso es... terrible —balbuceó Irene.

Mycroft hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Si —dijo—, pero no es eso lo más terrible. —Abrió la cartera que había traído, y extrajo una foto que puso sobre la mesa. Se trataba del retrato de una mujer de mediana edad, con gafas, algo gruesa, pelo rubio por encima de los hombros y una sonrisa abierta. Ante nuestra ignorante mirada, apuntó—: Su nombre es Anna Lindh, ministra de Asuntos Exteriores de Suecia, y fue asesinada el 11 de septiembre de 2003. Cuatro meses antes, en la reunión del Grupo Bilderberg celebrada en Versalles, Francia, Anna Lindh se había opuesto con firmeza al proyecto de

globalización que promovían sus miembros más destacados.

La información cayó sobre nosotros como una bomba.

—¿Quiere decir que el Grupo Bilderberg está detrás de ese asesinato? —pregunté.

—Oficialmente, el asesinato fue obra de un solo hombre, un sueco de origen serbio llamado Mijailo Mijailovic, declarado después enfermo mental y recluido en un hospital psiquiátrico.

—¿Y nadie ha solicitado que se haga una investigación más amplia? —preguntó Irene apuntando a la posible responsabilidad del Grupo Bilderberg

en el crimen.

Mycroft le lanzó una mirada irónica, y se limitó a decir:

—Hay algo más.

Extrajo de la cartera una segunda foto. Se trataba de una foto aérea de un edificio rodeado de jardines.

—Se trata del Hotel de Bilderberg —aclaró Mycroft—, en Oosterbeek, Holanda, donde se celebró la primera reunión del Grupo en 1954, y de donde tomaron su nombre. Miren bien la foto, es de 1954 —dijo, y la giró para que pudiéramos verla detalladamente. Al cabo de unos segundos, preguntó—: ¿No ven nada que les llame la atención?

Irene y yo seguíamos mirando la

foto. Se trataba de un edificio de tres plantas, bastante anodino desde el punto de vista arquitectónico, sin ninguna característica que llamara la atención.

—Fíjense en el jardín. En el seto que hay frente a la fachada principal —dijo señalando con el dedo. Tuve un sobresalto al reconocer, en el dibujo que formaba un bajo seto, una estrella de cinco puntas—. ¡Es el símbolo de la Orden de los Iluminados! —exclamé.

—Sí —dijo Mycroft—. Una extraordinaria casualidad, ¿no les parece? —dijo triunfante—. Pero, como les he dicho antes, el Foro Bilderberg no es la única cara de los Iluminados.

Volvió a su cartera, y puso ante

nosotros la impresión de una página web. Se trataba de la página del Capítulo Español del Club de Roma, y en ella figuraba de manera destacada una Declaración del Club de Roma, que comenzaba diciendo: «Nosotros, los miembros del club de Roma, convencidos de que el futuro de la humanidad está aún por determinar, y que es posible evitar las actuales y previsibles catástrofes, cuando son el resultado del egoísmo humano o de equivocaciones incurridas en la forma de gobernar el mundo...».

—¿No les suenan esas palabras? — preguntó Mycroft.

Era exactamente el mismo discurso

mesiánico que utilizaban los Iluminados en los pocos escritos sobre ellos que había podido leer, y así lo dije.

—No solo eso —añadió Mycroft—, en este caso, dan además la impresión de que no han intentado ocultarse, de que exponen claramente, al menos en estos párrafos, su ideario.

—Yo creí que se trataba de un grupo de nostálgicos. Nunca hubiera imaginado que estaban tan presentes en el mundo actual, y mucho menos, que tuvieran tanto poder —señaló Irene, todavía estupefacta por las revelaciones hechas por Mycroft.

—Hay más organizaciones haciendo la misma labor desde distintos ámbitos,

como el Foro de Davos o la Trilateral. Entre todas forman una tupida tela de araña imposible de controlar. Alguien dará un primer paso, y todas esas organizaciones lo apoyarán, haciendo que pocos gobiernos tengan la fuerza, o el coraje, de oponerse a sus designios.

—¿Y cuál será ese primer paso? —preguntó Irene.

Mycroft permaneció pensativo durante unos segundos.

—Ese primer paso se producirá en unos días, y el escenario tiene que ser la casa de Talavera a donde he seguido en más de una ocasión a Bukhari. ¿Harán estallar una bomba tal vez? Y, en ese caso, ¿a quién quieren eliminar?

Por un extraño mecanismo de la memoria, al escuchar en los labios de Mycroft la palabra «estallar», reviví el instante de la conversación, la noche anterior en el restaurante del Claridge's, entre Valieri y los otros, en que me pareció que Vólkov hablaba de una exposición. Volví a ver, como si me la ofreciera una cámara lenta, la imagen del movimiento de sus labios. La similitud entre el sonido de la palabras inglesas *expose* y *explode*, unido a mi deficiente comprensión del inglés, y a la actividad como marchante de arte de Vólkov, me llevaron a confundir ambas palabras. ¡Vólkov no estaba hablando de una exposición, sino de una gran

explosión!

—¡Es eso! —exclamé lleno de agitación—. ¡Van a hacer estallar una bomba en la casa de Talavera!

Les expliqué el error que había cometido al leer los labios de Vólkov, y de pronto todo parecía tener sentido.

—Deberíamos ir a la casa donde seguí a los islamistas para comprobar qué hay en el garaje —dijo Mycroft.

—¿Estás loco? Si es allí donde tienen el explosivo, la casa debe estar vigilada —señaló Irene—. Lo sensato sería llamar a la policía y que sean ellos los que se encarguen de registrar ese garaje.

—Mycroft tiene razón —apunté, e

Irene me miró llena de ira—. No nos podemos arriesgar a llamar a la policía sin saber qué es lo que guardan en el garaje. Ventura nunca ha creído nuestra historia, por lo que no nos podemos permitir el lujo de equivocarnos.

Mycroft asentía a mis palabras.

—Estáis locos —repitió Irene.

—¿Sabrías volver a esa casa? — pregunté a Mycroft dispuesto a salir de inmediato hacia allí.

—De noche no creo que sepa encontrar el camino. Podemos ir mañana por la mañana.

—Iremos mañana por la mañana para que localice la casa, y volveremos por la noche. De día sería demasiado

peligroso.

—De acuerdo —dijo Mycroft—. Si le parece, pasaré por aquí a las 9 en punto de la mañana. —Se levantó como movido por un resorte, y masculló hablando consigo mismo—: Es demasiado tarde, y necesito descansar.

Mientras cerraba la cartera de la que había extraído las fotos y papeles que nos había mostrado, preguntó de pronto:

—No habéis hablado mucho de vuestro último viaje a Londres. ¿Qué tal por allí?

—Valieri fue a Londres para cenar con Vólkov y una tercera persona —informó Irene—. Lo lamentable es que, como ha dicho antes Watson, solo

entendimos algunas palabras de lo que hablaron.

—¿Tomaron nota de esas palabras?
—se interesó Mycroft.

—Sí, claro.

—¿Podría verlas?

—Naturalmente.

Arranqué la hoja de mi agenda donde había anotado las veinte o treinta palabras sin sentido que me había parecido entender, y se la entregué a Mycroft. Este la ojeó durante unos segundos con mucho interés, y después la guardo en su bolsillo. Irene tardó algo en encontrar sus notas en su bolso lleno de cosas inverosímiles, y Mycroft hizo lo mismo.

—¿Y Valieri? —preguntó entonces.

—Pensamos que volvió a Madrid en el primer vuelo de esta mañana.

—Y esa tercera persona que estuvo en la cena de Vólkov, ¿cómo era? —se interesó Mycroft.

—Pelirrojo, el rostro lleno de pecas, y, por su actitud ayer en la cena, poco hablador... Es el tipo de hombre con el que no me gustaría encontrarme a solas —resumió Irene.

—Esperemos que nunca llegue ese momento —dijo Mycroft con una leve sonrisa.

Dando por concluida la reunión, se encaminó hacia la puerta. Hice un gesto a Irene para que hiciera de una vez la

pregunta que estaba deseando hacer.

—¡Mycroft! —llamo entonces Irene.
Este se volvió.

—¿Sí?

—Quería preguntarle, ¿por qué dijo usted que tenía el caso prácticamente resuelto?

Mycroft carraspeó, e hizo amago de responder a la pregunta, pero no lo hizo. En su lugar, dijo:

—Deme un par de días más, entonces les explicaré todo lo que deseen saber.

—¿Por qué está tan seguro de que esa explosión tendrá lugar la noche del 30 de abril? —pregunté yo.

—Un par de días —insistió, y salió

de mi casa.

Nos costó un par de horas localizar la casa a la que Mycroft había visto entrar al imán de Móstoles con tres de sus acólitos. Comprendí por qué Mycroft tenía dudas de encontrarla en plena noche, porque se trataba de una casa aislada, perdida en una maraña de estrechos caminos de tierra donde, aquí y allá, había otras casas similares a la que buscábamos.

Mycroft había alquilado un coche esa misma mañana con el que salimos de Madrid en dirección norte. Mycroft estaba poco hablador, cosa bastante

normal en él pero que, en ese momento, agradecí, porque no dejaba de darle vueltas a la larga conversación sobre lo que podíamos esperar el uno del otro que habíamos mantenido Irene y yo la noche anterior. Su postura fue clara: tan pronto se resolviera el caso y supiéramos qué había sido de Moriarty, regresaría a casa. Eso eliminaba cualquier posibilidad de que la relación —aunque ya había empezado a dudar si aquello fue alguna vez una relación— fuera adelante. Me contó que había estado casada, que no había sido una experiencia que recordara con especial agrado, y que por el momento no quería repetir una experiencia similar. Por mi

parte, era la primera vez que la idea de pasar los siguientes años de mi vida con una persona no me hacía salir huyendo. ¿Por qué somos tan complicados los seres humanos?, me dije, deberíamos aprender a dejarnos llevar por el corazón en lugar de por la cabeza. Me sacó de mis pensamientos la voz de Mycroft que, señalando con el índice una casa situada a unos cientos de metros, dijo:

—Ahí es.

Dejamos el coche a unos cientos de metros de la misma y, como si fuéramos un par de despistados que están dando un paseo, caminamos hacia ella. Se trataba de una casa encalada de una sola

planta y aspecto descuidado, cuya parcela estaba totalmente cercada por una valla de alambre de espino. Algunos pinos flanqueaban el camino de acceso por el lado que daba al camino, y el resto de la parcela estaba ocupado por árboles frutales. El garaje al que había hecho mención Mycroft era en realidad un pequeño almacén, separado unos metros de la casa, cerrado por una persiana metálica.

La casa se encontraba a unos veinte metros del camino. Un hombre —sin duda un vigilante—, paseaba por entre los árboles frutales frente a la casa.

—Es uno de los que acompañó a Bukhari anteayer —dijo Mycroft en voz

baja.

Miré ladeando apenas la cabeza. Se trataba de un hombre joven, de no más de treinta años, desgredado y con barba de varios días. Vestía un pantalón vaquero un par de tallas más de la que necesitaba, y una camisa a cuadros. Caminaba pensativo con las manos entrelazadas en la espalda.

—Parece que está solo —dije.

Caminamos como un kilómetro más, y dimos la vuelta. Al pasar de nuevo frente a la casa, vimos otra vez al hombre desaliñado, esta vez sentado en el porche con la mirada perdida.

—Esperemos que esta noche siga habiendo un solo hombre en la casa —

dijo Mycroft.

—Sí, esperemos —repuse.

Volvimos a Madrid después de haber memorizado en detalle la manera de llegar a la casa. Mycroft me dejó en una esquina cercana a mi casa, y él siguió pues quería continuar con su labor de vigilancia al imán de Móstoles.

Al entrar en mi apartamento encontré a Irene ante el portátil. Parecía muy concentrada escribiendo un algo.

—¿Qué haces? —le pregunté extrañado mientras me situaba a su espalda.

Vi entonces que estaba en el «Club de Holmes» y supuse que estaba escribiendo un *post* dando cuenta de los

últimos acontecimientos.

—¿Habéis dado con la casa? —preguntó ella.

—¿Qué sentido tiene que pongas la información si los tres —me refería naturalmente a Mycroft, ella y yo— estamos al tanto de ella?

—¿Qué importa eso? Me gusta hacer bien las cosas, y terminar todo lo que empiezo —dijo, y repitió la pregunta que me había hecho antes—: ¿Habéis encontrado la casa?

—Sí —respondí—. Esta noche volveremos para ver qué ocultan en el garaje.

Irene continuó escribiendo: «... Watson y Mycroft han localizado esta

misma mañana la casa donde suponemos ocultan los explosivos, y esta noche volveremos a ella para intentar comprobar si es así».

—¿Volveremos? —pregunté con sorna—. Creí que estabas en contra de que fuéramos allí.

—Y lo sigo estando —fue su respuesta—, pero he decidido que si vais vosotros, yo también voy.

A mediodía bajamos a comer a una pizzería cercana a mi casa, y al volver a casa, preguntó Irene:

—¿Tienes algo para leer?

Recordé entonces que en alguna parte de mi casa debía haber dos libros que apenas habíamos ojeado, que había

tomado prestados de la caravana de Conan precisamente para leerlos.

—Sí —respondí—. Tengo justamente lo que estoy seguro que deseas leer.

Busqué en mi mesa de trabajo, y tras una montaña de papeles hallé los dos libros que buscaba: «The secret history of the Grand Lodge of London and Westminster Unified», de Rodney Chaitkin, y «Hechos y fantasías masónicas», de Edward Sadler.

Recordando el interés que había suscitado en mi amigo librero el primero de los libros, sentí de pronto una enorme curiosidad por saber qué razones habían llevado a la Gran Logia Unida de

Inglaterra a expulsar de su seno al autor, y a —literalmente— eliminar todos los libros que se habían editado. «Todos menos uno», me dije mentalmente al coger el libro entre mis manos dispuesto a leerlo. Sin duda Irene estaría encantada de leer el otro libro, y le alargué el tomo de Sadler.

—¡Ah! —exclamó Irene al ver la portada de «Hechos y fantasías masónicas»—. ¡Los libros de Conan! Había olvidado que los tomamos prestados —dijo con sorna, y se sentó en un sillón junto a la ventana desde la que se podía divisar un parque cercano.

Yo lo hice frente a ella, y así pasamos el resto de la tarde leyendo.

Las primeras sesenta o setenta páginas del libro de Chaitkin fueron tan sumamente aburridas que estuve a punto de abandonar su lectura. Afortunadamente no lo hice, porque de pronto el autor comenzó a dar detalles del alcance y naturaleza de la intervención de la Logia de Inglaterra en el proceso que condujo a la independencia de las posesiones europeas en América, desde los Estados Unidos en el norte, hasta Chile y Argentina en el sur. Básicamente, el libro afirmaba que, si en el caso de la Independencia de Norteamérica la masonería británica apoyó a los revolucionarios sin que su Gran

Maestre, entonces el duque de Sussex, tuviera noticia de ellos por su desapego y desinterés por los asuntos de la Logia, en el de la Independencia de los países de la América hispana, su intervención fue clave para el triunfo de los rebeldes actuando fundamentalmente en un sentido: obteniendo una generosa aunque intermitente financiación para los líderes por los que habían apostado — Miranda, San Martín, Bolívar, O'Higgins y tantos otros—, y, sobre todo, logrando el apoyo y asesoramiento de la diplomacia británica. A continuación daba a entender que, durante esos años, la Logia de Inglaterra había estado controlada por cierto

sector que aspiraba a «... *let the new light that will change the world*» (sic).

Se internaba después el libro en jugosas informaciones sobre algunos asuntos internos de la Logia que, supongo que por mi absoluta ignorancia sobre ellos, no tenían el más mínimo interés para mí.

—¿Qué te parece el libro? — pregunté a Irene sobre sus lecturas.

—Bien —repuso sin mucho entusiasmo—. Nada que añadir al resumen que nos hizo tu amigo librero.

Iba a añadir algo más, pero la interrumpió el sonido de mi teléfono móvil. Era Mycroft. Debía de tratarse de algo importante, porque no era usual que

pidiera nuestra opinión o que tuviera urgencia por comunicarnos sus descubrimientos.

—Estoy en una carretera solitaria, cerca de la M-40 —dijo, y añadió—: Creo que estoy perdido.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí? —pregunté.

—Seguí a Bukhari y tres de sus fieles, pero de pronto les he perdido. Es como si se hubieran esfumado.

—¿Recuerda algo que le haya llamado la atención cuando iba para allá, algún edificio...?

—No me he fijado. Estaba pendiente del coche que llevaba delante. Bueno —dijo tras una corta pausa—, creo

recordar una indicación que señalaba al Hipódromo de la Zarzuela. Después he pasado por debajo de varias autopistas.

—Debe estar cerca de la carretera de El Pardo. ¿Ha visto alguna indicación de El Pardo?

—Parece que estoy en un parque, y cerca de aquí hay varias pistas de tenis.

—Continúe ese camino. En pocos minutos debe de llegar al pueblo de El Pardo. Desde allí será fácil volver a Madrid.

Mycroft me agradeció las indicaciones y se lamentó por haber perdido a Bukhari.

—No importa —dije para serenarle.

—Sí importa —fue su respuesta—,

porque nos hemos quedado sin saber exactamente qué es lo que estaban haciendo aquí el imán y los suyos.

Me pareció un asunto secundario, porque sabíamos lo más importante: que el objetivo de Bukhari era la casa de Talavera, así que preferí callar para no molestarle.

—¿Recuerda nuestra cita de esta noche? —le pregunté.

—Pasaré a recogerle a las doce en punto. Está preparado.

Capítulo 14

Ventura actúa por fin

A medianoche, tal como me había dicho, sonó el timbre de mi casa. Mycroft nos esperaba con el coche aparcado en doble fila y se sorprendió al ver que conmigo venía Irene, pero no dijo nada.

Durante el trayecto hacia la casa de campo en cuyas inmediaciones habíamos estado por la mañana, nos contó cómo había seguido a Bukhari y a tres hombres más hasta una zona deshabitada poco más allá del Hipódromo de la

Zarzuela, donde no solo le perdió la pista, si no que se perdió él mismo.

—¿Sabes si estos últimos días ha vuelto Bukhari por la casa de Talavera? —pregunté.

—Hasta donde yo sé, no —respondió Mycroft—. Ayer, cuando me condujeron hasta la zona donde les perdí, llegué a pensar que habían cambiado de objetivo.

—¿Sigues estando seguro de que todo ocurrirá en la madrugada del primero de mayo? —preguntó Irene.

Flotaba en el ambiente la idea de que si el objetivo podía cambiar, acomodarse a la conveniencia tal como sugería Mycroft, pero la fecha era

inamovible, quería decir que lo verdaderamente importante era el cuándo, y no el qué o el a quién.

—Sí —afirmó Mycroft sin asomo de duda.

—Entonces no han cambiado de objetivo. Cuando se prepara un atentado con semanas de antelación, es imposible cambiar de objetivo cuatro días antes del mismo.

—Entonces —dijo Mycroft—, eso quiere decir que ayer se dirigían al lugar donde van a ocultarse tras el crimen.

—O al escenario de un segundo atentado —se me ocurrió de pronto.

—Los «Illuminati» son personas civilizadas —apuntó Irene—. No creo

que su intención sea causar muchos muertos.

—Todo indica que los ejecutores materiales serán un grupo de islamistas, y ellos sí buscan causar un gran daño.

—Los «Illuminati» solo buscan un efecto, una reacción. Y ellos nunca dan la cara, por lo que utilizarán a los islamistas como cabeza de turco, para convencernos a todos de que han sido ellos los únicos autores del atentado.

—Los atentados —rectificó Irene.

Esas palabras tuvieron el efecto de una onda expansiva que nos sumió a todos en la reflexión, porque de ser cierto lo que afirmaba Mycroft, la situación era mucho más grave de lo que

habíamos imaginado.

—Hay que llamar al inspector Ventura —dije entonces.

—Ahora no —dijo Mycroft.

—¿Por qué ahora no? —preguntó nerviosa Irene desde el asiento de atrás.

—Porque acabamos de llegar a nuestro destino: la casa donde los criminales guardan los explosivos.

Había parado el coche bajo una encina, a un lado de un irregular camino de tierra, y apagó los faros. En un primer momento la oscuridad fue total, pero poco a poco nuestras pupilas se fueron adaptando a la escasa luz proveniente de la luna en cuarto menguante que brillaba en el cielo. Pude

ver que estábamos junto a un campo de encinas, de irregular orografía, y deduje que a no más de quinientos metros de la casa a la que nos dirigíamos.

—Es un camino secundario —dijo Mycroft todavía dentro del coche—. Si alguien viene o sale de la casa, no pasará por aquí.

Bajamos del coche y Mycroft alumbró el maletero del coche con el haz de luz de una pequeña linterna.

—Coge las herramientas que he traído —dijo.

Abrí el compartimiento y extraje una pesada bolsa en la que se adivinaba un gran destornillador y otras herramientas que nos podrían ser útiles para

descerrajar la persiana metálica de la casa.

—¿Cómo no se te ocurrió coger una linterna? —me reprochó Irene.

—Eso mismo, exactamente, estaba yo pensando de ti —respondí.

—Seguidme —ordenó Mycroft sin hacer caso de nuestras quejas—. Cuidado con las piedras.

No había terminado de decirlo cuando escuché a mi espalda un golpe seco y la voz de Irene, que, en voz baja pero sonora, exclamó al tropezar con un pedrusco:

—¡Mierda!

—Sssss —mandó callar Mycroft llevándose el dedo índice a los labios

—. En el silencio de la noche, cualquier ruido se puede escuchar a gran distancia. A partir de ahora —susurró—, hablemos lo imprescindible.

Seguimos caminando en fila india, en el más absoluto de los silencios, hasta llegar a las inmediaciones de la casa, que aparecía sumida en la más completa oscuridad.

—Debe haber alguien durmiendo en la casa —musitó Mycroft—, así que evitemos hacer ningún ruido.

Levantó uno de los alambres de espino que formaban la valla y se disponía a entrar, cuando el lejano ruido de un motor hizo que nos ocultáramos rápidamente tras un pequeño ribazo.

La puerta de la casa se abrió y una estela de luz proveniente del interior alumbró el porche. La figura de un hombre que quedó parado en el umbral de la puerta se recortó sobre ella. Fue entonces cuando vimos los faros del coche que se acercaba a la casa. Cuando estuvo más cerca comprobamos que no era un coche el vehículo que se acercaba, sino una furgoneta con el logotipo de una importante compañía de teléfonos en los costados. Frenó suavemente frente a la verja de entrada, y el hombre que había en el porche corrió para franquearle el paso. La verja se abrió y la furgoneta entró hasta parar junto a la casa. Del vehículo bajaron

cuatro hombres que, durante unos instantes, quedaron frente a la luz proyectada por los faros. A dos de ellos no les reconocí, el tercero era nuestro viejo conocido Hassan al-Bukhari; y el cuarto, el hombre de aspecto rudo que unos días antes, en Londres, había compartido mesa con Vólkov y Valieri.

Hablaban tan bajo que, a pesar de que estábamos relativamente cerca de ellos, resultó imposible entender su conversación, pero dos de ellos, seguidos por el inglés, si dirigieron al pequeño almacén donde suponíamos guardaban los explosivos, y abrieron la persiana metálica accediendo al interior. Al cabo de pocos minutos salieron con

un pesado fardo que introdujeron en la furgoneta, volviendo otra vez al almacén para traer otro fardo, idéntico al anterior, que depositaron junto al primero. Cerraron nuevamente el almacén y, durante unos instantes, los hombres intercambiaron unas palabras, tras lo cual, volvieron los cuatro hombres a la furgoneta, y salieron de la casa desapareciendo en la noche.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Irene una vez que el hombre que había quedado en la casa volvió a entrar en la misma dejando el porche a oscuras.

—Volver a casa y llamar a la policía —dijo Mycroft.

Miré el reloj, faltaban algunos

minutos para las tres de la mañana, y traté de imaginar la reacción de la policía si, a aquellas horas de la madrugada, les contábamos una película de la que, en el fondo, no teníamos prueba alguna. Por otro lado, era cierto que si Mycroft tenía razón y el atentado iba a producirse solo dos días después, y lo que habían visto subir a la furgoneta era realmente dinamita, había llegado el momento de dar la voz de alarma. No obstante, pregunté:

—¿Estás seguro?

Esa pregunta, en el fondo, era a mí mismo a quien se la estaba haciendo, porque era tal la sensación de irrealidad que me producía aquella historia, que a

veces tenía que hacer un esfuerzo para no tomármelo como uno más de los juegos que solíamos hacer en el «Club de Holmes».

—Absolutamente.

Con el mismo sigilo con el que nos habíamos acercado a la casa, nos alejamos de ella hasta que, ya dentro del coche, y con el corazón en un puño, llamé al inspector Ventura.

Tardó bastante en contestar, y al fin lo hizo con voz soñolienta. Me identifiqué y, lo más claramente que pude, le expliqué la escena que acabábamos de presenciar, y nuestro convencimiento —en realidad era el convencimiento de Mycroft— de que iba

a ocurrir un importante atentado. Ventura me escuchó sin decir palabra hasta que dejé de hablar. Entonces, con voz desabrida, dijo:

—¿Ustedes saben qué hora es?

—Las tres y veinte —dije tras consultar el reloj.

—¡Coño! —exclamó tan fuerte que tuve que apartar el teléfono de mi oreja —. ¿Ustedes no descansan nunca? ¿Se creen que pueden llamar a estas horas a la policía con chorradas?

Estaba tan cabreado el inspector Ventura que estuve a punto de cortar la llamada, pero Mycroft me arrebató el teléfono y, con voz seria e impasible, dijo:

—Inspector, si no hacemos nada, en dos días va a haber un gran atentado, y solo usted será responsable de lo que pueda ocurrir.

Aquellas palabras produjeron en el inspector Ventura un efecto sorprendente. Pareció calmarse y, durante muchos segundos, permaneció callado, digiriendo las palabras de Mycroft. Al fin, en tono cortante, dijo:

—Les espero dentro de una hora en mi despacho.

Me devolvió el teléfono y arrancó el coche para volver a la ciudad por las mismas veredas polvorientas. De pronto, un relámpago, seguido de un cercano trueno, desgarró el cielo, y

empezaron a caer gruesas gotas de lluvia.

No hablamos mucho durante el camino de vuelta. Mycroft, que conducía, miraba fijamente la carretera mojada que parecía deslizarse vertiginosamente por debajo de nuestro coche, e Irene daba muestras de estar muy cansada. Las luces fugaces de los coches que venían de frente, reflejadas en el agua que discurría por el asfalto y en las mil gotas que se estrellaban contra el parabrisas, nos deslumbraban durante un instante y luego desaparecían como arrastradas por el agua.

—¿Qué vamos a decirle? —pregunté de pronto pensando en la reunión que

iba a tener lugar.

Mycroft me miró con expresión de no entender mi pregunta, y respondió:

—Todo.

—Ya lo sabe todo —añadió Irene desde el asiento trasero—. Recordad que leía nuestro blog.

¡Era cierto! Recordé que, en más de una ocasión, el inspector Ventura había dicho conocer lo que publicábamos en el «Club de Holmes», pero si lo sabía todo, y aún así no creía nuestra historia, ¿para qué íbamos, en plena madrugada, a su despacho?

Pronto tendría una respuesta para esa pregunta, porque acabábamos de llegar a la comisaría y Mycroft estaba

aparcando el coche.

Tuvimos que esperar todavía algo más de quince minutos hasta que llegó el inspector con cara de pocos amigos. Nos hizo pasar a su despacho y tras invitarnos a tomar asiento, se parapetó tras su mesa. Entonces se repantigó en su sillón, y nos espetó con desgana:

—Bien, ya estamos aquí otra vez. Cuéntenme con todo detalle esa historia de la dinamita de la que me hablaron por teléfono.

Fue Mycroft quien tomó la palabra, y empezó hablando del seguimiento realizado a Hassan al-Bukhari, el imán de Móstoles, durante los últimos días. Siguió con las extrañas visitas de

Bukhari a las inmediaciones de la casona situada en el coto de caza de Talavera que Ventura ya conocía, y concluyó con la existencia de la aislada casa de campo en las afueras de Madrid, los extraños bultos que habían visto sacar del garaje unas horas antes, y su convencimiento de que se trataba de la dinamita con la que iban a perpetrar el atentado.

—¿Atentar contra quien? —preguntó el inspector cuando hubo terminado Mycroft su exposición.

Mycroft miró a Irene y después a mí, y permaneció en silencio. Esa era probablemente la única pregunta que por el momento no podía contestar.

—Todavía no sabemos contra quien —respondió Mycroft—, pero le aseguro que ese atentado se va a producir, y será en la casona de Talavera.

El inspector Ventura frunció el ceño de una forma casi imperceptible. Bruscamente, se levantó de su asiento como empujado por un resorte, y dijo:

—Disculpen un momento.

Salió del despacho dejando la puerta entreabierta.

Durante unos minutos, los miembros del «Club de Holmes» permanecieron en sus asientos; de pronto, Irene me cogió la mano y apoyó su cabeza sobre mi hombro. Pase el brazo por su espalda hasta coger su hombro, la atraje hacia

mí, y besé su frente. Mientras tanto, Mycroft se levantó y comenzó a caminar lentamente de un lado a otro del despacho. Estuvo primero un largo rato mirando, una a una, las numerosas fotos en las que aparecía el inspector Ventura, y después se quedó mirando el mapa de Madrid. Vi que al rato de estar observándolo, se acercó más al mapa escudriñando una zona del mismo con suma atención.

El inspector Ventura irrumpió de improviso en el despacho con la misma brusquedad con la que había salido minutos antes. Irene, como un niño pillado en falta, se enderezó rápidamente apartándose de mí, y

Mycroft volvió a su silla. Ventura se sentó, y nos miró triunfante, luciendo una amplia sonrisa que nos desconcertó.

—Se me ha ocurrido comprobar si había sido denunciado un robo de explosivos en las últimas semanas —dijo sin abandonar su sonrisa.

—¿Y? —pregunté al cabo de un instante, animándole a continuar.

—En una mina de Francia, cerca de la frontera suiza, fueron robados hace nueve días alrededor de doscientos kilos de C4. Y no hay indicios de que fuera ETA la responsable del robo.

—¿Qué es C4?

—Un potente explosivo militar.

—¿Cree ahora que es cierto lo que

decimos?

—Creo que puede serlo —dijo poniéndose repentinamente serio—. He hablado con el cuartel de la Guardia Civil de Talavera para que registren la casa del coto de caza y las inmediaciones antes del amanecer. —Se puso en pie, y continuó—: Yo salgo ahora mismo para allá, si quieren acompañarme, estaría encantado de llevarles en mi coche.

No hizo falta decir nada. Los tres nos levantamos tras el inspector, y le seguimos hasta el patio, donde ya nos esperaba un coche con chofer de la policía, preparado para trasladarnos a Talavera de la Reina.

Talavera esta a poco más de cien kilómetros de Madrid, y tardamos hora y media en llegar a la ciudad, y casi media más hasta llegar a la casona, situada en plenos Montes de Toledo.

Durante el trayecto, el inspector Ventura se mostró muy interesado en conocer detalles de la historia que había estado leyendo a retazos en el blog de «El Club de Holmes», y hacía preguntas sin parar, muchas de las cuales no podíamos contestarlas todavía por ignorar la respuesta, como cuál era exactamente la relación de Conan con Konstantin Vólkov. Durante todo el tiempo Mycroft permaneció callado, abstraído en sus pensamientos, y ni

siquiera se inmutó cuando el inspector Ventura preguntó si habíamos descubierto el rastro de nuestro amigo Moriarty.

Llegamos a la casa cuando despuntaban los primeros rayos de sol y nos encontramos con que la operación ya había terminado. Había sido detenido un hombre de aspecto árabe que deambulaba por un monte cercano y que se negaba a hablar —Mycroft y yo le reconocimos como uno de los habituales acompañantes de Hassan al-Bukhari—; y, en la inspección de la casa, se descubrieron en el sótano varias cajas de vino, perfectamente cerradas y precintadas, apiladas junto al muro de

carga que sostenía todo el edificio, que contenían —según estimación de la Guardia Civil—, un total de ochenta kilos de explosivos.

—En una de las cajas había un teléfono móvil que imagino debía actuar como detonante —dijo el capitán con el que hablábamos—. Ya hemos avisado a los artificieros y a la científica.

—Es imposible que el explosivo sea el mismo que hemos visto sacar esta mañana de la casa de campo y cargar en una furgoneta —apuntó acertadamente Irene—. No han tenido tiempo material para llegar hasta aquí, trasvasar los explosivos de los fardos que vimos a las cajas de vino, preparar el detonante,

precintarlas, y apilarlas después en el sótano. Imposible.

—¿Han encontrado una furgoneta en cuyos costados aparece el logotipo de Telefónica? —preguntó Mycroft al capitán de la Guardia Civil que había dirigido el operativo.

—No —respondió aquel.

Mycroft miró entonces al inspector Ventura, y le dijo:

—Hay preparado un segundo atentado, y creo saber donde es.

Ventura sacó el móvil y empezó a marcar mientras preguntaba:

—Dígame donde es para enviar un par de coches patrulla inmediatamente.

—Lo siento —repuso Mycroft

azorado—, no puedo darle las indicaciones porque no las conozco exactamente, pero sí puedo llevarles al punto donde perdí de vista al coche de Bukhari cuando le seguía. Diga a sus hombres que nos esperen junto al hipódromo de la Zarzuela.

Ventura dio algunas instrucciones por teléfono, y volvimos al coche, que enfiló rápidamente la carretera de vuelta a Madrid.

Mycroft estaba ahora más locuaz, y durante el trayecto se permitió incluso bromear con el inspector Ventura, al que estuvo haciendo preguntas de índole personal como si tenía hijos o estaba casado, o cuáles eran sus aficiones

favoritas.

Dos coches de la policía que nos esperaban frente a la entrada principal del hipódromo, nos siguieron tan pronto nos acercamos, y, desde ese punto, Mycroft guio al conductor hasta un camino de tierra cercano a la carretera de El Pardo unos kilómetros más allá.

—¡Pare el coche! —dijo de pronto al llegar a un cruce de caminos—. Aquí les perdí la pista.

Bajamos todos del coche. Yo no conocía aquella zona de Madrid, pero al parecer sí el inspector Ventura, que dijo:

—Estamos en los Montes del Pardo, —y añadió—: no pueden haber ido muy lejos. —Se volvió entonces hacia

nosotros y nos anunció que nuestro trabajo había terminado—. El coche les llevará a donde ustedes quieran.

No nos dio ninguna opción de protestar, porque tras dar instrucciones al conductor para que nos devolviera a Madrid, se desentendió absolutamente de nosotros.

Definitivamente, nuestra investigación había terminado aunque no hubiéramos logrado averiguar el paradero de Moriarty, lo que nos hizo pensar en un fatal desenlace. Nos consolamos pensando que, al menos, habíamos logrado abortar dos atentados. La policía se encargaría de averiguar los últimos detalles, y confiamos en que

el inspector Ventura tuviera el detalle de dárnoslos a conocer.

Mycroft se despidió de nosotros a las puertas de su hotel anunciando que se iría esa misma tarde, e Irene y yo fuimos a mi casa. No habíamos dormido en toda la noche, y de pronto nos dimos cuenta de que nos sentíamos sucios, y estábamos hambrientos y cansados.

Tras comer algunos restos de comida que quedaban en el frigorífico, nos dimos una larga ducha de agua caliente. La idea de que probablemente ese era el último día que Irene y yo pasábamos juntos, no se me iba de la cabeza, y estaba seguro de que también a ella la obsesionaba, aunque ninguno de los dos

lo mencionamos.

—El no haber podido averiguar nada de Moriarty, me ha dejado mal sabor de boca, la sensación de que, al final, hemos fracasado —dijo Irene al salir de la ducha, envuelta en una toalla.

—Habrá detenciones, y la policía indagará sobre qué le ha sucedido.

—Temo que esté muerto.

—Yo también, pero es extraño que durante toda la investigación no haya salido a relucir ni una sola vez su nombre.

—Sí, yo también lo había pensado —hizo una pausa, y añadió mirándome de soslayo—: Por lo demás, ha estado bien. Ha sido una gran experiencia.

Estaba jugando con las palabras y, en cierto modo, me molestaba que si quería decirme algo, no lo hiciera directamente en lugar de jugar con frases de doble sentido. Pero ¿y yo? ¿Tenía yo algo que decirle a ella?

Todavía envuelta en la toalla, puso su bolsa de viaje sobre la cama y abrió la cremallera.

—¿Qué haces?

—El equipaje.

—¿Ya? ¿Tienes que irte ya?

Irene hizo una mueca con los labios y se encogió de hombros.

—¿Qué hago aquí? Además, el trabajo me espera. Debo de tomarme en serio el bufete de una puñetera vez.

—Dijiste que apenas tenías clientes.
Irene soltó una carcajada.

—Es cierto —dijo—. Y seguramente
los habré perdido después de estos días.

—Quédate hasta mañana —supliqué.

—¿Por qué?

—Quiero enseñarte un cuadro.

Irene volvió a reír.

—Ya lo he visto.

—Es otro el cuadro que quiero
enseñarte.

Irene me miró fijamente, y lo hizo de una forma que me hizo sentir como si el mundo estuviera a punto de acabarse. Tras unos segundos de incertidumbre, en los que parecía debatirse entre lo que pensaba que debía hacer, y lo que

deseaba hacer, tiró sobre la cama la prenda de ropa que en esos momentos tenía en sus manos, y, con una gran sonrisa en los labios, me dijo en tono condescendiente:

—Está bien. ¿Qué cuadro es ese que quieres enseñarme?

Agradecido y contento, casi me abalancé sobre ella y la encerré entre mis brazos. Me besó, y la besé larga y suavemente, como si sus labios fueran la más irresistible invitación al deseo. Retiré la toalla que la cubría y acaricié el tacto aterciopelado de su piel.

—Te deseo —susurré en su oído.

Ella suspiró profundamente, y yo así sus pechos con las manos, marcando con

mi saliva el contorno de los mismos. Cerró los ojos y echó hacia atrás la cabeza en una actitud de abandono que me enardecíó todavía más. Con extrema suavidad, la dejé caer sobre la cama y, sin abandonar las caricias, me tumbé a su lado.

—Te quiero —me oí decir.

Ella sonrió, y pinzando mi cara con sus manos, me besó otra vez.

Desperté casi al mediodía con la cabeza cargada como si hubiera estado bebiendo toda la noche. Irene estaba a mi lado, sentada en la cama, y acariciaba mi frente.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Me comería una vaca —repliqué.

—Pues levanta —dijo—. No te comerás una vaca, pero sí un delicioso bacalao al pilpil.

Mientras yo dormía, Irene había bajado a la pescadería y preparado el plato. Hasta el dormitorio llegó el apetitoso aroma del bacalao y noté con una punzada cómo mi estómago empezaba a segregar jugos gástricos.

—¿Te he dicho que te quiero? —dije dándole un brevísimo beso tras el que di un salto de la cama y corrí hacia el cuarto de baño—. Ve sirviendo los platos, me doy una ducha meteórica y salgo enseguida.

En pocos minutos, me había duchado, vestido, y estaba sentado a la mesa. Hacía veinticuatro horas que no comíamos algo decente, por lo que el bacalao me pareció el pescado más exquisito que había comido nunca.

—Eres una gran cocinera —dije mientras untaba un trozo de pan en el sabroso pilpil.

—Ojalá lo fuera —respondió ella—. El bacalao es lo único que me atrevo a preparar.

Durante un tiempo estuvimos filosofando sobre el «arte» de saber combinar sabores, olores y texturas. «Cuando el ser humano alcanza el grado de desarrollo que le permite distinguir

una sinfonía de Mozart de un ruido, o un cuadro de Picasso de un garabato, exige paladear además de alimentarse» —dijo Irene—. Y yo: «Aprecio la sencillez en las cosas, también en la cocina. Por eso odio la cocina francesa».

Después de tomar café preguntó Irene por el cuadro que quería enseñarle esta vez.

—Vamos —le dije.

Tomamos un taxi que nos dejó en la Ronde de Atocha, y la llevé de la mano hasta la entrada al Museo Reina Sofía. Cruzamos sin detenernos ni un instante —tal como habíamos hecho días atrás cuando la llevé al Prado— ante ninguno de los cuadros que nos saltaban a la

vista, seis salas en zigzag hasta llegar, en la segunda planta, a la sala 205, dedicada a Dalí, el Surrealismo y la Revolución. La coloqué frente a una de las grandes obras de Dalí, y simplemente le dije:

—Disfrútalo.

Se trataba de «El gran masturbador».

—Es un autorretrato —añadí.

Durante muchos minutos permanecimos frente al cuadro. Irene absorta en su contemplación.

—Si realmente es un autorretrato —dijo al fin—, es el más implacable que he visto nunca. —Yo permanecí en silencio—. ¿Tan cruel era Dalí consigo mismo? —preguntó.

—No. Más bien todo lo contrario.

—Entonces no lo entiendo.

—No tienes que entenderlo, solo dejar que la imagen penetre en los recovecos de tu mente para comprender el mensaje del pintor. Está hablando de la soledad, de que ha empezado a romper con los lazos que le unían al pasado, a la familia, del deseo sexual... La masturbación es, para Dalí, la expresión más pura del deseo sexual.

—Gracias de nuevo —me dijo presionando suavemente mi mano.

—¿Por qué?

—Por hacer que pudiera ver los cuadros con ojos nuevos. —Se volvió de pronto hacia mí, y preguntó—: ¿Por

qué este cuadro? ¿Por qué «El Jardín de las Delicias»?

—No son los cuadros, es el Bosco y es Dalí. Esos cuadros son solamente sus mejores cuadros de los que hay en Madrid. Desde mi punto de vista, naturalmente.

—¿Y por qué el Bosco y Dalí? — insistió.

—Porque tienen el poder de entrar en mi mente, de poner imágenes a mis sueños y pesadillas.

—Vámonos —dijo Irene de pronto—. Necesito tomar el aire.

Salimos a la calle, y le propuse pasear por el Retiro, pero en ese momento empezó a sonar con insistencia

el teléfono móvil. Era el inspector Ventura.

—¿Sí? —contesté.

—Jorge Álvarez, supongo.

—Sssi —tan acostumbrado estaba los últimos días a responder como John H. Watson, que me sonó extraño que el inspector Ventura me llamara por mi nombre.

—Soy el inspector Ventura —dijo.

—Ya. Dígame.

—¿Está solo en este momento?

Quiero decir si puede atenderme —
rectificó su impertinente pregunta.

—No, no estoy solo.

—¡Ah, claro! Está con su guapa compañera. Mejor, así me ahorra una

llamada.

Nos refugiamos en el interior de una cafetería semivacía, frente a la Estación de Atocha, y conecté el manos libres para que Irene pudiera escuchar la conversación.

—Dígame, inspector.

—Verá, les llamo para informarles de la conclusión del operativo que iniciamos esta madrugada a instancia de ustedes.

—¿Han hallado la camioneta de la Telefónica? —pregunté.

—Sí. Estaba oculta en un pequeño bosque de encinas, junto a una carretera.

—¿Y el explosivo?

—Estaba dentro. Ciento veinte kilos

de C4. Con eso hubieran podido volar todo el hipódromo de la Zarzuela.

Irene me hizo unos gestos para que preguntara por la identidad de los detenidos.

—¿A quién han detenido? — pregunté.

—A cuatro marroquíes. Uno en Talavera, y tres que había en la furgoneta de la Telefónica. Fuimos a buscar a Hassan al-Bukhari, y lo encontramos en su casa, con un tiro en la sien. Seguramente se suicidó al fracasar su plan.

—¿Está seguro? —pregunté, pues estaba convencido de que Bukhari había sido asesinado por Valieri para evitar

que le implicaran a él.

—No —dijo—. El forense determinará si fue suicidio o estamos ante un asesinato.

—Otro asesinato —puntualicé recordando a Conan y, aunque no hubiera sido hallado su cuerpo, a Moriarty.

—Sí, otro asesinato.

—¿Y no ha habido más detenidos?
—pregunté sorprendido.

—¿Se refiere a Valieri?

—Sí.

—Mandé al circo un coche patrulla para que le interrogara, pero según parece el Sr. Valieri regresó a Italia hace dos días, lo comprobé en el

aeropuerto, y efectivamente es así, por lo que no creo que tenga nada que ver con todo este asunto.

—Nosotros le vimos reunirse en varias ocasiones con Bukhari, ¿no le convierte eso en sospechoso al menos?

—Tendríamos mucho trabajo siuviéramos que considerar sospechosos a todos con los que habló Bukhari la últimas semanas.

—Entonces, ¿Vólkov?

—Al parecer Vólkov es el dueño de una de las más respetadas galerías de arte de Nueva York. Además, sin Valieri no podemos tener a Vólkov.

—¿Y el inglés pelirrojo? —insistí.

—No hay rastro de ningún inglés,

sea o no pelirrojo.

—¿Han interrogado a los marroquíes?

—Sí, claro. Dicen que trabajaban para el imán Hassan al-Bukhari, y que no sabían que estaban cometiendo un delito.

—¡Vamos! —exclamé enfurecido—, se deben pensar que somos tontos.

A través del teléfono escuchamos la risa sarcástica del inspector Ventura.

—¡Supongo que tampoco sabrán de dónde salió el explosivo con el que pensaban atentar!

Volvimos a escuchar la risa de Ventura.

—Todo el explosivo salió de la casa

de campo a la que nos condujo su amigo, pero no saben cómo ni quién lo llevó allí.

—Al menos —inquirí desolado—, sabrán a quienes pretendían cargarse esos tipos.

—El coto de caza de Talavera solía ser alquilado por fines de semana por gente importante, ya sabe, gente de pasta, y la casa estaba preparada para que durmieran allí hasta diez personas. Pensamos que el atentado podía ir dirigido contra un banquero, o aristócrata, o ambas cosas a la vez. Me temo que nunca lo sabremos.

—¿Quién había alquilado la casa para la noche del treinta de abril al

primero de mayo?

—Nadie. Para esas fechas la casa estaría vacía.

Mycroft, con su insistencia, había logrado convencerme de que el gran atentado sería esa noche, por lo que la respuesta del inspector me dejó completamente perplejo y sin saber qué decir. En cualquier caso, la historia que nos estaba contando el inspector Ventura poco tenía que ver con las conclusiones a las que nosotros habíamos llegado.

—Pero... —musité—, iba a ser un gran atentado.

—Bukhari solo les dijo que iban a hacer algo a mayor gloria de Alá, pero no que iban a asesinar a alguien. En

cualquier caso, serán acusados de pertenencia a banda armada, y tráfico de explosivos. Les esperan unos cuantos años de cárcel.

—Un momento, inspector —dijo Irene—, ¿sabe algo de Londres?

—¿Londres? —repitió Ventura sin comprender.

—Estoy convencida que los Iluminados preparaban otro gran atentado en Londres.

—¿Tienen alguna evidencia de eso?

—Estoy segura —insistió Irene—. Simplemente lo sé.

Tras unos segundos en silencio, dijo el inspector Ventura:

—No puedo llamar a Scotland Yard

alertando de un gran atentado, porque así lo cree una mujer que juega a ser Irene Adler, el personaje de Conan Doyle.

Irene no se arredró ante el sarcasmo del inspector Ventura, y dijo:

—Lo entiendo, pero sí puede enviar una copia de todo lo que ha pasado, añadiendo que hay indicios de que se podría estar preparando un atentado similar en Londres.

—Lo pensaré —respondió el inspector tras una pausa.

—Está bien, gracias inspector por llamarnos.

—No hay de qué. Tenía la obligación moral de hacerlo después de

lo que ustedes se han preocupado por este asunto.

Esas palabras me hicieron recordar cuál había sido la razón de que los miembros del «Club de Holmes» nos implicáramos en aquella investigación.

—Una última pregunta, inspector. ¿Ha averiguado algo de nuestro amigo Moriarty?

—¿Moriarty? —repitió el inspector—. Si al menos supieran su verdadero nombre, o tuvieran una descripción del sujeto...

Aquello era un punto final, así que me despedí del inspector y corté la comunicación.

—Parece que, definitivamente, todo

ha terminado —dije con un hondo suspiro.

—Sí —repuso Irene—. ¿Qué conclusión sacas de todo lo que hemos vivido?

—La más importante de todas, que la verdad nunca es lo que parece.

Cruzamos la plaza y, bordeando el Jardín Botánico entramos en el Retiro. Ambos éramos conscientes de que estábamos apurando las que podrían ser nuestras últimas horas juntos; de que el miedo, en alguna de sus formas, nos impedía tomar la decisión de permitir que fuera el corazón, y no la cabeza, quien tomara la decisión en aquella ocasión.

—Durante casi cinco años estuve casada —confesó Irene a pesar de su propósito inicial de preservar su vida privada—. Me equivoqué, pero no me arrepiento.

—Yo tengo miedo a perder mis pequeñas parcelas de libertad.

—Te entiendo. A mí me pasa igual.

Iba a decirle que, a pesar de todo, era la única persona en el mundo por la que me plantearía renunciar a mis mezquinos privilegios de soltero, que aquellos pocos días compartidos con ella habían sido maravillosos, cuando dos cortos pitidos, distintos y casi simultáneos, llamaron mi atención: uno de ellos era la señal de que había

recibido un mensaje en el móvil; el otro significaba lo mismo, pero en el teléfono de Irene. El mensaje era el mismo en ambos teléfonos, y procedía de Mycroft Holmes. Decía simplemente: «Le espero mañana a las 12 en punto en la Cervecería Alemana, en la Plaza de Santa Ana. Es importante».

El que, después de resolver el caso, cada uno siguiera su camino, fue una especie de pacto tácito entre ambos, aunque en realidad, más allá de hablar sobre difusas ideas de la libertad, y hacer algunas confesiones íntimas, apenas habíamos hablado del asunto. Y

no lo íbamos a hacer esa noche, o al menos ese era nuestro propósito.

Había pensado proponerle que nos siguiéramos viendo de forma periódica, pero para qué nos íbamos a engañar. ¿Cuánto podía durar una relación a distancia, si es que podía llamarse relación a vernos solamente los fines de semana? Era preferible ser honestos y asumir que valorábamos más nuestras pequeñas comodidades de soltero, que la atracción que sentíamos el uno por el otro.

A estas alturas, lo único que sabía de ella es que era abogada, que durante cinco años había compartido su vida con un hombre, que sentía pasión por

Sherlock Holmes, y su nombre. ¿Dónde vivía? No lo sé, aunque, por su nombre, deduje que era vasca de nacimiento. El caso es que los dos sabíamos que, muy probablemente, iba a ser la última noche que pasaríamos juntos, y decidimos vivirla con toda la intensidad que fuéramos capaces. Descorché una carísima botella de Vega Sicilia que tenía guardada para una ocasión especial, y dispuse sobre la mesa unos tacos de queso manchego y algunas lonchas de embutido que encontré en el frigorífico, y puse en el equipo de música uno de mis discos favoritos de Norah Jones.

Brindamos por el «Club de

Holmes», que nos había unido, aunque eso último no lo mencionamos ninguno de nosotros —detecté algo parecido al pudor a la hora de hablar de los dos—, y, de pronto, dejando mi apodo —ya casi lo había asumido como mi propio nombre— suspendido en el aire, dijo Irene:

—Watson...

—Qué.

—Háblame de ti —respondió tras una pausa.

Entendí que quería que le hablara sobre Watson, sobre el admirador de Holmes que había en mí, no sobre mí, y eso supuso una pequeña decepción. Pero la voz de Norah Jones, suave y tierna, y

la mirada de Irene, me empujaron en la dirección que yo quería evitar. Y me abandoné.

*I saw him stand alone...
under a broke street light,
So sincere...
singing silent night,
But the trees were full...
and the grass was green,
It was the sweetest thing
I had ever seen.*

—¿Sabes cómo descubrí la existencia de Sherlock Holmes? —No esperé la respuesta de Irene, y continué

—: Tenía trece años y estaba convaleciente de una operación de apendicitis. Me aburría soberanamente, y le pedí a mi madre un libro. Hasta ese momento, mis lecturas se habían reducido a los tebeos, y creo que pedí un libro simplemente porque pensé que me duraría más. Mi madre apareció esa tarde con «El signo de los cuatro» — Irene asintió con un gesto de placer—. La leí de un tirón, y me fascinó aquella historia de misterio y tesoros escondidos, pero sobre todo me impresionó la inteligencia de Sherlock Holmes para resolver el caso. —La evocación del momento fue tan intensa que logré recrear cada sensación: el

peso de las mantas sobre mis piernas, el olor rancio de las manzanas, los visillos de la ventana siempre echados que agudizaban mi sensación de aislamiento, la soledad... Fueron decenas, cientos de vivencias las que se agolparon en mi cabeza durante los escasos segundos que duró la pausa que hice. Continué—: Al día siguiente pedí otro libro de Arthur Conan Doyle, y en pocos meses había leído todas las aventuras de Sherlock Holmes.

—¿Cómo eras de niño? —preguntó entonces Irene.

—Hijo único —respondí, como si esa condición fuera definitoria por sí misma.

Irene me miró perpleja.

—¿Qué quieres decir?

—Introvertido, medroso,
dependiente, y supongo que
excesivamente mimado.

—Supongo que quieres decir
excesivamente querido.

—Sí, muy querido —dije, y recordé
el colmo de atenciones en el que crecí
—. Querido hasta el agobio.

Irene tomó mis manos entre las suyas
y me miró sorprendida por la
descripción de mí mismo que acababa
de hacer.

—¿Viven tus padres? —preguntó.

—Sí.

—¿Y qué relación tienes con ellos?

—Buena —dije sin mirarla.

—Pero distante —añadió ella como si fuera capaz de leer mi pensamiento.

—Lo suficiente como para poder respirar sin sentirme culpable.

Irene añadió vino a las copas, después acarició mi barbilla y la empujó girando mi cara hasta hacer que nuestras miradas se encontraran. Entonces preguntó:

—¿Eres feliz?

Hablábamos en voz baja, como si temiéramos que alguien pudiera escuchar nuestras palabras.

—Pensaba que sí —dije—. Pero no es esa la pregunta, sino cómo ha cambiado mi vida el estar contigo. Si

podré seguir como hasta ahora, como si no te hubiera conocido.

Estábamos sentados en el sofá, e Irene apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Y tú, eres feliz? —pregunté yo.

Irene, acurrucada en mi pecho, guardó silencio durante bastantes segundos. Pensé que estaba reflexionando su respuesta, o que quizá era una pregunta que no deseaba responder, pero de pronto se aferró con más fuerza a mí, y dijo:

—Lo he sido durante estos días.

—¿Hace mucho de tu divorcio?

—Tres años.

—¿Te arrepientes?

—No de haberme separado —dijo

—. Pero sí hay algo de lo que me arrepiento cada día de mi vida.

Pensé que se estaba refiriendo al hecho de haberse casado, y traté de restarle importancia.

—No podías saber que saldría mal tu matrimonio —dije—. Hiciste lo que debías en todo momento.

—No me refería a eso. —Hizo una larga pausa antes de continuar—: Un día descubrí que estaba embarazada, y fue entonces, cuando la posibilidad de ser padres dejó de ser una idea para convertirse en una realidad, cuando me di cuenta de que no quería pasar el resto de mi vida con aquel hombre. Mi madre, mis amigos, dijeron: está el niño, sigue,

más adelante verás lo que haces. Pero seguir habría sido engañarme a mí y engañarle a él. Opté por separarme, pero no fue ese mi error...

En ese instante comprendí.

—Confundí las cosas —continuó—, y pensé que sería una irresponsabilidad traer un niño al mundo justo en el momento en el que me estaba separando de su padre, así que... No puedo evitar la sensación de que me comporté como una egoísta, que en realidad solo hice lo que resultaba más cómodo para mí. Cada día me digo que no tenía derecho a hacer lo que hice.

—Fue un momento muy complicado para ti. Si crees que cometiste un error,

deberías perdonarte.

En el sofá, y después tirados en la cama, seguimos hablando durante horas, y, al final, hicimos el amor entre susurros, desprovistos de los ropajes en que se convierten los secretos y las convenciones, con la sensación de estar completamente desnudos el uno frente al otro.

Capítulo 15

Mycroft resuelve el caso

Nos despertamos tarde, sobresaltados al recordar la cita que teníamos a las 12 con Mycroft H., así que, tras una ducha rápida y apenas unos sorbos de café, salimos hacia el centro de Madrid.

Nos había dejado muy intrigados el extraño mensaje de Mycroft. Pensábamos que ya no estaba en Madrid —por lo menos se había despedido de nosotros en la puerta de su hotel—, y

nos salía ahora con una cita. ¿Para hablar sobre qué? Irene y yo estábamos realmente interesados en conocer la respuesta a esa pregunta. ¿Pensaba Mycroft que la policía no había resuelto en realidad el caso y pretendía proponernos seguir investigando? Si ese era el caso, yo estaba de acuerdo en que habían quedado muchos puntos oscuros, pero también era cierto que, sin Valieri, y con el imán de Móstoles muerto, el caso no pasaba de ser una más de las varias operaciones contra los radicales islámicos que destapaba la policía cada año.

Además, habíamos asumido que Moriarty ya no iba a aparecer, por lo

que la razón que nos había llevado a involucrarnos en aquel asunto había dejado de existir y, por otro lado, yo no podía prolongar más mi simulada baja por enfermedad so pena de verme despedido. En cualquier caso, pronto íbamos a salir de dudas.

Ese día, la noticia de tercera página en algunos periódicos fue la detención de tres islamistas, que pretendían atentar en Toledo, y el aparente suicidio de un cuarto. Pero, tal como nos había adelantado el inspector Ventura, nada decía el periódico de la implicación en los hechos de miembros de un grupo masónico.

Franqueamos la puerta de la

cervecería cuando faltaban cinco minutos para las doce. Buscamos a Mycroft con la mirada, pero no fue a él a quien vimos: acodado sobre la barra estaba el inspector Ventura. ¿Había sido citado también por Mycroft, o era una tremenda casualidad? Solo había una forma de averiguarlo. Nos acercamos a él para saludarle, y cuando nos vio pareció sorprenderse tanto como nos había ocurrido a nosotros con él unos instantes antes.

—¿Qué hacen por aquí? —preguntó enarcando las cejas.

—Eso mismo nos preguntábamos nosotros de usted —respondí—. Nos gusta este sitio. ¿Y usted, viene con

frecuencia?

—La verdad es que no demasiado —dijo con desgana—. Ayer recibí un mensaje de su amigo, y he de reconocer que me dejó intrigado.

—Ya somos tres —añadió Irene, que hasta ese momento no había abierto la boca.

Se acercó el camarero por el otro lado de la barra, y pedimos dos cervezas.

—¿Para qué creen ustedes que nos ha citado? —preguntó el inspector.

—Esa misma pregunta nos la estamos haciendo nosotros desde que recibimos el mensaje —repuse.

Ventura miró su reloj, y yo hice lo

mismo. Eran las doce y tres minutos, y Mycroft seguía sin aparecer. De forma instintiva miré hacia la puerta acristalada y, como si le hubiera convocado con mi pensamiento, entró y se dirigió directamente hacia donde estábamos. Educadamente nos dio la mano a cada uno de nosotros, y sugirió que nos sentáramos en una mesa del fondo para que pudiéramos hablar con más tranquilidad. Allá le seguimos con el vaso en la mano, y, una vez que estuvimos acomodados, carraspeó ligeramente antes de decir:

—Sin duda, se preguntarán por qué les he convocado hoy aquí. —Nadie dijo nada, pero nuestras miradas eran

elocuentes, así que sin más demora, continuó—: Supongo que la versión oficial —hizo un gesto señalando al inspector Ventura— es la que conviene, y además, la única posible en estos momentos. Pero estoy seguro de que ustedes querrán saber toda la verdad. — Los tres asentimos con breves movimientos de cabeza—. Hicimos un buen trabajo —dijo mirándonos a Irene y a mí—, pero hubo un detalle que se nos escapaba y que no descubrí hasta ayer. Era la pieza del *puzzle* que faltaba, y entonces todo encajó. Pero empecemos por el principio, es mejor seguir un criterio cronológico, ¿les parece bien? —preguntó de forma retórica y, antes de

que se nos ocurriera responder, continuó —: Ya nos dimos cuenta cuando analizamos el mensaje de socorro de Moriarty, que él sabía la importancia que en esta investigación iban a tener el número phi y la constante de Kaprekar, aunque ignoraba por qué. Por lo tanto, el mensaje no fue más que un señuelo para indicarnos por dónde empezar a investigar.

—Un momento —le interrumpió Irene—. ¿Quiere decir que Moriarty nos mintió y que en realidad no estaba en peligro?

—Sí.

—Si es así —dije sin comprender —, ¿por qué no ha vuelto a dar señales

de vida?

Mycroft sonrió socarronamente.

—Porque estaba demasiado ocupado dirigiéndonos a todos desde la sombra. ¿Recuerda la razón por la que se le ocurrió ir al Gran Circo Rex la primera vez? —preguntó Mycroft.

—Sí.

—Insinuó que fue por un mensaje que le habíamos puesto Irene o yo para gastarle una broma. Ninguno le dimos más importancia, achacándolo todo a una casualidad, pero yo no le puse ningún mensaje. ¿Lo hizo usted, Irene?

—No. Yo tampoco —dijo esta.

—¿Recuerda lo que decía aquel mensaje? —preguntó Mycroft volviendo

su mirada nuevamente hacia mí.

—Sí, perfectamente. Decía: «La clave está en Conan».

—Quien le puso el mensaje sabía que, antes o después, usted averiguaría quién era Conan, y dónde trabajaba, e iría al circo para hablar con él.

—¿Cuál fue el papel de Conan en esta historia? ¿Por qué fue asesinado?

—Cada cosa en su momento —pidió Mycroft—. La realidad es que, con su llegada al circo empieza la parte más misteriosa y más increíble de esta historia, porque tropieza usted con la «Orden de los Iluminados». El número phi, que luego descubriremos que es también una alegoría del afán de

perfección de los Iluminados, nos lleva en primer lugar a la estrella de cinco puntas, que es algo así como su tarjeta de presentación, y la constante de Kaprekar a una especie de clave.

—No quiero parecer grosero, pero pienso que todo eso de la «Orden de los Iluminados» no son más que fantasías de personas que ven conspiraciones masónicas en cualquier suceso —intervino el inspector Ventura.

Mycroft fulminó al inspector con la mirada, y, dirigiéndose a él, dijo:

—Usted debe de ser de ese tipo de personas que solo creen en lo que ven.

—Sí —respondió Ventura—, y aún así me equivoco a menudo.

Mycroft pareció exasperado por la respuesta del inspector, y armándose de paciencia, dijo:

—Entonces, a usted le debe parecer casual que, por ejemplo, las estrellas de la bandera de Estados Unidos tengan cinco puntas.

—¿También ve una conspiración en eso? —respondió sarcástico el inspector.

Mycroft no se amilanó. Sacó de un compartimiento de su cartera un billete de un dólar, y lo puso sobre la mesa mostrando el anverso del mismo.

—Me temo que usted —dijo por Ventura—, no sabe mucho sobre los Iluminados, pero sí mis amigos —

añadió por Irene y por mí—. Ellos saben que el búho es uno de los símbolos de la «Orden de los Iluminados». Miren en el ángulo derecho de ese billete, es muy pequeño, pero fíjense ahí, junto a la hoja.

El inspector Ventura cogió el billete y lo acercó a sus ojos.

—Parece un búho, sí —dijo con desgana, y pasó el billete a Irene.

De Irene pasó el billete a mí y, aunque era tan pequeño que resultaba difícil verlo, puedo asegurar que efectivamente se trataba del dibujo de un búho.

—Ahora miren el reverso del billete —dijo Mycroft—. La pirámide truncada

con el «ojo que todo lo ve» es otro símbolo de los «Illuminati». La pirámide tiene 13 escalones, que podrían representar los 13 grados de iniciación de la Orden, y la cúspide, «el ojo que todo lo ve», representaría el grado máximo. En la parte superior, encima de la pirámide, aparece la leyenda en latín «Annuit Coeptis», que significa «Él», el ojo, Dios, «favorece nuestra Empresa»; y en la inferior, «Novus Ordo Seclorum», que podría traducirse como «Nuevo Orden Mundial». —Hizo una pausa para preguntar—: ¿A qué os suena todo esto?

Irene y yo estábamos impresionados. Por mi mano habían pasado billetes de

un dólar en multitud de ocasiones, y jamás se me hubiera ocurrido pensar que cada uno de ellos era la tarjeta de presentación de la secta más secreta del mundo.

El inspector Ventura permanecía en silencio, pero aún teniendo menos conocimientos que nosotros sobre los principios de los «Illuminati», creo que empezaba a estar tan impresionado como nosotros.

—¿Cómo es posible? —balbuceó Irene.

—Aún hay más —dijo Mycroft—. En la base de la pirámide, sobre el primero de los trece escalones, figura escrito, en números romanos, el número

1776 —MDCCLXXVI—, que si bien es el año en el que se proclamó la independencia de los Estados Unidos, también es el año en el que Adam Weishaupt fundó la «Orden de los Iluminados». —Se volvió hacia el inspector Ventura, y preguntó—: ¿Sigues pensando que todo se debe a una ilusoria conspiración masónica? Pero no basta con todo esto —continuó—, también son de cinco puntas las estrellas que forman el círculo central de la bandera de la Unión Europea. —Echó unas monedas sobre la mesa, y dijo—: Así como las que hay en todas las monedas europeas.

El inspector Ventura, que ya había

dejado a un lado la ironía de sus primero comentarios, preguntó:

—¿Qué pretendían los «Iluminados»?

—Eso lo descubrió Irene en Londres, en las claves que contiene el «Ahiman Rezon» que se conserva en el Museo de la Gran Logia Unida de Inglaterra.

—Los Reyes deben morir —dijo Irene.

—Efectivamente. Aunque, naturalmente, hoy habría que decir «los gobernantes», porque los reyes ya no gobiernan tal como lo hacían en el siglo XVIII. Aunque ya nunca sabremos contra quien pretendían atentar —

continuó tras una corta pausa—, todo apunta a que su intención era hacerlo contra algún importante personaje del panorama político. El hecho de que el escenario elegido fuera una elegante residencia, dentro un coto de caza solo al alcance de los privilegiados, parece confirmar esa tesis. Pero usted —dijo dirigiéndose a Irene, y había en su voz un cierto tono de reprobación—, descubrió en las páginas del «Ahiman Rezon» otra frase a la que no parecen haberle dado importancia.

—Cuando Europa esté en peligro, solo la luz la salvará —recordó Irene.

—Efectivamente —dijo, y continuó dirigiéndose a Irene—: Cuando revisé

las notas que tomó usted en el restaurante del Hotel Claridge's de Londres, y hallé las palabras «*Light*» y «Europe», comprendí la importancia de la frase. La primera parte de la frase es el diagnóstico: «Europa está en peligro»; y la segunda, la solución: «La luz», o sea, los Illuminati, «la salvarán». La otra frase no es más que el cómo: eliminando a los gobernantes como medio para entronizar un nuevo régimen, el Nuevo Régimen.

La explicación de Mycroft nos había dejado anonadados, pero todavía quedaban numerosos cabos sueltos.

—¿Quién asesinó a Conan, y por qué? —pregunté. Después de haber sido

durante algún tiempo el principal sospechoso, estaba ansioso por saber quién era el autor del crimen.

—Fue Valieri. Conan era la mano derecha de Valieri, pero cuando conoció las órdenes que este había recibido de Vólkov, no quiso participar en ello, e intentó hacer lo posible por frustrar el plan. Debió insinuar algo a un amigo quizá...

—¿A quién? —se interesó Irene.

—A Moriarty —respondió Mycroft de forma concluyente—. Moriarty no conocía todo el plan, pero sí algunos detalles. ¿Cómo los supo? Creo que es evidente: Conan se lo dijo. Valieri debió descubrir la traición de Conan, y le

asesinó.

—¿Y Moriarty? —preguntó Irene.

Mycroft no respondió a la pregunta de Irene, por lo que deduje que lo hacía sencillamente porque no tenía la respuesta.

—El plan siguió adelante. Valieri hizo que robaran una enorme cantidad de explosivo y la almacenó en la casa de campo donde lo descubrimos, y poco a poco entró en contacto con los que tenían que aparecer como los verdaderos autores.

—Hassan al-Bukhari y los otros islamistas —dijo Ventura.

—Los ejecutores materiales —subrayó Mycroft—. Sin duda, los

«Iluminados» querían que pareciera un atentado realizado por fanáticos islamistas. El caso es que el mismo día que le convencimos a usted —dijo refiriéndose al inspector— de que se trataba de algo serio, descubrí por casualidad quién era el verdadero objetivo de los atentados. No dije nada porque debía confirmarlo antes. Al llegar al hotel unas horas después, lo primero que hice fue llamar a una amiga que recoge cotilleos en un importante periódico, para preguntarle a qué miembros de la familia real les gustaba la caza. La respuesta fue inmediata: al Rey y a la Infanta Elena, pero el Rey, últimamente, no está para muchos trotes.

«¿Por qué lo quieres saber?». Otra pregunta: ¿Tiene un lío secreto la Infanta Elena? Pareció meditar su respuesta un instante.

—Yo diría que tiene un lío discreto, que es distinto. Ya sabes que siempre hay comentarios, pero la Infanta es libre, no tiene por qué tener líos secretos.

—¿Dónde suelen verse?

—Por lo que se cuenta, se ven en casa de él, y también en casas de amigos. No se ocultan demasiado. De lo que sí se habla últimamente es de las extrañas visitas del Príncipe a cierto coto de caza en Toledo. Digo extrañas porque al Príncipe no le gusta la caza, al menos la caza de animales, ya sabes.

—¿No estará en Talavera ese coto de caza?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

Corté la comunicación mientras el corazón me latía con fuerza. De pronto todo adquiriría sentido, con una intensidad y nitidez tal que no comprendía cómo no lo había percibido antes. El sentido del mensaje que descifró Irene en Londres no era metafórico, sino literal: «Los Reyes deben morir», y el primero en hacerlo debía ser el Rey de España. El primer atentado mediante la voladura de la casa de Talavera, tenía dos objetivos, el primero, eliminar al descendiente directo; y el segundo, hacer que el Rey

saliera precipitadamente de su casa en mitad de la noche. A su paso, harían volar la furgoneta de Telefónica cargada de explosivos. No puedo asegurarlo, pero apostaría que a continuación atacarían contra otros reyes y jefes de Estado de Europa.

Esa revelación nos dejó estupefactos. Me pregunté qué consecuencias podrían haber tenido los asesinatos del Rey y de su heredero en el contexto de una Europa desconcertada por otros atentados. Era totalmente imprevisible.

—Hemos evitado un atentado contra el Rey —dije en tono irónico—. Deberíamos ser considerados héroes o

algo así.

—Sí —dijo el inspector muy serio—. El problema es que, aparte de los aquí presentes, nadie más lo va a saber nunca.

—¿Por qué estaba tan seguro de que ocurriría durante la noche que va del treinta de abril, al primero de mayo? —preguntó Irene.

—Por el carácter simbólico que esa noche tiene para los «Iluminados» —respondió Mycroft—. Fue en una noche como esa, en 1776, cuando se fundó la «Orden de los Iluminados». Al principio solo era una intuición, estábamos cerca de la fecha y pensé que, estando tan apegados a las tradiciones, difícilmente

dejarían escapar la posibilidad de hacer algo muy sonado esa noche. Era como homenajearse a sí mismos. Pero la confirmación la tuve cuando vi su nota —dijo por mí— con las palabras que anotó durante aquella cena de Vólkov en Londres. Una de las palabras no era inglesa, por eso la escribió mal, pero deduje que era «Walpurgis», y entonces estuve absolutamente seguro de la fecha elegida, porque «la noche de Walpurgis» es, precisamente, esa noche.

—Todo es tan... increíble —dijo Ventura—. ¿Cuál cree que era la intención última de los «Iluminados»?

En lugar de responder, Mycroft hizo otra pregunta que dejó en el aire:

—¿Qué ocurriría si grupos islamistas atentaran en cadena contra los jefes de Estado de toda Europa y de Estados Unidos?

—Es absolutamente imprevisible —respondió el inspector.

Y yo añadí:

—La confrontación entre el mundo occidental y el musulmán, un auténtico choque de civilizaciones del que podría emerger un Nuevo Orden Mundial. ¿Y no es esa la razón de ser de la «Orden de los Iluminados»?

Sí, esa era la razón de ser de la «Orden der Illuminaten», creada por algunos soñadores, perseguidores de la perfección humana, en la Noche de

Walpurgis de 1776.

El peso de lo que acabábamos de conocer hizo que durante unos instantes permaneciéramos callados. De pronto, Irene suspiró y dijo:

—Me hubiera gustado tanto que Moriarty... estuviera con nosotros.

—Estoy seguro que el día menos pensado, con el mismo misterio con el que desapareció, volverá a aparecer en el «Club de Holmes» —dijo Mycroft en tono despegado.

—¿Por qué dice eso?

—Porque Moriarty, nuestro amigo Moriarty, es la persona que ha estado jugando con nosotros como si fuéramos marionetas —dijo Mycroft de forma

desabrida.

—No debería hablar así de alguien que no puede defenderse. Es algo impropio de usted —dijo Irene muy molesta.

Mycroft miró a Irene, después me miró a mí, y por último miró al inspector Ventura, y dijo:

—Es que sí puede defenderse.

—No, si no está aquí —insistió Irene.

—El caso es que sí está aquí —soltó Mycroft.

La afirmación de Mycroft cayó como una bomba e hizo que todos nos miráramos llenos de perplejidad.

—¿Qué quiere decir? —preguntó

Irene, que se resistía a comprender la situación.

Mycroft se encogió de hombros, y dijo:

—Inspector, por favor.

El inspector Ventura carraspeó incómodo, sonrió con malicia, como un niño pillado en una mentira, y dijo turbado:

—Está bien. No es exactamente así como lo había pensado, pero me temo que es cierto lo que afirma Mycroft. Había olvidado que es tan o más perspicaz que su hermano Sherlock Holmes —volvió a carraspear, y abriendo los brazos en un gesto teatral, añadió con gran ceremonia: yo soy

Moriarty.

Las palabras del inspector provocaron mi asombro, y la ira de Irene, que, una vez recuperada de la sorpresa, bramó:

—¿Cómo ha podido engañarnos durante todo este tiempo?!

—No era mi intención —trató de justificarse Ventura—. Al principio no sabía qué hacer con la escasa información que tenía, pero estaba seguro de que se trataba de algo muy serio, así que decidí recurrir a ustedes para que me ayudaran a resolver el caso. Lo siento.

—¿Nos puede contar todo lo que pasó? —preguntó displicente Mycroft,

con una actitud que dejaba meridianamente claro que todavía no se le había pasado el enfado.

—Por supuesto, pero antes, por favor, dígame una cosa: ¿desde cuándo sabe que Moriarty y yo somos la misma persona?

—La primera vez que lo pensé fue precisamente aquí, cuando usted nos abordó la primera vez, ¿recuerda? — Tras una pausa, continuó—: ¿Por qué lo pensé?, muy sencillo, porque usted dijo que lo sabía todo sobre nosotros, y así parecía ser; pero, cuando lo reflexioné más tarde, me di cuenta que efectivamente lo sabía todo, pero únicamente todo lo que Moriarty podía

saber: que habíamos formado el «Club de Holmes», y que estábamos allí para investigar el misterio de su desaparición. Lo pensé, es cierto, pero me pareció tan rebuscado e inverosímil, que lo descarté. No obstante, la idea siguió aquí —dijo tocando su frente con el dedo índice—, pero hasta hoy no he estado completamente seguro.

—¿Por qué? —preguntó Irene.

—¿Recuerdan cuando le preguntamos quien había alquilado la casa de Talavera para el 30 de marzo? Respondió que la policía había hecho averiguaciones y la casa no había sido alquilada por nadie. Pero eso no era cierto —se giró hacia el inspector

Ventura, y preguntó—: ¿Me equivoco?

—No —dijo Ventura—. Al menos, no del todo. Hicimos la gestión con el dueño de la casa, y esta no había sido alquilada, pero sí prestada. Al Príncipe —añadió tras una pausa.

Mycroft hizo un gesto afirmativo.

—Por eso hoy no se ha extrañado cuando he dicho contra quién iba dirigido el atentado. Ya lo sabía.

—Así es —confirmó Ventura.

—Los dos han estado jugando con nosotros —dijo Irene con una pizca de rencor.

—En cuanto a los hechos, tal y como usted dedujo —miró a Mycroft—, Conan se puso en contacto conmigo.

Tenía mucho miedo. Me dijo que alguien estaba preparando un gran atentado, y me dio dos datos para que empezara a investigar, phi y el número 6174. Era todo tan extraño que pensé que se trataba de una broma, pero el hombre estaba realmente muy asustado. Entonces se me ocurrió enviarles el mensaje de socorro. Al principio era todo casi como un juego más de los que hacíamos en el «Club de Holmes», hasta que Watson recibió una paliza y Conan fue asesinado. Entonces me di cuenta de que el asunto iba en serio. Intenté que lo dejarais, os dije que era peligroso, pero os empeñasteis en seguir.

—¡Para encontrar a Moriarty! —

exclamó Irene, todavía enfadada.

—No solo para encontrar a Moriarty —dijo el inspector Ventura—. Estoy seguro que si entonces les hubiera dicho toda la verdad, habrían decidido seguir hasta el final. ¿Cómo decir no a la posibilidad de resolver un misterio? —bromeó Ventura—. Si así fuera no habrían ingresado ustedes en el «Club de Holmes».

—Eso es cierto —tuve que reconocer.

—El caso es que han logrado resolver el caso —continuó Ventura/Moriarty—. Felicidades. Sin su ayuda me temo que habría sido imposible.

—El caso en realidad no ha sido resuelto —apunté—. Nosotros sabemos qué ha pasado, y por qué, pero el caso no estaba resuelto con la detención de los marroquíes.

—Hubo presiones desde arriba para dejarlo así. En el Ministerio no querían ni oír hablar de Konstantin Vólkov.

—En cualquier caso, espero que después de este fracaso, la Orden tarde algunos años en volver a intentar desestabilizar el mundo —apuntó Mycroft, y añadió poniéndose en pie—: Y ahora, sí. Me despido de todos ustedes. Espero que nos encontremos más pronto que tarde en el Club.

—Un momento —dijo el inspector

imitándole—, le acompaño. Hay algunos matices que me gustaría aclarar con usted. Watson, Irene —dijo con una ligera inclinación de cabeza—, espero seguir contando con vosotros en el «Club de Holmes». ¡Ah, por cierto! Al final le hice caso —dijo a Irene—, y envié el informe a Scotland Yard. Esta mañana me ha llamado para darme las gracias un tal inspector Marvin. Creo que ya le conocen. Al parecer, Vólkov salió precipitadamente de Londres, rumbo a Nueva York, ayer a primera hora, pero ha sido detenido un hombre rubio de pelo rizado, que estaba en contacto con grupos islamistas pakistaníes. Ha declarado que

preparaban un atentado contra la reina de Inglaterra. ¡Adiós, amigos!

Mycroft y Moriarty salieron de la Cervecería Alemana en animada charla, dejándonos solos.

—Ahora sí ha terminado todo —dijo Irene con un gesto de tristeza.

—Ventura tiene razón —dije al ver la expresión de su rostro—. Habríamos seguido en el caso aunque nos hubiera dicho que él era Moriarty.

Irene rio a carcajadas, y volvió a mí mente la imagen de la primera vez que la vi, apoyada en la barra del bar del Hotel Reina Victoria, entonces supe que la había amado desde aquel mismo instante.

—Es cierto —aseguró entre risas—. ¿Cómo resistirse a un reto semejante? Aún así, me molesta que jueguen conmigo. El inspector Ventura debería habernos dicho toda la verdad.

Estuve de acuerdo con ella.

Miré el reloj, era casi la hora de comer, y recordé que apenas habíamos desayunado.

—Tengo hambre. ¿Quieres que vayamos a comer?

Ella también miró su reloj, y temí que rechazara mi proposición porque el horario de su tren se lo impidiera.

—Sí —dijo—. Tomaré el último tren.

—Vamos —le dije, y, tras pagar en

la barra nuestras consumiciones, nos dirigimos hacia el exterior. Afuera brillaba el sol y algunos niños jugaban en la plaza vigilados por sus abuelos. Pensé entonces que si Irene no había podido resistirse al reto de indagar en el misterio que nos había brindado Moriarty, ¿cómo se iba a resistir al reto que la vida nos estaba ofreciendo? Me paré junto a la puerta haciendo que ella, extrañada, se parara también.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —dije—. Solo que creo que deberíamos empezar de nuevo. —Le tendía la mano, y dije con una sonrisa—: Hola, mi nombre es Jorge Álvarez.

Su rostro se iluminó con una amplia

sonrisa. Me dio la mano, y respondió:

—Idoia Aguirre. Encantada.

La atraje hacia mí, y la besé en los labios. Y, mientras la besaba, pensé que Idoia Aguirre iba a ser en mi vida tan importante, al menos, como Irene Adler lo había sido en la de Sherlock Holmes.